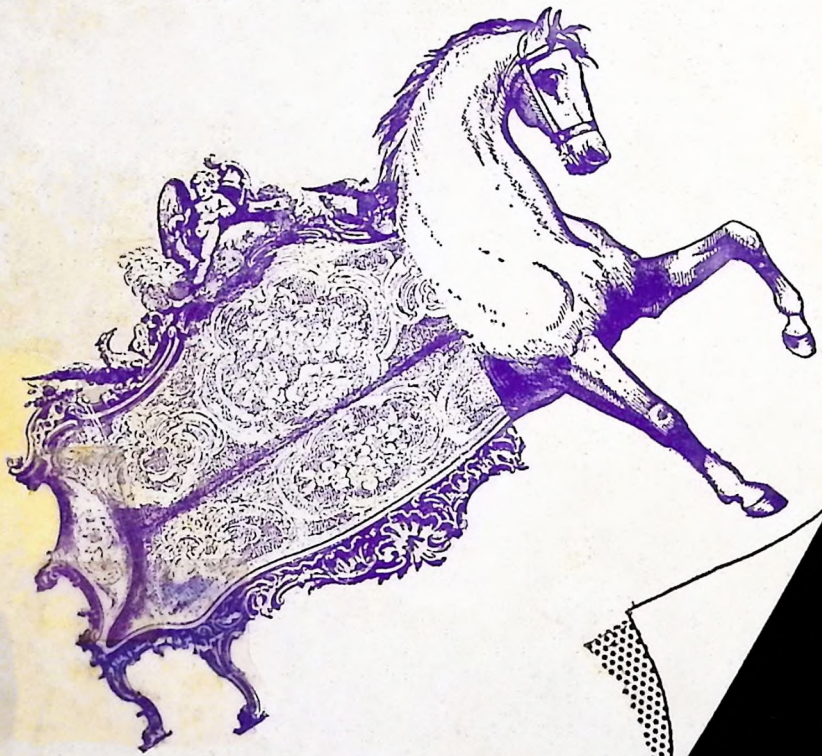
HARRISON SABIN HOWARD

ROMULO GALLEGOS Y LA REVOLUCION BURGUESA EN VENEZUELA

MONTE AVILA EDITORES



COLECCION ESTUDIOS

HARRISON SABIN HOWARD

ROMULO GALLEGOS Y LA REVOLUCION BURGUESA DE VENEZUELA

MONTE AVILA EDITORES, C. A.

© MONTE AVILA EDITORES, C. A.
Caracas / Venezuela

Traducción del inglés / Martín Sagrera

Portada / Juan Fresán
Impreso en Venezuela por Editorial Arte

Dedicado a

Angela Falco Howard
y en memoria de
Marcos Ramírez Azalín

AGRADECIMIENTO

ANTE todo quiero agradecer al profesor Nicolás Sánchez Albornoz, por animarme a publicar este trabajo, y a la O.E.A. por financiar mi estadía en Caracas para revisarlo. Comenzó en otoño de 1966 en forma de una tesis de maestría que debía concentrarse en la administración presidencial extremadamente breve de Rómulo Gallegos. El Profesor John Fagg, con el que estudié en la Universidad de Nueva York, me estimuló pacientemente a lo largo del trabajo, permitiendo que ampliara la obra hasta incluir material básico a partir de los años veinte. En el invierno de 1967 fue compuesta la tesis, con algunas fuentes secundarias que iban quedando rápidamente obsoletas debido a nuevos trabajos venezolanos.

En 1974 comencé una revisión de la tesis para publicarla. Se le pidió al profesor Germán Carrera Damas que hiciera una crítica completa del manuscrito, y muy generosamente lo leyó por entero, hizo muchas sugerencias y me dio una extensa bibliografía reciente. Con una sonrisa devastadora comentó: "Ahora puede escribir otro libro". Por desgracia yo no tuve tiempo para seguir la mayoría de sus sugerencias, todas muy válidas, como la de volver a leer todas las novelas de Gallegos y examinar hasta qué punto los personajes específicos eran vehículo de ideas que existían desde hacía tiempo en el pensamiento venezolano. De hecho, según el Profesor

Carrera, todas las ideas de Gallegos habían sido expresadas ya en el *Cojo Ilustrado*. Otra sugerencia excelente por su parte fue la de examinar estadísticamente el número de ediciones y ejemplares de las obras de Gallegos, para verificar de hecho la influencia cuantitativa de Gallegos. Una sugestión del Profesor Carrera Damas que procuré cumplir religiosamente fue la de leer la nueva bibliografía relativa a dos temas fundamentales. El uno se refería al análisis histórico económico de Venezuela; el otro se concentraba en la historia política, incluyendo la oposición al general Gómez.

Las escasas entrevistas que realicé están todas reconocidas en las notas y bibliografía; particularmente útiles fueron las ideas dadas por Ricardo Montilla y Juan Liscano, ambos con una autoridad mayor sobre don Rómulo de lo que pretende ser el presente autor.

Mis compañeros norteamericanos que también investigaban en Caracas fueron muy tolerantes con las constantes interrupciones de quien esto escribe, y me dieron excelentes críticas cuando se las pedí. Todos adquirieron un profundo entusiasmo por Venezuela y estaban ansiosos por participar en nuestros nuevos descubrimientos y ayudarnos unos a otros. Los eruditos venezolanos que dieron generosamente su tiempo e ideas a este escritor fueron Adolfo Rodríguez Rodríguez y Carlos Torres.

Los bibliotecarios de la Academia Nacional y de la Biblioteca Nacional nos ayudaron mucho. Proporcionaban a cada momento útiles sugerencias, ayudaban a encontrar materiales y daban un ejemplo de diligencia que desmiente el mito de la pereza latina. Las profundas amistades que establecí con los miembros de esas dos instituciones me dieron un incentivo personal para escribir una mejor historia de Venezuela. Sólo siento que mi obra no esté más pulida y no sea más profunda para hacer justicia a las heroicas luchas de Venezuela.

También quiero reconocer la extraordinaria amabilidad y generosidad de tres amigos en Macuto: el Dr. Jesús Rafael González Carbuccia y Josefina y Marcos Ramírez.

Esos tres amigos dieron a este escritor un constante apoyo moral, y la muerte de Marcos Ramírez, precisamente cuatro días antes de terminar este trabajo, constituyó un golpe trágico tanto para el autor como para todos los que lo conocían.

En último lugar pero no menos importante quiero agradecer a los propietarios del Hotel Santiago en Macuto, Esteban Cabrera y Videl Acosta y a su administración, por las muchas amabilidades que tuvieron conmigo, así como por haber salvado mis papeles, llevados por el viento una tarde; y quiero agradecer a Carmelo di Sardi de Rocamar en Caracas por haberme invitado a muchas comidas inspiradoras.

Respecto a mi esposa, hijos y padres que han soportado la agonía de esta "sinfonía inacabada", yo no puedo pagar adecuadamente su paciencia. Quizá hay algún consuelo en el pensamiento "Chi la dura la vince".

HARRISON S. HOWARD

Nueva York, 19 de junio de 1975

CAPITULO PRIMERO

INTRODUCCION

El 15 de febrero de 1948, Rómulo Gallegos, considerado el mayor novelista venezolano, se convirtió en el primer presidente de Venezuela elegido libremente por voto secreto y directo, en sufragio universal. ¿Cuáles eran, en fin, los antecedentes del hombre cuya instauración tanto significaba?

Entre ocho hermanos, Gallegos nació en 1884, en Caracas. Su padre "era pobre y había sido perseguido por la adversidad en su negocio" [1]. El padre de Gallegos fue un comerciante sin suerte que compraba, tostaba y vendía café a los comercios al por menor de Caracas. De ahí que toda la juventud de Rómulo Gallegos fuera de una extrema pobreza. Aprendió a leer, no en la escuela, sino gracias a su tío Emiliano Freire [2].

Imbuido al parecer con un espíritu religioso, cuyos aspectos ortodoxos rechazaría después, Gallegos fue llevado al Seminario Metropolitano a la edad de 10 años. Poco después murió su madre, y el Sr. Gallegos, que no estaba de acuerdo con los estudios del seminario, sacó a su hijo, para meterlo dos años después, en 1898, en el Colegio Sucre, en donde en 1903 el futuro presidente obtenía el Bachillerato. Por esa época Gallegos no estaba interesado ni en la historia ni en la literatura. En 1903 entró en la Universidad de Caracas para estudiar derecho, pero tuvo que abandonar los estudios para ayudar a su padre, que estaba pasando por apuros económi-

cos. En 1905 se las arregló para pasar sus exámenes de derecho. Con todo, interrumpió de nuevo sus estudios de abogado para ayudar a su padre, cargado de deudas [3].

De 1906 a 1908 siguió la carrera de maestro. En 1909 empezó a escribir sobre problemas nacionales en *La Alborada*, un periódico del que era miembro fundador [4]. Era el aprendizaje de una carrera en la que se entrelazarían lo literario, lo pedagógico y lo político, y que culminaría cuarenta años después en la presidencia. Vacilante, exuberante, extremadamente idealista, Gallegos mostraba sin embargo en este temprano estadio su deseo de luchar con los problemas cruciales de la nación [5].

En 1912, el mismo año en que se casó con Teotiste Arocha Egui, comenzó a enseñar en el Colegio Federal de Barcelona, del que también fue director. Sus cargos sucesivos en la enseñanza incluirían el de Subdirector del Colegio Federal de Caracas, 1912-1928; Subdirector de la Escuela Normal de Caracas, en 1918; y Director del Liceo Caracas, en 1918 (el nuevo nombre del Colegio Federal de Caracas), 1922-1930 [6].

Después de sus primeros ensayos, su carrera como escritor, que se entremezclaba con la enseñanza, incluyó ensayos con el drama y cuentos breves. Los esfuerzos para publicar estas dos clases de literatura estaban llenos de dificultades, debidas ya a la censura política o a la carencia de fondos [7].

En 1920 se dedicó a la novela, la forma en que destacaría como escritor y propagandista político, en el sentido amplio de la palabra.

Aquí no intentamos describir su obra literaria sino de una manera superficial. Hay que señalar, con todo, que dentro de la filosofía política de Gallegos había una coherencia general. Dentro de esta coherencia general es con todo evidente que durante el régimen de Gómez las obras de Gallegos evolucionaran constantemente hacia la izquierda, llegando esta evolución a su extremo en 1935, el año de la muerte del dictador.

La participación directa de Gallegos en la política, como ha notado Juan Liscano [8], fue inversamente propor-

cional a su eficacia como novelista. Cuando Gallegos se sentía obligado a limitar su actividad política a canales exteriores a los salones gubernamentales, sus energías creadoras encontraban presumiblemente una salida en sus novelas.

A la crítica de que él no estaba en el gobierno, y por tanto no tenía una posición que le permitiera fundamentar sus críticas, podría haber respondido en buena parte como Rousseau: "Alguien puede preguntar si yo soy un príncipe o un legislador, llamado así a escribir sobre política. Mi respuesta es que no, y que precisamente por eso escribo sobre política: si fuera un príncipe o legislador no perdería mi tiempo diciendo qué es lo que es necesario hacer. Lo haría, o me callaría".

Después de escribir *Doña Bárbara*, su obra más célebre, Gallegos fue nombrado senador por Gómez. El dictador intentaba, probablemente, comprarlo con ese cargo en 1931. Gallegos rehusó la designación; envió su carta de renuncia desde Nueva York, y después de pasar un año en esa ciudad se marchó a España, donde vivió alternativamente en Madrid y en Galicia hasta 1935. Su casa en España se convirtió en un centro para los jóvenes exiliados venezolanos [9].

Para sobrevivir económicamente durante ese tiempo Gallegos trabajó además para la National Cash Register, una compañía norteamericana en España. También lo ayudaron los ahorros de su mujer, los beneficios de una escuela para niños montada sobre un terreno adquirido y, en una ocasión, un préstamo muy oportuno de un amigo personal [10].

En 1936 comenzó su participación política directa, cuando aceptó el cargo de Ministro de Educación. Si bien entregó pronto su renuncia al Presidente López Contreras, como protesta frente a la nueva actitud represiva que el gobierno manifestaba hacia los trabajadores, llegó a ser diputado en el Congreso Nacional en 1937; representó al Distrito Federal durante tres años. Al mismo tiempo fue concejal elegido por el pueblo, en el ayuntamiento de Caracas, de 1938 a 1941. En ese último año

llegó a ser Alcalde y lanzó su candidatura, por la oposición, al cargo de presidente de la República. En setiembre de 1947 fue de nuevo proclamado como candidato a la presidencia por el mismo partido de oposición (ahora llamado Acción Democrática), y en diciembre ganó en forma aplastante [11].

El objetivo de este ensayo es examinar el régimen de 1948 de Rómulo Gallegos y comprender el significado histórico de ese breve período. Básico para ese estudio es comprender la visión del mundo de Gallegos expresada en sus novelas, ensayos y discursos políticos. No obstante, si esas obras se estudiaran aisladamente no se podría captar la coherencia entre el hombre y su realidad. Hay que colocar las ideas del hombre en su contexto histórico, del que surgieron y con el que se relacionaron.

¿A qué clase [12], por ejemplo, perteneció el novelista? Y si no se puede encajar a Gallegos, pensador muy independiente, claramente en alguna clase social, cabe preguntar, al menos, qué clase o clases se adherían a su visión del mundo [13].

Una tarea específica fundamental de este ensayo será examinar los años en que se estaban formando las ideas de Gallegos. Es esencial para ese análisis el estudio de la evolución de la estructura económica por la que estaba pasando Venezuela, el consiguiente crecimiento de una nueva clase media (dos de cuyos mayores portavoces fueron Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos), y la lucha de esta nueva clase para llegar al poder político.

Otra tarea inseparable de la anterior será la de describir el conflicto dialéctico en el campo de las ideas. Las ideas de Gallegos constituían, en parte, una antítesis a las tesis de Laureano Vallenilla Lanz que defendía, explícitamente a la dictadura, y a la clase terrateniente y a sus aliados, implícitamente.

Una vez caracterizado el marco histórico en que se desarrollaron las ideas de Gallegos, el autor enfocará en un desarrollo paralelo, las ideas y actividad política de Betancourt.

Los dos últimos capítulos intentarán iluminar los tres años, 1945-1948, en los que gobernaron Betancourt y después Gallegos.

Este ensayo no pretende haber captado "la esencia" de este trienio. Existen demasiadas "historias" para que un ensayo de esta extensión tenga esas pretensiones. Lo que intenta este ensayo, muy en la tradición de la historia "resuelve-problemas", es enfrentarse al problema del subdesarrollo, hasta el punto que hay que confesar que ha habido una distorsión del énfasis en la interpretación de las novelas de Gallegos.

En el intento por "resolver" o analizar históricamente los problemas del desarrollo de Venezuela, se hará pronto visible la tendencia pretendidamente marxista del autor. Todas las sugerencias de los periódicos de 1966 y 1967, así como las de 1974 y 1975 (el período de revisión) pueden introducirse rudamente en ocasiones en la narración. No quería en modo alguno evitar el mundo de hoy hablando del de ayer. Esta tendencia deliberada a unir el presente con el pasado estaba muy reforzada por el hecho que hoy en Venezuela gobierna el mismo partido político que estaba en el poder de 1945 a 1948, Acción Democrática. Los mismos problemas que entonces no se resolvieron vuelven a encontrarse hoy, si bien en condiciones históricas diferentes. Muchos de los miembros del gabinete de aquellos años tienen todavía un papel importante en el futuro de Venezuela. Hay una gran tentación de minimizar las diferencias entre ambos períodos. En un esfuerzo para "utilizar el presente" sin destruir el pasado, he intentado en ocasiones dar dos interpretaciones de las decisiones de Betancourt y Gallegos, una que ve las decisiones en general como una consecuencia natural de la situación histórica, y otra que la ve a la luz de sus resultados.

El primer tipo de interpretación reclama, a mi parecer, la habilidad de colocarse en los zapatos del otro, de ser un Vico. El segundo tipo de interpretación puede pedir una casi brutal ignorancia de las razones de la decisión política. Esta segunda interpretación no se preocu-

pa tanto del juicio moral o del análisis síquico, sino más bien del análisis económico como primer paso para resolver el problema.

El trienio ofrece un gran desafío al historiador que se pretenda marxista. Fue un período de gran reforma, y la tendencia de un marxista es ver siempre la reforma como un engaño o al menos como una concesión. Un marxista se dedica de ordinario a señalar todas las contradicciones, o problemas insolubles, de una sociedad. Se siente más cómodo despedazando un régimen reaccionario que otro en que en ocasiones hay una diferencia sutil entre una concesión y un avance sustancial. Y, desde luego, hay maneras de hacer que los avances sustanciales parezcan como parte de un marco general destinado a mantener la opresión e incluso aumentar la injusticia.

Este historiador cree que, por fútil que sea el intento, la honestidad es la mejor política. No se puede liquidar simplemente un sistema con el que no se está de acuerdo, ni manipularlo mediante inteligentes trucos históricos. De ahí que mi preocupación haya sido "pactar" con el trienio, no descuidar los beneficios de esos años de Acción Democrática, sino ponerlos plenamente a la luz. Si he intentado utilizar los instrumentos marxistas tradicionales, para mostrar las limitaciones del trienio, ha sido también porque sentía que la realidad hacía que su uso fuera auténtico y no una manipulación artificial. En pocas palabras, yo he llegado, con todo, a la conclusión de que una forma socialista de gobierno habría sido quizá una gran mejora respecto al sistema venezolano, tal y como existía en 1948. Dejo al lector el juzgar si esa conclusión es artificial o incluso irrelevante.

NOTAS

1. Luis Enrique Osorio, *Democracia en Venezuela* (Bogotá: Editorial Litografía, 1943), p. 48.

2. Lowell Dunham, *Rómulo Gallegos, vida y obra,* traducido del inglés al español por Gonzalo Barrios y Ricardo Montilla (México, D.F.: Ediciones de Andrea, 1957), pp. 27-28.
3. *Ibídem,* pp. 32-33.
4. *Ibídem,* p. 34.
5. *Ibídem,* pp. 41-43 y *La Alborada, passim.*
6. Ricardo Montilla, *Introducción biográfica a la obra de Rómulo Gallegos: Doña Bárbara* (Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1964), p. 9.
7. Dunham, *obra citada,* p. 55.
8. Para una penetrante interpretación de las obras de Gallegos y su relación con la política es excelente la obra de Juan Liscano: *Rómulo Gallegos y su Tiempo* (Caracas, Talleres Gráficos Imprenta Universitaria, 1961).
9. Dunham, *obra citada,* pp. 66-67.
10. *Ibídem.*
11. Montilla, *obra citada,* pp. 10-12.
12. Por *clase* entiendo un grupo que es relativamente consciente de que desea mantener su posición económica o adquirir una nueva.
13. Tomo la expresión *visión del mundo* de Lucien Goldmann, que la define como "un término conveniente para el complejo conjunto de ideas, aspiraciones y sentimientos que liga entre sí a los miembros de un grupo social (un grupo que en la mayoría de los casos adquiere la importancia de una clase social) y que los opone a los miembros de otros grupos sociales". Lucien Goldmann, *The Hidden God, a Study of Tragic Vision in the Pensees of Pascal and the Tragedies of Racine* (Nueva York: The Humanities Press, 1964), p. 17.

CAPITULO SEGUNDO

ESPECULACIONES SOBRE LAS CAUSAS SUBYACENTES AL GOMECISMO

Todavía está muy incompleta la historia escrita de las muchas Venezuelas, aún predominantemente rurales y feudales, que estaban evolucionando en 1935 hacia algo que se pareciese más a una nación. Todavía queda mucho por hacer, a pesar de las múltiples obras que ya forman parte del mosaico histórico.

En parte el problema proviene de la fuerte concentración en el período de la independencia, aunque recientemente una avalancha de obras, algunas muy importantes, se ha dirigido a períodos más cercanos [1].

En parte esa carencia proviene de la tendencia de los investigadores a gastar una parte desproporcionada de su tiempo en las obras de otros investigadores [2] en lugar de partir del rico material de las fuentes primarias. Al parecer los futuros especialistas se abstuvieron durante décadas de organizar plenamente sus archivos (excepto las colecciones de Cumaná y Maracaibo) y prefirieron escribir libros basados fundamentalmente en los trabajos de González Guinán y Gil Fortoul [3] (Con esto no se quiere negar la existencia de excelentes historiadores venezolanos, reseñados, por ejemplo, en la obra de Germán Carrera Damas sobre historiografía venezolana). Y yo creo que una nueva cosecha de trabajos estará basada en buena parte en las renovadoras síntesis de Domingo Alberto Rangel y Federico Brito Figueroa. Quien esto escribe no pretende estar totalmente exento de este último pecado. Un

remedio respecto al hecho de basar la propia obra en la de otro consiste en hacer monografías regionales muy elaboradas en los archivos locales, como en el estudio sobre la evolución en el Táchira desde 1880 a 1925 de Arturo Muñoz.

Una tercera causa de imperfección (que ahora está siendo remediada mediante el trabajo de Ramón J. Velásquez, William Sullivan y Nikita Harwich) es la dispersión y falta de traducción al español de importantes monografías históricas escritas por norteamericanos (incluidos los canadienses), ingleses y franceses. El presente estudio, por ejemplo, no incluyó algunas obras recientes en francés sobre Rómulo Gallegos, para no mencionar sino la mayoría de los 2.041 títulos incluidos en un estudio bibliográfico de Don Rómulo [4].

De esta manera, en el transcurso de esta cabeza de playa en la historia venezolana, este escritor es muy consciente que está pisando un suelo arenoso. Mi intención en este capítulo será, pues, sólo reintroducir algunos problemas importantes del período 1890-1935, y no pretendo haberlos resuelto satisfactoriamente.

Tiene una importancia primordial resucitar la cuestión tan capital para Vallenilla Lanz y para Gallegos: "¿Qué factores llevaron a la brutal dictadura conocida como *gomecismo*; existía una alternativa realista a esta dictadura?". Puede muy bien ocurrir que la mayoría de los venezolanos sientan que esta cuestión ha sido ya exprimida al máximo y respondida en modo satisfactorio para ellos. Sin duda, la mayoría de los historiadores, incluidos los contemporáneos de diversas orientaciones políticas, han opinado que las dictaduras de Castro y Gómez fueron el resultado casi inevitable del período precedente y han basado esta interpretación casi exclusivamente en la innegable e importante influencia de los acontecimientos del siglo diecinueve: violencia, estancamiento, latifundios y relaciones comerciales neocoloniales con el resto del mundo y caudillismo.

Existe una buena documentación sobre la violencia en toda Venezuela en el siglo diecinueve y, sobre todo, en la década de 1890 y primeros años de Castro hasta

la Revolución libertadora de 1902. Sullivan, por ejemplo, cita las impresionantes estadísticas del General Manuel Landaeta Rosales para mostrar que durante el período 1892-1900 hubo seis rebeliones muy importantes y 437 acciones militares [5]. A nivel local, la violencia está bien documentada en algunos estudios. La región del Táchira parece haber sido especialmente anárquica y caótica. Según el estudio que actualmente está realizando Arturo Muñoz existía un estado de violencia entre una región andina y otra, entre una ciudad y su vecina, y dentro de la misma ciudad. Sullivan describe los Andes, en su conjunto, en 1895, como "un perenne matadero", donde en aquel entonces no existían leyes que protegieran la vida y la propiedad [6].

La mayoría de los historiadores consideran que la violencia y el estancamiento promueven cada uno la aparición del otro o al menos su continuación. Sullivan subraya que el estancamiento es un resultado de la violencia. "En esta actividad revolucionaria murieron millares. Fue sacrificado el ochenta por ciento del ganado existente en el país, y la deuda nacional aumentó..." [7]. Adolfo Rodríguez Rodríguez muestra cómo las guerras en Oriente hicieron que Barcelona perdiera un tercio de su población en pocos años, mutilando la economía [8]. Rangel tiende a señalar ambos sentidos de la interrelación entre violencia y estancamiento. Mientras la violencia restringía y dañaba también de diversos modos el comercio, el estancamiento económico llevaba a los llaneros a la violencia. Rangel es uno de los pocos que nota que la tasa de crecimiento de Venezuela era igual a la de los Estados Unidos hasta la década de 1860, y que hubo menos estancamiento en la segunda mitad del siglo diecinueve de lo que generalmente se cree. Describe más de un oasis de progresos: el café en los Andes, el cacao en Carúpano y el oro en Guayana. Harwich sostiene que el estancamiento venezolano era indudablemente real: "El crecimiento por persona permaneció estacionario (0,39) año tras año a lo largo del siglo diecinueve, y seguiría así hasta el primer cuarto del veinte" [9].

Carlos Irazábal y Federico Brito Figueroa, si bien notan el efecto de la violencia en la economía, ponen mayor énfasis en sus análisis en las causas estructurales del estancamiento, atribuyendo un influjo mayor a la estructura económica feudal de los latifundios. Según la costumbre tradicional marxista colocan como causas determinantes las formas de explotación de la producción que prevalecían en la agricultura feudal en las múltiples Venezuelas, incluyendo los Andes [10]. Armando Córdova y Salvador de la Plaza sostienen posiciones semejantes. Córdova nota precisamente que el:

> sistema económico feudal (es) como el conjunto de las relaciones de producción que surgen cuando una clase social concentra la propiedad total sobre los recursos naturales, dentro de un esquema tal de bajo desarrollo de las fuerzas productivas, que la producción depende en grado sumo de la acción directa del hombre sobre la naturaleza, lo que obliga a los trabajadores a tener que aceptar una relación de trabajo basada en la *servidumbre* e impuesta por los dueños de la tierra [11].

En concreto, las relaciones laborales toman cuatro formas principales: 1) el arrendamiento; 2) la aparcería; 3) la ocupación; y 4) el trabajo de los peones y jornaleros.

> El arrendatario es un cultivador que paga una renta monetaria por el uso de una parcela enclavada dentro del latifundio. El aparcero comparte la cosecha en condiciones predeterminadas por el propietario (medianía, tercería, etc.) es decir, que paga una renta territorial en especie. El ocupante recibe del propietario el derecho a cultivar una parcela bajo el compromiso de prestar ciertos servicios al propietario. Sean éstos remunerados o no, consideramos que esta relación implica el pago abierto u oculto de una renta de trabajo. El jornalero o peón, en cambio, recibe una remuneración en dinero o en especie, como pago de su aportación de trabajo. Estas

cuatro formas básicas pueden encontrarse puras o combinadas en los más diversos híbridos [12].

Todas estas formas constituían la servidumbre, la producción de subsistencia, en condiciones de vida que contribuían a una alta tasa de mortalidad. Como nota Brito Figueroa, el período de 1870 a 1920 "corresponde... a nuestra más lenta expansión demográfica" [13].

Otro énfasis marxista en el análisis del estancamiento se refiere al papel importante del comercio exterior. Maza Zavala, Malavé Mata, Córdova, Rangel y otros han subrayado en una u otra ocasión la adversa estructura comercial que tiene un país exportador de materias primas que cambia por productos de las naciones capitalistas, industrializadas. Los precios de los bienes manufacturados sufrían menos del quebranto de tiempos de crisis y subían más rápidamente en períodos de recuperación. Los créditos externos a los que se acostumbró Venezuela durante el siglo diecinueve fueron discontinuados precisamente cuando Venezuela entraba en una depresión económica, acelerando así su caída. Y la dependencia de la monoproducción para exportar implicaba el fracaso en diversificar y realizar la industrialización. Esta monoproducción, sobre todo, estaba caracterizada por un encarecimiento del desarrollo económico y la explotación feudal del trabajo ya señalada. Todavía en 1899 el ochenta por ciento de la fuerza de trabajo de Venezuela estaba empleada en la agricultura. En suma, la relación comercial de una Venezuela productora de café y de cacao con Europa parecía incapaz tanto de generar un desarrollo suficiente cuanto de terminar con una situación de explotación; más bien el sistema de mercado permitía a las múltiples Venezuelas mantener un parecido modo de producción arcaico, feudal, al margen del sistema mundial capitalista. No hace falta sostener que Venezuela habría estado mejor sin comercio exterior para comprender el fracaso del comercio nacional en generar un desarrollo suficiente, sobre todo en los períodos de depresión del mercado mundial.

Otro aspecto del comercio que contribuía al estancamiento era la tendencia a utilizar monedas extranjeras, incluidas las conseguidas mediante préstamos gubernamentales, para pagar los productos importados más que para el desarrollo de la infraestructura o la acumulación del capital. Además, el capital extranjero se perdía, aun cuando prosperaba el comercio. "El hecho de que las casas comerciales más importantes fueran de origen extranjero implicaba que parte sustancial de la acumulación iba a quedarse en el exterior; de allí la casi nula tasa de inversión y el consecuente estancamiento de las fuerzas productivas" [14].

Otro factor del atraso de Venezuela del siglo diecinueve y del ascenso del gomecismo era el papel disgregador del caudillo. ¿Cuáles eran los principales factores que llevaban a esos líderes de adhesión personalista a convertir a Venezuela en un terreno de continua violencia? Como ya se indicó antes, el caudillo de los llanos escogía la guerra como un remedio económico a la falta de oportunidades que encontraba en las llanuras devastadas. De este modo la guerra engendraba nuevas guerras. "La industria ganadera del siglo diecinueve no se recuperó del todo de los efectos desastrosos de la Guerra Federalista". Como indica Robert Matthews, "1855 fue el año decisivo" en el sistema de economía del cuero en los llanos [15]. Para fines de siglo la guerra ya no era la alternativa económica del llanero; él emigró a los Andes y a Carúpano para ofrecer su trabajo para el cultivo del café y del tabaco respectivamente [16].

También en otro sentido la guerra engendraba más guerra. La Guerra de la Independencia y la Guerra Federal, sobre todo, no sólo quebrantaron las instituciones; también crearon un modo de vida violenta al ensalzar los valores del valiente, bravo y héroe militar [17]. De ahí que posiblemente el cuerpo de oficiales de la Venezuela del siglo diecinueve estuviera sobrecargado al máximo porque la milicia ofrecía una ocupación remunerada y daba la oportunidad de adquirir prestigio y rango, alternativas particularmente apreciadas por personas que de otro modo

se sentían presas por una economía imperfecta y con frecuencia estacionaria.

Y lo que es más, el militarismo regional estaba fomentado por la incapacidad del gobierno central en sostener un ejército capaz de mantener pacificada toda Venezuela. Robert Gilmore y Winfield Burggraaff han notado que aunque se apreciaba el valor militar, nunca se dio en realidad un ejército amplio y modernizado en el siglo diecinueve porque algunos líderes no creían en él, o no podían financiarlos sus gobiernos. Malos caminos obstaculizaban a cualquier ejército que intentara controlar el interior, sobre todo durante la estación lluviosa. Los ferrocarriles construidos por Guzmán Blanco eran de extensión limitada, concentrados como estaban en la parte central de la región montañosa del norte, y en el siglo veinte el comercio decadente de café y cacao aceleró lo que llegó a ser en 1940 [18] su casi total descapitalización. En suma, desde un punto de vista cínico —pero mantenido por muchos historiadores venezolanos— el caudillo adoptaba una carrera violenta porque ésta ofrecía una ruta plausible, posible, para llegar a las arcas de la nación. Aunque él no consiguiera nunca llegar hasta allí, podía seguir siendo señor de su territorio feudal. El se apoderaba de todo lo que podía.

Nikita Harwich se adhiere menos a una teoría demoníaca de la historia en su análisis acerca del carácter belicoso del caudillo. Atribuye su espíritu destructivo a sus inadecuados instrumentos de análisis. El caudillo no posee una explicación coherente de los problemas de Venezuela; sus ideas estaban envueltas más bien en un espíritu como el que se encuentra en la gloria épica de la *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco, y la democracia, la constitucionalidad y la federación no eran sino espejismos políticos. "La retórica política era un ritual al que al principio se conformaban todos, sin ser siquiera conscientes de la contradicción existente entre la palabra y la realidad" [19].

Brito Figueroa parece sostener en alguna rara ocasión este punto de vista: "Con razón José Gil Fortoul escribió

que tanto Juan Crisóstomo Falcón como Antonio Leocadio Guzmán no llegaron jamás a comprender el verdadero contenido social de la guerra Federal" [20]. Pero la verdadera intención de *El tiempo de Ezequiel Zamora* de Brito Figueroa es, por el contrario, que Zamora y los demás jefes que le rodeaban estaban muy conscientes de la realidad venezolana, la explotación del trabajador del campo y de la ciudad. En su análisis estos hombres poseían una ideología coherente que era una mezcla del socialismo utópico europeo y de la democracia burguesa, que deberían adaptarse a las condiciones de Venezuela para crear una sociedad más justa, humana y productiva. Y además ellos tenían un ejército conscientemente revolucionario para realizarla [21]; iba a ser el modo de realizar su esperanza de una distribución igualitaria de la tierra y de terminar con los privilegios de clase y la posibilidad de explotación. Se habría ganado mucho si esta ideología hubiera sido adoptada por más líderes, como alternativa al síndrome de violencia, estancamiento, comercio neocolonial y al destructivo fenómeno del caudillismo, que mostró sus más lamentables efectos con el gomecismo.

Si es bastante fácil aceptar la idea de fallos analíticos por parte del caudillo venezolano, no es tan plausible la idea de que los políticos y caudillos venezolanos no eran conscientes del desfasaje entre la retórica y la realidad. Brito Figueroa sostiene que la revolución social de los campesinos fue traicionada por Antonio Guzmán Blanco, que los campesinos radicalizados continuaron la lucha durante unos pocos años, pero carecieron de la necesaria dirección desde las ciudades, sin la que nunca ha tenido éxito ninguna revolución campesina de carácter social [22]. Los líderes que tomaron control y los caudillos que realizaron las luchas de finales del siglo diecinueve eran probablemente tan poco brillantes y desde luego tan cínicos como los políticos norteamericanos del mismo período que fueron criticados tan acerbamente por Mark Twain. Como nota Blanco Muñoz sobre el Tratado de Coche que terminó con la Guerra Federal,

...todo enfrentamiento, toda contraposición de intereses y de 'principios' en ningún caso llegaría a ser esencial ni insalvable. Se trata por lo general de desavenencias, desajustes en la maquinaria de los repartos y disfrute de privilegios, de enguerrillamientos transitorios, pero en ningún caso de ruptura, de fraccionamientos radicales... todo termina en un pacto en el que se conoce como único perdedor a las masas populares [23].

Rondón Márquez observa también el fracaso en adherirse al principio en los últimos estadios de la Guerra Legalista [24]. Ramón J. Velásquez parece dejar traslucir en su obra una sucesión de cinismo político por parte de los presidentes de Venezuela. Lo que le interesaba en el análisis de Antonio Paredes era que, con pocas excepciones, como la de, quizá, "el Mocho" Hernández, la integridad de Paredes constituía un hecho único [25]. El estudio de Magallanes sobre los partidos políticos, que incluye un capítulo sobre los partidos provinciales, deja al lector con la sospecha de que no había ninguna ideología transcendente, capaz de transformar Venezuela [26], y tampoco los trabajos de Sullivan y de Harwich sobre la Revolución Libertadora muestran que los numerosos caudillos que fracasaron en La Victoria tenían una nueva solución para los problemas de Venezuela. Por el contrario, como observa Rangel, la falta de una plataforma igualitaria en el programa presentado por hombres que eran latifundistas y banqueros-comerciantes fue posiblemente una razón capital de su fracaso en reclutar campesinos para su bando, o reagruparlos con éxito después [27].

La investigación de Arturo Muñoz sobre el Táchira, 1880-1925, ha descubierto las siguientes causas económicas de que los dirigentes locales llevaran a sus seguidores a un, al parecer, interminable derramamiento de sangre: 1) Dados los intereses comerciales envueltos, surgieron peleas entre los pueblos sobre dónde se deberían construir los caminos, sobre si deberían ser construidos o no, y sobre quién iba a tener los derechos de peaje. 2)

También se dieron conflictos sobre los límites parroquiales (eclesiásticos) y los del distrito y municipio (civiles) Los primeros implicaban el hecho económico de dar un mayor mercado en los días de fiesta; los últimos implicaban discusiones sobre ingresos municipales. 3) Surgieron peleas sobre los impuestos de mercancías que pasaban de un distrito a otro; mientras que los impuestos de tránsito eran legales, no ocurría lo mismo con los impuestos de importación. "Era una lucha entre iguales para ver quién dominaría" [28].

Sigue en pie con todo la cuestión de si la Guerra Larga fue el único momento histórico en la última mitad del siglo diecinueve en el que la violencia ofreció una solución creadora a los problemas del país. Blanco Muñoz considera que prácticamente toda la violencia de Venezuela se da en dos niveles: la violencia explotadora de los dirigentes (incluyendo a Zamora), y la violencia creadora de las masas, aunque la última y sus objetivos era siempre traicionada por los primeros. Pero, de hecho, todavía hay que investigar mucho antes de que podamos llegar a algo más que a una conclusión hipotética a este respecto.

Se necesitan más estudios parecidos a los de Muñoz y Matthews antes de que podamos generalizar sobre si la violencia de las masas era realmente creadora o si los dirigentes rebeldes eran siempre inspirados por los deseos tradicionales de explotación. Pocos historiadores discutirían la afirmación, basada en una observación objetiva, de que el venezolano medio del siglo diecinueve era víctima de explotación, injusticia, y de un orden social que le dejaba ignorante y con poca salud. Al que esto escribe le parece valioso investigar lo que llamaría la realidad subjetiva, la conciencia del campesino y del caudillo; con otras palabras, entender mejor la relación entre esta situación obviamente injusta y el continuo derramamiento de sangre. Una cuestión íntimamente relacionada con ésta es la de si los que participaron en la violencia del período 1863-1903 habían formulado o aceptado, aunque fuera en forma embrionaria, un programa

de transformación nacional que proporcionara una alternativa y terminara con el mando dictatorial que se conoció con el nombre de gomecismo. (Pero puede ser que nosotros no podamos encontrar nunca una solución satisfactoria a estas cuestiones, porque, como ocurrió en el estado de Trujillo, los archivos, deteriorados, han sido aniquilados. Y por lo que respecta a los pensamientos de los campesinos y llaneros rebeldes, la mayoría de ellos jamás escribió ni una palabra, por lo que los historiadores deberán tener tanto ingenio en penetrar en sus pensamientos como el de los que están investigando la historia del campesinado medieval en Europa, o la vida de los esclavos que trabajaron en el hemisferio occidental hasta 1888. Es una tarea compleja, pero el historiador no debe cejar. Aceptar nuestra presente ignorancia de las causas de la violencia de fines del siglo diecinueve implicaría que la dictadura de Gómez era el resultado justificable, o al menos lógico, de una época de caos y de violenta intranquilidad. A quien esto escribe esa actitud le parece en parte análoga a la inclinación de algunos periodistas contemporáneos en Venezuela y en mi propio país a describir las huelgas de los estudiantes ignorando los problemas de fondo que las producen, lo que lleva al lector a aceptar la supresión brutal por la policía de los huelguistas, como solución tanto inmediata como satisfactoria de todo el problema).

El interés del historiador respecto a la conexión entre las ideas políticas y el pensamiento popular en la historia de Venezuela le lleva necesariamente a considerar el último gran esfuerzo en favor de una revolución política pacífica en el siglo diecinueve. Tal fue la campaña presidencial del General José Manuel "El Mocho" Hernández en 1897, de estilo populista (a lo William Jennings Bryan). Las enormes y entusiastas muchedumbres respondían probablemente a un estilo político que daba la impresión de incorporarlas al proceso político. Como especula Ramón J. Velásquez: "Tal vez el venezolano veía en su sencillez, en su pobreza orgullosa, en su vida errante y llena de simples episodios, el más fiel reflejo de su

propia aventura". El programa político de Hernández, del Partido Liberal Nacionalista, no era nuevo [29]. Había sido popular desde la época de Antonio Leocadio Guzmán (y probablemente antes) el decir que uno era un "adversario franco del personalismo" y que creía en el "sufragio popular, electivo, federal, representativo, alternativo y responsable". Con todo, algunas de sus ideas ya habían sido probadas y habían dado efectos contraproducentes, como la reducción del ejército y la creación en su lugar de una milicia nacional [30]. Sin un fuerte ejército nacional surgían rebeliones locales. La idea de que los oficiales podrían ser elegidos mediante el voto de la milicia en cada cuerpo había sido probada durante la Guerra Civil estadounidense, y el resultado fue que la disciplina se deterioró drásticamente. Su llamado en pro de una administración honesta de los fondos públicos, del castigo de la corrupción, de la independencia del poder público administrativo, del cumplimiento estricto de las leyes penales y de la supresión del sectarismo, tenían un dejo de demagogia si no de utopía en el contexto de la sociedad venezolana de fines del siglo diecinueve [31]. Sus ideas económicas, como el fomentar el crédito a la agricultura, ganadería e industria estaban en el aire desde 1840. Su defensa de un incremento de la inmigración mediante acuerdos con los Estados Unidos, Alemania y otros países, como medio para estimular la agricultura, tenían precedentes que llegaban hasta la Colonia Tovar y épocas anteriores. Su plan de construcción vial había sido proyectado por Tomás Lander [32].

En todo caso, incluso si las ideas de El Mocho eran en su mayoría antiguas, su personalidad y el modo como llevó su campaña hicieron evidentemente que adquirieran una nueva vitalidad y credibilidad. A pesar de las décadas de desilusión cosechadas por las promesas incumplidas de otros dirigentes, quizá él fue creído cuando dijo: "Los gobiernos deben ser nacionalistas en el sentido democrático de que se rigen por el pueblo y para el pueblo y de que sus beneficios deben ser repartidos proporcionalmente entre todos los Estados y ciudadanos

de la Federación, sin privilegios, ni monopolios, debidos a preferencia de secta". Y se tomó en serio lo que él dijo cuando pidió "que mis amigos hagan uso enérgicamente de las fuerzas cívicas disponibles para lograr el cumplimiento del Programa de Gobierno y de política contenido en estas líneas" [33].

Los historiadores han afirmado con frecuencia que la palabra *nacionalista* en el nombre del partido de Hernández *Liberal Nacionalista* era sólo una manera de evitar la impopular palabra *conservador* y el devastador epíteto que inevitablemente le acompañaba, *godo,* porque esta marca habría significado un suicidio político para todos aquellos a los que se le hubiera aplicado desde fines de la Guerra Federalista. Quizá sea esto verdad, pero no cabe duda que *nacionalista* no implicaba para Hernández una oposición de lo venezolano respecto a lo extranjero; quería mejorar el cuerpo diplomático para conseguir el respeto de los extranjeros pero, más importante aún, quería fomentar la inmigración, procurar atraer los servicios pedagógicos de expertos extranjeros y, sobre todo, la "importación de capitales extranjeros" [34]. En todo caso, la convicción con la que el pueblo creía en El Mocho o, más exactamente, el fanatismo con el que la gente quería creer en él cuando pronunciaba llamados deliberadamente vagos pero muy promisorios en favor de una participación popular en el proceso político, de un nuevo reino de igualdad social y de una nueva moralidad, implica algo importante acerca de las aspiraciones profundas y duraderas de los venezolanos.

¿Cuáles fueron los principales partidarios de Hernández, que formaban su pueblo en Guayana, el Táchira, Oriente y el Tuy? ¿Qué multitudes eran las que le recibieron en la Estación de Caño Amarillo en Caracas? ¿Quiénes eran los que le escribieron miles de cartas desde Barquisimeto, Apure, Carabobo, Táchira y Guayana? Ramón J. Velásquez ha dado algunas pistas para la solución de estas preguntas sin respuesta, a partir de sus investigaciones en los archivos [35], y Magallanes nos dice que "agrúpanse gente de todos los sectores, personeros del gobierno

de la Revolución Azul, liberales ortodoxos, y sobre todo, jóvenes que hacían su debut en la política, provenientes de familias acomodades principalmente de origen provinciano" [36].

Queda la posibilidad de que muchos de los partidarios de Hernández provinieran de lo que podía haberse convertido en una burguesía progresiva y dinámica, al menos por lo que correspondía a la época, los mismos a los que Cipriano Castro se alienó y dejó de organizar dentro del sistema capitalista del país. Según Domingo Alberto Rangel, "Existían en el comercio, hasta el momento en que irrumpe el petróleo, sectores e individualidades descontentas e ilustradas, a quienes habría correspondido fatalmente aquel papel" de iniciar la revolución industrial en Venezuela. Rangel continúa: "Sólo transformando algunas de las bases de la economía nacional le era dable al comercio mantener y ensanchar su tasa de beneficio. Sus ambiciones tendían a chocar con los límites, muy estrechos, que la Venezuela agraria y precapitalista fijaba en su expansión. La industria, imposible sin una alteración previa de ciertos factores, era la única solución. "Cuando aparece el petróleo se hizo posible la expansión comercial sin la reforma agraria, y la burguesía comercial comenzó a identificarse con los imperialistas [37]. Antes del petróleo "la burguesía mercantil estaba a la cabeza de las reivindicaciones más genuinas y más hondas del país y era factor indispensable para cualquier cambio progresivo en nuestra sociedad". La burguesía era la que habría tenido que transformar la estructura feudal del país. Con una clase media de "asociaciones culturales, de centros estudiantiles, de gremios de artesanos y de cámaras de productores" formaba la potencial "clase revolucionaria de la sociedad"; y ellos, tan deseosos y con tanta necesidad de orden y de libertad, fueron los que se sintieron más traicionados por Castro, con una profunda frustración debida al continuo sistema arbitrario del caudillismo [38].

Quedan, con todo, muchas cuestiones enigmáticas a partir de las afirmaciones de Rangel, sobre todo la que pretende que la clase de los comerciantes había sido do-

minada ya por Guzmán Blanco en 1864 y traicionada por el caudillismo hasta finales de siglo. Hay algunas pruebas en los estudios recientes de que los comerciantes fueron una base fundamental para Guzmán Blanco y que de hecho, durante el septenio (1870-1877) Guzmán Blanco realizó muchas de sus aspiraciones, y que los presidentes posteriores los sostuvieron a menudo contra los latifundistas [39].

Además, el mismo Rangel parece sostener una concepción netamente diferente de las clases comerciales en un libro más reciente. Reconoce el importante poder político de la burguesía tanto en Maracaibo como en Caracas, y también nota que se utilizaba mal la deuda pública, permitiendo que aumentaran los beneficios de los comerciantes cuando aumentaban las importaciones con ocasión de cada nuevo préstamo. De este modo, tanto los beneficios como las importaciones eran altos hasta que se terminaban los fondos del préstamo, con lo que se dejaba de realizar la acumulación del capital y de reforzar la infraestructura económica, crónicamente débil [40]. Grandes comerciantes que tuvieron máximos beneficios entre 1810 y 1920 reinvirtieron, es verdad, parte de su riqueza en materias primas, pero esas inversiones estaban relacionadas también con el comercio de exportación, por lo que contribuyeron muy poco a la transformación económica de Venezuela [41]. Por lo que toca a las profundas transformaciones que podía haber hecho la burguesía, el hecho histórico es de que para 1908 estaban limitadas a ajustes en el orden económico. Iban a apoyar el régimen dictatorial de Juan Vicente Gómez, en búsqueda de la unificación nacional que necesitaban, creyendo que "esa unificación era imposible sin un estado férreo", como dice Rangel. Sin duda la división del país en territorios feudales y los violentos desórdenes constituían grandes y permanentes obstáculos para la acumulación del capital, pero, con todo, es también posible concluir que la clase de los comerciantes era en potencia un agente transformador en el sentido más amplio sugerido por Rangel en *Andinos en el poder*. Es creíble que hubieran

podido jugar este papel transformador si se tiene en cuenta el elocuente estudio de Warren Dean sobre la clase comercial de Sao Paulo que realizó ese papel. Cuando se tengan todos los datos relativos a Venezuela puede ser que se vea que algunos de los partidarios de clase media de El Mocho fueron también partidarios del General Gómez; pero sólo una investigación más extensa dará una respuesta realmente satisfactoria a ésta y muchas otras cuestiones sobre las causas subyacentes del gomecismo.

NOTAS

1. John Lombardi, "Venezuela since 1830" en Charles E. Griffin, ed., *Latin American Guide to Historical Literature* (Austin: University of Texas Press, 1971).
2. Esta opinión está basada en las recientes observaciones de Ramón J. Velásquez en su introducción a una conferencia dada por Arturo Muñoz en marzo de 1975 en Caracas; también está basada en observaciones del historiador Robert Matthews, que investigó recientemente en Caracas durante tres años.
3. Lombardi, *obra citada.*
4. María Eugenia Viquez Viquez y otros, *Contribución a la bibliografía de Rómulo Gallegos,* 1884-1969 (Caracas: Imprenta Municipal de Caracas, 1969).
5. William M. Sullivan, "The Rise of Despotism in Venezuela; Cipriano Castro, 1899-1908" (tesis doctoral no publicada, University of New Mexico, Albuquerque, New Mexico, 1974), p. 1.
6. *Ibidem;* Arturo Muñoz, tesis en proyecto, University of Stanford, San Francisco, California, 1975.
7. Sullivan, *obra citada,* p. 1.
8. Adolfo Rodríguez Rodríguez, *Oriente en la obra de Rómulo Gallegos* (Caracas: Ministerio de Educación, 1970).
9. Domingo Alberto Rangel, *Capital y Desarrollo, la Venezuela Agraria* (Caracas: Editores San José, 1969), pp. 83, 149-181 y

conferencia del Dr. Bernardo Ferrán en el Centro para estudios del desarrollo (Canales), Universidad Central de Venezuela, 1962, citado por José Antonio Silva Michelena, *The Illusion of Democracy in Dependent Nations* (Cambridge: The MIT Press, 1971), p. 44; y a su vez citado por Nikita Laureano Harwich, "Cipriano Castro and the 'Libertadora' Revolution; a Hypothesis in Historical Development" (History Senior Honors Seminar, Trinity College of Duke University, Durham, North Carolina, 1971-72), p. 106.

10. Carlos Irazábal, *Hacia la democracia* (Caracas, Avilarte, 1974) y Federico Brito Figueroa, *Historia Económica y Social de Venezuela* (Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, 1974), tomo II; la inserción entre paréntesis es una cita de Salvador de la Plaza, *El problema de la reforma agraria, elemento básico de planificación de la economía Nacional* (México, D.F.: Ediciones Fuente Cultural, 1947), p. 14.
11. Armando Córdova, *Inversiones extranjeras y subdesarrollo: el modelo primario exportador imperialista* (Caracas: Imprenta Universitaria de Caracas, 1973), p. 71.
12. *Ibídem*, p. 77-80 y Salvador de la Plaza, *obra citada*, p. 14.
13. Brito Figueroa, *obra citada*, p. 403. La advertencia relativa a las estadísticas de las primeras décadas del siglo veinte debe ser aplicada también al siglo diecinueve. "Es prácticamente imposible encontrar acerca del tema del crecimiento demográfico venezolano en las primeras décadas del siglo, dos tratamientos que por lo menos coincidan en las cifras globales de población". María de Lourdes Acedo de Sucre y Carmen Margarita N. Mendoza, *La generación venezolana de 1928, estudio de una élite política* (Caracas: Ediciones Ariel, 1967), p. 44.
14. Rangel, *obra citada*, pp. 110-118, y Córdova, *obra citada*, p. 184.
15. Robert Paul Matthews, Jr., "Rural Violence and Social Unrest in Venezuela, 1840-1858, Origins of the Federalist War" (tesis doctoral, New York University, New York, 1974), p. 100.
16. Rangel, *obra citada*, p. 83.
17. Sullivan, *obra citada*, p. 3.
18. Robert Gilmore, *Caudillism and Militarism in Venezuela: 1810-1910* (Athens, Ohio: Ohio University Press, 1964) y Winfield

Burggraaff, *Venezuelan Armed Forces in Politics.* Por lo que toca a los ferrocarriles, véase Rangel, *obra citada,* pp. 217-241.

19. Harwich, *obra citada,* pp. 20, 115-116.
20. Federico Brito Figueroa, *Tiempo de Ezequiel Zamora* (Caracas: Ediciones Centauro, 1974), 487.
21. *Ibidem,* pp. 453, 361, 472, 473, 475, y Harwich, *obra citada,* p. 18.
22. *Ibidem,* 478.
23. Agustín Blanco Muñoz, *Modelos de Violencia en Venezuela* (Caracas: Ediciones Desorden, 1974), pp. 154-155.
24. Rafael Angel Rondón Márquez, *Crespo y la revolución legalista* (Caracas: Talleres Gráficos de la Contraloría General de la República, 1973), p. 61.
25. Ramón J. Velásquez, *La Caída del liberalismo amarillo, tiempo y drama de Antonio Paredes,* segunda edición (Caracas, 1973), *passim.*
26. Manuel Vicente Magallanes, *Los partidos políticos en la evolución histórica venezolana* (Caracas: Editorial Mediterránea, 1973).
27. Domingo Alberto Rangel, *Los Andinos en el poder* (Caracas: Vadell Hermanos, 1974), pp. 120-125.
28. Basado en conversaciones con Arturo Muñoz acerca de su proyecto de tesis, "Táchira, la Región y la Nación, 1881-1925".
29. Sobre los detalles que se dan más adelante sobre la plataforma política de Hernndez véase el Programa del Partido Liberal Nacionalista, 20 de febrero de 1897, *Documentos que hicieron historia, 1810-1961* (Caracas, 1960), tomo II, pp. 108-112.
30. Véase Gilmore, *obra citada, passim.*
31. Por lo que respecta una extrema corrupción en altos cargos, amaño de la constitución y elecciones fraudulentas, véase Sullivan, *obra citada,* pp. 14-16, 19, 49.
32. Sobre los precedentes de la plataforma de Hernández en la primera historia republicana véanse los volúmenes sobre Tomás Lander y Antonio Leocadio Guzmán en *Pensamiento político del siglo XIX* (Caracas: Presidencia de la República).
33. *Documentos que hicieron historia, obra citada,* p. 112.
34. *Ibidem,* p. 109.

35. Velásquez, *obra citada,* pp. 164-166.
36. Magallanes, *obra citada,* p. 157.
37. Domingo Alberto Rangel, *Los Andinos en el poder, obra citada,* pp. 222-223.
38. *Ibídem,* pp. 91-97.
39. Impresión sacada de Mary B. Floyd respecto a su proyecto de tesis para la University of Indiana, "Guzmán Blanco and the septenio".
40. Rangel, *La Venezuela agraria,* pp. 111, 155.
41. *Ibídem,* p. 147.

CAPITULO TERCERO

EL GOMECISMO

La gradual y con todo, nerviosa transición de poder, en diciembre de 1908, de Cipriano Castro a Juan Vicente Gómez refleja el golpe bien organizado de este último [1], la carencia de escrúpulos de los seguidores de Castro que traspasaron su alianza a su compadre [2] y la desilusión general que existía respecto a Castro, junto con la complicidad en ese derrocamiento de poderosos grupos de intereses, tanto venezolanos como extranjeros. Como ha mostrado William Sullivan en la obra hasta el presente más completa sobre Castro, su década de tiranía era recordada en el momento de la "evolución" en 1908 a Gómez como probablemente un nuevo récord en lo que toca a un gobierno arbitrario y poco efectivo [3].

Respecto a su programa económico, sólo sus trabajos públicos, que incluían caminos, acueductos, puentes, un teatro nacional y bibliotecas, hospitales y una academia de bellas artes, pueden ser comparados favorablemente con la década de 1890. Los esfuerzos por conseguir una administración eficiente quedaron enmarañados en un sistema de registros desperdigado y caótico, que perduraría hasta las reformas hechas por el ministro de finanzas de Gómez, Román Cárdenas, en 1918. La comunidad de banqueros fue hostilizada mediante la encarcelación de sus miembros como castigo por no ver la conveniencia de otorgar nuevos créditos al gobierno, fuertemente endeudado. Los comerciantes también estaban lesionados tanto

por la nueva tarifa de importación y exportación como por los costosos mecanismos del comercio. Los burócratas del gobierno sufrían al recibir sólo de modo irregular sus salarios. Los gobiernos de otros países estuvieron prácticamente en guerra a causa del moratorio de Castro sobre los pagos de la deuda y, de hecho, llegaron a utilizar la fuerza antes de aceptar el arbitraje de los Estados Unidos; además hubo influencias extranjeras en el intento de derrocar a Castro —la Revolución Libertadora— que liberó a los inversionistas extranjeros de la venganza agresiva, aunque en parte justificada, de Castro. (Como muestra Sullivan, la culpa estaba tanto en los inversionistas como en Castro). Y los pobres, que apenas constituían un grupo importante de poder, sufrían, con todo, del gobierno de Castro, en particular por el fracaso del gobierno en aliviar la creciente pobreza urbana. El programa fiscal de Castro, un método de tasa regresiva, también les dañaba, y se puede decir que la única gente que se benefició económicamente fue el mismo Castro, Gómez y su círculo de amigos influyentes que a fines de 1908 controlaba buena parte de la riqueza comercial, agrícola y pública de Venezuela, o se había apropiado de una parte de los inesperados beneficios de las concesiones petroleras [4].

Si los años de Castro en Pamplona lo habían acostumbrado a la retórica liberal, el "cabito" mostró pronto su inclinación a continuar la tradicional práctica despótica. Como nota Sullivan [5], se estimaba que "La tarea principal de un dirigente nacional era tener a raya a sus subordinados, a sus amigos en los cargos públicos (aunque Castro tuvo menos éxito que Gómez en colocar andinos) y a sus enemigos en la cárcel o en el exilio, y el General Castro cumplió bien esta tarea". Como se indicó, los banqueros, incluido el General Matos, fueron apresados. La universidad fue cerrada durante un cierto tiempo con el pretexto de que estaba saturando a la sociedad de graduados en medicina, derecho, ingeniería y teología en lugar de crear los necesarios veterinarios, técnicos en minas y hombres de empresa [6]. Los periódicos enemigos del

gobierno fueron cerrados y sus escritores metidos en la cárcel en condiciones bárbaras, según describen las *Memorias* de José Rafael Pocaterra [7]. Se manipuló fraudulentamente les elecciones; Castro dictaba los nombres de los que deseaba fueran electos a los cargos públicos, e incluso seleccionaba los secretarios privados de esas marionetas [8].

El llamado de Castro al nacionalismo por lo que respecta a la política exterior pudo haberle ganado durante un cierto tiempo apoyo, rezongante, en su enfrentamiento con los poderes europeos por lo que toca a la deuda exterior. La deuda era un legado de la época de Crespo, que a su vez era un legado del período de Guzmán Blanco. Pero el aventurismo de Castro contra Colombia, que implicaba un esquema impracticable de Bolívar de establecer una federación liberal de Venezuela, Colombia, Ecuador, Nicaragua y otros estados de Centroamérica, terminó en un fracaso y en un derramamiento de sangre ciertamente innecesario. Y por último su propia conducta personal de excesos en la bebida y actividad sexual extramatrimonial, aunque quizá común en una era de *machismo*, llegó más allá de cualquier límite razonable y terminó por quebrantar su salud, obligándole a dejar el cargo y viajar a Europa, para hacerse una operación en los riñones que no se practicaba en Venezuela [9].

La opinión pública, en concreto la de los soldados tachirenses, los burócratas que vivían en el Centro, los comerciantes, banqueros y grandes terratenientes que deseaban protección, así como de los ofendidos estudiantes y jóvenes idealistas (como Rómulo Gallegos) se unieron para apoyar (o al menos esperar mejores días con) el nuevo gobierno de Juan Vicente Gómez. Su nuevo y tan diferente estilo de sobriedad y moderación introdujo un período de luna de miel [10]. Pero fue muy corto. Con todo, aunque Castro "no pudo incitar el desarrollo de la economía ni librar al país del marasmo en que se hallaba por la anarquía y los constantes brotes de sedición" [11] él, no obstante, aceleró el proceso, que fue después continuado por Gómez, de unificar las separadas Venezuelas de los llanos, de la costa y de los Andes, una tarea en

la que habían fracasado los liberales del litoral durante la segunda mitad del siglo diecinueve. Tanto Castro como Gómez contribuirían también a un cambio económico que en algunos aspectos profundizaría la dependencia económica [12].

La primera prioridad de Castro fue también de Gómez, la de establecer y mantener el orden. Ni Castro ni Gómez tenían un plan nacional que hubiera podido atraer la plena colaboración de la nación en un espíritu de común sacrificio. Un tal plan era ajeno a una ideología que, en teoría, insistía en la libertad económica y en la práctica permitía el inescrupuloso individualismo del gobernante. Hay algunos historiadores que opinan que Gómez y otros consiguieron combinar exitosamente su codicia personal y el bienestar público, pero, como se mostrará después, estos dos objetivos eran a veces aguda y mutuamente excluyentes. Fueron muchos los que participaron de los despojos. Para mantener el orden entre los excluidos (entre los que se encontraba el General Matos y su coalición de caudillos tradicionales) sólo había otra solución lógica, aparte de la de una participación liberal del poder: la fuerza.

Para tener un mecanismo militar eficaz, Castro fue más allá de los esfuerzos esporádicos de Joaquín Crespo en la década de 1890. Comenzó modernizando la infantería y la marina. Rehizo la marina en un tiempo récord, y edificó el nuevo muelle de Puerto Cabello para servir a la nueva flota y ampliarla. Remodeló la infantería, mejorando su equipo, estableciendo en Caracas una Academia Militar y dando a los supuestamente leales andinos un papel más importante en el nuevo sistema. No hay ni que exagerar el alcance de esta modernización ni el de la lealtad andina hacia él. Como nota Muñoz [13], incluso bajo Gómez (que continuó el proceso, dando el 19,5 por ciento del presupuesto a los militares entre 1911 y 1920 [14], y que estableció la Escuela de Aviación Militar y la Escuela Naval), sólo se dieron los equipos más modernos a las tropas de Maracay. La infantería del interior siguió siendo de pacotilla. Gómez nunca quiso crear una

oposición potencial dentro de su propio ejército. Por lo que respecta a la lealtad de los andinos, Muñoz observa que la oposición más incesante a la administración de Gómez provino de otros andinos. Una carta a Gómez (probablemente de Nicolás Hernández) observa que incluso todavía en 1924 "la mayoría de los presos son andinos y los hay que llevan catorce años —dentro de la cárcel—" [15]. Si la nueva organización militar de Castro contribuyó al triunfo de la Revolución Libertadora, también fue decisiva al respecto la errada estrategia militar de la oposición de atacar La Victoria; el que Gómez diera pertrechos a La Victoria en el momento crucial; la división de los dirigentes de la oposición; la alianza del General Matos con los intereses extranjeros que alejó a los posibles voluntarios de la causa rebelde y el que Matos no llegara a ofrecer a su ejército de campesinos una reforma agraria [16].

Otro método para intentar establecer y mantener el orden fue el mejoramiento por Castro del sistema de espionaje "para vigilar las conspiraciones en las provincias de las Antillas, en los Estados Unidos y en Europa" [17]. Fue un sistema continuado por Gómez, y éste le permitió mantener la vigilancia (la mayor parte del tiempo) sobre el entonces exiliado Castro, estar alerta en 1929, mucho antes de que sucediera la "invasión" de Cumaná por Román Delgado Chalbaud, y en general perseguir continuamente toda la oposición en el exilio y seguir sus movimientos [18].

También Castro comenzó otro programa que debería estar asociado con su compadre Gómez; la mejora de las comunicaciones telegráficas y el sistema vial nacional. Estas cosas permitían que el ejército estuviera mejor informado y fuera más móvil. La red que concluyó en 1935 no constituía un plan nacional que constituyera un paso adelante en favor de una economía nacional unificada. Pero los caminos construidos iniciaron el proceso. Hacia 1942, dos tercios de los caminos se extendían desde Caracas a la frontera con Colombia "en el eje de la región montañosa y de la porción de corto antepuerto, y una

cuarta parte corresponde a la región de los llanos" [19]. Según la opinión de Muñoz, la carretera transandina fue un factor importante en la eliminación de la sempiterna guerra en el Táchira.

Con sus esfuerzos por establecer el orden tanto Castro como Gómez respondían a cartas que pedía la paz a cualquier precio, incluyendo la amnistía [20]. La paz en el Táchira vino a cualquier precio: Eustoquio, primo de Gómez, llevó a cabo una política de tierra quemada [21]. Relacionada con esta drástica medida fue también la no menos draconiana tanto de Castro como de Gómez, sobre todo de este último, de aplicar la tortura mental y física y de ejecutar sin más a muchos de sus enemigos. Una explicación de esta conducta dada por Diego Córdova es simplemente que Gómez era inmisericorde en su espíritu de venganza, "la saña implacable contra sus opositores" [22].

Procurando explicar los métodos de Gómez de inculcar la angustia mental, el Dr. Alberto Ramírez observa: "El General Gómez nunca usó el fusilamiento como método de autoafirmación, intuitivo, sagaz y cruel; usó la desesperanza mediante la lentitud del apersogamiento, émulo psicológico de sus tiempos de boyero. Redujo a sus enemigos sometiéndolos a la depresión sistemática, provocada, progresiva, inexorable..." Las causas parecen ser, en parte, la existencia de precedentes históricos de esta conducta: "Sin muchos esfuerzos el lector introyectará la similitud de procedimientos de los españoles. Monteverde, Moxo, Boves, La Hoz: mazmorras, secuestros, atropellos, desconocimiento, etc., etc. Nereo Pacheco - conocido guarda de prisión de La Rotunda - se nos viene a la memoria" [23]. Pablo Emilio Fernández, un hijo de un leal a Gómez que murió defendiéndolo en 1929 contra Román Delgado Chalbaud, observa que también hay aquí precedentes republicanos del uso de grillos: Páez, José Tadeo Monagas, Guzmán Blanco y Crespo; Castro los utilizó también y tuvo a sus prisioneros encadenados durante períodos que fueron superiores a los de sus predecesores [24]. Gómez aumentó su peso (el de los grillos). Fernández, Poca-

terra, y Fuenmayor nos recuerdan que también se sufrían terribles azotes y otras torturas físicas; hay escenas del período de Gómez que compiten con las películas contemporáneas por su sadismo: hombres colgados por sus testículos, mujeres por sus pechos [25]. (Con frecuencia, cuando Gómez prefería extraer un valor mental, Castro había preferido solucionar el problema mediante una ejecución "discreta", como la de Antonio Paredes [26].

En la mayoría de los casos Castro y Gómez parecían preferir que el número de sus víctimas fuera mínimo, pero en partes del Táchira, donde la oposición estaba emperrada, Eustoquio Gómez, primo del presidente, aplicó la política de la tierra quemada. Contra los soldados de Juan Pablo Peñaloza aplicó el castigo extremadamente cruel de colgarlos vivos de ganchos de carne hasta que se descompusieran [27].

Por lo que toca al número total de prisioneros políticos, éstos fueron más de 38.000 durante los años de Gómez, una cifra grande de gente que sufre, pero un pequeño porcentaje de los que se opusieron a él durante 27 años. Parece que hubo un cierto método en la locura de Gómez. Intentaba reducir la violencia, tanto geográfica como numéricamente, incrementando para ello su selectividad e intensidad; haciendo escarmiento con un número mínimo de víctimas e inculcando un sentimiento de terror en los que no eran directamente reprimidos. Tuvo éxito. Muñoz señala el ejemplo de aquel jefe civil tachirense, que sospechaba que su tienda estaba vigilada por jefes a las órdenes de Eustoquio; en estas circunstancias ominosas nadie entraría en la tienda incluso para ver las mercancías, aun sin comprarlas. El jefe civil iba a la bancarrota. En suma, la mera sospecha de que Eustoquio tenía la tienda vigilada bastaba para marginar a cualquiera [28].

Emilio Arévalo Cedeño, tenaz guariqueño, caudillo rebelde, veterano de siete invasiones, observa una y otra vez la completa pasividad que el terrorismo había inducido en los llaneros:

Puedo decir, con toda verdad, que yo luché solo, porque mis compatriotas que no estaban en mi campamento jamás me ayudaron ni con la dádiva para satisfacer necesidades perentorias de la guerra, ni mucho menos con el aviso salvador y oportuno, que pudiera ponerme en posesión de armas y municiones, dándome a conocer oportunamente en dónde se encontraba el enemigo, que muchas veces estaba en condiciones de ser destruido, como lo sabía más tarde...[29].

Los venezolanos estaban atomizados por el terror, temerosos de juntarse para organizar la resistencia[30]. "La Revolución no existía en el interior del país: Venezuela estaba muerta..."[31]. Parte del problema, como se indicará después, para organizar una oposición, era la falta de una ideología progresiva por parte de Arévalo Cedeño; Fuenmayor, que estaba trabajando en la áreas urbanas, tuvo mayor éxito en organizar una oposición, pero no cabe duda de que el terrorismo fue un factor capital para imponer la paz de los muertos.

Si Castro y Gómez usaron el terror con éxito como *uno* de sus métodos para establecer el orden para unificar el país, la nación que iba coagulándose pagó un precio terrible. La discusión política estaba atrofiada en la mayoría, como ha indicado Germán Carrera Damas:

> "...el período de gobierno despótico de Juan Vicente Gómez llevó a su punto más bajo los esfuerzos de articulación de la sociedad venezolana, en estructuras que correlacionasen al individuo con el grupo, con la clase y con la sociedad toda. La ecuación se daba entre individuos y el Poder Público sin tamices, sin instancias intermedias, hasta el punto de que, para los individuos, en ausencia evidente de estructuras institucionales, la única forma de garantizarse la libertad y la seguridad era el establecimiento de lo que se ha dominado una relación de *clientelismo:* un amigo ministro, general o jefe civil —Muñoz ha indicado la complicada red de compadrazgo

entre Eustoquio Gómez y muchos de los jefes civiles en el Táchira—: es decir, una garantía real contra el despotismo total del poder. Esta relación de *clientelismo* ha sido estimada como una forma degradada o corrompida de la democracia. Yo he sugerido que el *clientelismo* fuera visto como una forma de la libertad y de logro de la seguridad en situación de debilidad institucional.

Si los efectos del "clientelismo" servían para suavizar el gomecismo, fueron dañinos para el desarrollo político de los períodos posteriores

> ...cuando los partidos políticos modernos de Venezuela comienzan a actuar, lo hacen en una atmósfera nada propicia a la adopción de formas franca y claramente institucionalizadas. No se podría esperar menos que su mediatización por prácticas tradicionalmente arraigadas en la sociedad venezolana. Y quizás en rigor cuando se habla de partidos a nivel de decenio del 40, haya que pensar fundamentalmente en un caudillo civil, rodeado de un grupo de allegados que se esfuerzan por contrarrestar la herencia de atomización social, la herencia de *clientelismo* elemental [32].

También Carlos Irazábal ha sentido el hecho de que en el período posterior a la muerte de Gómez el resultado de un vacío político en la discusión pública implicaba que las ideas más moderadas parecían de un radicalismo sin pies ni cabeza para amplios sectores del pueblo. Ideas que para Carlos Irazábal parecían ser fundamentalmente capitalistas y burguesas eran probablemente consideradas como "bolcheviques" [33]. (Además, hasta el presente algunos venezolanos se alejan de todo compromiso y discusión políticos, temiendo que un imprevisto cambio de gobierno pueda llevarles a convertirse en personas perseguidas).

Como ya se ha insinuado con las observaciones de Carrera Damas y Muñoz sobre el *clientelismo* y el compadrazgo, ni Castro ni Gómez establecieron el orden

mediante el mero recurso a la fuerza y el terror. Más aún, al eliminar el caudillismo y guerra locales, estos déspotas eliminaron algunas de las mayores plagas de los campesinos. Ya no estarían sometidos a los ejércitos merodeadores que devoraban sus cosechas y animales, dejando devastado lo que no necesitaban directamente. Eustoquio Gómez usó los mismos métodos en la "pacificación" del Táchira, pero al menos cuando se consumó el holocausto la paz fue permanente [34]. Barcelona ya no volvería a perder 5.000 hombres, un tercio de su población, en sólo pocos años de reclutamiento forzoso, ni volvería a estar sometida la población de la región a las devastaciones del General Martín Marcano, la variación local del tema de Eustoquio Gómez [35].

Dentro de esta todavía injusta estructura social se permitía al campesino trabajar en su parcela con relativa tranquilidad. Se conservaban intactas todas las desigualdades del latifundio, como las de su contrapartida, el minifundio. De hecho, como ha mostrado Brito Figueroa, los latifundios crecieron significativamente durante las décadas de Castro-Gómez, hasta 1920, una continuación de la tradición feudal de Páez, Monagas y Guzmán Blanco [36]. No cabe duda que el mismo Gómez se convirtió rápidamente en el mayor latifundista de Venezuela y vio a los demás terratenientes, muchos de los cuales producto de sus dádivas, como parte de sus mejores aliados. Para dar un ejemplo representativo, en una carta que menciona a Antonio Pimentel (ministro de Hacienda que había "incrementado una base de despojos, de ocupación y compra compulsiva de haciendas particulares tan extenso que, en 1960, sus descendientes lo vendieron al Estado en cincuenta millones de bolívares" [37]) Gómez observaba lo siguiente:

> ...dije al amigo Don Antonio Pimentel lo mismo que repito a Usted: esto es, que en Venezuela son y tienen que ser los propietarios, como Ustedes, los más interesados en la conservación de la paz pública, puesto que son los que tienen que perder.

> Sólo pueden querer las guerras intestinas los aventureros que nada tienen que exponer y los rematadamente perversos obsesionados por el espíritu del mal en todo sentido...[38].

Si hubo algunos aventureros como Arévalo Cedeño, que se embarcó en la guerra porque "nada tienen que exponer", esto se debía a que ellos habían perdido todo al monopolizar Gómez la comercialización de los caballos y reses, y obligarles a dejar el negocio:

> Emilio, no podemos comprar tus caballos. El General Gómez ha dado orden de que el único comprador sea el General Eulogio Moros, Encargado General de La Candelaria y de los bienes gomeros en el Estado. El General Moros te pagará los caballos al precio que él querrá y te dará su valor en ganado cimarrón de La Candelaria al precio que él quiera, luego nos llamará y nos impondrá comprar los caballos al precio que él quiera, y recibiendo el pago de ellos en novillos de último tamaño, los cuales nos pagará al precio que él quiera [39].

Por lo que toca a los campesinos que permanecían en las grandes haciendas, los que estaban directamente bajo el mando del General Gómez probablemente eran los mejor tratados. Está el caso de los trabajadores de las fábricas de azúcar de Gómez, que fueron forzados a permanecer en su oficio, pero Muñoz nota que, cuando todavía era un hacendado del Táchira, Gómez acostumbraba a pagar la contribución de trabajo de sus peones, de modo que éstos no tuvieran que ir a trabajar a los caminos [40]. Como presidente, en 1916, impuso esa contribución de trabajo a otros, pero como muchos morían de hambre y malos tratos, Gómez abolió el sistema en 1918 [41]. Pero los empleados de Gómez lo pasaban bastante bien, mientras que otros eran sin duda mucho menos afortunados. Hay prueba que los peones en los Estados Zulia, Yaracuy y Aragua estaban sometidos al régimen de azotes [42]. Muchos abandonaron el campo durante las décadas de 1920 y 1930, hacia los campos petroleros o las

ciudades, pero mientras permanecieron en el campo sufrieron todas las miserias e injusticias de los latifundios feudales. La gran mayoría de ellos eran extremadamente pobres, y el atraso agrícola estaba acompañado de los problemas del alcoholismo, desnutrición y las consecuencias de una cultura rudimentaria. La sumisión de los que permanecían en las haciendas a los hombres que virtualmente eran sus señores estaba relacionada con la alianza que Gómez tenía con esos hacendados, por lo que a su muerte muchos se alzaron contra sus opresores [43].

Algunos venezolanos contemporáneos miran retrospectivamente a la era de Gómez como un tiempo en que los precios de los alimentos eran bajos y la gente comía bien, pero los documentos parecen mostrar que, a pesar de un aumento en la agricultura doméstica durante el período de 1920 a 1936 [44], el peón, que hizo posible el triplicarse la producción, permanecía en una situación desesperada y comía peor que el trabajador urbano [45]. Brito Figueroa nota también el mito de que Venezuela es un paraíso tropical con suficiente comida para todos:

> La alimentación del medio rural venezolano, en general, presentaba graves deficiencias, especialmente en el bajo consumo de proteínas animales, calcio, vitaminas A, B, y el complejo B2; el consumo de vitamina C también era realmente bajo, y sólo se presentaba relativamente alto en los meses de junio, julio y agosto, época de las cosechas de mango. Las condiciones sociosanitarias de la vivienda facilitaban la pervivencia del índice de mortalidad; incluso en 1941, el 61 por ciento de las viviendas estaba constituido por ranchos, y el 54 por ciento de ellas tenía techo de paja, el 70 por ciento piso de tierra y el 75 por ciento carecía hasta de simples letrinas. El índice de hacinamiento por habitante en el campo era de 4,3, pero 63 por ciento de los ranchos sólo tenía una habitación, con superficie que oscilaba entre cinco y quince metros cuadrados y un índice de hacinamiento de 5,5 [46].

La estructura latifundista abarcaba, como muestran Brito Figueroa e Irazábal, esta coincidencia de males: un minifundio que no proporcionaba una dieta adecuada; una necesidad de someterse al régimen explotador del trabajo y producción (en el que cachicamo trabaja para lapa) "para compensar los defectos inherentes a una técnica rudimentaria"; y la perenne paradoja de una producción que crece poco a poco y de una continua degradación humana [47]. En cuanto buena parte de los alimentos producidos por los minifundios no entraban en las estadísticas nacionales, las conclusiones relacionadas con la agricultura doméstica deben ser consideradas sólo como hipotéticas. Se necesita más investigación para determinar las condiciones de la dieta para este período en las distintas zonas de los Andes, los llanos y el litoral, y para hacer comparaciones correctas con la era anterior a la de Gómez. Además se necesita investigación para determinar si el aumento en la agricultura doméstica, debido al parecer a la nueva demanda de estratos de población en los campos petroleros y áreas urbanas, se debía también a la transferencia de la agricultura del café y del cacao a la de alimentos en cereales domésticos. También es posible que el aumento de la producción esté ligado parcialmente a la mayor cantidad de tierra que se encontraba bajo la administración directa del clan de Gómez, así como al uso de soldados para garantizar la recolección de la cosecha. "La familia Gómez y sus favoritos incorporaron a sus dominios una tercera parte de la tierra cultivada" [48].

Si eso fuera así, el dramático descenso de la agricultura doméstica desde 1936 parece se debería en parte a la repentina pérdida de control sobre los trabajadores agrícolas por el clan de Gómez cuando éste murió y se desató la reacción anti-gomecista. Pero no cabe duda que mientras que controlaba la situación el General Gómez tenía tal cantidad de tierras a su disposición que era capaz de influir personalmente en los precios del mercado de Caracas. Este notable poder se manifiesta bien en el siguiente hecho: Al volver a su cuartel en Maracay des-

pués de un viaje a Caracas, el Coronel Valmore Chirinos fue interrogado sobre lo que había visto en la capital (enero de 1928). Respondió que había visto hambre y precios altos: un papelón a 4 centavos, un kilo de caraotas a 4 centavos y un kilo de maíz al mismo precio. Gómez despachó inmediatamente dos cargamentos de trigo, caraotas y papelón de sus propias tierras, y esto bastó para bajar los precios de esos productos a dos centavos y medio. El incidente refleja el pragmatismo paternal de Gómez y, quizá, ayuda a comprobar la observación de que la gente de la ciudad comía mejor que los que vivían en el campo. Además, el porcentaje de la población rural empleada activamente en la economía nacional era mucho más bajo que el porcentaje de los urbanos económicamente activos, y esta diferencia se amplió seriamente entre 1925 y 1955 [49].

De hecho, la alianza entre Gómez y los otros latifundistas no contribuyó a resolver algunos de los más serios problemas de la producción agrícola ni de las condiciones de vida de los campesinos. Esto parece paradójico, dado que tanto Castro como Gómez eran desarrollistas orientados hacia el campo, en una nación en la que el 80 por ciento de la fuerza de trabajo estaba todavía empleada en la agricultura. El orden era la primera prioridad del gobierno, pero la agricultura y ganadería le seguían de cerca, al menos hasta 1925, cuando el petróleo sobrepasó al café y al cacao como principal exportación del país. Aunque el mismo Gómez no nació con muchas tierras, se había esforzado para superar, mediante medios tradicionales, su pasado de ignorancia y pobreza en el distrito rural de La Mulera, Táchira. Aprendió a tener la dureza y la insensibilidad necesarias para tomar y mantener el poder, y una parte importante de este poder estaba basada en la producción de ganado y café, dos caminos tradicionales para adquirir riqueza [50]. El las utilizó para financiar la revolución de Castro en 1899, Una vez en el poder, los dos compadres continuaron adquiriendo riqueza mediante el comercio de ganado y la adquisición de tierras. Como pre-

sidente, Gómez miraba con mucho orgullo la producción de sus dominios y fomentaba muchas ferias de ganado (donde invariablemente ganaba con sus valiosos toros) [51]. De hecho, si había un terreno en que la producción alimentaria de Venezuela sufriera menos que en los demás, era la ganadería, que hasta 1935 fue capaz de estar a la altura de la demanda.

Muchos de los factores que producían continuas dificultades en la agricultura estaban profundamente enraizados en la historia económica de Venezuela. Como han mostrado Rangel y otros [52], la crisis del café y del cacao ya existía antes de que fuera agravada por el petróleo. El no poner en cultivo nuevos campos, el no modernizar los métodos de cultivo, la continua dependencia de las varias formas de relaciones laborales feudales asociadas con el latifundismo, las condiciones adversas del mercado mundial que afectaban con particular encarnizamiento a las economías de monocultivo de exportación (el caso más grave fue la superextensa producción de café en unión con la crisis del mercado mundial de la década de 1930) eran algunos de los mayores problemas estructurales y técnicos que hacía tiempo necesitaban soluciones.

La prioridad gubernamental por establecer el orden antes que, o mejor que educar, permitía que siguieran existiendo esos problemas. La educación podría haber incluido mayor tecnología agrícola, y mejorar las prácticas de la mano de obra. Tanto Castro como Gómez padecieron durante sus primeros años de una falta de fondos, y entre 1911 y 1920 Gómez empleó sólo el 5,2 por ciento del presupuesto para la Instrucción Pública [53]. Si el gobierno de Castro comenzó a publicar un periódico de instrucción pública y creó escuelas de arte y comercio, ni él ni Gómez introdujeron ningún método nuevo para aliviar los problemas de los latifundios. Gil Fortoul propuso un control más riguroso de la educación privada, es decir, la católica, en 1914, medida que se realizó como reforma por Rubén González en 1924 [54], pero éste era un control administrativo cuya eficacia era limitada en

tanto en cuanto el gobierno no diera los fondos tan necesarios para la educación, tanto rural como urbana. En 1928, se crearon 200 escuelas unitarias y 30 escuelas graduadas, pero en 1937 los congresistas hablaban de la falta de 10.000 escuelas de ese tipo [55]. En la educación superior el gobierno reflejaba de nuevo las prioridades militares sobre las estrictamente educativas. Tanto Castro como Gómez cerraron la universidad de Caracas, y este último la mantuvo cerrada desde 1912 a 1920; pero Castro había sido aún más miope: convirtió la Universidad de Lara en cuarteles en 1900. Se suspendieron indefinidamente las universidades del Zulia y Carabobo y la Escuela Superior de Guayana [56], y Gómez ignoró la ilustrada petición de Régulo Olivares para establecer escuelas de comercio en Táchira [57]. Gómez empleaba a menudo a hombres bien educados y de mentalidad progresista; también los escuchaba, pero con frecuencia rehusaba actuar conforme a sus buenos consejos. Si su estilo político era tranquilo, sus acciones y sus negativas a actuar formaban parte de un sistema de mando que era tan arbitrario como el que había existido bajo Castro. Por tanto Venezuela dejó de hacer importantes reformas en un gran número de campos, incluidos el de la educación y la agricultura. Gómez fue indiferente, por ejemplo, a las peticiones de César Zumeta en 1921. Zumeta insistía en "la necesidad de coordinar el desarrollo de la naciente industria petrolera con un gran impulso y modernización de la agricultura y cría". Como observa Velásquez, Zumeta también:

> señala la necesidad de organizar la explotación de los recursos pesqueros del país y de adoptar una política inmigratoria atractiva para los grandes núcleos humanos que quieran abandonar Europa; insiste en la necesidad de reformar la legislación fiscal y crear el impuesto sobre la renta (1931) y crear el Seguro Social obligatorio (1925).

En 1925 José Ignacio Cárdenas proponía, como una manera de evitar la propagación del socialismo, la significa-

tiva concesión de "repartir las tierras baldías laborables (1924) entre los venezolanos no propietarios, en proporción al número de hijos que tengan. La propiedad de estas tierras y de los inmuebles gozarían de una absoluta inmunidad y no podrían ser vendidos, ni enajenados, ni gravados, ni permutados", y también propuso "Escuelas Agrarias para los nuevos propietarios de tierras", así como "la organización de la Asociación Nacional de Productos Agrícolas", para "lograr el aumento, mejoramiento y diversificación de la producción nacional, defender los intereses de todos los productores..." [58].

Velásquez siente que la causa principal de la resistencia de Gómez a esas propuestas de reforma era su decisión de colocar la paz y orden por encima de cualquier otra prioridad. Pero también es probable que una parte de la respuesta al por qué del rechazo de Castro y Gómez a actuar en esas direcciones se encuentre en su aceptación del elitismo de su época, del que participaban con los latifundistas en el interior y con la élite comercial en Caracas. Dentro de esta actitud estaba también una definición generalmente estrecha del nacionalismo y de los intereses nacionales.

Uno no puede menos de sospechar, por ejemplo, que si Castro atacaba vigorosamente a los monopolios extranjeros esto se debía a que él y sus amigos deseaban poseerlos. Sullivan y Brito Figueroa presentan pruebas evidentes de la acumulación de riqueza por los dos compadres a expensas del interés nacional. Algunos, como Fernández, arguyen que Gómez pensaba dar todas sus propiedades a la nación en testamento, pero López Contreras confiscó las propiedades de Gómez y no hubo testamento. Es posible pensar que Gómez se diera cuenta que su familia no podría seguir prevaleciendo contra un sentimiento tan mayoritario del país una vez que él muriera, y por tanto nunca hiciera testamento. Pero, al menos durante su vida, como nota el mismo Fernández, Gómez no tuvo escrúpulos en vender uno de sus hoteles a la nación por 17 millones de bolívares [59].

De esta manera, si Gómez creó un amplio complejo de industrias en Maracay, de hoteles en otros lugares y latifundios en todas partes, se pueden considerar esas creaciones con el justificable, aunque ahistórico, escepticismo de Blanco Muñoz:

> Quedarse en los logros materiales o externos, pudiera llevarnos a tipificar los períodos de mayor entrega y violencia represiva como los más avanzados desde el punto de vista de eficacia para la puesta en práctica de planes administrativos, económicos y sociales, y, además, es necesario dejar sentado que todos los gobiernos que han pasado por la historia republicana de Venezuela, han dejado su cuota de intenciones y hasta de construcción de bienes y obras a partir de las cuales podrían ser juzgados. Lo que interesa es plantearse el sentido de estas bienhechurías. ¿A quién favorecen? [60]

Si las medidas de Gómez beneficiaban a la nación, entonces, en buena parte, hay que definir la nación en términos muy estrechos. Así como Gómez había de convertir a Venezuela en un satélite de los Estados Unidos (o contribuir significativamente a este proceso), las provincias de Venezuela se convirtieron progresivamente en satélites de *El Benemérito* y de su clan de ladrones de tierras del Táchira. Los monopolios propiedad de Gómez y financiados por el gobierno incluían primero el ganado y la carne, después el algodón, la mantequilla, la leche, el papel, el jabón y los fósforos. El monopolio de la lotería fue a parar a José Vicente Gómez; a sus amigos "fueron las presidencias de los Estados y los negocios de medicamentos, frutas secas, muebles, cine, y automóviles. También ellos estaban financiados por el Estado pero no pagaban impuestos. Una buena parte de sus beneficios fue a parar al exterior, a bancos extranjeros o inmuebles en otros países" [61]. Por debajo de los presidentes de los Estados provenientes de Táchira, los tiranos locales operaban a nivel de las ciudades, explotando las necesidades de la comunidad, sacando participación

de los productores de leche, cultivadores de trigo, pescadores y pastores de cabras [62]. En el remoto lugar del Territorio Federal Amazonas, se permitió al "jefe-satélite" Tomás Funes organizar un virtual sistema de esclavitud y una política de asesinatos para conseguir grandes beneficios con el monopolio del caucho [63].

En suma, algunas propiedades como las factorías de Maracay beneficiaban a sus propietarios, pero las propuestas ministeriales, ya indicadas —que Gómez desatendió— eran, en algunos casos, sólo indirectamente benéficas para el dirigente de la nación, y habrían creado una forma de competición política y posiblemente económica que él no quería tolerar. Sin embargo, no se puede negar que Gómez hizo reformas por lo que toca a la salud que fueron con frecuencia benéficas para la nación, como la construcción de 21 hospitales, la fundación de policlínicas, el establecimiento de la Ley de Sanidad en 1912, el envío de sus funcionarios a las conferencias médicas internacionales, las campañas contra la fiebre amarilla mediante la acción contra los árboles de bananas de la capital, la distribución de medicinas durante la epidemia de 1919 y la aceptación de consejos de ministros de máxima calidad en este ramo, como Maldonado y Chacín Itriago. El período Castro-Gómez ha sido titulado incluso como parte de una "renaissance de la medicina venezolana en la última década del siglo XIX y comienzo del XX".

Por lo que toca al General Gómez, "jamás regateó su respaldo autoritario en las medidas drásticas de policía sanitaria" [64]. Si la tasa de mortalidad de Venezuela seguía siendo alta hasta 1920, hay que admitir que su tiranía era, con todo, utilizada constructivamente por lo que toca a los problemas sanitarios. La mayor falla era las escasas sumas dadas para la implementación de las medidas sanitarias. Del presupuesto general para 1934-1935, sólo 12,4 por ciento correspondía a la Salubridad, Agricultura y Cría [65]. Otra limitación era la lenta respuesta del gobierno a las demandas de medidas sanitarias hechas por gentes exteriores a los círculos gubernamentales. Hicieron falta

tres años para que el gobierno actuara ante las vitales demandas de la gente respecto a la contaminación por el petróleo de aguas estrictamente necesarias para la sobrevivencia de muchas comunidades [66]. Uno de los resultados de las deficiencias del gobierno fue que los llanos siguieron infestados de malaria [67], un factor que contribuyó a su prolongada postración económica.

Otro factor en la decadencia de la producción agrícola fue el aumento de la producción petrolera. Es concebible que los ingresos gubernamentales provenientes del petróleo pudieran haber sido empleados inmediatamente en varios programas agrícolas sugeridos por los funcionarios progresistas del régimen. De esta manera, el petróleo podría haber promovido directamente el resurgir de la Venezuela agrícola. Sin embargo, hasta 1940, la participación de Venezuela en los beneficios obtenidos del petróleo fueron absurdamente bajos. Rangel estima que desde 1929 a 1940 los beneficios de los Estados Unidos en esa industria representaban el 70 por ciento del total [68]. Otros dan estimaciones todavía más pesimistas sobre la participación correspondiente a Venezuela, lo que refleja claramente su papel subordinado como un satélite económico de los Estados Unidos.

Desde principios del régimen de Gómez en 1908, el capital extranjero jugó papel capital en la política de Venezuela, y el capital petrolero estaba particularmente comprometido. La misma toma de poder por Gómez fue en parte financiada por este capital. Ofreciendo solucionar todas las diferencias principales con los Estados Unidos (y muchas de ellas eran espinosas), pidió que los Estados Unidos mantuvieran junto a la costa barcos de guerra para facilitar de hecho la transición de poder. Ya en 1907 Gómez había informado confidencialmente a un periodista norteamericano que su primera tarea como presidente sería resolver las diferencias más importantes con las corporaciones extranjeras, modificar las leyes de minas existentes (presumiblemente en favor de ellas) y hacer todo lo posible para atraer a Venezuela el capital extranjero [69].

Los Estados Unidos, ansiosos de que Venezuela pagara sus deudas, impusiera para ello una estabilidad interna y creara una atmósfera favorable a la explotación intensiva de los recursos venezolanos, estaban seguros que Gómez se mostraría manejable para sus intereses. Le dieron su cooperación inmediata, esperando al parecer que Gómez actuaría con el papel de entreguista desempeñado por Porfirio Díaz en México [70].

Mientras los intereses petroleros extranjeros y Gómez procuraban servirse cada uno del otro, el último resultado de su interacción fue que el dictador fue sirviendo cada vez más su interés personal a expensas de Venezuela [71]. Su gobierno era la "expresión política de la alianza entre la burguesía monopolista de Nueva York y la nobleza territorial de Venezuela" [72].

Muchos actos corroboran fundamentalmente este hecho. Gómez otorgó amplias concesiones a los intereses petroleros mediante precios ridículamente bajos. Actuando como intermediario y vendiendo estas concesiones encontramos a La Compañía Venezolana de Petróleo, que nunca hizo exploraciones ni explotó el petróleo. Sin embargo, Gómez recibió significativos beneficios de sus dividendos. Como se dijo antes los impuestos a los beneficios del petróleo eran muy bajos; la tasa máxima durante muchos años era de $16\,^{2}/_{3}$. La ley de 1918 expresaba el derecho del gobierno venezolano a expropiar tierras que se necesitaran para la producción de petróleo por las compañías norteamericanas o inglesas; la misma ley contiene exenciones de derechos aduanales para el equipo y maquinaria importados, y garantiza que no habrá ninguna otra clase de impuestos adicionales. De hecho la pérdida económica sufrida mediante la exención de derechos de importación superaba a los ingresos que recibía el gobierno por el petróleo. Gómez permitió que se perdieran aún más millones al no reclamar contra la política de las compañías petroleras de refinar en Curazao, Aruba y Nueva Jersey en lugar de Venezuela. Al parecer temía las organizaciones radicales de obreros y la intervención extranjera [73].

Quizá el testimonio máximo de la alianza de dependencia de Gómez con los intereses extranjeros fue el hecho de que en 1920 la principal ley nueva sobre petróleo planeada por Gumersindo Torres fuera sustituida rápidamente por otra hecha por los abogados de las compañías petroleras extranjeras [74]. Años después la llamaría con razón Rómulo Betancourt "made in U.S.A." [75]. Con esta revisión se perdieron los esfuerzos de Torres para realizar una política de preservación de las ricas reservas nacionales de petróleo, al parecer para una ulterior utilización directa por parte de Venezuela [76]. De 1919 a 1936 las empresas extranjeras pagaron sólo el 7 por ciento de su producto bruto al tesoro venezolano [77]. El "astuto" Gómez dio todo lo arriba señalado, a pesar del claramente establecido derecho legal de Venezuela a los minerales de su subsuelo [78].

Por lo que toca a la política gubernamental en lo referente a las relaciones entre empresarios y obreros en la industria petrolera, Gómez en general adoptó el mismo sistema de *laissez-faire* que empleaba con sus latifundistas aliados, quienes, con raras excepciones, pudieron explotar a sus peones a voluntad [79]. En 1925 los obreros del petróleo hicieron una huelga, que duró nueve días e incluyó a 10.000 trabajadores del Distrito Bolívar en Zulia; [80]; Gómez adoptó una actitud pragmática: "aunque la huelga fue reprimida por el gobierno, los trabajadores obtuvieron, sin embargo, un pequeño aumento en sus salarios" [81]. Este pragmatismo estaba en marcada oposición con la política ordinaria, que ejemplariza la huelga de la postguerra dirigida por el Gremio de Artes Gráficas de Caracas.

Como observa Hemmy Croes: "La represión policial contra los huelguistas fue despiadada, y sus líderes más destacados penaron largos años de prisión. Algunos de ellos murieron en La Rotunda, como el Presidente de los gráficos, Leopoldo Matky Coronado" [82].

Si es fácil comprender el comportamiento de Gómez respecto a los obreros en la historia de la postguerra respecto al "peligro rojo" que se extendió por todo el

hemisferio occidental, su entreguismo respecto al petróleo pide una explicación más compleja. Parte de la respuesta parece estar, como se indicó más arriba, en "los intereses bastardos de enriquecerse él personalmente y sus amigos, y de entregar el país a los capitales extranjeros para cimentar su poder político interna y externamente" [83]. También estaba por medio el *desconocimiento* en los primeros estadios del petróleo en el siglo veinte venezolano. La industria pasó por años en que no hizo ningún beneficio substancial, mientras que los pagos por las concesiones y los derechos de exploración ayudaban a financiar un gobierno más estable. Nadie conocía en 1908 hasta qué punto era rico el subsuelo, y posiblemente se temía también que los empresarios del petróleo ignorarían Venezuela para concentrar su capital en la vecina Colombia; de hecho, cuando las leyes colombianas se hicieron más restrictivas, parece que el dinero petrolero disminuyó en ese país. ¿De qué habían servido los ordenamientos legalistas de Cipriano Castro sino para disminuir las inversiones de capital dentro de la nación, todavía cargada de una pesada deuda?

Quizá es más importante para explicar la actitud de Gómez su concepto de independencia y nacionalismo económico. Durante su década de experiencia gubernamental bajo Castro, el nacionalismo económico implicó el problema de las compañías extranjeras, como se ve por su participación en la Revolución Libertadora, pero aún más crucial para el destino de la verdadera independencia de la nación fue el problema de la deuda externa. Fue la larga acumulación de la deuda externa, a partir del nacimiento de la República y agravada durante los años de Guzmán Blanco, la que finalmente explotó durante el régimen de Castro, llevando a la nación al borde de una nueva época colonial.

La doctrina Monroe había probado ser inadecuada para salvaguardarla en los primeros estadios del conflicto. Además, el corolario de la Doctrina Monroe había sido el pretexto para mil intervenciones de los Estados Unidos en los países del Caribe, precisamente sobre problemas

relacionados con la deuda externa. Gómez pudo pues pensar que el capital extranjero era mejor que la deuda externa. En circunstancias en que Venezuela carecía de la tecnología necesaria para la explotación del petróleo, el gobierno de Venezuela debía hacer todos los esfuerzos posibles para atraer una inversión de capital que permitiera a la nación obtener su independencia económica mediante la eliminación de la deuda externa [84].

Gómez no se apoyó sólo en el petróleo para financiar los pagos de la deuda. Como bien se conoce, era un administrador meticuloso que daba una cierta cantidad a cada rama del gobierno, y ni un centavo más [85]. Con todo, hay una prueba concreta de que Gómez relacionaba la independencia económica de la nación con la eliminación de la deuda, y, desde luego, los ingresos petroleros fueron fundamentales para financiar los pagos de la deuda, por bajos que esos ingresos puedan parecer hoy.

> Cuando busqué en mí mismo el remedio para aquella situación de desorden y de anarquía, lo hallé en la conciencia del deber y en la obligación que tenemos todos los venezolanos de ser fieles a la obra de los Libertadores. Si ellos realizaron la independencia política —me dije entonces— yo debo completar su obra, realizando la independencia económica, fundando la paz y organizando la hacienda pública, para hacer que el crédito de la Nación se levante vigoroso del estado de abatimiento en que se halla. ...su deuda disminuía gradualmente... en ningún caso se recurrió al expediente de empréstitos nacionales ni extranjeros...
>
> La obra de Bolívar estará así completa, puesto que la Patria que él soñó libre, próspera y feliz, se alzará ante el mundo en el pleno goce, no sólo de su soberanía política, sino también de su independencia económica por la redención de sus compromisos que aseguró la integridad de su crédito [86].

La investigación reciente deja cada vez más claro que no todos los miembros del gobierno de Gómez consideraban la independencia económica sólo en términos de la deuda nacional. El caso más famoso es el de Gumersindo Torres, que defendía ardientemente el derecho de la nación a su petróleo, a la creación de reservas de petróleo, tarifas de importación y mayores beneficios. Vallenilla subraya que ya en 1912 había oposición dentro del gobierno al programa de otorgar tan fácilmente concesiones petroleras. El gobierno, con todo, continuó con esta política y siguió haciendo caso omiso de la aprobación del congreso [87]. En 1924 José Ignacio Cárdenas tenía ideas muy concretas sobre política petrolera: "las circunstancias han cambiado, hoy son los extranjeros los que necesitan de nosotros, por consiguiente seríamos unos idiotas de no aprovechar patrióticamente de la época creada por usted y suprimir así esos regalos generosos y costosos para la nación que han venido siendo los contratos en favor de los extranjeros". Como ya se indicó, Zumeta había propuesto utilizar los ingresos del petróleo para fomentar la agricultura y la ganadería [88].

En otra ocasión, en 1918, él elaboró también una especie de Plan de Defensa económica de Venezuela, que pedía lo siguiente:

1) Conservar y aumentar las reservas de oro y productos indispensables a la vida industrial de cada país;
2) Proveer el mercado interior con los frutos del propio suelo y la propia industria;
3) Combatir toda tendencia del capital extranjero a constituir tutela o a predominar en cualquier ramo de la actividad nacional;
4) Ensanchar su comercio de exportación y extender su influencia financiera [89].

Pero estas ideas estaban canalizadas en una correspondencia privada con el General Gómez. No eran objeto de discusión pública. Por lo que tocaba a los temas potencialmente controvertibles la audiencia era extremadamen-

te limitada en el público. No era posible ejercer una presión pública en el ejecutivo sin arriesgarse a ir a parar a la cárcel. Bajo ese sistema, Gómez podía y de hecho rechazó algunas de las ideas más progresistas y brillantes de sus propios ministros, y el que no delegara más poder a otros en los últimos años de su vida hizo que el sistema fuera todavía más irresponsable [90].

Así pues, los ingresos del petróleo, que debían haber estado coordinados con un gran impulso modernizador de la agricultura, fueron invertidos principalmente en otros terrenos. Sólo cuando la agricultura exportadora se encontró en grave crisis en la década de 1920 se instituyó el Banco Agrícola y Pecuario. Este ayudó a financiar algunas cosechas, pero paradójicamente aceleró también la decadencia de la Venezuela rural. Los propietarios de tierras las hipotecaron al Banco Agrícola e invirtieron el producto de la hipoteca en empresas más rentables en las crecientes ciudades: inmuebles y construcción.

Es asombrosa la falta de control gubernamental respecto a la utilización de esos préstamos [91]. Quizá Gómez estaba contento al ver que los latifundistas hipotecaban sus propiedades en el banco que él había creado; quizás cuando se anulara por el banco el derecho a redimir la hipoteca las propiedades que luego eran puestas a la venta caían en sus manos. Se necesita mayor investigación para descubrir las razones de esta aparente negligencia, la falta de control por parte del Banco del uso de sus préstamos.

Ya para 1927 era evidente el dañino impacto de la industria petrolera sobre el campo. Los latifundistas que se dedicaban a la exportación se quejaban ese año de que el desarrollo de la industria petrolera les iba arrebatando toda la fuerza de trabajo, haciendo imposible la cosecha [92]. Existía un éxodo rural hacia los campos de petróleo, pero durante las primeras décadas de mayores exportaciones de petróleo (1917-1927) su número total era pequeño, inferior a 10.000 [93]. Francisco Mieres, escéptico respecto a la exactitud del censo, se atreve a estimar con todo que en el Estado Zulia 60.000 a

80.000 hombres, o tres a cuatro por ciento de la población rural, dejó su trabajo para emplearse en la industria petrolera entre 1920 y 1926[94].

La industria petrolera no absorbía todos los trabajadores que, desesperados, iban dejando la agricultura destinada a la exportación. La mayoría de esos trabajadores huían a las ciudades, donde se convertían en parásitos o se dedicaban a pequeñas actividades comerciales[95]. (Este no fue el primer éxodo a la ciudad; había habido ya otro antes de la primera guerra mundial[96].) Puesto que los trabajadores huían a los campos de petróleo y a las ciudades, tuvo que subir el precio del salario agrícola precisamente cuando los precios de exportación, debido a la depresión mundial y a la devaluación del dólar norteamericano, estaban alcanzando bajas record[97].

Como se observó antes, el capital conseguido finalmente por el Banco Agrícola iba a las ciudades, y con él muchos de los mismos latifundistas. Los grandes señores rurales abandonaron el campo y algunos acumularon tantos solares urbanos que se convirtieron en latifundistas de la ciudad. Otros dejaron el rancho o la granja en manos de un administrador que debería recoger todas las rentas que pudiera, recoger las cosechas, y enviar el café y cacao a los mercaderes de la ciudad al precio que pudiera. Muchos de los ranchos de los llanos quedaron completamente desiertos; se convirtieron en "casas muertas"[98]. Algunos propietarios de tierras resistieron sistemáticamente el éxodo de sus trabajadores. Se opusieron al programa gubernamental de trabajos públicos, sosteniendo que estimulaba el abandono de sus haciendas. Gómez escuchó a sus aliados y en 1927 redujo en forma considerable los rubros correspondientes a los trabajos públicos. "La recluta coactiva" fue otro expediente empleado, pero también fracasó como método de detener el éxodo[99].

La agricultura doméstica fue capaz de resistir las consecuencias de su propio atraso hasta el año 1936. Hubo un marcado contraste con las exportaciones, que cayeron a pico cuando la depresión mundial; la agricultura

doméstica, aún sin modernización, respondió al estímulo del mercado de los crecientes campos petroleros y ciudades. También la artesanía respondió al principio a los nuevos mercados. Es curioso que las nuevas vías de comunicación fueron uno de los factores que contribuyeron eventualmente tanto al declinar del artesano como del campesino, abriendo el camino a la importación de alimentos y de mercancías locales e industriales que satisfacían los nuevos gustos. En algunos campos la importación de alimentos había comenzado ya, como notamos, al cambiar el siglo, e incluso durante el período de 1920 a 1936, cuando la agricultura doméstica triplicó, la importación de patatas se multiplicó por 22, la leche en polvo por diez, y la importación de trigo se dobló [100].

Después de 1935, al suprimirse todas las restricciones al éxodo a las ciudades del centro y a los campos de petróleo (que a su vez estaban respondiendo a la recuperación experimentada por la economía mundial); con el traspaso del capital a las ciudades, cada vez mayor, en lugar de permanecer en el campo y modernizar la economía agraria; con el aumento de las importaciones, la agricultura interna cedió el paso y la producción cayó verticalmente [101]. "Como resultado de este proceso la clase terrateniente, uno de los principales apoyos de Gómez, comienza a perder progresivamente su viejo poder político que va pasando a otras clases y grupos sociales, muy especialmente a la burguesía" [102].

—El balance del gomecismo es de un aspecto mixto pero en general yermo para la nación; un proceso de centralización política y de unificación de las distintas Venezuelas; una fundamentación parcial de las bases para un futuro crecimiento del capital mediante el desarrollo de una moderna burocracia y sistema tributario, y algunas obras de infraestructuras, tales como las carreteras y telégrafos; una reducción de la violencia, geográfica y numéricamente, mediante su más selecta e intensa aplicación; un ahondarse tanto del dominio de la élite como del clientelismo, acompañados por la abolición del sistema de partidos y de la discusión pública; la acele-

ración de la transferencia de la pobreza del campo a la ciudad; un cambio cualitativo en el imperialismo, de lo que esencialmente era una factoría colonial de tipo portugués, o control del puerto, al imperialismo que incluía el control directo de la producción, así como del comercio, limitado sólo por la concesión neocolonial de un gobierno superficialmente independiente; la liquidación temporal de una forma de dependencia económica, la deuda internacional, entrando en una forma nueva de dependencia económica: el imperialismo del petróleo (y después del hierro); la intensificación de un crecimiento desajustado que agravaba el sector de agricultura de exportación y eventualmente socavaba la agricultura interna y el sector artesanal, pero que dejaba intactos, aunque postrados, los latifundios explotadores; y, finalmente, la continua presencia de una desigualdad política, económica y educacional, aliviada mediante un programa paternalista de salud pública que comenzó a mostrar sus efectos positivos después de 1920.

NOTAS

1. José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia* (Caracas: Edime, 1966), vol. I, pp. 132-146.
2. *Ibidem*, vol. I, 119, 125-131; Velásquez, *obra citada*, pp. 366-371.
3. Sullivan, *obra citada*, pp. 695-760.
4. *Ibidem*, pp. 163, 200, 216-218, 147, 533, 578-582 y Luis Vallenilla, *Auge, Declinación y Porvenir del Petróleo Venezolano* (Caracas: Editorial Tiempo Nuevo, 1973), pp. 24-26.
5. Sullivan, *obra citada*, p. 165.
6. Sullivan, *obras citada*, p. 672.
7. Pocaterra, *obra citada*, vol. I, *passim*.
8. Sullivan, *obra citada*, p. 200.
9. *Ibidem*.
10. Véase, para una discusión de estas contrastadas personalidades, la obra de Alberto Ramírez Rodríguez, *Esbozo psiquiátrico*

social del General Juan Vicente Gómez (Caracas: Universidad de Carabobo, 1973), *passim.*

11. Héctor Malavé Mata, *Formación histórica del antidesarrollo de Venezuela* (Caracas: Ediciones Rocinante, 1973), p. 185.
12. Domingo Alberto Rangel, *Capital y Desarrollo, El Rey Petróleo* (Caracas: Imprenta Universidad, 1970), Tomo II, pp. 9-39.
13. Muñoz, proyecto de tesis.
14. Rafael Gallego Ortiz, *La Historia política de Venezuela de Cipriano Castro a Pérez Jiménez* (Caracas: Imprenta Universitaria, 1960), p. 143, citado en María de Lourdes de Sucre y Carmen Margarita Nones Mendoza, *La Generación de 1928. Estudio de una élite política* (Caracas: Ediciones Ariel, 1957), p. 77.
15. Nº 2, carta incompleta dirigida desde La Habana al General Juan Vicente Gómez, Presidente de Venezuela (1º de marzo de 1924). Por el estilo y los argumentos se supone que sea de Nicolás Hernández; citado en *Archivo de José Rafael Pocaterra* (Caracas: Ediciones del Banco Industrial de Venezuela, 1973), Vol. I, p. 71.
16. Velásquez, *obra citada,* pp. 265-287; Rangel, *Los Andinos en el Poder,* 117-135; y el capítulo correspondiente a la batalla de La Victoria, en Harwich, *obra citad*a y Sullivan, *obra citada.*
17. Sullivan, *obra citada,* p. 720.
18. *Archivo de José Rafael Pocaterra. La Oposición a Gómez 1922-1935* (Caracas: Edición del Banco Industrial de Venezuela, 1973), p. 2.
19. De Sucre y Nones Mendoza, *obra citada,* p. 51.
20. Cartas a Castro y Gómez, en *Archivos de Miraflores,* citado por Muñoz, *obra citada.*
21. Muñoz, proyecto de tesis.
22. Diego Córdova, *Los Desterrados y Juan Vicente Gómez y Memorias de Pedro Elías Aresteguida* (Caracas: n. p., 1968), p. 59.
23. Alberto J. Ramírez Rodríguez, *Esbozo psiquiátrico social del General Juan Vicente Gómez* (Caracas: Talleres Tipográficos de Miguel Angel García e hijo, 1974), pp. 212-216.
24. Pablo Emilio Fernández, *Gómez el Rehabilitador* (Caracas: Jaime Villegas, 1956), pp. 29-30.

25. Pocaterra, *obra citada,* vol. I, pp. 51-69; vol. III, pp. 7-32, 85-95; Juan Bautista Fuenmayor, *1929-1948, Veinte Años de Política* (Madrid, España: Jaime Villegas Editor, 1945), p. 32.
26. Velásquez, *obra citada,* pp. 354-355.
27. Entrevista de Arturo Muñoz y Teniente-Coronel García Moreno, marzo de 1975. García Moreno estaba en el ejército tachirense en la época de la represión.
28. Muñoz, proyecto de tesis.
29. Emilio Arévalo Cedeño, *El libro de mis luchas* (Caracas: Tipografía Americana, 1936), pp. 47.
30. *Ibídem,* pp. 56, 100.
31. *Ibídem,* p. 178.
32. Observaciones de Germán Carrera Damas en una entrevista con Eloy Porras de *El Nacional* sobre el papel de los partidos políticos en Venezuela. "Han cambiado las expectaciones del venezolano frente a los partidos y la democracia", *El Nacional,* 29 de marzo de 1975, p. D-2.
33. Carlos Irazábal, *obra citada,* p. 227.
34. Muñoz, *obra citada.*
35. Rodríguez, *obra citada,* pp. 32-33.
36. Brito Figueroa, *Historia económica y social de Venezuela,* Tomo II, pp. 379-393.
37. *Ibídem,* p. 387.
38. *Archivo de Miraflores,* Cartas del General J. V. Gómez, Presidente de la República, empezó el 8 de octubre, 1912, citado en Muñoz, *obra citada.*
39. Arévalo Cedeño, *obra citada,* pp. 9-10. Se debe advertir que esta fuente difícilmente se podría considerar imparcial.
40. Muñoz, *obra citada,* p. 206.
41. Fernández, *obra citada,* p. 206.
42. Brito Figueroa, *Historia económica y social de Venezuela,* Tomo II, p. 392.
43. Luis Trocones Guerra, *La Cuestión agraria en la historia nacional* (Táchira: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, 1962), p. 162.
44. Córdova, *obra citada,* p. 147.
45. Venezuela, Ministerio de Agricultura y Cría, Comisión de Reforma Agraria, Subcomisión de Economía, *Reforma Agraria* (Ca-

racas: Imprenta Nacional, 1959), IV, 90-91, 97. Por conveniencia, esta obra será mencionada en adelante simplemente como *Comisión de Reforma Agraria.*

46. José María Bengoa, *La alimentación en el medio rural venezolano* (Caracas, 1944) citado por Brito Figueroa, *Historia económica y social de Venezuela,* tomo II, p. 532.
47. Ramón Losada, "Concepción y caracterización del Latifundio", en la revista *Economía y Ciencias Sociales* (Año IV, n. 1 y 2, Caracas, 1965), pp. 32-58, citado en Brito Figueroa, *Historia económica y social de Venezuela,* tomo II, p. 483; e Irazábal, *obra citada,* pp. 213-231.
48. Miguel Acosta Saignes, *Latifundia* (México, 1938), p. 44, citado en Brito Figueroa, *Historia económica y social de Venezuela,* Tomo II, p. 389; y entrevista con el Teniente Luis Vicente Formes López, a amigo íntimo del Coronel Valmore Chirinos, y también residente en el Cuartel Nuevo en Maracay en aquella época.
49. *Comisión de Reforma Agraria, obra citada,* II, p. 182.
50. Thomas Rourke, *Gómez, Tyrant of the Andes* (Nueva York, William Morrow y Cía, 1936), pp. 35-42.
51. Muñoz, *obra citada.*
52. Rangel, *Capital y desarrollo,* vols. I y II, *passim.*
53. De Sucre y Nones Mendoza, *obra citada,* p. 77.
54. César González, *Rubén González, una vida al servicio de Venezuela* (Caracas: Imprenta Nacional, 1972), pp. 52, 60-67.
55. *Ibídem,* p. 69. Por lo que toca a los debates sobre educación en el Congreso, véase más abajo.
56. Sullivan, *obra citada,* p. 686.
57. *Mensajes del Presidente del Estado Táchira a la Asamblea Legislativa, 1911* (San Cristóbal: Imprenta del Estado, 1911), pp. 15-16.
58. Velásquez, *obra citada,* XX-XXIV.
59. Fernández, *obra citada,* p. 58.
60. Blanco Muñoz, *obra citada,* pp. 205-206.
61. Thomas Rourke, *obra citada,* pp. 35-42.
62. *Ibídem,* pp. 205-211.
63. Arévalo Cedeño, *obra citada,* pp. 88-93.

64. Ramírez, *obra citada,* pp. 220-234 y Br. Francisco Delgado Vivas, "Estado Actual de la Higiene en Venezuela", tesis de grado, Universidad de Venezuela, 1925, pp. 27-47.
65. De Sucre y Nones Mendoza, *obra citada,* p. 80.
66. Vallenilla, *obra citada,* pp. 27-47.
67. Rangel, *El Rey Petróleo,* p. 230.
68. *Ibidem,* p. 199.
69. Comunicación al Secretario de Estado, Caracas, 5 de enero, 1907; ADS, Núm. Filo. 297; 3/36/6, confidencial, citado en Sullivan, *obra citada,* p. 593.
70. Por un relato del golpe, que verifica estos acontecimientos a partir de fuentes primarias, véase Brito Figueroa, *Historia económica y social de Venezuela,* Tomo II, pp. 368-369.
71. Edwin Lieuwin, *Petroleum in Venezuela* (Berkeley: University of California Press, 1955), capítulo sobre Gómez; para una opinión sobre las leyes referentes al petróleo de 1917 a 1935 véase Vallenilla, *obra citada,* pp. 118-121.
72. Francisco Mieres, "Los efectos de la explotación petrolera sobre la agricultura en Venezuela", apéndice en Héctor Malavé Mata, *Petróleo y desarrollo económico de Venezuela* (Caracas: Ediciones Pensamiento Vivo, S.A., 1962), pp. 345-346.
73. Salvador de la Plaza, *El Petróleo en la vida venezolana* (Caracas: Editorial de la Torre, 1964), pp. 16, 22-23; Harvey O'Connor, *World Crisis in Oil* (Nueva York: Monthly Review Press, 1962), pp. 133-134; Rómulo Betancourt, *Venezuela, política y petróleo* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1956), p. 57; Vallenilla, *obra citada,* pp. 27, 36-42, 58-64.
74. Leuwin, *obra citada,* p. 26.
75. Betancourt, *obra citada,* p. 47.
76. Vallenilla, *obra citada,* p. 105.
77. Guillermo Morón, *A History of Venezuela,* editado y traducido por John Street (Londres: George Allen y Unwin, Limitada, 1964), p. 142.
78. De la Plaza, *El Petróleo en la vida venezolana,* p. 7; Vallenilla, *obra citada,* pp. 16-21.
79. Muñoz cita el caso de Gómez que se interesó personalmente en el crimen de violación de un jefe civil.

80. Hemmy Croes, *El movimiento obrero venezolano, elementos para su historia* (Caracas: Ediciones Movimiento Obrero, 1973), p. 55.
81. Vallenilla, *obra citada,* p. 74.
82. Croes, *obra citada,* pp. 53-54. Por un nuevo estudio importante sobre los trabajadores durante los años de Gómez véase la tesis en proyecto de Charles Donnelly.
83. Vallenilla, *obra citada,* p. 29.
84. Sullivan, *obra citada,* p. 531.
85. Muñoz, *obra citada.*
86. Documentos que hicieron historia, *obra citada,* pp. 164-165.
87. Vallenilla, *obra citada,* pp. 27-28, 111-112.
88. Velásquez, *obra citada,* pp. XXI-XXII.
89. Juan Bautista Fuenmayor, *Historia de la Venezuela Política Contemporánea, 1899-1969* (Caracas: Talleres Tipográficos Miguel Angel García e hijo, 1975), pp. 317-318.
90. Velásquez, *obra citada,* pp. XXIII-XXIV.
91. Rangel, *El Rey Petróleo,* pp. 260 y Córdova, *obra citada,* p. 187.
92. Luzardo, *obra citada,* p. 4.
93. *Ibídem,* p. 69; Mieres, *obras citada,* p. 352.
94. Mieres, *obra citada,* p. 372.
95. *Ibídem,* pp. 355-358.
96. Salvador de la Plaza, "Concepción económica de la reforma agraria", *Economía y Administración,* Zulia, *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales,* n. 2, abril-junio de 1966, p. 25, citado en Agustín Blanco Muñoz, *Oposición entre Ciudad y Campo en Venezuela* (Caracas: Talleres Tipográficos de Miguel Angel García e hijo, 1974), p. 136.
97. Mieres, *obra citada,* pp. 355-358.
98. Blanco Muñoz, *obra citada,* p. 130 y Mieres, *obra citada,* p. 360.
99. Córdova, *obra citada,* p. 182.
100. Córdova, *obra citada,* pp. 146-149; Rangel, *El Rey Petróleo,* pp. 225-283.
101. Rangel, *ibídem,* pp. 243-257.
102. Córdova, *obra citada,* p. 187.

CAPITULO CUARTO

VALLENILLA LANZ, EL INTELECTUAL DE LA TIRANIA

"Las ideas de las clases dominantes son, en cada edad, las ideas dominantes... La clase que posee los medios de producción material tiene control al mismo tiempo sobre los medios de producción mental, de tal manera que las ideas de los que no tienen los medios de producción mental se encuentran, por lo general, sujetas a ellos. Las ideas dominantes no son sino la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las relaciones materiales dominantes captadas como ideas, y por tanto de las relaciones que hacen de la clase dominante la que domina; son por consiguiente las ideas de su dominación... Dentro de esta clase dominante, unos son como los pensadores de la clase (sus ideólogos, que la conceptualizan activamente, que hacen su principal fuente de subsistencia del desarrollar y perfeccionar las ilusiones de la clase sobre sí misma)"...[1].

El principal expositor del pensamiento en el tiempo de Gómez, el que mejor se adapta a la teoría recién mencionada de "ideólogos conceptualizadores" fue Laureano Vallenilla Lanz[2] que estaba, como decía su hijo, orgulloso de servirlo con la pluma en la mano. Hay varias explicaciones de por qué Vallenilla Lanz escogió servir a ambos dictadores, Castro y Gómez. La principal parece ser la desilusión respecto a ulteriores revoluciones como medios de curar los males de la sociedad. Puede que esto se le haya ocurrido por primera vez a Don

Laureano durante la Revolución Libertadora. Dos de sus hermanos, Baltasar y Agustín, eran rebeldes que seguían al General Rolando y al General Matos, y cayeron prisioneros. No sólo Laureano tuvo que esconderse, pues también él fue considerado un enemigo en potencia, sino que también fue arrestado. Sólo fue puesto en libertad Laureano gracias a la defensa de Manuel Vicente Romero García a Castro. Además, para cubrir los gastos de sus dos hermanos encarcelados, Laureano tuvo que vender la casa de familia en Barcelona, a "un vil precio, y un ganado que queda en Oriente". También sirvió para dejar una permanente amargura de todo ello el hecho de que su hermano Baltasar tenía que compartir un par de grillos con un compañero enloquecido, que le pegó. Por una especie de justicia poética, el agresor murió, pero su cuerpo permaneció atado a los mismos grillos por casi una semana [3].

Otro factor que explica el servicio de Vallenilla Lanz a la dictadura es simplemente el hecho de que Castro le ofreció un buen empleo, y él lo aceptó. "Escribir para el régimen es escribir para Venezuela", fue la primera oferta de Castro. Laureano dudó, y al ofrecérsele un puesto consular en Francia o en Holanda, aceptó este último puesto.

No parece que el rebelde Baltasar tuviera ningún escrúpulo en asegurarle: "haces bien... Tu salud primero que todo" [4].

La tercera y a mi parecer más importante parte de la explicación del servicio de Vallenilla Lanz a la dictadura fue su convicción intelectual. (Con todo, no hay por qué descontar los demás factores señalados, que fortalecieron probablemente el aspecto intelectual). Si el que ésto escribe tiene todavía graves dudas sobre la inevitabilidad de algún tipo de gomecismo, los escritos de Vallenilla Lanz implican que él no las tuvo.

Nació en 1870 en Barcelona y creció durante períodos de demagogia política y caudillismo rebelde, cuando parecía que los hombres apenas estaban motivados por otra cosa que por "luchas personalistas por el poder" [5],

más que por ningún interés sincero por el bienestar de la nación. Gritos demagógicos en favor de autonomías locales no parecían ser sino máscaras del derecho a ejercer el saqueo local. Las masas parecían también ligadas inextricablemente con el bandolerismo [6]. Y aunque hubiera momentos en que Vallenilla Lanz pudiera tener graves dudas en servir al Benemérito, el fracaso de la revolución pasada no parecía ofrecerle otra alternativa. Vallenilla observó una vez, respondiendo a José Rafael Pocaterra: "¡Pero chico! Tú no conoces la historia de Venezuela. ¿Cuándo ha salido el sucesor de la mismas filas del Gobierno? De setenta y pico de revoluciones sólo han triunfado unas cuatro o cinco... si yo tuviera esa convicción ¿crees tú que un hombre como yo estaría metido en esta vaina?" [7]. "Y cuántas luchas estériles, cuánta sangre, cuánta ruina..." [8].

Lo que se necesitaba por encima de todo era orden, sin el que no podría haber ni progreso ni unidad material. Y el orden requería una disciplina férrea [9]. Mientras que algunas de las cosas que Vallenilla Lanz escribió en favor del régimen de Gómez tenían un importante elemento de verdad, otras eran pura idealización, si no neta distorsión. Como director del órgano gubernamental *El Nuevo Diario*, sus alabanzas a Gómez no tenían límites. En 1916 escribió:

> pero en medio de aquella tenebrosa situación quedaba una esperanza. Sólo un hombre había resistido el régimen de Cipriano Castro por el cual trabajaba Vallenilla Lanz impasible a todos los embates, a todas las asechanzas, a todas las rivalidades. Lo sostenían la fe en la salvación de la Patria, la nobleza de sus sentimientos, la fuerza incontrastable de sus convicciones, y hacia ese hombre se dirigían todas las miradas: hacia él iban como en un supremo anhelo de salvación los votos de la Patria agonizante. Y el instinto popular no se equivocó [10].

La falta de educación de Gómez y su aplastamiento de toda oposición se convirtieron en virtudes, y la historia de Venezuela requería un Gómez:

> ...era el hombre a quien el destino, en las naturales evoluciones de nuestra constitución democrática (practicada, no escrita) tenía preparado para la obra de las grandes ratificaciones. Y con el tacto exquisito de los hombres de Estado verdaderamente eminentes, que casi nunca surgen de las aulas universitarias, ni estudian otros libros que los de la experiencia, ni necesitan otra guía que la de su propia intuición, comienza su obra política; eliminando, con la extinción de los viejos partidos, bajo el lema de 'la Patria y de la Unión', los elementos anárquicos que vivían a la sombra de las intransigencias banderizas; crea un ejército que hace honor a nuestra gran historia militar, para guardián de la paz... [11].

Las relaciones subordinadas para con la metrópolis, los Estados Unidos, fueron confirmadas por Vallenilla Lanz. "El restablece nuestras relaciones internacionales con dignidad para la nación y con el cumplimiento estricto de nuestros compromisos..." Por lo que toca a la política petrolera de Gómez, él ha procurado "establecer una reglamentación racional que estimule su explotación al propio tiempo que le garantice al país la propiedad inalienable de nuestro suelo y la mayor suma de utilidades directas o indirectas que puede producir esta rica fuente de recursos naturales". Con mayor verdad puede afirmar que Gómez "establece... con método prudente" las necesarias reformas fiscales. El presupuesto estaba más que ajustado. "El implanta en... la administración del tesoro el orden y la economía más perfectos que recuerda nuestra historia" [12].

Recordando los hechos relatados antes en el capítulo segundo, se pueden modificar algunos de los siguientes panegíricos sobre el crecimiento económico: "...atiende a las necesidades de la agricultura y de la industria con la apertura de grandes vías de comunicación y la pro-

tección a las grandes empresas; protege la cría con la sistemática represión del tradicional bandolerismo de nuestros llanos y con la científica selección de la raza..." Ha terminado con la necesidad de préstamos externos y puesto una base firme a nuestra moneda; ha terminado con los contratos onerosos y con los onerosos monopolios. "...reforma la educación nacional para modificar profundamente el criterio de nuestras masas populares como la suprema necesidad moral de nuestra democracia, y emancipa por último a las venideras generaciones de los graves compromisos que el error, la imprevisión y el desorden habían hecho pesar sobre la Nación" [13].

Vallenilla no dudaba en citar realizaciones económicas concretas: la fábrica de papel de Gómez en Maracay, las lecherías y otros proyectos relacionados con la ganadería, también como su fábrica de azúcar, como si pertenecieran a la nación [14].

En 1925 la alabanza de Gómez era todavía esencialmente la misma. Vallenilla enfatizaba aún las carreteras, que él había, al parecer, extendido ahora en más de 7.000 kilómetros; los ferrocarriles; los programas de salud; la eliminación del robo de ganado y de la vagancia; el respeto por la propiedad y las mayores garantías para con el capital extranjero; la protección de las clases trabajadoras; la organización científica de la hacienda pública y la eliminación de los préstamos externos; la organización del ejército; y veinte años de paz bajo Gómez, que hizo posible todo esto. Además, podía alabar el otorgamiento de tierras a una cantidad de pequeños agricultores, para terminar con el nomadismo tradicional [15].

En definitiva, las alabanzas de Vallenilla estaban en parte justificadas y en parte eran ridículas, y el que fuera presidente del Senado indicaba que él estaba bastante bien informado sobre los asuntos públicos, como para estar perfectamente consciente del carácter fantástico de parte de su misma propaganda. La carta insultante que recibió de los estudiantes rebeldes que se-

rían conocidos después como la generación del 28 estaba, desde un punto de vista, justificada. Esta decía que se había visto que la bajeza de alma y la aberración intelectual que conformaban el cieno de que él estaba hecho no tenían límites. En efecto, aprueba el ultraje, la violencia y el crimen mediante su cinismo y falta de vergüenza [16]. De hecho, hacia 1928 Gómez había realizado algunos progresos significativos en múltiples áreas, lo que permitía a los jóvenes estudiantes idealistas elevar sus aspiraciones y ver en el gomecismo sólo sus atrocidades y su arcaica estructura que operaba como un obstáculo para un mayor progreso. Vallenilla Lanz vio siempre el gomecismo como una mejora respecto a un pasado yermo; la generación del 28 lo vio como un estorbo para un futuro mejor. Ambos tenían razón.

Si Vallenilla Lanz hubiera sido sólo otro propagandista de la tiranía de Gómez, nunca hubiera recibido esa carta. La gente lo habría maldecido en silencio y después lo habría olvidado. Después de todo, había docenas de intelectuales que, como Vallenilla, enterraban sus dudas y servían a Gómez, aprovechándose de los despojos. Lo que era propio de Vallenilla Lanz, además de su elocuente manera de escribir, era la teoría histórica y sociológica que formuló y documentó tan bien en *Cesarismo Democrático* en 1919 y diez años después redefinió en *Disgregación e integración. Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana.*

En estas y otras obras no sólo creó una apología de Gómez, sino una tesis sobre Venezuela que defendía una dictadura férrea de modo tan profundo que treinta y cinco años después, incluso después de la muerte de Vallenilla, un hombre tan importante como Rómulo Betancourt se sentía todavía obligado a discutir con él [17]. Aunque Vallenilla empleaba muchos de los mismos argumentos determinantes que había empleado él mismo débilmente en "El Nuevo Diario" para apoyar a Gómez, los usó más efectivamente al aplicarlos al pasado. También estaba implicado el hecho de que se acepta más

fácilmente una explicación determinista respecto al pasado remoto que para el tan controversial presente.

El momento histórico clave que Vallenilla utilizó como punto de partida fue la Guerra de la Independencia. En este holocausto Vallenilla vio surgir múltiples volcanes latentes de anarquía; se desataron todas las tensiones sociales reprimidas, y esto dañó el desarrollo de la República durante todo el primer siglo de su existencia.

Las fuerzas que actuaban contra un gobierno central eficiente antes, durante y después de la guerra eran múltiples, y muchas muy profundamente enraizadas. En primer lugar, la misma herencia de España no era, a largo plazo, la de una fuerte monarquía central capaz de dominar las fuerzas desintegradoras. Los siglos de guerra que España había tenido con los musulmanes reforzaron el localismo. España, para Vallenilla, era una confederación de repúblicas más municipales que feudales, cada una con sus propias leyes, costumbres y leyes; un infinito número de centros resistían continuamente la autoridad central de la monarquía. Las regiones y las ciudades dentro de las regiones se sentían con frecuencia iguales al rey [18].

La misma resistencia local a la autoridad central existía en la Venezuela colonial, e incluso estaba exagerada por una cantidad de razones. En Venezuela había faltado incluso un centralismo formal, efectivo, hasta treinta y tres años antes de la emancipación. Sólo en 1777 España nombró una autoridad central para presidir Venezuela; en ese año se creó el oficio de Capitán General de las Provincias Unidas de Venezuela, aunque se separó de ella la región de Trujillo y Maracaibo fue incorporada en 1786. Pero el poder formal del Capitán General era ilusorio. Los distintos gobernadores provinciales, nombrados por el rey, dependían en efecto más directamente del rey que del Capitán General, excepto en asuntos militares, asuntos tan mínimos que eran insignificantes como fuerza integradora. Los gobernadores provinciales debían conferenciar con el Capitán General sobre los asuntos exteriores, pero en la práctica todos

ellos trataban directamente con las islas de las Antillas y otras regiones. Por lo que se refiere al poder fiscal central, el Capitán General dependía del Intendente del Tesoro Real. Sus poderes también estaban limitados por el consejo conocido como Audiencia, que tenía su sede en Santo Domingo [19].

El Capitán General no sólo era débil respecto a los gobernadores provinciales; tanto él como los mismos gobernadores eran relativamente impotentes respecto a los cabildos o gobiernos de las ciudades dentro de las provincias. Desde el principio de la colonización de Venezuela el cabildo había tenido la mayor libertad, mucho más que en España, mucho más que en Perú y en México, donde la Audiencia había limitado a los cabildos. Después, la limitación por parte de la Audiencia de Santo Domingo del poder de los gobernadores provinciales de Venezuela tuvo como resultado una disminución de las cortapisas a la autonomía municipal. Barcelona, un caso extremo, tuvo una completa autonomía de 1702 a 1742. Incluso en 1779 el gobernador no puso nombre para el importante cargo de lugarteniente de justicia; incluso en 1816 los cabildos continuaban siendo más fuertes en su propio territorio que el Capitán General [20].

La autonomía local otorgaba también el privilegio de rehusar llevar a cabo las órdenes del rey, si el Cabildo sentía que esas órdenes podían poner en peligro las costumbres establecidas o amenazar el orden público. Los miembros del Cabildo podían apelar directamente al rey, y hay ejemplos concretos de apelaciones relacionadas con privilegios raciales, y de impuestos progresivos, en que el monarca los escuchó y modificó la orden primitiva [21].

Las barreras geográficas trabajaban también contra la unidad nacional. Había pocos caminos y esos era inutilizables durante la estación de lluvias. Algunas regiones, como la Guayana, apenas podían ser recorridas en ninguna época del año. Además, Caracas, como centro comercial, no actuó con el mismo ímpetu unificador en

Venezuela como México, Bogotá o Quito en sus respectivos países. Cada provincia costera de Venezuela tenía su propio puerto y comerciaba directamente con las Antillas y las islas de Barlovento [22].

No sólo eran los Cabildos celosos guardianes de su autonomía en relación a las autoridades provinciales y centrales, sino que también se combatían fuertemente entre sí. Esta rivalidad contribuyó probablemente al establecimiento de tarifas internas, reduciendo todavía más la capacidad del comercio como fuerza unificadora [23]. En suma, la regla era la supremacía local del cabildo.

El poder estaba aún más restringido localmente por cuanto que los cabildos eran patrimonio de la clase noble o de la aristocracia latifundista, hasta el punto de excluir a los españoles peninsulares. En general el cabildo era restrictivo hasta el punto de servir a una familia dominante. Esas familias estaban prontas a defender sus privilegios contra cualquier invasión por parte de las clases inferiores o los que vinieran de fuera. La falta de movilidad de los españoles recién llegados, que se dedicaban al comercio o al trabajo artesanal y permanecían en ello, el rango social inferior de los mulatos, la continuidad de la esclavitud, la negativa por parte de la aristocracia a aceptar que fueran racialmente impuros, todo esto aumentaba las llamas de los antagonismos de clase y raza, haciendo con frecuencia sinónimos a ambos. La posición de la aristocracia estaba también amenazada por las rivalidades entre las familias y las rivalidades dentro de la misma familia. La guerra de la Independencia vio la manifestación de todas estas hostilidades latentes [24]. Fue una guerra civil en la que "los esclavos se alzarán contra los amos, los peones contra los propietarios, los plebeyos contra los nobles, los contrabandistas contra los agentes del fisco, y el país entero se convertiría en un 'vasto y horroroso campo de carnicería'; cuando se vean surgir del fondo de nuestras llanuras hordas bárbaras sin sujeción a ninguna autoridad, ni a ninguna ley humana, ¡ay! entonces, ¡el despertar será espantoso!" [25].

Vallenilla analizó más aún los elementos anárquicos implicados en los varios grupos venezolanos mediante la descripción de su conducta a lo largo de la historia. Muchos de los 62.000 esclavos que se estimaba había en Venezuela en 1812 eran de origen mandingo. Aunque su despotismo africano había sido mitigado por el control del Consejo sobre las decisiones importantes, en su mayoría habían vivido en una jerarquía de tiranía y servilismo. Eran físicamente fuertes, con espíritu de rebeldía, feroces en la guerra, y, antes de ser esclavos, habían vivido en continua guerra [26].

Por lo que respecta a los indios, Vallenilla consideraba que los 42.000 caribes de la Venezuela de la Independencia eran de carácter belicoso en estado latente. Tradicionalmente habían sido desdeñosos, distinguiéndose por su fuerza física [27].

Vallenilla tuvo cuidado, con todo, en evitar el adherirse a la teoría del determinismo racial. De hecho la negó específicamente. Pero si la raza no determinaba, sí lo hacía el ambiente. El ambiente venezolano, en particular los llanos, era todopoderoso en contribuir a un siglo de anarquía venzolana. Como las pampas argentinas, los desiertos de Arabia, las estepas de Asia y del norte de Africa, las llanuras de España, todas modelaban a los hombres que las habitaban. Los pastores eran predadores que llevaban consigo el terror y la devastación, dondequiera que estuvieran en el mundo. Sus corceles les ayudaban a darles aquella fiera independencia así como un profundo desdén por la agricultura sedentaria y los pueblos urbanos. En los llanos era prácticamente inexistente la autoridad de la ley. La guerra era el elemento del llanero y desarrollaba los instintos de robo y saqueo [28]. A Vallenilla le da lo mismo que se luche por el realista Boves o después por el patriota Páez. Siempre se trataba de saqueo, de robar fanáticamente, siempre estaban sedientos de sangre. Sus vicios no comenzaron con la guerra ni terminaron con ella [29].

Tampoco se luchó sobre todo para conseguir la independencia en la Guerra de la Independencia, como se

ha indicado ya bastante con lo antedicho. Fue una guerra civil en que se desencadenaron todos los elementos anárquicos, que no fueron contenidos de nuevo al terminarse el conflicto. En esa situación, Vallenilla concluye convincentemente con Bolívar que no quedaban muchas esperanzas de imponer ideas francesas abstractas como la de nación o civilización, apelando a instintos de generosidad, completamente ajeno al estado de anarquía de Venezuela [30].

Dado que los africanos se habían sometido a casi-déspotas, que los indios se habían inclinado ante la fuerza bruta de un cacique, y que los llaneros habían obedecido a un dirigente que se imponía de la misma manera, los tiempos pedían necesariamente medidas extremas para someter a las "hordas bárbaras". Los revolucionarios habían sobrestimado mucho la capacidad racional del hombre y su capacidad para acabar con el pasado. "La psicología no reconoce en los individuos ni en las sociedades la posibilidad de esas transformaciones bruscas y totales... Es evidente que con todas estas naciones de Hispanoamérica condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el caudillo ha constituido la única fuerza de conservación social... los jefes no se eligen sino se imponen" [31].

Nada era más lógico para Vallenilla que el que Páez, Bermúdez, Monagas, Guzmán Blanco, y después Gómez (el último, intencionadamente, no era mencionado en *Cesarismo Democrático)* debieran ser los gendarmes necesarios capaces de ir conteniendo mediante la fuerza y el imperio de su autoridad personal a esas bandas semibárbaras, siempre preparadas y bajo cualquier pretexto a repetir sus invasiones y horrorosos crímenes que destruyeron tres siglos de cultura en 1814, tres siglos de industria y hombres ilustres [32].

Vallenilla no dejó de comprender las injusticias de una sociedad de castas y su directa relación con la violencia y guerra civil que dio origen a la Gran Colombia. Pero la misma guerra había destruido el sistema de casta en Venezuela. Según Vallenilla Lanz había

invertido la pirámide social y creado las condiciones para una democracia social. Había creado la igualdad y la oportunidad. En Colombia, la fuerte garra de la Iglesia colonial había llevado a la continuación "de un régimen oligárquico, aristocrático, hermético, apoyado en el clero o cayendo en la anarquía cuando se ha tratado de anular su influencia". En Venezuela,

> desde la Independencia hasta hoy ha surgido de las más bajas capas populares un gran número de escritores, periodistas, oradores, literatos, poetas, médicos, abogados, ingenieros, sacerdotes eminentes, que ha venido de abajo, de muy abajo, dando mayor lustre a la Patria que la mayoría de los señoritos de *buena familia,* incapaces de cerrar el paso a esos hijos legítimos de nuestra democracia, informe y turbulenta, pero vibrante del mismo coraje que realizó las más formidables hazañas de la Emancipación [33].

En suma, si la injusticia había sido una causa de la Guerra de la Independencia, no fue entonces el elemento principal, ni tampoco en los estallidos posteriores de 1846 y 1859 [34]. Los instintos de saqueo y de matanza de las hordas llaneras, geográficamente determinadas, constituían los factores principales; además las masas eran incapaces de captar el concepto de justicia. Si bien su dirigente Zamora era un hombre de férrea integridad, lo que el llanero necesitaba era que se encauzara constructivamente su violenta energía por unificadores nacionales tales como Bolívar y Páez (y, se sobreentendía, por Gómez) [35].

Debido a la gran lentitud con que se había desarrollado la sociedad, los bien armados dictadores no habían eliminado las tensiones sociales, pero al menos eran capaces con sus regímenes de mantenerla dentro de ciertos límites. Páez, en algunos sentidos un notable paralelo a Gómez, fue elegido por Vallenilla como el prototipo del dictador necesario. Como otros, mostró una notable capacidad de adaptación, un instinto de flexibi-

lidad; como cabeza del Estado suprimió videntamente a las facciones criminales. Aunque ignorante, comenzó su propia educación imitando a los ingleses. El fue el jefe nato de los venezolanos, el hijo legítimo de nuestra democracia igualitaria, habiendo llegado a la cumbre desde la base. Como dirigente de Venezuela, no estaba encadenado por la civilización [36].

No se requería la opresiva oligarquía colombiana, ni el parlamento de Chile, paralizador de las reformas, ni las turbulentas revueltas de Bolivia, sino un presidente como el concebido por Bolívar. Así las órdenes, ágilmente concebidas por un cerebro central podrían transmitirse rápidamente hasta los extremos del cuerpo social y ejecutarse inmediatamente. Se mantendrían la paz y el orden, se instauraría el crédito, se ayudaría al progreso, se desarrollaría la riqueza [37].

En definitiva no era una batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno e inteligente, como había mostrado Páez. Mediante tales hombres se llegaba al orden y progreso; y mediante tales hombres, los salvajes llaneros que habían destruido una y otra vez la aristocracia durante un siglo de disturbios se veían ensalzados a los cargos supremos de la nación. "El hombre que alcanza una alta posición, eleva con él la clase a la cual pertenecía y sobre ella refleja los honores que se le tributan" [38].

El hombre de genio debería utilizar la violencia, si era necesario, para mantener el orden y construir su nación. Es curioso pues que la violencia pudiera ser constructiva tanto como destructiva. Y la violencia nacional en la Revolución Francesa, la Guerra de la Independencia y la Primera Guerra mundial habían jugado un papel construtivo. Con todo, el mayor tema de Vallenilla Lanz parece ser que el Orden era la primera prioridad para permitir que Venezuela evolucionara progresivamente y para poner los fundamentos de una sociedad verdaderamente democrática (que entonces posiblemente no necesitaría ya un César democrático) [39].

Lo que se necesitaba en una sociedad siempre cambiante era la solidaridad mecánica del mando de un hombre fuerte que permitiera a una minoría audaz y talentosa realizar su papel educativo y económico, que era el de crear una solidaridad orgánica.

> La sociedad no puede vivir sin una clase directora, que sea parte de ella lo que el cerebro para el hombre. Por eso, la primera necesidad de los pueblos modernos y sobre todo los pueblos regidos por la democracia, es la educación; y la misión más noble y más elevada, la del maestro.

Y

> modificando el medio social por el desarrollo económico, por la multiplicación de las carreteras y de las vías férreas, por el saneamiento, por la inmigración de gente europea; es decir, haciendo lo que se está haciendo en Venezuela desde hace doce años al amparo de un gobierno fuerte, dirigido por un hombre de Estado, por un patriota de sus deberes, quien como otros grandes Caudillos de América representa la encarnación misma del poder y mantiene la paz, el orden, la regularidad administrativa, el crédito interior y exterior, estamos preparando el país para llegar a la situación en que se hallan hoy otros pueblos de nuestra misma estructura geográfica, y los cuales, atravesando las mismas vicisitudes y sometidos también a regímenes absolutamente semejantes a los nuestros, han encontrado al fin el camino que los va conduciendo a la práctica de los principios democráticos escritos en las constituciones desde los primeros días de su vida independiente [40].

Como Bolívar, Vallenilla reconoció la importancia de "la raza, el clima, el medio físico y telúrico, la situación geográfica, la extensión territorial, el género de vida y, como complemento de esos factores primordiales, la religión, las inclinaciones (instintos y tendencias), la densidad de población, el comercio,

las costumbres y cuantos rasgos especiales obren en cierto modo automáticamente en la existencia y en el destino de las naciones" [41].

NOTAS

1. Karl Marx, *The German Ideology*, citado en T. B. Bottomore y Maximilien Rubel, *Karl Marx, Selected Writings in Sociology and Social Philosophy* (Nueva York: McGraw-Hill Book Company, 1964), pp. 78-79.
2. Sobre los mejores análisis del pensamiento de Vallenilla Lanz, véase Carrera Damas, editor, Carlos Salaz y M. Caballero, *El concepto de la historia en Laureano Vallenilla Lanz* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1966) y Arturo Sosa A. S. J., *La filosofía política del gomecismo, estudio del pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz* (Barquisimeto, Centro Gumilla, 1974).
3. Laureano Vallenilla Lanz (hijo), *Escrito de Memoria* (México, D.F.: Editorial Magallan), p. 6.
4. *Ibidem.*
5. Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático* (cuarta edición) (Caracas: Tipografía Garrido, 1961), p. 229.
6. *Ibidem*, p. 193.
7. José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia, 1919-1922. La vergüenza de América* (Madrid: Edeme, 1966), Vol. III, p. 172.
8. Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático*, p. 230.
9. *Ibidem, passim.*
10. Laureano Vallenilla Lanz, *La Rehabilitación de Venezuela. Campañas políticas de El Nuevo Diario (1915 a 1926)* (Caracas: Tipografía Vargas, 1926), II, p. 105.
11. *Ibidem.*
12. *Ibidem*, pp. 105, 154-155.
13. *Ibidem.*

14. *Ibídem*, pp. 5, 10-11.
15. "Las Constituciones de Papel y Las Constituciones Orgánicas" citado en el apéndice de Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático* (Caracas: Tipografía Universal, 1930), p. 338.
16. Una carta del 6 de noviembre de 1928 a Vallenilla Lanz citada por Joaquín Gabaldón Márquez, *Memoria y Cuento de la Generación del '28* (Caracas: Imprenta López, 1958), p. 194.
17. Betancourt, *Venezuela política y petróleo, passim*. También es significativo que en 1951 George Wise, un estudioso de la Universidad de Columbia, incorporara lo fundamental de la teoría de Vallenilla en su trabajo sobre otro dictador venezolano. George S. Wise, *Caudillo. A Portrait of Antonio Guzmán Blanco* (Nueva York: University of Columbia Press, 1951).
18. Laureano Vallenilla Lanz, *Disgregación e integración. Ensayos sobre la formación de la nacionalidad venezolana* (segunda edición) (Caracas: Tipografía Garrido, 1953), p. 48.
19. *Ibídem*, pp. 9, 14-18, 27, 65.
20. *Ibídem*, pp. 55, 61, 65-66, 69, 75.
21. *Ibídem*, pp. 82, 84, 87, 99.
22. *Ibídem*, pp. 20, 71.
23. *Ibídem*, p. 71.
24. *Ibídem*, pp. 89, 92, 93, 96, 114, 115.
25. Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático*, p. 82.
26. Vallenilla Lanz, *Disgregación e integración*, pp. 133-135.
27. *Ibídem*, pp. 121, 123.
28. *Ibídem*, pp. 138, 164, 165, 171, 178.
29. Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático*, pp. 138-139, 147.
30. *Ibídem*, pp. 50, 162, 165, 166.
31. *Ibídem*, pp. 112, 161, 175.
32. *Ibídem*, pp. 175, 176.
33. Vallenilla Lanz, *Críticas de Sinceridad y Exactitud* (Caracas: Ediciones Garrido, 1956), pp. 265-266.
34. Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático*, p. 196.
35. *Ibídem*, pp. 71, 104, 186-187, 197.

36. *Ibidem*, pp. 173, 199, 300.

37. *Ibidem*, pp. 227, 231, 233, 241, 242, 245, 247.

38. *Ibidem*, pp. 221, 303, 304.

39. Vallenilla Lanz, *Críticas de Sinceridad y Exactitud*, pp. 213-221; 267-268 y *Cesarismo Democrático*, p. 13.

40. Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático*, p. 221; *Críticas de Sinceridad y Exactitud*, pp. 235, 270.

41. Simón Bolívar, citado en Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático*, p. 216. Al parafrasear a Vallenilla Lanz, para mostrar el desafío venezolano a Betancourt, Gallegos y otros contemporáneos, el autor ha procurado deliberadamente presentar la síntesis de Vallenilla bajo su aspecto más favorable.

CAPITULO QUINTO

IDEARIO POLITICO DE DON ROMULO GALLEGOS

Aunque en cierto sentido había una continuidad entre los años de la década inmediatamente posterior a Gómez (1936-1945) y el trienio (1945-1948), el segundo período manifestó una diferencia cualitativa en el enfoque de la democracia, reforma y desarrollo, de casi todas las cuestiones capitales. La diferencia puede ser descrita en parte como resultado de las condiciones económicas inmediatas. También fue importante, reflejando el cambio social, la ideología de Rómulo Gallegos y Rómulo Betancourt.

Su ideología, en efecto, era una nueva tesis, una antítesis en parte a la de Laureano Vallenilla Lanz y otros positivistas defensores de la administración de Gómez. Las viejas corrientes positivistas tenían que luchar con las nuevas burguesas, liberales, democráticas. El progreso intelectual debería ser en un kantiano zig-zag, pero durante tres años (1945-1948) lo nuevo iba a surgir como una triunfante contrapartida.

Este capítulo intentará iluminar las formulaciones ideológicas de Rómulo Gallegos. Cualquier intento de sacar la esencia política y económica de las novelas y ensayos de Gallegos, así como de sus discursos políticos, está sometido al peligro de grave distorsión, deshumanización, énfasis erróneo y reducción brutal. Con todo, el hecho de que este novelista fuera el maestro de Rómulo Betancourt, el Presidente de la Junta Revolucionaria des-

de el 18 de octubre de 1945 hasta el 15 de febrero de 1948, y de que el mismo Gallegos fuera Presidente desde febrero al 24 de noviembre de 1948 hace que este intento sea útil si queremos comprender más plenamente el período de historia venezolana conocido como el trienio.

En segundo lugar, los novelistas latinoamericanos se han encontrado envueltos tradicionalmente en los altibajos políticos de sus países. "El novelista está comprometido a luchar, y su libro es un medio, un arma de esa lucha" [1].

En tercer lugar, como observa Uslar Pietri, en las novelas de Gallegos las ideas están expresadas en general aparte de los personajes; el punto de vista de Gallegos está pues señalado con bastante claridad.

Por último, como indicamos en el capítulo introductorio, existe una coherencia general, si no total, entre las obras de Gallegos, y él mismo decía en ocasiones que su plataforma política era coherente con sus novelas.

Una última advertencia es que las ideas políticas y económicas de Gallegos, aunque en ocasiones estaban directamente formuladas, se revestían también con mucha frecuencia de simbolismo. Este capítulo no pretende dar toda la interpretación del simbolismo de Gallegos. Más bien se esfuerza por ver (esperamos que no sea de manera exagerada) qué implicaciones económicas y políticas se pueden encontrar en las novelas (y cuentos). Es obvio que el simbolismo envolvía al mismo tiempo ideas en la esfera psicológica y otras, pero como estamos interesados aquí en Gallegos como político, podemos con cierta justificación limitar nuestras interpretaciones a las esferas económica y política, teniendo siempre en cuenta, con todo, que esto es una limitación artificial. En realidad, a veces no se puede separar en absoluto lo político y económico de otras esferas (como en Canaima), y esto se debe tener en cuenta.

Tratemos las obras de Gallegos a dos niveles fundamentales. Primero se intentará definir la posición política

básica del novelista, concentrándose en la cuestión de evolución en relación a la revolución. Con esto se analizará la visión de Gallegos de los problemas de dirección política y relaciones de clase. En segundo lugar, trataré los problemas específicos e interrelaciones que debe enfrentar necesariamente cualquier gobernante de Venezuela en 1945, luchando por impulsar el desarrollo del país: la controversia agraria; la mala salud del país; el amplio analfabetismo y su consecuencia la ignorancia; las fricciones de la Iglesia y del Estado; el control de los recursos naturales del país; y las relaciones del Estado con la empresa privada.

El Evolucionista

Domingo Alberto Rangel acusó una vez a Rómulo Gallegos de "un error político", diciendo: "Permaneció demasiado tiempo en el país", durante las dictaduras de Castro y de Gómez, particularmente del último, "...dejó transcurrir varios lustros mientras en la calle los testículos de los torturados crispaban los nervios de la pobre Venezuela" [2]. Relacionada con la explicación de la prolongada estadía de Gallegos en Venezuela durante esta era está la verdadera esencia de su filosofía política. La cuestión fundamental era revolución o evolución.

Desde su niñez, como nota Juan Liscano, Gallegos estuvo imbuido de antipatía contra la revolución [3]. Nacido en 1884, Rómulo Gallegos, como Vallenilla Lanz, creció en una época de continua violencia. Su familia se había trasladado a Caracas, en parte para evitar las guerras civiles y los continuos daños económicos que éstas habían significado para su padre, que era comerciante. En 1912 Gallegos enseñó durante varios meses en Barcelona, donde quedó impresionado por el completo estancamiento económico en que había caído la ciudad como resultado de las guerras civiles. Como muestra Adolfo Rodríguez, Barcelona fue para el joven Gallegos "la ciudad muerta" de su novela *El Forastero* [4]. Además,

los problemas de Barcelona simbolizaban la postración económica de toda la nación.

Buena parte de la literatura venezolana durante la década de 1890 y 1900 reforzaba esta visión hostil de la revolución. Rafael di Prisco ha mostrado que una de sus características principales es la de ser profundamente pesimista. El pesimismo reflejaba no sólo la moda de *fin de siècle* en Europa, sino también el pesimismo enraizado en la misma realidad venezolana. Para los escritores el período de guerra era el origen de los males de Venezuela. *El Sargento Felipe,* por ejemplo, es, para di Prisco, "la más definida protesta en contra de esa sucesión de sublevaciones personalistas que determinaron una situación de atraso político, económico y cultural desde el final de las luchas de la Independencia hasta muy entrado el siglo XX" [5]. Ni Díaz Rodríguez ni Miguel Eduardo Pardo ni Pio Gil vieron en la revolución la solución de los al parecer interminables males sociales de corrupción, cinismo, explotación, atraso y violencia. Pardo estuvo reducido a la desesperada "protesta verbal lanzada al vacío" [6]. Sólo José Gil Fortoul, con su gota de socialismo, pareció tener alguna fe en la revolución como una solución: "Yo no sé qué revolución política (o revolución social; porque aquí es preciso una revolución social: el mal está ya en la sangre; el mal es crónico) se realizó nunca sin medios violentos" [7]. Con todo, Gil Fortoul, como la mayoría de los positivistas antirrevolucionarios, trabajó para el General Gómez.

Rómulo Gallegos creció en esta era de positivistas y con frecuencia participó de sus opiniones sobre la revolución. La Guerra Federal, tal y como se muestra en *Pobre Negro* de Gallegos, contenía todos los horrores tan frecuentemente señalados por Vallenilla Lanz y otros positivistas: violaciones, destrucción de personas, daño a los pobres. Peor aún, podrían comportar, como en la Guerra Federal, la completa desintegración del ideal colectivo, por cuanto que la tendencia anárquica (como tanto enfatizó Vallenilla) había inspirado originalmente la guerra [8].

Además los rebeldes de los primeros escritos de Gallegos, *Reinaldo Solar* y "Los Aventureros" fueron en lo fundamental los mismos dirigentes de las hordas salvajes que se encuentran en el *Cesarismo Democrático* y otras obras de Vallenilla Lanz. En *Reinaldo Solar,* el protagonista de este nombre insiste en que todas las guerras en Venezuela han fracasado en el intento de conseguir el orden y el progreso. Gallegos quizá está burlándose de los apologistas de "los sesenta" (los primeros rebeldes de 1898) de Castro y Gómez. "No creo que se pueda afirmar que una montonera armada es el grupo representativo de nuestro estado social. Me sería muy difícil convencerme de que veinte o treinta aventureros, ávidos de sangre y de botín, son los únicos idealistas de mi país" [9]. El idealista Solar, con todo, no tiene en cuenta su propia opinión, entra en la revolución, se desilusiona, y es muerto por sus propios revolucionarios.

En *Cantaclaro,* el alto buscador de la justicia bíblica, Doctor Juan Crisóstomo Payara (basado en la media centuria de actividad revolucionaria en la vida real de Roberto Vargas) [10], el negro idealista Juan Paras y el explotado campesino Juan el Veguero se lanzan todos a la revolución. Esta falla. Se encuentran variaciones del mismo tema en *El Forastero* y *Canaima.* Ni siquiera el Ezequiel Zamora del *Pobre Negro* de Gallegos da una justificación a la revolución. Para Gallegos, Zamora era "el caudillo convencido de la justicia de su causa, aunque sin ahondar en el espíritu de ésta... Le faltaba... la capacidad constructiva que sólo podía darse en un civilizador, hombre de ideas integrales..." No era el Zamora reivindicado por Brito Figueroa. Así la Guerra Federal, para Gallegos, carecía en definitiva de una "ideología verdadera" [11].

En *Doña Bárbara* Gallegos desarrolla su planteamiento más elocuente del problema de evolución o revolución, civilización o barbarie, justicia o iniquidad. Aquí Gallegos rompe de la manera más brusca con el culto de los novelistas latinoamericanos a la violencia, tal y como lo encontramos en Colombia, Perú y México. Las novelas de

este culto han ofrecido un esquema neto, sin compromisos, de la lucha de clases: un propietario o terrateniente, dedicado a mantener su supremacía y explotación sobre los campesinos hasta un grado inhumano. El héroe luchaba invariablemente contra un grupo o institución o situación social. La lucha no era nunca noble, sino que en ella se perdonaba la violencia como surgida inevitablemente de la miseria del rebelde. Las contradicciones de la sociedad sólo pueden ser resueltas mediante la violencia, en cuanto que el protagonista es —por el mismo hecho de ser explotado— "ignorante, primitivo, medio salvaje, acostumbrado a usar su machete, adicto al ron o pulque, con deseos desinhibidos y pasiones incontrolables" [12].

El protagonista de *Doña Bárbara*, Santos Luzardo, aunque ha nacido en los primitivos llanos, creció y se educó en Caracas. Su lucha, noblemente concebida y realizada, contra la embrujadora y despiadada Doña Bárbara, surgida de su mismo ambiente, es el medio de que se sirve Gallegos para propagar sus ideas sobre la barbarie y la civilización. En alguna manera la novela, como la obra de Vallenilla, tiene notables paralelos con las obras de anteriores novelistas positivistas. Todos ellos han tomado el tema de su abuelo cultural, el argentino presidente y educador, Domingo Sarmiento, en su *Civilización y Barbarie* [13]. En Gallegos, Vallenilla y Sarmiento existe la idea de que la violencia está incubada por el salvaje ambiente de las llanuras. En los tres existe el mismo sentimiento de que la violencia engendra la violencia, fracaso y desilusión. Tanto Sarmiento como Gallegos oponen la ciudad a la llanura, aunque Sarmiento enfatiza más este aspecto (Gallegos, en ésta y otras obras vacila a este respecto). Ambos insisten en la educación como un arma fundamental para su solución: la evolución.

Doña Bárbara, escrita en el cenit del poder de Gómez, en la que quizá Doña Bárbara simboliza al tirano de los Andes y los llanos representan a toda Venezuela, da la expresión más clásica a la idea que Gallegos había expresado años antes en su periódico *La Alborada.*

Ya en 1909 Gallegos había condenado la tiranía del individuo sobre el Estado. Parecía estar señalando en parte las concepciones de Muñoz Tébar, quien en 1890 había defendido la legalidad sobre el personalismo, reclamado la educación cívica y un cambio en las costumbres sociales [14]. Gallegos opinaba que "el concepto republicano - fue - puro mito hasta hoy", en Venezuela y que "la guerra - es - el único sistema de solución que conocemos..." a pesar de que "nuestro pueblo odia la guerra" y la ha llevado a cabo sólo porque "de natural perezoso está incapacitado para el esfuerzo perseverante que exige la labor cívica... En política, como en religión, nuestro hombre del pueblo es fetichista. Un caudillo, la realidad viva de un hombre, es para él mucho más que una *doctrina* política, vacuidad de palabras que por no penetrarle lo aburren; aquél fácilmente puede arrastrarlo en pos de sí hasta el sacrificio, ésta no movería en él una sola fibra, no le haría dar un solo paso, tal vez ni siquiera interesaría su curiosidad" [15]. Es posible que Vallenilla adoptara esta idea de Gallegos en 1919 o quizá ambos la sacaron de los positivistas franceses.

Sintiendo la necesidad de hechizar a sus compatriotas más que razonar con ellos, Gallegos se dedicó a la prosa dramática y poética, a la personificación y con frecuencia al folklore para encarnar sus ideas (A este último respecto Gallegos parecía que estaba usando el medio del folklore irónicamente en el mismo momento en que la nueva economía del petróleo estaba disminuyendo rápidamente su importancia. De la misma manera que el gaucho Martín Fierro apareció en la literatura argentina cuando la época de oro del gaucho no era ya sino un recuerdo, la descripción por Gallegos de las danzas nativas, los cantos y brujerías se estaban convirtiendo en escenas del pasado) [16].

Vallenilla podía presentar un ensayo para la élite; básicamente estaba justificando la situación imperante o al máximo un proceso evolucionario muy lento. El problema de Gallegos era el cambiar su país, el darles armas para dinamizarlo. Sin duda sintió la necesidad de conseguir

un círculo de lectores más amplio y llevarles a la acción. Santos Luzardo fue el vehículo del encantador:

> Santos Luzardo contemplaba el animado espectáculo con miradas enardecidas por las tufaradas de los recuerdos de la niñez, cuando al lado del padre compartía con los peones los peligros del levante. Sus nervios, que ya habían olvidado la bárbara emoción, volvían a experimentarla, vibrando acordes con el estremecimiento de coraje con que hombres y bestias sacudían la llanura, y esta le parecía más ancha, más imponente y hermosa que nunca, porque dentro de sus dilatados términos iba el hombre dominando la bestia y había sitio para muchos [17].

Las Tensiones del Evolucionista

A veces parecía que el evolucionista perdía en la lucha. Como Vallenilla Lanz, Arcaya y otros positivistas, Gallegos se daba cuenta del peso del ambiente cultural y geográfico, casi hasta el punto de hacerse determinista:

> La llanura es bella y terrible a la vez; en ella caben, holgadamente, hermosa vida y muerte atroz. Esta acecha por todas partes, pero allí nadie la teme. El llano asusta; pero el miedo del llano enfría el corazón: es caliente como el gran viento de su soleada inmensidad, como la fiebre de sus esteros.
>
> El llano enloquece y la locura del hombre de la tierra ancha y libre es ser llanero siempre. En la guerra, bueno, esa locura fue la carga irresistible del pajonal incendiado... y el retozo heroico en el trabajo: la llanura en la malicia del 'cacho', en la bellaquería del 'pasaje', en la melancolía sensual de la copla: en perezoso abandono... [18]

Y después: "¡Llanero es llanero hasta la quinta generación!" [19].

En *Canaima* se encuentra también el peso determinista del ambiente. El perdido y abrumado trabajador vive en-

tre los "¡Arboles! ¡Arboles! ¡Arboles! La impresión primera y singularmente intranquilizadora de... aquel mundo abismático... El infierno verde, por donde los extraviados describen los círculos de la desesperación, siguiendo sus propias huellas, una y otra vez, escoltados por las larvas del terror ancestral, sin atreverse a mirarse unos a otros, hasta que de pronto resuena en el espantoso silencio el son que desencadena la locura: ¡Perdido!" [20]. "Crímenes y monstruosidades de todo género - ocurren -" [21].

Las afirmaciones de Gallegos sobre el problema racial parecen enfrentarlo a veces con un determinismo con el que había jugado Vallenilla y después abandonado. Reinaldo Solar era de una "raza" aristocrática decadente [22]. Los indios han sufrido una fuerte degeneración tanto en Guayana [23] como en Zulia [24].

Por lo que respecta a los de ascendencia africana, Gallegos parecía tener una visión ambigua. En general, el negro, como otros venezolanos, para Gallegos, había heredado algunas características que implicaban al menos un parcial determinismo. En la historia "Pataruco" el joven negro Pedro Carlos (este aspirante a compositor y eventualmente satisfecho tocador de arpa) siente en sí mismo "la vida impulsiva y dolorosa de la raza que se consume en momentáneos incendios de pasiones violentas y pintorescas, como efímeros castillos de fuegos artificiales, de los cuales a la postre y bien pronto sólo queda la arboladura lamentable de los fracasos temporáneos" [25]. Si Pedro Carlos resuelve satisfactoriamente la crisis de su carrera esto se debe a que canaliza sus características raciales de manera constructiva; no evita el determinismo racial, sino que lo manipula [26].

Existen suficientes ejemplos de negros inteligentes, buenos y malos, en las obras de Gallegos para absolverlo de la acusación de un racismo activo. No se encuentra en él la histeria racista que se encuentra en algunas partes de la obra de su contemporáneo Rufino Blanco Fombona [27], ni tampoco el racismo revestido de ciencia de las obras de Pedro Manuel Arcaya, que calca las teorías positivistas de Le Bon [28]. Y sin embargo, en un momento

de reflexión en el calor de un debate parlamentario, Gallegos hizo el siguiente comentario: "He sido llamado de todos modos, desde negro hasta comunista, y no he abierto la boca para protestar... porque creo que esos insultos, esas injurias que hemos sufrido algunos hombres, son el precio de la sangre que no se ha derramado en Venezuela para esta transformación..." [29]. Considerar que el ser llamado negro es un insulto o una injuria implica que Gallegos debe tener algún prejuicio racial. El sólo contrabalanceó este prejuicio con su entusiasta apoyo al mestizaje, que consideró se encontraba en el núcleo mismo del proceso de civilización. El mestizaje era una mezcla del refinamiento europeo con la salvaje energía del indio o negro; el primero de los tres canalizaba de forma esperanzadora el elemento indígena hacia un modelo constructivo. Así, incluso la aprobación por parte de Gallegos del mestizaje estaba basada parcialmente en un prejuicio racial: la incapacidad o al menos la dificultad de los africanos o indios para civilizarse sin la influencia del europeo [30]. Sin embargo, es un hecho de que si Gallegos tenía los prejuicios raciales compartidos por los positivistas contemporáneos, el determinismo racial, según él, sólo dificultaba y nunca impedía por completo el progreso nacional. Gallegos, al revés de otros positivistas, tendía a enfatizar el hecho de que a veces el determinismo racial ayudaba a la nación. Creía en las potencialidades constructivas y creativas de la nueva raza, incluso si, como sus contemporáneos, desanimaba lo que él creía ser potencialidades raciales para la revolución.

Además de la geografía, ambiente en general y raza también encontramos en otros aspectos tensiones en la defensa por parte de Gallegos de la evolución. Mientras tanto, como Vallenilla, Gallegos creía que la evolución podía ser una espada de dos filos; ésta no estaba dirigida siempre en una dirección progresiva. Las nuevas ciudades petroleras eran un monumento a la incapacidad del hombre a salir de los antiguos modelos de explotación. Eran comunidades lamentables, precisamente, en buena parte, porque habían evolucionado a partir de la explota-

ción histórica del pasado, de las relaciones laborales feudales entre los latifundistas y el conuquero o peón. "¡Los pueblos nuevos a la orilla de la estupenda riqueza! Nacían desmirriados, torcidos, tarados, como engendros de la vieja miseria en la irremediable penuria, mal paridos por la prisa aventurera y en el recién nacido enteco y propenso a todas las lacras, abrieron en seguida las fuentes perennes de sus llagas, la cantina, el garito, el lupanar... Petróleo era riqueza y el porvenir diría si había valido la pena" [31].

Y el mismo compromiso del conuquero, del que habían surgido las ciudades del petróleo, era a su vez producto de la evolución, evolución de la esclavitud. Los negros no habían sido plenamente emancipados por el decreto (en *Pobre Negro):* "Nos invitaron a una fiesta; pero no nos reservaron puesto" [32].

Mientras que tanto Vallenilla Lanz como Gallegos veían que los resultados de la Guerra de Independencia y de la Guerra Federal trabajaban por la inversión de la pirámide social, Gallegos tenía sentimientos ambivalentes respecto al modo en que la llamada democracia social estaba evolucionando. Como Vallenilla, estaba conscientemente orgulloso de una nueva nación que mostraba "la democracia de campamento, el mantuano con el descamisado comiendo el mismo tasajo, el señorito Bolívar codo a codo con el Negro Primero" [33]. Y estaba orgulloso de lo que creía ser progreso mediante el mestizaje, pero como Blanco Fombona y como José Rafael Pocaterra, denunciaba el surgir del inescrupuloso. Mientras tanto Vallenilla Lanz como él creían en el dominio del talento y de la inteligencia (como comentaremos después), se diferenciaban al opinar sobre si esto había ya ocurrido o no. Para Blanco Fombona, Pocaterra y Gallegos lo que para Vallenilla eran historia de éxitos no eran sino casos de compromiso inconsciente con todos los principios. En uno de sus primeros dramas, "El Motor", Gallegos ilustra la crisis:

> Aldana: "La lucha, la vida no es más que un comercio de valores humanos. Es necesario cotizarse".

Guillermo: "Es modo de decir, venderse".
Aldana: "¡No seas puritano! Eso quiere decir ponerse en circulación".
Guillermo: "¡Cuántos valores falsos circulan por aquí!" [34].

Gallegos estaba seguro que hombres astutos de ciudades de provincia, como de Caracas, habían ascendido a los círculos dominantes de los caudillos, pero creía que su influencia no era salvadora, sino corruptora [35].

Por lo que toca a la gran esperanza de un futuro evolucionado, el petróleo, ésta ya había sido alienada a Wall Street mediante actitudes que eran tradicionales y que habían evolucionado desde la antigua e inadecuada conciencia social [36]. "No fue tanto él, como nosotros mismos los que perdimos la cabeza" y vendimos nuestro país para realizar un beneficio rápido [37].

Los Intentos de Solución

La tensión implicada en la cuestión de Venezuela —evolución o revolución— nunca estuvo plenamente resuelta por Gallegos el novelista ni por Gallegos el presidente de Acción Democrática y después Presidente de Venezuela. Sus respuestas son diferentes, a veces complejas, a veces sutiles. Por lo que toca al control gradual de las pasiones salvajes y de la violencia, Gallegos, como Sarmiento, en 1912 se dirigió a Europa en búsqueda de valores culturales y de inspiración. Allí vio campos roturados, una población creciente, nuevos caminos, industria, cultura, disciplina social, conciencia social e ideales sociales. Refuta la noción de que los orígenes europeos de las instituciones venezolanas son la causa de sus problemas, y rechaza también la idea de desarrollar el futuro de Venezuela a partir de la base cultural india. No había elección posible. Venezuela tenía que imitar hasta que hubiera creado en mayor escala una civilización. A pesar de todos los obstáculos que encontraban las nuevas ideas, podían prevalecer con ayuda del educador y del goberna-

nante. La influencia individual no sólo era una posibilidad, sino una realidad frecuente y tangible [38].

Se da un sentimiento del poder de la voluntad casi nietzscheano en el llamado que a ella hace Gallegos para imponer esas nuevas ideas en su país.

No quiere recurrir a la fuerza, pero comprende la necesidad de un esfuerzo heroico igual al del conquistador o del caudillo. Santos Luzardo, el protagonista de *Doña Bárbara* es un ejemplo notable del hombre de voluntad poderosa. En un país donde no existe una conciencia colectiva o una voluntad colectiva, todo tiene que ser realizado mediante una acción individual. Los individuos habían sido la causa del sufrimiento de Venezuela, pero tenían que ser la causa de su futura esperanza. La evolución del individualismo debe ser constructiva. Venezuela no debe esperar que todo provenga de las masas, que estaban demasiado fijadas a la tierra para despertar: debía declarar —y aquí Gallegos se encontraba en el centro de la corriente positivista— la dirección superior de la inteligencia. Más que buenas instituciones, la democracia necesitaba una aristocracia de la inteligencia, y esto implicaba técnicos (médicos, ingenieros, abogados, maestros) si tenía que evitar la barbarie [39].

En su pobre opinión de las masas, el pensamiento de Gallegos de 1912 era parecido al de Vallenilla Lanz, Arcaya, Blanco Fombona y la escuela positivista. Lo que había que cambiar antes de que se pudiera esperar ninguna mejora era la voluntad de las masas: "...no son las instituciones, en lo que tienen de ideas puras, las que rigen y conducen a los pueblos". Como Vallenilla, creía que era "la voluntad de la nación misma" y esto "es una oscura resultante de intereses y simpatías comunes, y así, con buenas o malas, primitivas o adelantadas instituciones, el resultado será el mismo mientras no se modifique esta voluntad de las masas por medio de la educación, en la más amplia acepción de este término" [40].

Gallegos esperaba convertir las "hordas" y "montoneras" haciéndoles converger a moldes civilizados por medio de esta "superior dirección de la inteligencia". Sus

raíces liberales decimonónicas le llevaban, a mi parecer, a esperar que esta solución sería en alguna manera democrática. Además, la administración de Gómez era todavía realativamente joven en 1912, todavía no había realizado su golpe de Estado de 1913 que aplastó el constitucionalismo. Gallegos, con algún optimismo, podría decir: "esta superior dirección de la Inteligencia - es la - única aristocracia que no queda excluida en el concepto y en el espíritu de las democracias modernas..."[41] En esta concepción, había dos modos importantes en que una "élite de la inteligencia" podría haber sido democrática. Primero debería haber reclutado sus miembros de todos los estratos sociales, haciendo una realidad la democracia social. Y en segundo lugar, debería haber educado un porcentaje cada vez mayor de la población, abriendo cada vez más la igualdad de oportunidades a los menos privilegiados.

En ambos puntos Gallegos se encontró siempre limitado. Tuvo que tener pronto fuertes dudas sobre la calidad de la "élite de la inteligencia". Tuvo que aprender de su experiencia como maestro en Barcelona y en Caracas que la "élite de la inteligencia" continuaría proviniendo de un porcentaje muy pequeño de la población: los niños de aquellos privilegiados venezolanos que podían permitirse el tener a sus hijos en la escuela y no trabajando. Ni parecía que fuera a mejorar la situación el minúsculo presupuesto educacional del General Gómez; la gran mayoría de los niños seguían sin escuelas y sin maestros. Este principio igualitario de la democracia estaba fuertemnte limitado.

Después, bajo López Contreras (1936-1941) Gallegos, como diputado (1937-1940) iba a luchar contra una gran resistencia a ampliar adecuadamente el presupuesto educacional. El resolvió parcialmente el problema, en todo caso en su conciencia, propugnando un programa educacional mínimo para resolver las necesidades más urgentes, y un programa máximo para realizar en los veinte años siguientes [42].

En 1937 él era consciente de las grandes limitaciones cuantitativas del programa mínimo. En 1937 deseaba incrementar el presupuesto educacional de 9 a 27 millones de bolívares; el Ministro Alberto Adriani le convenció para que rebajara su pedido a 16 millones. Había 500 maestros en Venzuela, y se necesitaban al menos 2.500 más. De hecho, dado que 450.000 niños en edad escolar no tenían ningún tipo de escuela, se necesitaba algo así como unas 10.000 escuelas. El presupuesto de 1938 intentó edificar 300 escuelas, y edificó muchas menos. Los problemas estaban interrelacionados: la falta de escuelas implicaba la falta de maestros; el pequeño número de maestros se debía en parte a la pequeña paga que recibían, y el escaso incentivo a entrar en la profesión que esto implicaba. Si un peón recibía 240 Bs. por mes, argumentaba Gallegos, ¿por qué debería recibir un maestro sólo 200? Su carácter conciliador le hizo admitir en 1939 que "algo se va haciendo. Es de justicia reconocerlo" [43].

Pero su creciente sentido democrático le hizo comprender: "o damos la espalda a las necesidades del país, o damos la espalda al criterio (muy sensato desde el punto de vista económico) del Ejecutivo" [44]. En esas circunstancias, una élite de la inteligencia continuaba significando una élite en el sentido tradicional no democrático.

En otros campos distintos de la educación el Gallegos de 1913 parecía estar reclamando un grupo que tuviera tanto las características democráticas como elitistas, y que fuera utilizado, se esperaba, para abrir el camino a una democracia social. En *Reinaldo Solar*, quitando énfasis a la acción de los partidos (los partidos estaban eclipsados desde la Revolución Libertadora) [45], el autor subrayaba la necesidad del venezolano individual de trabajar patrióticamente por el bien de la República:

> ...esto no es, ni debe ser, una institución de carácter político. Precisamente es contra esta tendencia que van encaminados los propósitos de la Asociación Civilista. La formarán hombres de todos los credos y agrupaciones, sin otra condición que la de la au-

téntica buena fe. Braceros, intelectuales, comerciantes, industriales, todos estén dispuestos a cumplir el sencillo precepto fundamental: que cada cual cumpla su deber particular con honradez absoluta en su hogar y en su trabajo personal [46].

Se encuentran raíces de esta fraseología en la historia precedente de Venezuela. La Unión Liberal de Guzmán Blanco pedía "un partido doctrinario que no excluye a ningún ciudadano, cualesquiera que hayan sido sus opiniones anteriores, sino que antes bien se empeña en unir y estrechar la familia venezolana" [47]. En 1889 Rojas Paúl anunciaba: "Es obra nueva la que venimos a hacer, porque la República necesita de un poderoso soplo renovador, salido de todas las almas buenas que la levante a la altura que la soñaron los Libertadores, coronada por la justicia y el derecho y sostenida por el esfuerzo común de sus hijos" [48]. El Solar de Gallegos, en todo caso, tiene esperanzas en la Asociación Civilizadora: "Si esto se realiza, dentro de poco habrá en Venezuela un grupo de hombres bien inspirados, que sin aparatos ni bullangas y trabajando para sí, trabajen de una manera eficaz para el bien común. Los mejores comerciantes, los más honrados e inteligentes, los mejores agricultores - aquí resulta difícil imaginar que Gallegos estuviera pensando en los peones—, los profesionales y empleados más idóneos, en fin, los mejores ciudadanos, se encontrarán en el seno de la Asociación" [49]. Era, en efecto, una "élite de la inteligencia" casi política y sus posibilidades de sobrevivencia, como Gallegos mostró en *Reinaldo Solar,* eran todavía menores que sus esperanzas de educar.

Pero la educación, con todos los límites de los años de Gómez, tuvo que parecer a Gallegos el único camino abierto para enfrentar los problemas políticos de la nación. La primera tarea en Venezuela, para Gallegos, siguió siendo probablemente hasta 1920: "la educación de las masas populares y por lo pronto contentarse con los pequeños triunfos, para ir poco a poco ensanchando

sus círculos de acción, hasta fundar la hegemonía de la cultura, valla y control de la barbarie, ciudadela de puerta franca a la democracia en cuyo recinto deponga sus ímpetus el instinto montaraz y se forme con todas las fuerzas indómitas extramuros, la energía consciente de la Nación" [50]. Y si Gallegos no llegaría personalmente a las masas mediante su enseñanza, al menos influiría en la juventud, esperanza del futuro [51]. Influyó en las palabras de introducción a las memorias del ministro de educación Rubén González, quien pidió a Gallegos que las escribiera en 1917 o 1918 [52].

Así, la solución personal de Rómulo Gallegos ante la dictadura gomecista —la educación— era la forma inseparable de su solución general al problema de revolución o evolución. Gómez no era sino un síntoma del sistema, que no curaría una revolución. La educación podría hacerlo: "...nunca he creído que Gómez fuera la causa de nuestros males, sino la consecuencia del largo período de involución hacia la barbarie que venía siguiendo el país, casi desde los mismos comienzos de la República, y que culminó en Juan Vicente Gómez por razón natural" [53]. Ya que Gallegos veía a Gómez como una consecuencia de los males de Venezuela, y no como su causa, fue capaz de colaborar ocasionalmente con el régimen del General. De hecho en una ocasión, en 1921, Gallegos se tomó incluso el trabajo de escribir a Gómez una carta personal felicitándolo por su cordial recepción de unos marineros franceses. También informaba al dictador de su deseo de escribir una relación en una edición especial del periódico del autor, *Actualidades*.

> Rómulo Gallegos, Caracas, 13 de enero de 1921, al Señor General J. V. Gómez, Maracay.
>
> Benemérito General i amigo de toda mi consideración i respeto:
>
> Me permito enviarle junto con la presente dos ejemplares del último número de Actualidades, que está dedicado a la reseña de los actos de cortesía con que el Gobierno Nacional correspondió galantemen-

te a la visita de los marinos franceses del crucero escuela Jeanne d'Arc.

Como esos actos exteriorizaron los principios de cultura i de cordialidad establecidos por Ud., en el manejo de las relaciones internacionales de Venezuela, y a la vez, pusieron de manifiesto la estimación en que se tiene a nuestro país i a su Gobierno entre las naciones civilizadas del mundo, —lo cual es obra de alto patriotismo llevada a cabo por Ud.— he creído que le sería grato ver recogida la reseña gráfica de ellos en una edición de gala, que, sin desdoro, pudiera exhibirse ante todos como una muestra de lo espléndida y cordial que fue la acogida que Ud. ordenó hacer a los Oficiales que fueron nuestros huéspedes de honor.

Si este contingente mío que he querido prestar al empeño patriótico y perfectamente realizado del Gobierno Nacional de dejar bien puesto el nombre de Venezuela como nación culta i próspera, tiene la fortuna de serle grato a Ud., dígnese aceptarlo como una muestra de la adhesión i del respeto que le profesa

Su atto S.S. i amigo [54].

La carta ilustra sobre la falta de oposición de Gallegos a Gómez, y la necesidad de cortejarle para sobrevivir. El maestro explicó su prolongada estadía en Venezuela: "Sobre este punto estoy yo absolutamente tranquilo, nadie puede decirme nada que me haga bajar la cabeza. Tampoco me voy a dar de héroe: hice el mínimo de lo que creí necesario hacer y basta" [54a]. Al principio el exilio parecía excluido. Aunque había sido un modelo tradicional, para Gallegos representaba una forma negativa de patriotismo [55]. De esta manera permaneció para servir como maestro y sólo en 1931, cuando fue designado como senador de Apure se sintió obligado a exiliarse. Permanecer hubiera sido "venderse".

En 1931 Gallegos, el evolucionista, todavía estaba insistiendo en el papel de los individuos, pero había rechazado la idea de que debería injertar las ideas europeas en la palmera venezolana. Se acercó también más a la idea de evolución mediante organización política, que incorporaba el individualismo constructivo. Según sus mismas palabras, el "sentido colectivo de la organización debería - mantener y perfeccionar la obra de los individuos bien intencionados" [56]. Su papel, como maestro de 1922 a 1928, también había implantado ese mismo tema, que fue llevado valerosamente a la acción en 1928 organizando la acción de los estudiantes contra Gómez. Algunos de esos estudiantes serían después los más importantes dirigentes políticos del país: Raúl Leoni, Rómulo Betancourt y Jóvito Villalba [57]. Sin duda la actividad política de esta generación del 28 era a su vez una fuente de inspiración para su mentor.

Otro aspecto del evolucionista e "individuo bien intencionado" es la capacidad para absorber y transformar el pasado. Más que simplificar excesivamente el problema engañándose a sí mismo con el intento de aniquilar el pasado, se debe, por el contrario, realizar algún tipo de fusión, inteligente y con buena voluntad, del pasado con el presente. Esa idea está lejos de ser simple, pero es central en la ideología de Gallegos y se manifiesta en terrenos claves. La barbarie no puede ser aniquilada; más bien se debe emplear la energía que le subyace para transformarla constructivamente. En ocasiones resulta incluso necesaria la primera ruptura de la tensión, con lo que se desahoga rápida y económicamente la agresión [58]. En ocasiones, como una contribución personal a la propia madurez, puede enfrentarse cada cual con su propio ser primitivo en su totalidad, desafiar el mundo salvaje comenzando por reconocer y desafiar al salvaje que hay dentro de uno mismo. Se puede rechazar la idea de Sarmiento de que Europa y la ciudad deben reemplazar el espíritu de las soledades de América Latina. De hecho hay que terminar con la esquizofrenia que supone para

Latinoamérica el rechazar el Mundo Nuevo en favor del Viejo Mundo [59].

Hay que rechazar la esquizofrenia en que se encuentra el mulato o mestizo por estar en guerra consigo mismo. La mezcla racial, como se indicó antes, debe ser aceptada y reafirmada, así como sus consecuencias culturales [60]. Las tribus de indios que han degenerado deben ser incorporadas a la vida económica activa del país; deberán participar en el progreso futuro: "El problema político de la Guajira: una región perteneciente a Venezuela, pero no realmente incorporada a la nación, no verdaderamente atendida con los servicios públicos que está obligado a prestar el Estado..." [61].

Un problema crucial sobre la fusión que había que resolver era la de evolucionar hacia una unidad nacional auténtica. Si bien el desarrollo económico a escala nacional era esencial para una tal unidad al mismo tiempo que un objetivo que debería obtenerse con ella, Gallegos era consciente de la importancia del factor humano. Quizás las mayores contribuciones que hizo Gallegos hacia esa unidad fueron el amor y creatividad con que escribió sobre las distintas regiones de Venezuela. No fue accidental que las ocho novelas que escribió antes de ser presidente abrazaran buena parte del país, desde el punto de vista geográfico. *Reinaldo Solar* se encontraba en el valle de Caracas y en el mismo Caracas. *La Trepadora* describía las tierras altas y valle del Tuy y de Caracas. *Doña Bárbara* y *Cantaclaro* describían la llanura. *Canaima* dibujaba el río Orinoco y la Guayana Venezolana. *Pobre Negro* trataba de las montañas y el Valle de la región de Barlovento, con las plantaciones de cacao. *El Forastero* se refería a gente típica de provincias. *Sobre la misma tierra* describía la región del Lago Maracaibo. Estas obras no sólo dieron fama al novelista sino que añadieron una dimensión significativa a su ser político. Como candidato presidencial en 1941, Gallegos podía hablar con autoridad y sinceridad cuando reclamaba una política de conciliación y armonía entre las regiones de su país. Gallegos no creía "que puede ser un buen ciu-

dadano de la tierra entera quien no sabe serlo hoy del pedazo de ella que es su país", y aplicaba el mismo principio a la diferentes regiones de Venezuela [62]. Hay que interesarse simultáneamente por ambas cosas si hay que hacerlo por cualquiera de ellas.

El problema más espinoso para Gallegos, y para cualquier evolucionista, era el de las contradicciones inherentes en el mismo sistema que estaba intentando reformar, contradicciones tan profundas que la reforma podía aliviarlos pero nunca eliminarlos. Su eliminación implicaba una revolución.

Aunque Gallegos nunca se convirtió en un revolucionario, su posición se modificó constantemente hacia la izquierda desde 1927 *(Doña Bárbara)*. Este proceso tuvo dos aspectos importantes: su visión más optimista de la capacidad de las masas y su aguzado criticismo de la sociedad existente que amenazaba esa capacidad. Esta transformación debe ser considerada en una perspectiva crítica. La crítica del Gallegos anterior a *Doña Bárbara* hecha por Domingo Alberto Rangel tiene una cierta validez: "el muchacho venezolano de 1925 que hubiese acudido a Gallegos para buscar caminos se habría encontrado con un muro de lamentaciones" [63]. También existe, a mi parecer, una explicación plausible, si no plenamente satisfactoria, del cambio de Gallegos a una concepción más democrática. Como se indicó antes, la visión inicial de Gallegos sobre las masas como una horda instintiva y su aprobación de una "jerarquía legítima" —visión que nunca abandonó del todo— [64] estaba fomentada por su origen pequeñoburgués, muchos de cuyos miembros, incluyendo a su padre, reclamaban orden a cualquier precio. Esta visión de las masas como anárquicas también estaba fomentado por el positivismo de finales de siglo, una teoría que reclamaba el liderazgo de una élite educada y que también reflejaba un amplio deseo de orden. Los primeros escritos de Gallegos lo colocan en esta escuela positivista, y quizá la cuestión más interesante es la de por qué él se hizo menos conservador, no por qué primero fue conservador.

La visión de Gallegos sobre las masas en la década de 1930 se hizo más democrática e igualitaria, enfatizando más su capacidad presente y futura de progreso. Quizás esta visión también tenía sus raíces en sus propias raíces pequeñoburguesas, pero sobre este tema sólo es posible ofrecer una hipótesis especulativa: la sociedad venezolana había avanzado económicamente en algunos aspectos bajo el gomecismo, en particular, como indicamos, durante finales de la década de 1920. Si la agricultura de exportación estaba empezando a sufrir grandes dificultades, el petróleo ya estaba dando origen a nuevos mercados en las ciudades y campos de petróleo. El avance no era gigantesco en esos primeros años, pero era lo suficiente como para hacer surgir expectativas. Un corolario frecuente a las expectativas crecientes en cualquier sociedad son las frustraciones crecientes: al mejorar sus condiciones la gente empieza a darse cuenta de cuánto pueden mejorar todavía, y se muestran descontentos con las condiciones imperantes, aunque estén cambiando. Empiezan a darse cuenta de todos los obstáculos reales y se sensibilizan respecto a cualquier dificultad hacia un progreso mayor. "Llegados a este punto del desarrollo histórico, el Gobierno absolutista se convierte en el principal obstáculo del progreso económico ininterrumpido. Por lo que el paso siguiente debía ser el de la abolición de las trabas políticas y económicas impuestas por la dictadura" [64a].

Los miembros de la nueva generación de la pequeña burguesía comenzaron a agudizar su conciencia respecto a algunas de las limitaciones de la dictadura en orden a un mayor progreso: un creciente monopolio del comercio, industria y agricultura por el clan de Gómez; el entreguismo al imperialismo, que privaba a la nación de ingresos para necesidades sociales tales como salud y educación; los latifundios aliados al General Gómez, irresponsables respecto a la sociedad en su conjunto; las condiciones del mercado mundial y la necesidad de incorporar al trabajador en cuanto consumidor, a la economía; y un gobierno nepotista, antidemocrático y bru-

talmente opresivo, que no permitía la crítica constructiva que podría haber aliviado algunos de los otros males. Tampoco se puede dejar de lado, como una influencia en el pensamiento político de Venezuela, el impacto de las noticias de los campos en la Unión Soviética en 1917, muy claramente relatados en el *Nuevo Diario*. La circulación clandestina de las obras de Blanco Fombona y Pocaterra, y el constante ejemplo de los caudillos que continuaban rebelándose en lugar de someterse al régimen de Gómez contribuyeron también a la noción de que quizá existían alternativas políticas viables, aunque no fuera en lo inmediato. Como notaba Ricardo Montilla, la obra de Gallegos derivó claramente a una posición más racional, en parte como resultado de la protesta de los estudiantes en 1928, y la respuesta de las masas, incluyendo grupos de valerosas mujeres. Además, una vez que marchó al exilio, su contacto con sus compañeros venezolanos en el exilio tuvo que haberle dado una actitud cada vez más crítica hacia el gobierno de Gómez, dado que no había otras opiniones en su favor que las contrabalancearan. En modo parecido, una vez que regresó y se encontró en contacto con concepciones más conservadoras, aceptó gradualmente una posición política más moderada, reforzando su creencia en una evolución conciliadora.

Las aspiraciones de Gallegos más marcadamente democráticas parecían estar de acuerdo con las aspiraciones de una revolución burguesa que requería una fuerza de trabajo más vigorosa y una economía de mercado en que tuvieran participación las masas. *Pobre Negro* refleja a la vez las semejanzas que quedan y las crecientes diferencias a este respecto entre Vallenilla y Gallegos. Si las masas de Barlovento podían ser una horda instintiva, cometer atrocidades sin cuento, y seguir a dirigentes carentes de una ideología constructiva, también podían expresar profundamente conceptos igualitarios: "Cada uno tiene que contribuir con lo que lleve por dentro... Y como esta guerra iguala las desproporciones..." [65]. El rebelde de Gallegos en *Pobre Negro* era quizá un reflejo

del genuino interés del novelista en un contacto con gente de todas las clases, al mismo tiempo que una prueba de dicho contacto: "En mi experiencia pesonal, tratando con los hombres del pueblo, con los campesinos, aun de las más apartadas regiones, he hecho una observación contraria a lo que sustenta el Diputado Aranguren. He encontrado analfabetos de una gran lucidez mental, si no con una vida espiritual que no vacilo en calificar de profunda, aunque, naturalmente, expresada de una manera rústica..." [66].

Hay que advertir de nuevo que si bien Gallegos dio a sus revolucionarios rústicos de *Pobre Negro* y *Cantaclaro* un fuerte sentido igualitario, nunca pensó que la solución fuera la revolución. En *Canaima* fue donde Gallegos, en mi opinión, llegó a su posición más izquierdista. (Con todo, Juan Liscano presenta fuertes argumentos para colocar a *Cantaclaro* como la novela más radical de Gallegos; esa novela presenta a todo un pueblo en revuelta) [67]. En *Canaima* Gallegos trata directamente de la explotación capitalista y feudal en sus aspectos más desfavorables. Es posible que le influyeran sobre todo dos cosas: la dictadura de Gómez había llegado a mediados de la década de 1930 al extremo de paralizar el país, y estaba claro para todos que los intereses petroleros estaban cooperando con él estrechamente, si no estaban en todo de acuerdo con él. En segundo lugar, Gallegos terminó de escribir *Canaima* en la España Republicana, cuando él y sus amigos se encontraban todos influidos por aquel movimiento, una situación que tendía a polarizar rápidamente las actitudes políticas. Sobre la manera en que pensaba Gallegos, se puede observar que "el contacto con el explotado proletariado gallego es la única sociedad que interesa al novelista y al hombre" [68].

El sistema de capitalistas y obreros alienaba a un hombre de otro, y Marcos Vargas, un capataz, sentía el "horror —a la tremenda injusticia que dividía a los hombres en vellorinis— capitalistas —y damesanos— proletarios" [69]. Este núcleo del sistema envenenaba todo su contenido. La

misma amabilidad con que el capataz trataba a los trabajadores del caucho servía para que trabajara más para beneficio de otro. "Ochenta hombres cautivados por unas palabras... ¿no era esto servirle a la inicua casta tanto como los capataces de —el caudillo— Ardavín, vergajo en mano?" [70] Al exhortar a un trabajador a permanecer en el empleo lo más probable es que se favoreciera su gradual caída en una especie de servidumbre por deudas [71] que era corriente no sólo entre los trabajadores del caucho sino entre miles de agricultores en toda Venezuela, como Juan el Veguero [72].

Gallegos ataca a la injusticia en todas sus novelas, pero en *Canaima* hace el más severo juicio del "sistema". En *Doña Bárbara* Gallegos ataca la falta de respeto por la ley que lleva a la desviación de la justicia. En *Pobre Negro, Cantaclaro, El Forastero* y particularmente en *Canaima* Gallegos ataca a las mismas leyes como raíz de la injusticia: "...códigos y constituciones aparentemente admirables en que venía amarrando sus intereses la clase dominadora" [73]. Uno "debe burlarse de las instituciones legales que ya no podían inspirarle respeto" [74]. El sistema explota en todas partes —en los almacenes generales, en las antiguas minas de oro, en las zonas del caucho, en los ranchos, en las tiendas de mujeres. Los hombres eran o amos o esclavos o ambas cosas.

Existen unos pocos atisbos de radicalismo, que no son representativos, en los que Gallegos parece promover vagamente un sistema revolucionario de izquierda: "¡Vida tan de todos por igual!" grita el protagonista Marcos Vargas en una ocasión. Pero el verdadero abogado de la participación colectiva es, más apropiadamente, el indio. Una vida simple y una propiedad colectiva, bajo un techo, el manoco y el perariru tomados de la misma fuente... Vida igual para todos [75].

> Panchopire había obedecido tanto al sentido hospitalario muy desarrollado en el indio, como al que tenía de la comunidad humana, dentro de la cual ni el individuo ni la familia pueden existir en sí

sólo ni para sí mismos. Sus vestigios de economía personal o doméstica, todos consumiendo por igual... y no se explicaría nunca cómo podía ignorar un racional lo que otros sabían, cuando entre ellos —los indios— era tesoro común la ciencia de las cosas necesarias para la vida [76].

Es posible que haya una conexión entre las crecientes inclinaciones de Gallegos hacia la izquierda y su elección de los indios de la Guayana como tema de su novela. La forma comunal de distintas tribus indias podría místicamente ser sugestiva para quien aspiraba a realizar un ideal colectivo; había jugado un papel vital en *La Familia* de Engel, e incluso más naturalmente en la obra de los muralistas mejicanos Rivera, Orozco y Siqueiros. Parece que Gallegos escogió deliberadamente los indios comunitarios de las Guayanas en lugar de los tan individualistas indios de los llanos, sobre los que Vallenilla escribió con tanto entusiasmo. Vallenilla, defendiendo las condiciones imperantes, enfatizaba las raíces históricas del caudillo. Gallegos, con mayor inclinación socialista, se refería a las forestas húmedas. Sería absurdo pretender que ésta era la única motivación en su elección. El potencial poético del "Infierno Verde" era sin duda otro motivo y, lo que aún es más importante, él había escrito ya dos novelas sobre los llanos. Por último, a pesar de toda la admiración de Gallegos por la fraternidad del comunismo primitivo, el autor presentaba con todo sólo una solución muy individualista, incluso escapista, para el socialmente sensibilizado Marcos Vargas (protagonista de *Canaima*). Nunca defendió la sociedad de clases propugnada por Marx como una posibilidad real para toda Venezuela. Sin embargo, continuaba interesándole la revolución como un medio necesario para acercarse al ideal colectivo.

En *El Forastero,* escrito, en la década de 1920, pero rehecho y publicado en 1942, Gallegos enfoca no tanto la injusticia del sistema como su intolerable incapacidad de reforma desde dentro: "...la tristeza sin esperanza,

una forma de suicidio, la más cobarde de todas..." [77]. Marcos Roger, el frustrado reformador, creía en la dignidad humana y en la extensión de las libertades civiles tanto como su creador, Gallegos, en su discurso en Barquisimeto durante la campaña de 1941 [78]. Pero al fracasar todas las reformas dentro del sistema el Doctor Marcos Roger unió su suerte a las fuerzas de la revolución. En 1945 Rómulo Gallegos se enfrentó con una situación semejante. Las reformas habían llegado, pero demasiado pocas y demasiado tarde. No se había realizado una reforma electoral para la elección directa, universal y secreta del presidente. El partido de Acción Democrática, a pesar de las advertencias de Gallegos y su falta de aprobación, insistió en un golpe con la ayuda de los dirigentes del ejército de la clase media baja. También Gallegos unió su suerte con la de la revolución [79]. Quizá pensaba como uno de sus personajes: "Este es uno de los casos en que el fin justifica los medios" [80].

El peso conjunto de los escritos de Gallegos, y la naturaleza de su compromiso con el golpe de 1945, llevan a la conclusión de que Gallegos era un convencido evolucionista, que era lo suficientemente profundo y consciente para estar siempre obsesionado por aquellos factores que lógica y emocionalmente favorecían la revolución, incluso con todas sus limitaciones.

Quizá hubo una consideración decisiva que impidió a Gallegos el aceptar una revolución comunista (reforzada por el hecho de un proletariado masivo, consciente de su clase, lo que hacía de ello una posibilidad sólo remota [81]): la reserva freudiana con que veía a sus compañeros, reserva que compartía todavía con Vallenilla. Era plenamente consciente de las injusticias de las diferencias de clase; plenamente consciente de la capacidad explotadora del caudillo, del latifundista y del capitalista. Pero en definitiva atribuía la injusticia tanto a la naturaleza inherente a todos los hombres como al sistema en que vivían. "Es necesario matar al centauro que todos los llaneros llevamos por dentro" [82]. Gallegos parece haber extendido esta misma concepción a la U-

nión Soviética, que clasificaba como una odiosa tiranía personal; también ella antagonizaba el pleno desarrollo de la personalidad humana [83].

Así, cuando en 1941, como candidato presidencial, reafirmó la necesidad de subordinar el individuo a la colectividad, no hizo una declaración de revolución en la élite. Reclamó una política evolucionista, de "concordia entre el capital y el trabajo", en la que el gobierno se esforzaría por minimizar la injusticia y evitar así una revolución violenta [84]. Sin llamarla así, Rómulo Gallegos abogaba por una revolución burguesa.

Enfoque de las cadenas de la agricultura feudal

Un gran paso evolutivo tenía que comportar una transformación fundamental de la agricultura venezolana. Las opiniones de Gallegos sobre la Venezuela rural se habían manifestado gradualmente en sus ensayos, novelas y discursos; eran complejas, a veces cambiaban en su énfasis, y sugerían una variedad de enfoques a los problemas [85].

Fuente de beneficios y de producción, la agricultura fue el campo menos desarrollado por el autor. Dadas las condiciones existentes, el señor parecía capaz de combinar esas dos cualidades de producción y beneficio sólo mediante una atracción magnética sobre sus trabajadores [86], o mediante una opresiva esclavitud [87].

La concepción predominante en las novelas es que el estancamiento de la agricultura y la ganadería se debía sobre todo a la propiedad monopolista de la tierra, a los latifundios. El mismo latifundista tendía a degenerar en el grandioso aislamiento de su propiedad [88] o en la sociedad decadente de Caracas, que era incapaz de transcender el egoísmo asocial que le habían comunicado los ricos propietarios absentistas de café o de cacao [89].

Ese terrateniente o su apoderado podía ser opresor del desamparado campesino, cuya tierra se encontraba pronto virtualmente confiscada. La miseria resultante estaba simbolizada en la personalidad de Juan el veguero.

Era un tipo al que se refería Gallegos durante su residencia en el palacio presidencial de Miraflores y después los investigadores de la reforma agraria en 1959:

> El perro era sarna y Juan, el veguero, anquilostomiasis y paludismo. Retaco, macilento, canijo, pie en el suelo, nidal de niguas, un mandil de coleta cubriendo las partes pudendas, la piltrafa de un sombrero pelodeguama sobre la greña piojosa... ni una chispa de inteligencia brillaba en aquella mirada que se posaba sobre las cosas y allí permanecía largo rato inmóvil... El rudimentario alimento del topocho y de la yuca que degeneraban en la tierra sin cultivo del rastrojo y el agua pútrida de la charca o del jagüey, carato de aquellas larvas que les hinchaban los vientres y les chupaban las fuentes vitales, la miseria sin límites pero sin horizontes, como la llanura en aquella tarde brumosa y la ignorancia absoluta habían hecho de aquel hombre y su mujer duendes de sí mismos con cenizas de alma en la mirada... Hay que hacer algo para que en esta tierra un Juan el veguero no tenga tres hijos y una mujer y se le mueran todos de hambre y de fiebres y de brujos... Y de jefes civiles como el que arruinó a Juan el veguero —tomando su tierra— Juan el veguero, que había sido un hombre bueno y paciente hasta el fin, si el destino y los hombres lo hubiesen dejado vivir tranquilo, con su mujer y sus hijos, y sus cuatro vacas y sus dos potrancas [90].

No había podido haber una solución pacífica para Juan el labrador en un mundo dominado por terratenientes ávidos, miopes e intransigentes. La lucha de los campesinos por la tierra y por una vida mejor había terminado en la Guerra de la Independencia, la Guerra Federal, y la violencia que al cambiar el siglo vio el surgimiento de Castro y de Gómez [91].

Ciertamente Gallegos no esperaba que hubiera un plan racional de reforma para levantar a esa gente tan postrada. Ni vio en la educación de los latifundios algo

que inculcara a su élite un ideal de reforma. Como se indicó ya, no sólo era la educación deficiente en cantidad, sino también en calidad. La calidad de los maestros, pobremente pagados, eran también pobre: tendían a ser indiferentes, incompetentes y algunos eran incluso analfabetos [92]. El trabajo de la escuela subrayaba demasiado la pura memorización y demasiado poco el pensar. La áspera disciplina incapacitaba al estudiante para la autodisciplina y responsabilidad moral. Mas bien tendía a ser hipócrita y mentirosa [93]. Al oprimir la individualidad en la escuela, el maestro tendía también a coartar la iniciativa personal, y dejaba así a la gente pronta para los militaristas activos. Bajo los latifundios, "el educador es el cómplice del tirano" [94].

La Iglesia, tan frecuentemente instrumento de educación, reforzaba estas tendencias. El confesionario nutría en la élite la hipocresía o la indiferencia. Las alabanzas del clero a la humildad en los trabajadores reforzaba su sumisión, más que el sentimiento del derecho del trabajador a cultivar sus propias facultades [95]. El convento ofrecía con frecuencia una solución escapista [96]. En el mejor de los casos, el mensaje de la Iglesia era sobre todo irrelevante, y por lo tanto servía para retrasar la acción en pro de un cambio significativo [97]. Por lo que toca personalmente a Gallegos, hay indicios que durante cierto tiempo su fe había desaparecido por completo [98].

Si bien las concepciones de Gallegos sobre la Iglesia son críticas, juegan un papel muy secundario en sus novelas. Respecto a los sacerdotes, tendía a darles un papel más simpático en sus últimas novelas. Quizá llegó a creer de nuevo en cierta experiencia religiosa, que había abandonado a la edad de dieciocho años. Quizá, como pretende un estudioso de Gallegos, estaba insatisfecho con las soluciones humanas y quería una explicación más completa [99].

Es indudable que, como figura política, Gallegos insistió prudentemente en el respeto a todas las creencias. Luchar contra la Iglesia activamente en forma ideológica era contraproducente: "la mejor arma es la indiferencia"

en este caso. Además, aunque la educación religiosa no había hecho que los hombres fueran santos, tampoco era la causa de su pérdida; esto había sido una realidad en Venezuela durante mucho tiempo, y así era enseñado incluso en la escuela que llevaba el nombre del primer anticlerical de Venezuela, Guzmán Blanco [100].

Sería con todo un error pensar que Gallegos creyó alguna vez de verdad en la eficacia de la Iglesia como educadora, ni como impulsora de una reforma agraria. Lo más cerca que él llegó a un "concordato" fue en 1939 y 1940, cuando concedía la educación religiosa para los niños de los padres que lo querían, y en 1941, cuando concedió que los recursos del Estado no eran adecuados para realizar un notable incremento de la educación sin la ayuda de las escuelas privadas, es decir, de la Iglesia [101].

En suma, el sistema contenía sus propias semillas de degeneración o, a lo menos, de estancamiento. Ni los terratenientes, ni la Iglesia ni los campesinos podían ser quienes dieran una solución para la producción, la educación o la salud.

Gallegos nunca vio los problemas de una manera tan simple como la recién esbozada, y en la realidad venezolana hubo siempre otros factores que hacían más complejas sus concepciones. Además de la ya señalada hubo un cambio en el énfasis que ahora tendía a colocar la responsabilidad del estancamiento en los hombros del caudillo-terrateniente, en cuanto distinto del terrateniente no-militar. Esta concepción subrayaba que el estancamiento en la producción provenía de la idea tradicional del caudillo de que la tierra era una propiedad feudal, y un arma para la conquista del poder político. No se consideraba como un recurso que debía ser incesantemente mejorado [102]. Además, el caudillo no sólo descuidaba el mejoramiento de su propio campo, sino que se esforzaba por confiscar la tierra de los demás. El principal ejemplo fue el de Doña Bárbara, que simbólicamente representaba a Gómez [103].

Ante esta rapaz adquisición, los terratenientes civiles, en particular aquellos cuya propiedad había sido transmitida por herencia paterna o más lejana, parecían incluso inocentes. Santos Luzardo y la familia Coronado estaban sin duda impedidos en sus esfuerzos por promover una producción más eficiente [104]. La familia de esas mismas víctimas, sin embargo, había obtenido con frecuencia la tierra mediante métodos parecidos, quizá una o dos generaciones antes [105]. Así, su culpabilidad (que Gallegos aminoraba) era relativa en cuanto que la mayor parte de sus tierras habían sido adquiridas por vez primera ilegalmente, sus obreros vivían todavía con frecuencia en un nivel subhumano, y el crédito se dirigía todavía sólo en dirección a los explotadores [106]. Con todo, Gallegos insistía con justicia en reconocer que las víctimas del caudillo terrateniente habían sido frustradas en sus sinceros esfuerzos para mejorar la producción debido a la explotación del caudillo o a la opresión gubernamental. Por lo común, gobierno y caudillo eran sinónimos, por cuanto que el gobierno era claramente el instrumento del caudillo [107], y el caudillo menor estaba a merced del mayor; en el mejor de los casos lo reemplazaba y continuaba la misma política [108].

Una tercera concepción, ligada a las anteriores, quitaba importancia a la conexión entre los problemas técnicos y sociales, inclinándose a ver aisladas las dificultades técnicas de la producción, salud y escolarización, y reduciendo, por tanto, mucho, la urgencia de reformas agrarias radicales. En este proceso el caudillo llegaba incluso a ser parcialmente absuelto.

La lucha contra las fuerzas que obstaculizaban el progreso de Venezuela, antaño lucha sinónima por completo de la lucha contra el caudillismo y los latifundios [109], comenzó a ser una serie de problemas independientes después de 1941. Gallegos observaba que en Carabobo como en toda Venezuela el problema del campo era doble: agrario y agrícola. El primero se resumía tradicionalmente como "tierras sin hombres y hombres sin tierras". El segundo, o problema técnico, se debía a la

falta de rotación de cereales, de créditos a bajo interés y de adecuadas facilidades de mercadeo que permitieran extraer beneficios sin la especulación que de ordinario ejercía el intermediario [110].

Incluso en las novelas hubo en parte un proceso de "tecnificación" aplicado a los pobres reductos indios. Gallegos consideraba que su miseria provenía de la conquista española y de su posterior desplazamiento y marginación como resultado de inescrupulosos aventureros mineros o petroleros, en alianza con codiciosos venezolanos. Pero entonces Gallegos, y también otros intelectuales mucho más a la izquierda que el novelista, tendían a concebir la perpetuación de su miseria como resultado de su aislamiento, su falta de integración a la economía nacional. Se decía que formaba el sector inferior de una economía dual [111]. Sólo en estos últimos años se ha insistido más en concebir esas comunidades como una parte integral de la economía política nacional, aunque sea sólo como el último travesaño de la escalera jerárquica de explotación [112].

La solución propuesta por Gallegos en 1941 a los complejos problemas de la agricultura era del todo coherente con las conclusiones y con el tono prevalente en sus novelas: evolución mediante conciliación. Si existía alguna cólera expresada en las palabras, se encontraba cuidadosamente diluida en términos genéricos. Incluso al discutir sobre la miseria del campesino, Gallegos hacía que fuera el "campo" el explotador [113].

La parte más radical de la reforma reclamaba una distribución entre los campesinos de las propiedades de Gómez, de las tierras gubernamentales y de la primitiva propiedad comunal sobre la que el gobierno había de decidir qué tipo de productos deberían ser cultivados. Era conspicua la ausencia de expropiación de la tierra explotada por los demás latifundistas. Uno de los principales objetivos de la reforma era ayudar al terrateniente, "estimular la empresa privada", mediante el préstamo de lo que necesitara para convertirse de un simple explotador en un verdadero empresario, poseído de un

espíritu social, que siempre había existido pero al que nunca se había dado el impulso suficiente. Se canalizarían los créditos a los terratenientes por medio de bancos estatales con una mentalidad moderna, no la tradicional, ligada a prácticas usurarias y egoístas. Además, la reforma estaría acompañada de proyectos de irrigación y extensión de las comunicaciones [114].

La reforma habría conmovido al gran latifundio; en definitiva lo dejó intacto en grado significativo, después de haberlo reforzado mucho desde el punto de vista técnico. En su conciliación Gallegos era coherente a otro respecto. Propugnaba una reforma que habría beneficiado a los terratenientes de mentalidad progresiva más que a nadie, y también a los futuros reformadores, representados por Santos Luzardo, el protagonista de Doña Bárbara. Luzardo había abogado siempre por la modernización de los métodos de ganadería y cultivo y la creación de una moderna industria de productos complementarios. Y en toda la obra de Gallegos no había un representante más claro de la fuerza modernizadora dentro del contexto de una revolución burguesa [115].

Sin duda no se olvidaba de Juan el campesino. Como congresista, en un rapto de idealismo que combinaba en forma típica la compasión con el pragmatismo, Gallegos subrayaba la gran necesidad de una mejor dieta:

> Hay que darse cuenta de que el mal fundamental nuestro está en la mesa del trabajador. Todo lo demás viene por añadidura de esa insuficiencia, de esa incapacidad que tiene nuestro hombre de trabajo para producir y para comportarse con una energía humana. Yo he visto cómo se alimenta en los hatos el hombre que trabaja diez o doce horas a caballo, con un poco de frijoles y un pedazo de casabe. Con esta alimentación no se hace nada útil y el país degenera a ojos vistas. Es verdaderamente deplorable lo que está sucediendo... Yo creo que este país no empezará a mejorar mientras no se su-

priman de una manera absoluta tres cosas: el alcohol, el chinchorro, y el casabe [116].

Como afirmaba Gallegos, buscaba una solución humanitaria [117], pero no una revolución de los trabajadores [118]. La reforma no era revolucionaria para los campesinos; quedan muchas dudas sobre hasta qué punto efectivamente habría sido humanitaria si se hubiera realizado dentro del sistema imperante.

Dentro incluso del sistema imperante, con todo, los programas de educación y salud, de haber sido realizados, hubieran mejorado la vida del campesino hasta cierto punto, y al elevar la calidad y cantidad del trabajo habrían reducido parcialmente uno de los mayores obstáculos a la modernización e industrialización de la agricultura: una fuerza de trabajo de rodillas o desmayada en su hamaca.

El programa de salud, destinado específicamente a las regiones devastadas, incluía también el desplazamiento de enteras comunidades a zonas más salubres [119]. Como parlamentario, Gallegos estaba consciente de la carencia de médicos y de otros técnicos en el interior. Como remedio hizo la siguiente propuesta: En pago por su educación gratuita (financiada públicamente) y título estatal, un médico, abogado o ingeniero —no importa la profesión— tenía que dar al Estado dos años de servicio donde pidiera el Estado. En una exposición que podía haberse basado en un parágrafo del *Anti Dühring* de Engels, Gallegos observaba: "La razón es la siguiente: hay que buscar una manera de que los médicos, los abogados y los ingenieros retribuyan al Estado parte de lo que éste hace por ellos, al darle la enseñanza superior, que en muy pocos países se da totalmente gratuita como en Venezuela. El Estado tiene el derecho de pedir una retribución de ese servicio prestado, y lo pide para el bien público..." Pero entonces Gallegos debilitó todo el proyecto de reforma haciendo voluntario ese servicio [120].

Las propuestas educativas de 1941, que surgieron de los años parlamentarios de 1937-1940, exigían todavía un programa mínimo. Incluían una mejor paga para los maestros; una notable mejora de los edificios escolares; la realización inmediata de un programa muy simple pero más orientado hacia la práctica, adaptado a cada local; la puesta en marcha gradual de un programa a largo plazo de niveles intermedios de especialidad; y preocupación por la educación superior, mayor libertad científica y mayor gobierno estudiantil y participación en la clase. La reforma fue retocada para no cargar el presupuesto; tenía como objeto lo "necesario y lo posible". No se insistía ya en la idea de que la nación no podía permitirse el economizar en educación[121]. El objetivo era capacitar al trabajador para incorporarlo en una economía más moderna y productiva, elevar su nivel de vida y darle más independencia rompiendo los modelos feudales del pasado, que en el mejor de los casos le dejaban dentro de una dependencia paternalista.

Enfoque de las cadenas de la industria

La obras de Gallegos reflejaban naturalmente la agricultura y milicia que todavía constituían el elemento dominante de Venezuela. Pero como caraqueño era sensible a la miseria que le rodeaba. Ya en 1913 tuvo conciencia de los inmigrantes a Caracas, que habían traído consigo el peso de su pasado cultural a los barrios urbanos:

> ...los peones, en Caracas, hablaban de casa de tierras bajas, de los vulgares y sencillos sucesos de sus vidas, llenas de sordidez y de brutalidad, sombras espesas, jamás turbadas por el inquietante relampagueo del espíritu; la mujer con la cual vivían, el compadre que le dijo esto o aquello, los centavos que ganaron y que luego perdieron al dado, el joropo, el pasmo que cogieron, el daño que les echaron. Tenía la indefinible melancolía de las razas fracasadas... Ninguna palabra que revele una noble inquietud espiritual, ni un sentimiento que no sea

puramente animal. Tiene el alma sepultada, totalmente abolida [122].

Por lo que respecta a sus familias, las viejas habían sido dejadas detrás para sufrir una amarga soledad [123]. Quizá no estaban en algunos aspectos peor que su descendencia en la ciudad:

> El sórdido caserío, formado de ranchos de paja, se desparramaba por un terreno quebrado... Circulaba por allí gente desharrapada, en la tierra escarbaban animales y muchachos en hambrienta camaradería. Un perro saludó a los paseantes con un gruñido hostil, mientras un chico, desnudo y horriblemente sucio, corrió a ponerse en salvo en la puerta del rancho donde vivía y desde allí los miró pasar huraño y medroso... En las palizadas secábanse sórdidos harapos; en los interiores, diverso trajín e idéntica miseria... [124]

Gallegos, impresionado por la ausencia de terratenientes, pudo ser tan indiferente a la tranquila desesperación del caraqueño en el barrio como lo había sido al pueblo esquelético del interior [125]. Como parlamentario y después como Presidente sostuvo el control de los alquileres [126]. Pero en sus mismas novelas nunca sugirió un plan directo y en gran escala para atacar el problema de la pobreza urbana. Una, *Sobre la misma tierra*, incluía un episodio muy breve sobre la risible rehabilitación de una prostituta india [127]. El mismo enfoque moralizante fue utilizado por Gallegos como político en 1941 [128]. De hecho la corta carrera de Gallegos en el Parlamento y en el Consejo Municipal estuvo muy caracterizada por el tono moralizante de un maestro de escuela. Quizá reflejaba también las costumbres puritanas de sus orígenes pequeñoburgueses y de su propia experiencia comercial. Todos los valores que habrían ayudado la carrera de un pequeño tendero estaban manifiestos en la constante prédica de Gallegos en el Congreso: responsabilidad, puntualidad, frugalidad, trabajar duro, abste-

nerse del alcohol, reputación, integridad, castigo de los malhechores y un idealismo pragmático general constituían sus temas y valores de siempre [129]. Se debe observar, como nota Juan Liscano, que éste era el aspecto público de Gallegos, y que no representaba la realidad interior [130]. Además, se debe insistir en que junto con esta adamantina moralidad se encontraba la profunda compasión del autor para con el pobre y su espíritu conciliatorio respecto a los más privilegiados. Pero no es sorprendente que el primer programa directo de Gallegos contra la pobreza urbana consistiera principalmente en una gran campaña sobre los vicios que desde su punto de vista eran detestables y raíces de pobreza y ruina. De nuevo la mala calidad de la fuerza de trabajo era considerada como un gran obstáculo al progreso. El objetivo era convertir al lánguido e inquieto venezolano, que gastaba energías que hacían perder riqueza potencial, y cuyo temperamento enfermizo y falta de diligencia impedían a los empresarios venezolanos competir con las mercancías del exterior [131]. Pero se debe añadir, en defensa de Gallegos, que su programa de 1948 reflejaba una visión más amplia, y de hecho un abandono parcial de su concepción primitiva y estrecha.

Lo dicho sugiere que, aunque Gallegos no insistía demasiado en las necesidades de los pobres de la ciudad, su énfasis político original se concentró en la industrialización y en la contribución responsable que el trabajo podía hacer al respecto.

Como la imagen de los llanos en *Doña Bárbara* había sugerido vivamente un ataque a los impedimentos históricos para la transformación de la agricultura (esencial para la transformación humana), la imagen de los ríos en *Canaima,* junto con su carácter radical, señala los elementos que retrasan la industrialización (y su concomitante transformación humana). Esta interpretación es razonable sólo si se recuerda que el desarrollo, para Gallegos, no se medía en términos del producto nacional bruto. Consideraba el desarrollo como el desencadenamiento de un enorme y creativo potencial natural y hu-

mano, implicando la auto-realización del mismo hombre; y la realización del individuo era inseparable del desarrollo de la tierra, los llanos, la foresta húmeda, la nación.

La descripción que Gallegos hizo del Orinoco manifestaba el desarrollo de este impulso:

> Bramaban estas —aguas— empenachándose de espumas las angostas gargantas de las chorreras; se encrespaban embravecidas contra los riscos del raudal; se incurvaban transparentes o se retorcían en blancos torbellinos estruendosos al despeñarse por los saltos; se arremansaban un momento al pie de ellos, recuperando la intensa coloración azul; se lanzaban otra vez por los rápidos; giraban rugientes en los paulones y de chorrera en chorrera y catarata en catarata estremecían el vasto silencio de las soledades circundantes con el clamor rabioso de sus enormes potencias perdidas.

Gallegos añadía superficialmente:

> Imagínense lo que significaría para Guayana y quizá para todo el país el aprovechamiento de estas caídas de agua [132].

Y más adelante:

> Guayana frustrada... la de los caudalosos ríos desiertos por cuyas aguas sólo navegan las sombras de las nubes, la de las inmensas energías baldías de los fragorosos saltos desaprovechados, y la de los pueblos tristes, ruinosos, sin tránsito por el día ni luz por la noche... [133].

En los discursos políticos de Gallegos la vívida descripción de las novelas cedía el paso a propuestas prácticas, pero continuaba el mismo empuje básico en favor del desarrollo. Había una continuidad de objetivo, si no de estilo.

Los proyectos de infraestructura por los que había abogado para desarrollar la agricultura —mejores comunicaciones y transporte— también ayudarían al progreso in-

dustrial contribuyendo a la creación de mercados internos. Protegería y estimularía el crecimiento de los mercados mediante un sistema más severo de cuotas de importación. Venezuela no podía tolerar el seguir siendo simplemente un distribuidor de manufacturas extranjeras, un mero subordinado a fines extranjeros, a los que la nación estaba condicionada de modo alarmante. Se crearían nuevos movimientos mediante créditos efectivos a la empresa privada [134].

De esta manera, tanto en la industria como en la agricultura, la voz de Gallegos era sobre todo la de una revolución burguesa. Como siempre, él esperaba que los beneficios llegarían hasta el obrero, que el empresario individual estaría subordinado al bien colectivo [135] que toda la nación florecería. Con todo, es indudable que los principales medios de producción habrían permanecido en las manos de una élite, por muy eficiente que ésta hubiera llegado a ser. Las injusticias básicas entre las clases se habrían suavizado, habrían surgido nuevas expectativas entre las clases trabajadoras, se habrían creado nuevas demandas. Existía este aspecto de creciente tensión.

Mas a pesar de toda esta aspiración de Gallegos por cincelar los peldaños de la soberanía económica y política, su propio programa contenía quizá el reconocimiento del rango de satélite de su país. No sólo había importantes restricciones para evitar el alienarse la futura importación de capital extranjero; también el mismo plan que diseñaría el futuro económico del país sería hecho por un Consejo Económico en que estarían representados los intereses extranjeros que participaran en la producción nacional.

No era en modo alguno predecible que Gallegos iba a llegar a tal conciliación con la metrópolis, si se tienen en cuenta sus primeros escritos. La imagen de Norteamérica en sus novelas varió tanto como la imagen del sacerdote; Gallegos prefería probablemente tratar a cada cual como individuo. Existía el tipo de bufón en *La Trepadora,* el altruista excéntrico en *Canaima;* en su obra

más famosa, *Doña Bárbara,* estaba Mister Danger. La característica clave de la relación de Mister Danger —es decir, los Estados Unidos— con Doña Bárbara —es decir, Gómez— era la de colusión a expensas del país, porque "el extranjero siempre tiene garantías de las que carece el criollo" [136]. Esta colusión entre los monopolios petroleros y algunos venezolanos estaba descrita detalladamente en *Sobre la misma tierra,* la venta fraudulenta de tierras, la fabulosa riqueza sin impuestos del oro negro paralela al crecimiento de la pobreza en las ciudades y la continua miseria de los indios. Al mismo tiempo había sido incorporado primero en *Canaima,* que también podía ser un ataque apenas encubierto a los mismos intereses.

> El oro de aluvión no era todo de libre aprovechamiento, pues la mayor parte de los terrenos auríferos —y naturalmente los que se consideraban más ricos— estaban acusados por los caciques políticos y por los capitalistas más poderosos, entre ellos principalmente los comerciantes, quienes, sin explotarlos o arañando apenas a flor de tierra, esperaban el pingüe negocio de la venta a compañías extranjeras. Los privilegiados defendían su tesis —de monopolio— aduciendo que el libre aprovechamiento traería por consecuencia inevitable las matanzas [137].

Pero el tema de los discursos de 1941 e incluso de *Sobre la misma tierra,* publicado en 1943, cuando estaba organizándose la presión para la reforma de la legislación petrolera, era la conciliación. No había una urgencia de justicia social para rectificar el pasado. Más bien:

> Yo creo que cuando comenzó la industria petrolera en Venezuela y tenía un porcentaje muy elevado de azar, a tal punto que podría comparársela como una aventura, era justificada la legislación liberal, para que estableciese esta industria en el país; pero ahora cuando ese porcentaje de riesgo ha disminuido notablemente, y las petroleras vienen casi con la

seguridad de obtener un buen resultado, porque ya la experiencia está hecha y el petróleo está... valorizado, no entiendo que las legislaciones sucesivas deban mantener esos principios absolutamente liberales de la primera. Las legislaciones sucesivas deben ir dándole mayor ventaja a la Nación, y por esta razón hago la proposición de modificar ese beneficio de la exoneración de derechos de importación en absoluto, de que vienen gozando las concesiones petroleras [138].

Era una concepción claramente diferente de la oficial dada por Gómez, y parecida a la de Gumersindo Torres. Como Eduardo Ignacio Cárdenas, también reconocía la necesidad de coordenar los ingresos petroleros y, desde luego, elevarlos "para hacer frente a las enormes necesidades que confronta la nación" [139].

Este tema ya era evidente en el enfoque que Gallegos daba en 1938 del desarrollo de la nación. Una influencia personal fue la favorable impresión que tuvo de un viaje hecho a Norteamérica y la reacción positiva que tuvo ante los individuos que encontró durante su estadía allá. Esta impresión se reflejó ya en su observación en el Parlamento: "Aun las naciones de un espíritu práctico muy preciso y concreto, como los Estados Unidos del Norte, son a mi entender naciones de inmensas preocupaciones idealistas" [140].

El razonamiento esencial que llevaba a tal conclusión se asemeja a las primeras formulaciones del estadista peruano Victor Raúl Haya de la Torre y puede haber estado influenciada por el peruano o, al menos, por los problemas parecidos con los que ambos se enfrentaban. Henry Kanter, que observaba la semejanza entre Haya de la Torre y su partido el APRA y Acción Democrática en Venezuela describía la actitud del primero en 1935: "Sostienen que puesto que América Latina necesita equipo industrial para construir su economía, y puesto que los Estados Unidos y otras naciones industrializadas necesitan materias primas para que su economía pueda

seguir funcionando, se puede realizar un intercambio satisfactorio para ambas partes, si se frena el deseo de rápidos beneficios por parte de los poderes imperialistas y el de preservar la situación imperante por parte de los grupos dominantes de América Latina" [141].

La Segunda Guerra Mundial ilustró la dependencia de los Estados Unidos de los recursos de Venezuela y animó a Gallegos a pedir de nuevo una justa participación. El punto clave es que él había llegado a creer que Venezuela podía obtenerlo mediante reformas dentro de la relación existente. Expresaba cautelosamente su esperanza: "Pero es necesario que las bonitas palabras que están poniéndole música de serafines a la guerra actual, por parte de ustedes, se conviertan en realidades perdurables" [142].

En suma, se intentaría realizar la revolución burguesa en Venezuela mientras que ésta permanecería esencialmente en su papel de satélite.

Cualquier enfoque a principios de la década de 1940 habría tenido aire de utopía. Los Estados Unidos controlaban los mercados petroleros; el resto de América Latina no había formado una Indoamérica unida como pedía Haya de la Torre para frenar el imperialismo norteamericano; los mismos rusos habían decidido actuar conjuntamente con los Estados Unidos; la posibilidad de una alianza con el Eje era impensable; y Franklin Roosevelt presentaba una imagen que no era del todo igual a la de los monopolios petroleros, al revés que sus predecesores.

La virtud se mezclaba con la necesidad. Los Estados Unidos eran citados como una nación políticamente ejemplar [143]. Su control sobre el petróleo venezolano y el problema conexo del monocultivo de petróleo en Venezuela era sin duda lamentable, pero Venezuela tendría que trabajar lenta y legalmente para establecer la nacionalización e independencia económica. Una nacionalización inmediata semejante a la de México era imposible en aquella Venezuela carente de capital, de red de distribución, de materiales y de los recursos técnicos re-

queridos para manejarlo. Respecto a la tecnología Gallegos había dicho: "Venezuela está todavía, por desgracia, en una especie de coloniaje de la cultura... la verdad es que nosotros no podemos todavía prescindir de técnicos extranjeros" [144]. Además, el ejemplo mexicano no era todavía alentador: por complejas razones, sólo en 1949 la producción mexicana de petróleo llegó a igualar a la de 1928 [145]. De esta manera, para el presente, Gallegos pedía una mejor participación en los beneficios por parte del Estado; mayor control, incluyendo la declaración de la industria petrolera como de utilidad pública; que el refinamiento y venta de petróleo en Venezuela estuviera bajo monopolio estatal; una mayor participación de Venezuela en el refinamiento del petróleo; y, más significativamente, la creación de una compañía venezolana de petróleo, con capital privado y público, para comenzar la explotación de una parte de las reservas nacionales, como ya estaba haciendo Argentina [146].

Para realizar todo el programa de desarrollo económico y llevar a cabo una evolución significativa, Gallegos insistía en la necesidad de grandes reformas electorales, elección directa del presidente y sufragio universal. En agudo contraste con los sociólogos del pasado (Vallenilla Lanz) argüía que el gobernar con mano de hierro no aseguraba la evolución; por el contrario aseguraba su fracaso mediante su tendencia intransigente a frenar todas las reformas significativas, a perpetuar todas las contradicciones de la sociedad venezolana. La dictadura del caudillo, en lugar de fomentar la evolución, había garantizado la revolución haciendo de ella la única elección posible para las masas desesperadas. En el Parlamento Gallegos había defendido vigorosamente un sistema abierto, que permitiera una crítica libre, incluso a riesgo de chocar con los sentimientos personales. El "limitar, cohibir, restringir, aniquilar la libre expresión del pensamiento es un atentado contra el espíritu que me encontrará siempre dispuesto no sólo a combatirlo, sino a sacrificarme si preciso fuere... No soy, ni puedo serlo, par-

tidario de que la prensa quede con una libertad absoluta y abusiva, pero estoy dispuesto a sufrirla, en todo caso, si esa es una manera de que pueda vivir la libertad en Venezuela" [147].

Como miembro de la oposición constructiva, Gallegos apoyaba la costumbre del debate contra las objecciones de quienes decían que era una pérdida de tiempo [148]. Se daba cuenta, con todo, que la existencia de libertad no garantizaba su uso, y pedía a los votantes que no fueran apáticos ni se abstuvieran. Sentía que los capaces y honestos no debían encogerse de hombros con cinismo; tenían que participar más que nadie [149].

En 1941 esa visión de Venezuela estaba todavía luchando para surgir y remplazar la antigua. Incorporaba las esperanzas de una nación y sobre todo encarnaba las aspiraciones de una emergente clase media [150].

NOTAS

1. Angel Damboriena, S.J. *Rómulo Gallegos y la problemática venezolana* (Burgos, España: Imprenta de Aldecón, 1960), p. 32.
2. Rangel, *Los Andinos en el Poder,* pp. 208-209.
3. Juan Liscano, *Rómulo Gallegos y su tiempo* (Caracas: Monte Avila, 1969), pp. 13-14.
4. Rodríguez, *obra citada,* pp. 19, 32.
5. Rafael de Prisco, *Acerca de los orígenes de la novela venezolana* (Caracas: Dirección de Cultura, Universidad Central de Venezuela, 1959), p. 152.
6. *Ibídem,* pp. 153, 156.
7. José Gil Fortoul. *Pasiones* en *Obras Completas.* Vol. VIII (Caracas: Ministerio de Educación, 1957), p. 27, citado en di Prisco, *obra citada,* p. 153.
8. Rómulo Gallegos, *Pobre Negro* (Lima, Perú: Impreso en los Talleres de Santiago Valverde, S.A., s.f.), pp. 171, 222.

9. Rómulo Gallegos, *Reinaldo Solar* (Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1961), pp. 148, 150.
10. Adolfo Rodríguez Rodríguez, *Los Verídicos Hechos del Diablo* (manuscrito no publicado) (San Juan de los Morros, Venezuela, 1973), p. 1.
11. Gallegos, *Pobre Negro*, pp. 198-199.
12. Raymond L. Geisner y John T. Flanagan, "The cult of Violence in Latin American Short Fiction", *Hispania*, Mayo, 1943, p. 162.
13. D. F. Sarmiento, *Life in the Argentine Republic in the Days of the Tyrants; or Civilization and Barbarism* (trad. M. Horace Mann, Nueva York, Collier Books, 1961); y di Prisco, *obra citada*, pp. 54-55.
14. William Whatley Pierson, Jr. "Foreign Influence on Venezuelan Political Thought", *Hispanic Historial Review*, 1935, Vol. XV, pp. 3-42.
15. Rómulo Gallegos, *Una posición en la vida* (México, Ediciones Humanismo, 1954), pp. 7, 10, 15-19.
16. Harwich, *obra citada*, pp. 105-106.
17. Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara* (Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, S. A., 1959), p. 149.
18. *Ibídem*, p. 68.
19. *Ibídem*, p. 205.
20. Rómulo Gallegos, *Canaima* (Lima, Perú, Impreso en los talleres offset de Santiago Valverde, S. A., s.f.), p. 169.
21. *Ibídem*, p. 204.
22. Gallegos, *Reinaldo Solar*, p. 32.
23. Gallegos, *Canaima*, p. 10.
24. Rómulo Gallegos, *Sobre la misma tierra* (Lima, Perú).
25. Gallegos, "Pataruco", Rómulo Gallegos, *Sus Mejores Cuentos* (Lima, Perú: Impreso en los talleres offset de Santiago Valverde S.A., s.f.), p. 83.
26. *Ibídem*, pp. 84-85.
27. Váase por ejemplo su "La barbarocracia triunfante", *Obras Selectas* (Caracas: Ediciones Edime, 1958), pp. 1188-1196.
28. William Whatley Pierson, *obra citada*, pp. 3-42.
29. Rómulo Gallegos, discurso dado en la Cámara de Diputados, 15 de junio de 1937.

30. Véase Gallegos, *La Trepadora, Pobre Negro, Canaima,* "Los Emigrantes", "La rebelión" y "Necesidades de Valores Culturales".
31. Gallegos, *Sobre la misma tierra,* p. 84.
32. Gallegos, *Pobre Negro,* p. 120.
33. *Ibídem,* p. 47.
34. Rómulo Gallegos, "El motor", *Obras Selectas* (Caracas: Ediciones Edime, 1959), p. 1266.
35. Véase también Gallegos, "Los Aventureros", *Cantaclaro, Canaima, passim.*
36. Gallegos. *Sobre la misma tierra,* p. 97.
37. *Ibídem,* p. 129.
38. Gallegos, *Una posición en la vida,* pp. 85-89, 92-96.
39. *Ibídem,* pp. 96-99.
40. Rómulo Gallegos, "Necesidades de Valores Culturales", en *Rojo Ilustrado,* 15 de agosto de 1922, p. 438.
41. *Ibídem,* p. 440.
42. Gallegos, Discurso en la Cámara de Diputados, 8 de junio de 1939.
43. *Ibídem,* 8 de junio de 1939.
44. *Ibídem,* 1 de julio de 1937.
45. Magallanes, *obra citada,* p. 208.
46. Gallegos, *Reinaldo Solar,* pp. 147-148. Quizás Gallegos no aceptaría que esos conceptos representaran su propia posición.
47. Magallanes, *obra citada,* pp. 131.
48. *Ibídem.*
49. Gallegos, *Reinaldo Solar,* pp. 147-148.
50. Gallegos, "Necesidades de valores culturales", *Cojo Ilustrado,* 15 de agosto de 1812, p. 441.
51. *Ibídem,* p. 438.
52. Eduardo Michelena, *Vida caraqueña. Memorias Intimas. Comentarios. Anécdotas* (Madrid: Talleres Gráficos Cies, 1965), pp. 178-178.
53. Gallegos, Discurso en la Cámara de Diputados, 30 de abril de 1937.
54. Esta carta estaba en poder de la familia de Nikita Harwish Vallenilla, cuando fue mostrada al autor en 1975.

54a. Gallegos, Discurso en la Cámara de Diputados, 3 de julio de 1937.
55. Gallegos, *Reinaldo Solar*, p. 120.
56. Gallegos, *Una posición en la vida*, pp. 128, 139.
57. Juan Liscano. *Rómulo Gallegos y su Tiempo* (Caracas: Talleres Gráficos, Imprenta Universitaria, 1961), pp. 38-40.
58. Rómulo Gallegos, *El Forastero* (Lima, Perú: Impreso en los talleres offset de Santiago Valverde, S.A., s.f.), p. 146.
59. Gallegos, *Canaima*, p. 212.
60. Rómulo Gallegos, *La Trepadora* (Lima, Perú: Impreso en los talleres offset de Santiago Valverde, S.A., s.f.), p. 249; *Pobre Negro*, pp. 246-247; *Sobre la misma tierra*, p. 213.
61. Gallegos, *Sobre la misma tierra*, pp. 157-158, 168.
62. Gallegos, *ibidem*, p. 134.
63. Andrés Iduarte, *veinte años con Rómulo Gallegos* (México, Ediciones Humanismo, 1954), pp. 35, 48.
64. Gallegos, *Pobre Negro* y Discurso en la Cámara de Diputados, 30 de abril de 1937. Juan Bautista Fuenmayor, *1928-1948: Veinte Años de política*, p. 72.
64a. Entrevista con Ricardo Montilla, Caracas, 1974.
65. Gallegos, *Pobre Negro*, p. 171.
66. Gallegos, Discurso en la Cámara de Diputados, 19 de mayo de 1937.
67. Entrevista con Juan Liscano, Caracas, 1974.
68. Andrés Iduarte, *Veinte años con Rómulo Gallegos* (México, Ediciones Humanismo, 1954), pp. 35, 48.
69. Gallegos, *Canaima*, p. 187. En la siguiente obra de Gallegos, el capataz mulato, Miguel, vio "descubierta la iniquidad que dividía a todos los hombres en opresores y oprimidos". Gallegos, *Pobre Negro*, p. 242.
70. Gallegos, *Canaima*, p. 188.
71. *Ibidem*, p. 147.
72. Gallegos, *Cantaclaro*.
73. Gallegos, *Pobre Negro*, p. 198.
74. Gallegos, *Canaima*, p. 188.
75. *Ibidem*, p. 258.
76. *Ibidem*, pp. 262, 263.
77. Gallegos, *El Forastero*, p. 28.

78. Gallegos, *Una posición en la vida*, pp. 167-168.
79. Liscano, *obra citada*, pp. 188-189.
80. Gallegos, *Sobre la misma tierra*, p. 206.
81. Gallegos, *Una posición en la vida*, p. 180.
82. Gallegos, *Doña Bárbara*, p. 85.
83. *Ibídem*, pp. 179-180.
84. Gallegos, *Una posición en la vida*, pp. 178, 215.
85. Gallegos ciertamente no presentó sus concepciones como las de un teórico.
86. Gallegos, *La Trepadora*.
87. Gallegos, *Sobre la misma tierra*, pp. 225-235.
88. Gallegos, *Reinaldo Solar*, pp. 20-21; *La Trepadora*, p. 26.
89. Gallegos, *La Trepadora*, pp. 150, 187-190, 214.
90. Gallegos, *Cantaclaro*, pp. 29-30, 162, 231.
91. Gallegos, *Cantaclaro, passim; Pobre Negro*, pp. 197-199; *Una posición en la vida*, pp. 207-208.
92. Se debe advertir que esta fuente fue escrita por vez primera en 1909, pero incluso los historiadores moderados reconocen generalmente que no hubo ningún cambio significativo, fuera de la escuela militar, durante el período de Gómez, y que las medidas bajo López Contreras e incluso Medina fueron débiles. Gallegos, *Una posición en la vida*, pp. 23-24.
93. *Ibídem*, pp. 64-72.
94. *Ibídem*, pp. 59-60.
95. *Ibídem*, pp. 78-80.
96. Gallegos, *Reinaldo Solar*, p. 108.
97. Gallegos, *El Forastero*, pp. 24-25.
98. Gallegos, *Pobre Negro*, p. 93.
99. Damboriena, *obra citada*, pp. 55-65.
100. Gallegos, Discurso en la Cámara de Diputados, 26 de junio y 6 de julio de 1939; 29 de mayo de 1940.
101. Gallegos, *Una posición en la vida*, p. 174.
102. Gallegos, *Canaima*, p. 77; *Una posición en la vida*, pp. 208-209.
103. Gallegos, *Doña Bárbara, passim*.
104. Gallegos, *Doña Bárbara, Cantaclaro*, p. 174.
105. Gallegos, *La Trepadora*, p. 212.
106. Gallegos, *Sobre la misma tierra*, pp. 225-235; *Canaima*, pp. 25, 32; *Una posición en la vida*, pp. 213-214.

107. Gallegos, *Doña Bárbara*, pp. 25, 98; *El Forastero*, p. 174.
108. Gallegos, *Canaima*, p. 84.
109. Gallegos, *Doña Bárbara*, p. 25.
110. Gallegos, *Una posición en la vida*, p. 207.
111. Gallegos, *Canaima*, pp. 13, 267; *Sobre la misma tierra*, pp. 39, 158, 168.
112. Charles Wagley trata ambos aspectos de este problema en el capítulo "El Campesino" que se encuentra en John J. Johnson (ed.) *Continuity and Change in Latin America* (Stanford: Stanford University Press, 1967), p. 44. André Gunder Frank enfatiza la continua explotación de la fuerza de trabajo de la primitiva comunidad india, y el contubernio tácito de los explotadores de las ciudades con los elementos más poderosos de las comunidades más amplias. Para Frank las economías indias son los últimos satélites de una serie de relaciones metrópolis-satélite que van desde los Estados Unidos hasta los indios. Frank, *obra citada*, pp. 121-143.
113. Gallegos, *Una posición en la vida*, p. 211.
114. *Ibídem*, pp. 212-214.
115. Kautsky, *obra citada*, pp. 5, 96-105; Gallegos, *Una posición en la vida*, pp. 212-214. Hay una posibilidad de que el discurso de reforma pueda ser interpretado de modo que incluya como tierras para redistribuir todas aquellas cuyos cuatro quintos estaban sin cultivar, no sólo las de Gómez: "Y parcelación, aquí como en todas las demás entidades federales, de las tierras restituidas a bienes nacionales, antiguos latifundios de Gómez y de las cuales aquí en Carabobo, las cuatro quintas partes no están cultivadas, así como las que resultan de las remensuras de las concesiones de baldíos y ejidos, dentro de un plan en el cual el Estado se reserve la tuición técnica..." Esta segunda interpretación implicaría una considerable extensión de las tierras que habrían de ser dadas al campesino, pero no alteraría plenamente la tesis de que el programa de reforma apuntaba sobre todo a beneficiar a los terratenientes que fueran progresistas, cuyos derechos de propiedad serían protegidos. Todos los problemas de la coexistencia de unidades grandes y pequeñas (una coexistencia que también se daba en la reforma de Medina) habría permanecido, con el resultado de perpetuar los proble-

mas y pobreza del pequeño campesino. Nuestra tesis no debe hacernos olvidar el hecho de que un pequeño propietario campesino estaba con todo de ordinario mucho mejor que un simple peón a sueldo. En un informe sobre la situación en el estado Sucre, hecho años después, Hill descubrió que los pequeños propietarios tenían en promedio 1.900 bolívares, los arrendatarios 880 y el que compartía la cosecha, 780. La producción global del pequeño propietario iba de 0 a 5.000 bolívares, mientras que los individuos sin propiedades obtenían menos que el promedio de los propietarios, George W. Hill. *El Estado Sucre y sus recursos humanos* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1961), p. 95.

116. Gallegos, Discurso en la Cámara de Diputados, 23 de abril de 1940.
117. Gallegos, *Una posición en la vida*, pp. 212-213.
118. *Ibidem*, p. 210.
119. Gallegos, *ibidem*, p. 174.
120. Gallegos, Discurso en la Cámara de Diputados, 12 de julio de 1939.
121. Gallegos, *Una posición en la vida*, pp. 173-174.
122. Gallegos, *Reinaldo Solar*, p. 73.
123. *Ibidem*, p. 87.
124. *Ibidem*, p. 167.
125. Gallegos, *La Trepadora*, p. 187. Se debe advertir de nuevo que la pobreza urbana nunca tuvo un papel importante en las obras de Gallegos, y que el autor trataba con frecuencia con simpatía aquellas personalidades que preferían ignorarla.
126. Gallegos, Discurso en la Cámara de Diputados, 3 de junio de 1937 y 27 de abril de 1938.
127. Gallegos, *Sobre la misma tierra*, p. 176.
128. Esta especulación está basada en la concepción de José Requena de la sociedad de aquel tiempo, según resultó en una conversación que el autor tuvo con él en 1974. También está basada en la obra de Juan Liscano *Rómulo Gallegos y su tiempo*, p. 18. Por lo que toca a la experiencia personal de Gallegos en el comercio, véase el Discurso en la Cámara de Diputados, 9 de mayo de 1939.

129. Discurso en la Cámara de Diputados: 16 de junio, 29 de junio, 1937; 8 de julio, 10 de julio, 1938; 10 de junio, 1939; 22 de junio, 10 de julio, 1940.
130. Liscano, *obra citada,* p. 33.
131. Gallegos, *Canaima,* p. 65.
132. *Ibídem.*
133. *Ibídem,* p. 269.
134. Gallegos, *Una posición en la vida,* pp. 171, 214.
135. Gallegos, *Una posición en la vida,* pp. 171, 215.
136. Gallegos, *Doña Bárbara,* p. 251. *El forastero,* perspicazmente, adoptó el nombre *Criollo.*
137. Gallegos, *Canaima,* pp. 244-245.
138. Gallegos, Discurso en la Cámara de Diputados, 11 de julio de 1939.
139. *Ibídem,* 13 de julio de 1938.
140. Discurso en la Cámara de Diputados, 14 de mayo de 1937.
141. Víctor Raul Haya de la Torre, *¿A dónde va Indoamérica?* (Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1935) parafraseado en Harry Kantor, *The Ideology and Program of the Peruvian Aprista Movement* (Nueva York: Octagon Books Inc., 1966), p. 41.
142. Gallegos, *Sobre la misma tierra,* pp. 132-135.
143. Gallegos, *Una posición en la vida,* p. 216.
144. Gallegos, Discurso en la Cámara de Diputados, 3 de mayo de 1938.
145. Clark W. Reynolds, *The Mexican Economy, Twentieth Century Structure and Growth* (New Haven, Conn. Yale University Press, 1970), p. 207.
146. Gallegos, *Una posición en la vida,* pp. 230-235.
147. Gallegos, Discurso en la Cámara de Diputados, 15 de junio de 1937.
148. *Ibídem,* 25 de mayo de 1937.
149. Gallegos, *Una posición en la vida,* pp. 182-187.
150. El lector debe tener en cuenta que no tengo documentación que muestre la existencia cuantitativa de esa clase, pero apenas se puede dudar que las ideas de Gallegos sirvieron para impulsar su potencialidad.

CAPITULO SEXTO

LOPEZ CONTRERAS, DOCTOR DE LA REACCION

De acuerdo a lo que Vallenilla Lanz llamaba la ley boliviana, el dictador nombra a su sucesor [1]. Gómez lo hizo en cierto sentido; a su muerte su yerno tomó el poder. El General Eleazar López Contreras subió al poder en 1935. La enrarecida tiranía de Gómez fue modificada, principalmente mediante la presión colectiva de las masas y de "todas las clases progresistas", pero no hubo un cambio político y estructural fundamental [2]. Incluso el parlamento conservó las mismas caras que se habían inclinado ante Gómez. Los intereses creados manifestaron pronto su actitud cuando López Contreras terminó su breve luna de miel con los trabajadores, aplastó la huelga del petróleo el 22 de enero de 1937 y arrestó a treinta trabajadores de entre sus dirigentes... La supresión estaba dentro por completo de los derechos legales dados al gobierno por la Constitución de 1936 [3], que reflejaba así una unión real entre la vieja oligarquía y la "nueva" estructura legal. Otra indicación de la posición reaccionaria del gobierno era su acción refleja de llamar comunistas a los que pedían elecciones libres, reforma agraria, establecimiento de cooperativas para comercializar las cosechas y una fuerte ley laboral para evitar la explotación inglesa y norteamericana [4].

La posición del gobierno en relación a las empresas extranjeras y sus intereses era quizá más ambigua. De acuerdo a lo que decía un periodista, López Contreras

miraba con simpatía la subsidiaria de la Standard Oil, la Creole Petroleum Corporation[5]. Bajo su régimen la Creole consiguió ventajas importantes respecto a su rival la Shell. Sin embargo, en 1936 hubo un significativo cambio de política respecto a las dos compañías. "El viejo sistema de dar concesiones y permisos a los viejos compadres se terminó; remates competitivos aumentaron los ingresos gubernamentales, se aumentó el pago de regalías, y las compañías prometieron, tardíamente, comenzar los planes para refinar en el suelo venezolano. Se cerraron las escapatorias de la ley... En 1938 una nueva ley petrolera aumentó bruscamente los impuestos y regalías para las nuevas concesiones"[6]. De acuerdo con un reciente estudio sobre la legislación petrolera: "La ley de 1938 es una de las más importantes por las numerosas reformas que contiene y que por sí mismas representan avances en el desarrollo del derecho venezolano como reflejos ciertos de situaciones anteriores y de experiencia que reclamaba correctivos"[6a]. El artículo 43 de la ley de reforma de 1938, en un intento de conseguir un pago más justo para el gobierno, decía: "El pago de impuestos y regalías establecidas en esta Ley, se hará en bolívares, cuyo contenido de oro sea de gramos 0,290323 de oro por bolívar, pudiendo el gobierno, cuando lo juzgue conveniente, exigir la entrega del metal equivalente conforme a la ley de monedas"[7]. Es significativo que el gobierno nunca utilizara esta cláusula que amenazaba aumentar considerablemente los costos de las compañías petroleras. Además, una maniobra poco conocida en el Congreso Nacional evitó la inserción de un artículo que habría sometido el refinamiento del petróleo a un monopolio estatal[8]. "Pero sus disposiciones referentes a la creación de empresas o institutos autónomos destinados a la explotación directa de los hidrocarburos y la armonización del régimen de otorgamiento de concesiones de explotación con los principios generales de la ley; el cambio en la naturaleza jurídica de la exoneración de derechos de importación que se otorgaba a los concesionarios de hidrocarburos; la facultad de re-

glamentar el ejercicio del derecho exclusivo de explotar, por parte del Ejecutivo Federal; y las modificaciones en materia impositiva, son aportes de esta ley de 1938 que le dan fisonomía propia y la distinguen suficientemente de las que la anteceden" [8a]. La nueva ley del petróleo era el comienzo de la larga y lenta vía a la independencia económica en este campo de los minerales de la nación, un objetivo que al parecer se está realizando en 1975.

Las nuevas leyes del petróleo simbolizaban una nueva actitud y estaban relacionadas con el cambio de acción gubernamental. En 1936 López Contreras había puesto de manifiesto una serie de problemas: el atraso de la economía; la necesidad de modificar y diversificar la economía; la necesidad de mejorar, por ejemplo, el sistema de comunicaciones, salud y educación, y la necesidad de financiar todo este programa con el petróleo [9].

El gobierno iba a "sembrar el petróleo". En efecto, el gobierno había decidido realizar un programa de desarrollo económico, al parecer con la importante salvedad de que el programa se tenía que realizar dentro de la estructura existente. El objetivo parecía ser mejorar la estructura existente, no obstaculizarla. En la industria del café y del cacao, por ejemplo, el gobierno dio en diciembre de 1936 subsidios directos a las mercancías de exportación que motivaron graves abusos y manipulaciones. En 1941 tuvo que cambiarse el sistema de subsidios; el Banco Central de Venezuela pagaba una prima por las divisas extranjeras que habían recibido los cultivadores de café y de cacao. En pocas palabras, el público pagaba para sostener a los latifundistas, y pagaba mucho, el equivalente a la mitad de los ingresos brutos por el café y el cacao [10].

Otro programa gubernamental era el mejoramiento de la ganadería. La industria, monopolizada durante los años de Gómez, había experimentado alzas de precios ruinosas para los productores, con el consiguiente sufrimiento de los consumidores, a los que se habían transferido los costos. Se realizaron nuevos esfuerzos bajo López Contreras. Se terminó con el monopolio del ganado de Gómez.

Se intentó proteger, sin abusar de la industria. Se hicieron algunos esfuerzos por medio del Banco Agrícola y Pecuario (BAP), así como el Banco de Agricultura y Ganadería, para dar los créditos necesarios; otros programas tenían como objetivo mejorar las razas y elevar el consumo [11]. Aunque se realizaron algunos progresos, la ganadería continuó degenerando, en parte porque los propietarios de haciendas no quisieron construir alambradas para prevenir la mezcla con razas inferiores y enfermizas. Continuó imperando el robo de ganado. La quema de hierbas para matar los insectos y las serpientes y hacer que la hierba volviera a nacer "más fuerte" continuó deteriorando el suelo, desmejorando el ganado y la nutrición de los seres humanos. Ante la falta de ganado y la continua exportación, los mismos hombres tenían que pagar más por el mismo alimento que los deformaba [12].

Otro campo en que el gobierno decidió hacer reformas fue el del comercio exterior. Estaba implicado el problema de la diferencia de gustos y del lujo. Con razón o sin ella los venezolanos habían dado preferencia con frecuencia a los productos extranjeros porque eran etxranjeros [13]. Quizá el primer ejemplo fue el de Guzmán Blanco, quien, como dictador de Venezuela, había intentado convertirla en una región francesa. Al fracasar, intentó dirigirla por control remoto desde París.

Otro problema comercial era la moneda venezolana, que, debido a sus exportaciones de petróleo, era artificialmente fuerte en relación con las demás monedas. Así se agrandaba la tendencia a importar, por los precios generalmente favorables de las mercancías extranjeras en relación a los precios de los productos nacionales [14].

Un tercer problema era la tendencia comercial venezolana a intentar producir relativamente poco y vender a altos precios para realizar grandes beneficios por unidad. Los venezolanos parecían carecer del concepto de economías de escala [15]. (Nunca habían tenido un gran mercado). Un factor relacionado era que los Estados Unidos y otros países estaban ya industrializados y eran con mucho más eficientes en la producción y propaganda [16].

Además, podían permitirse el vender a precios artificialmente bajos para arruinar las mercancías venezolanas, o en ocasiones se dedicaban a descargar sus excesos de producción vendiéndolos a precios reducidos en Venezuela [17].

Todos estos problemas habían sido crónicos. Es significativo que el gobierno de López Contreras decidiera en 1936 enfrentarse con ellos. La tarifa protectora que se impuso ese año parecía reflejar una mayor conciencia de la condición de Venezuela y un mayor sentido de nacionalismo económico. Al presentar la nueva tarifa, el Dr. Alberto Adriani habló del nuevo y mejor método de "organizar, disciplinar la vida económica, dirigir más firmemente las relaciones comerciales", de intervenir en las actividades del orden económico que hasta hacía poco estaban entregadas al libre juego de los intereses privados. Mientras que el país tenía poca población, poco capital, escaso mercado, y debía permanecer durante mucho tiempo siendo un país agrícola, ganadero y minero, habían arrancado algunas industrias, que ya eran esenciales. La tarifa protectora era imprescindible. El 20 de octubre de 1936 se convirtió en ley [18].

Dos años después, el 12 de abril de 1938, el gobierno confirmó y reforzó su nacionalismo económico, decretando restricciones a la importación de países con los que tenía una balanza comercial cada vez más desfavorable, o que discriminaban las exportaciones venezolanas. Las altas barreras aduaneras y las cuotas de importación pueden haber sido útiles para algunas industrias. Los precios internos tendían a subir, con todo, hasta alcanzar los precios de los bienes importados, independientemente de que hubiera o no una tarifa alta o, mejor dicho, aprovechándose de ella [19]. El consumidor pensaba que había sufrido una brusca subida del costo de la vida entre 1936 y 1940. Lo que quizá sucedió fue que los salarios permanecieron muy por debajo en relación a los precios, pero los precios no cambiaron tanto como mucha gente sintió que lo habían hecho [20].

Un esfuerzo paralelo para iniciar una política más fuerte de nacionalismo económico fue el del ministro de Fomento Dr. Néstor Luis Pérez. A pesar de la enorme y en ocasiones aplastante oposición de otros funcionarios gubernamentales, Pérez declaró en 1937 la necesidad de industrializarse. El primer paso debía ser la formación y consolidación de los mercados nacionales de Venezuela, una condición primaria para su autonomía económica; después, gradual y progresivamente, Venezuela podría pensar sobre una competición más efectiva con los mercados exteriores [21].

Un año después Pérez defendía la excepción de tarifas para la importación y créditos para las nuevas empresas industriales. Atacaba a los que insistían en que Venezuela debía fijarse sólo en la deuda pública, sin preocuparse del peso sobre el sector privado de los precios de importación. El petróleo debía ser utilizado para la industrialización, no para deteriorar más todavía las empresas agrícolas e industriales de la nación. Se había realizado un estudio sobre las posibles empresas futuras más adaptadas a Venezuela, concluyéndose que la mayoría de las importaciones podrían ser remplazadas eventualmente por mercancías fabricadas en Venezuela. Dado que los bancos privados eran incapaces de garantizar créditos suficientemente liberales para las nuevas empresas, el gobierno debería hacerlo [22].

Los planes de Pérez no se realizaron, pero implicaban que algunos funcionarios gubernamentales estaban pensando de manera diferente. En definitiva, la política industrial del gobierno, o mejor dicho su carencia general de ella, reflejaba todavía los intereses que estaban más aliados a los intereses comerciales extranjeros que a los empresarios de las industrias nacionales. El gobierno no insistió en una transformación de la política de los bancos privados, cuyos créditos estaban limitados a rápidas operaciones comerciales o sólo a préstamos hipotecarios a intereses usurarios [23]. El banco industrial del gobierno, que poseía el 70 por ciento del mismo, no lo hacía mejor. No es de extrañar que el porcentaje de

la población activa que trabajaba en las industrias no aumentara significativamente. En 1936 era el 16,2. Cinco años después era 16,7 por ciento [24].

En suma parece que *El triunfo de la verdad* de López Contreras (título de sus memorias) [25], era económica y políticamente limitado. La agricultura todavía estaba estancada; no había prácticamente aumentado el empleo en la industria nacional; el gobierno descuidaba las inversiones en escuelas y hospitales casi tanto como Gómez [26]. Incluso la protesta virtuosa de López Contreras sobre su honestidad no evitaba el despilfarro y corrupción de otros. El mismo se había enriquecido a expensas de la nación con 13.452.896,95 bolívares [27]. En lo referente a la potencialmente importante elección presidencial de 1941, el general garantizó una elección indirecta en que venció su ministro de guerra, el general Isaías Medina Angarita. En pocas palabras, Venezuela había dejado de realizar progresos económicos dentro de una estructura reaccionaria, en buena parte porque los planes de desarrollo de la administración buscaban con demasiada frecuencia reforzar sus múltiples contradicciones, en lugar de reformarlas.

NOTAS

1. Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático*, p. 221.
2. Guillermo Morón, editor de la *Revista Shell*, una publicación de la Compañía petrolera Shell, atribuye a López Contreras una "humanización de la política", un mayor legalismo sin las horribles injusticias y criminal represión de Gómez. Morón añade que el anticomunismo de López Contreras no era atroz, pero el General disolvió los partidos de izquierda. Morón, *obra citada*, pp. 203-207. Más acertado en su análisis de los altibajos gubernamentales parece ser Juan Bautista Fuenmayor, *obra citada*, p. 142 y *passim*.
3. Edwin Lieuwin, *Venezuela* (Londres: Oxford University Press, 1956), pp. 51-54.

4. Erna Fergusson, *Venezuela* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1939), pp. 64, 83-84.
5. Herbert Wendt, *The Red, White and Black Continent, Latin America. Land of Reformers and Rebels,* traducido por Richard y Clara Winston (Garden City, New Jersey: Doubleday & Co., Inc., 1966), p. 168.
6. O'Connor, *obra citada,* p. 140.

6a. Luis Vallenilla, *obra citada,* p. 136.

7. De la Plaza, *El Petróleo en la vida venezolana,* p. 21.
8. Rodolfo Luzardo, *Notas historico-económicas 1928-1963* (Caracas: Editorial Sucre, 1963), pp. 83, 84.

8a. Luis Vallenilla, *obra citada,* p. 136.

9. Lieuwin, *Venezuela,* pp. 54-57.
10. Luzardo, *Venezuela, Business and Finances,* p. 7.
11. Luzardo, *Notas historico-económicas 1928-1963,* pp. 95, 96.
12. Luzardo, *Venezuela, Business and Finances,* p. 13.
13. Arturo Uslar Pietri, *De una a otra Venezuela* (Caracas: Ediciones Mesa Redonda, 1950), pp. 22, 25, 60.
14. Lieuwin, *Venezuela,* p. 140.
15. Luzardo, *Venezuela, Business and Finances,* p. 109; Wendell C. Gordon, *The Political Economy of Latin America* (Nueva York: Columbia University Press, 1965), pp. 58, 59, 94.
16. Malavé Mata, *obra citada,* p. 14.
17. *Ibidem.* Ramón Veloz, *Economía y finanzas de Venezuela desde 1830 hasta 1944* (Caracas: Impresores Unidos, 1945), pp. 400-402.
18. Arturo Uslar Pietri, *Sumario de economía venezolana para alivio de estudiantes* (Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1958), pp. 225-227.
19. Luzardo, *Venezuela, Business and Finances,* pp. 23, 29, 90, 91, 134.
20. Lieuwin, *Venezuela,* p. 53; Luzardo, *Venezuela, Business and Finances,* pp. 134, 135.
21. Dr. Néstor Luis Pérez, "Despacho de Fomento" al Congreso en 1938, citado en Luzardo, *Notas historico-económicas. 1928-1963,* pp. 75-76.

22. Néstor Luis Pérez, Introducción a la Memoria de Fomento en 1937, citado en Luzardo, *Notas histórico-económicas 1928-1963*, pp. 76, 77.

23. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, p. 120.

24. Naciones Unidas. Comisión Económica para América Latina (Economic Surveys of Latin America, 1950), *Recent Facts and Trends in the Economy of Venezuela* (E/CN1A/217/add. 11, 6 de abril de 1951) México, D.F., 1951, p. 46, citado en Betancourt, *Venezuela política y petróleo*, pp. 111, 120.

25. Eleazar López Contreras, *El triunfo de la verdad, documentos para la historia de Venezuela.* (México, D.F., Ediciones Genio Latino, 1949). Hay que advertir que el autor no ha leído esta obra.

26. Lieuwin, *Venezuela*, pp. 55-56.

27. Venezuela. *Sentencias de los ex-presidentes, Generales Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita, dictadas en fecha 15 y 23 de marzo de 1946.* Jurado de Responsabilidad Civil y Administración (Caracas: Imprenta Nacional, 1946), p. 11.

CAPITULO SEPTIMO

MEDINA ANGARITA, EL DESIGNADO FORZOSO, COMO REFORMADOR

La selección como presidente en 1941 del general Isaías Medina estaba de nuevo de acuerdo con la "ley boliviana" de que el dictador debía seleccionar a su sucesor. Porque a pesar de la campaña en la que Medina se enfrentó a la candidatura de Rómulo Gallegos de Acción Democrática [1], la elección del primero era una conclusión prevista. Como el futuro presidente debía ser elegido indirectamente, y como López Contreras controlaba a los funcionarios estatales y municipales que eran los instrumentos de la elección indirecta, la campaña del partido de oposición fue sólo simbólica.

La explicación que Medina dio de su elección fue una versión idealizada de la realidad. Pretendía que en su actitud respecto a la ley era extraño a toda clase de compromiso, que su lealtad respecto al orden profesional, sus sentimientos de patriotismo, su consagración al servicio del país... quizás convencieron a López Contreras para que recomendara su candidatura, y que él fue elegido limpiamente por una mayoría aplastante del Congreso Nacional... sin intrigas, sin desear desplazar a nadie, con conciencia limpia y espíritu abierto [2].

En realidad, una comisión del ejército encabezada por el general León Jurado, un amigo íntimo de Medina (y, como Medina, un antiguo político gomecista) pidió a López Contreras que el candidato fuera Medina, en cuanto que éste tenía un fuerte respaldo en el ejército [3]. A-

demás, Medina había sido ya la mano derecha de López Contreras de 1931 a 1935, y de 1935 a 1941 había sido ministro de guerra de López [4]. La decisión de López de escoger a su paisano tachirense no fue pues sorpresiva.

Durante dos años Medina trabajó sobre todo en completar el programa de su predecesor. Después se hizo innovador, reformador. Hubo un señalado cambio cuantitativo en la actitud del gobierno hacia todo el proceso de modernización. Como sugiere la teoría que se expondrá después, parte de la descripción de este cambio debería incluir al mismo Medina. "La fuente primera —en la modernización política— es el mismo liderato tradicional designado forzosamente, cuyos miembros pueden llegar a la convicción o a la necesidad de decidir que el sistema que han heredado del pasado está anticuado y que necesita un cambio drástico, una modernización política" [5].

Medina, habiendo sido una parte tan importante del período de Gómez, lo veía parcialmente con la aprobadora visión de Vallenilla Lanz, pero sus palabras implicaban también que consideraba que un cambio era de obvia necesidad. Declaró que había encontrado un régimen gubernamental que todavía contenía los vicios de tiempos remotos, un régimen que habían comenzado a mejorar sus predecesores y que él intentaba continuar con espíritu resuelto y criterio democrático hasta donde él creyera prudente. También otros creían en parte que Medina tenía fuertes convicciones referentes al progreso de su país. Su progresista Ministro del Interior sostenía que el amor de Medina por el ejército y por su región nativa era un punto de partida para una política general referente a toda Venezuela [6].

Un adherente al comunismo, incluso después de la ruptura entre Medina y los sindicatos comunistas en 1944, corroboraba la afirmación de Medina que él quería despersonalizar el Estado y hacerlo más democrático [7]. Alejandro García Maldonado, otro ex-medinista y después embajador en el Ecuador bajo Rómulo Gallegos, daba

un juicio más complejo sobre Medina; en un momento, con todo, incluso lo comparó al dinámico presidente de México, Lázaro Cárdenas [8]. Sin duda, los actos de Medina hablan más elocuentemente que todas estas palabras.

Además Medina no tenía intenciones de permanecer como una figura secundaraia en Venezuela, y para romper con el dominio de López Contreras tuvo que crear una nueva coalición no militar. Explicando el reducido papel político de los militares, idealizaba después: "y jamás podría ser mi voluntad inclinarse en favor de una casta privilegiada, porque mis sentimientos son republicanos y la igualdad es uno de los más preciosos dones..." El ejército siguió estando en manos de los tachirenses, pero perdió importancia por primera vez en décadas. La burocracia gubernamental, incluido el Congreso, el Gabinete de Medina, los presidentes de los Estados y los jueces de la Corte Suprema, reflejaban mucho más la alianza de Medina con la clase alta y media de Caracas [9].

En comparación con la anterior influencia del Táchira en el gobierno, los caraqueños, viviendo virtualmente en una ciudad portuaria y expuestos por tanto mucho más al influjo y competencia de nuevas ideas, eran quizá más progresistas (esto es, sin duda, una mera hipótesis). Esta coalición es la que ayuda a comprender por qué Medina fue tan lejos como fue, y por qué no más allá.

Bajo Medina, los sindicatos comenzaron a tener más libertad; la libertad de palabra y de prensa se convirtieron en realidades más tangibles; se permitió actuar abiertamente a los partidos de la oposición; los comunistas fueron legalizados en 1945; y virtualmente no había prisioneros políticos. Una prueba temprana de la preocupación de Medina por el progreso de la nación se dio el 14 de febrero de 1942, cuando los submarinos alemanes consiguieron destruir una serie de tanques de petróleo y disminuir mucho el transporte de petróleo. De resultas de ello, la producción de petróleo de 1942 llegó a su punto mínimo desde 1934, y ciertas importaciones

necesarias para programas de desarrollo en los llanos se vieron parcialmente excluidas. Medina realizó grandes, aunque infructuosos esfuerzos para asegurar las importaciones necesarias de los Estados Unidos, pero la mayoría de lo que el satélite consiguió alcanzar se canalizó hacia la guerra, más que al establecimiento de nuevas industrias. Más aún: rehusó permitir que descendiera el nivel del empleo, compras domésticas, exportaciones y, por último, el ingreso gubernamental para disminuir los programas de su gobierno. Sacó de las reservas acumuladas y después tomó un préstamo de 68 millones de bolívares de los Estados Unidos [10].

Sería erróneo creer que la posición nacionalista y progresiva de Medina no estaba relacionada con la posición de Venezuela ante la metrópolis, los Estados Unidos, cuya economía de guerra colocaba al petróleo en una situación privilegiada. Incluso ya en 1940, los Estados Unidos, ante su necesidad sentida de defensa hemisférica y especialmente de materias primas de sus satélites, ayudó a organizar una Comisión Interamericana de Desarrollo, principalmente para el próximo esfuerzo de guerra. Llegó dinero de la metrópolis, invirtiendo en parte la relación ordinaria, a Venezuela, principalmente mediante préstamos y ayuda del Export-Import Bank y del Coordinador de Asuntos Latinoamericanos; y mediante material militar y ofertas de préstamos y arriendos. Esta última ayuda totalizó durante los años de Medina, la suma de 2.715.000 dólares. Otros temas militares también reflejaban la nueva situación. Mientras que los Estados Unidos colocaban arrogantemente tropas en Curazao (la isla holandesa de la costa venezolana) sin pedir la cooperación de Venezuela, Medina insistía en tener allá observadores. Y después se sintió lo suficientemente fuerte como para negar a los aviones de guerra estadounidenses el acceso a los aeropuertos venezolanos.

Más aún, los Estados Unidos se sintieron obligados a cooperar con Venezuela en otros campos. En 1943, la misión de los Estados Unidos ayudó a Venezuela a establecer un organismo especial para la producción de

alimentos y por esa misma época los dos países cooperaron financieramente en la Organización Interamericana de salud pública, en una campaña contra las condiciones insalubres y contra la malaria [11].

Medina, aprovechándose de la relación temporalmente distinta con la metrópolis, proclamó el primer impuesto sobre el ingreso en Venezuela en 1942. El impuesto del dos y medio por ciento de los ingresos extremadamente altos apuntaba a los oligopolios petroleros [12]. Fue seguida por la reforma petrolera de 1943, absolutamente esencial si Medina esperaba realizar su plan quinquenal, anunciado en 1942 [13].

Al encontrar una gran resistencia, Medina presentó su causa al público en una serie de discursos a través de toda la república; amenazó a los poderes petroleros con probar la ilegalidad de importantes concesiones, encontrar fallas en la realización de las obligaciones del contrato o en doblar los impuestos del petróleo mediante un impuesto del 10 por ciento a la exportación. La guerra también ayudó a las negociaciones [14].

Medina hizo pasar rápidamente la ley por el Congreso, pero en ese proceso unificó la legislación ya existente y se las arregló para "aumentar mucho" la participación del gobierno en los beneficios del petróleo —se estimó que un 80 por ciento respecto al ingreso anterior. Se esperaba que los ingresos del gobierno igualaran a los beneficios de las compañías. También se hizo un esfuerzo importante para legislar incentivos para que las compañías de petróleo lo refinaran dentro de Venezuela; el Presidente recibió autorización para dar concesiones por cincuenta años, excepciones de derechos de importación —todos los privilegios aduaneros habían sido cancelados con la ley— y reducción de impuestos a los refinadores nacionales. Además, poco antes de que se promulgara la ley, Medina colgó el cebo de nuevas concesiones bajo la nueva ley a la Standard y Shell si cada una de ellas se comprometía a incrementar su capacidad de refinamiento en Venezuela a 40.000 barriles diarios dentro de los cinco años siguientes a la guerra. Las

compañías menores también fueron informadas de que obtendrían más fácilmente concesiones si refinaban en Venezuela. Por último, en un intento por garantizar que la reforma no sería sólo formal, fueron otorgadas mayores facultades al Estado para investigar acerca de las operaciones técnicas; y los derechos de transferencia de las Compañías, así como los privilegios de expropiación fueron al parecer restringidos. En algunos aspectos era una "reforma verdaderamente amplia" [15].

Medina pujó, realizando su promesa relacionada con las concesiones y aprovechándose de las buenas condiciones de mercadeo. Las regalías subieron; los impuestos de exploración llegaron a cuarenta bolívares por hectárea. En diez meses fueron distribuidas 6.500 hectáreas, más del total del área entonces otorgada en concesiones. Mene Grande y Sinclair se beneficiaron mucho, prometieron a su vez construir refinerías en Puerto La Cruz para 1950. Comenzó la mayor expansión petrolera de la historia, reflejada en los ingresos en 1944 de 149 millones de bolívares, y en los ingresos de 276 millones de bolívares en 1945 más el ingreso del impuesto sobre la renta de las compañías de petróleo, por 52 millones de bolívares [16].

Pero aún incluso antes de que concluyera el régimen de Medina, la reforma petrolera, a pesar de los crecientes ingresos, comenzó a aparecer cada vez más una venta a la metrópolis. La reivindicación por sí misma más importante, la que establecía una participación cincuenta-cincuenta de los beneficios entre las compañías petroleras y Venezuela, se vio que estaba basada en cálculos erróneos, como el partido de la oposición Acción Democrática había sostenido siempre. Algunos de los impuestos gubernamentales estaban basados en los bajos precios del mercado de 1938-1939. Así, cuando los precios de tiempo de guerra subieron por encima de los de años anteriores, el Estado ponía impuestos a una parte cada vez proporcionalmente menor de los beneficios de las compañías petroleras [17]. Además, se dijo después que las compañías petroleras empleaban métodos contables des-

honestos para evitar el pago de millones al Estado. La Shell "vendía" su petróleo a otra compañía dependiente de la Shell en Curazao a precios reducidos o incluso con pérdidas, y después pagaba el mínimo de impuestos en Venezuela. Venezuela no podía investigar los beneficios de la compañía de Curazao, porque se trataba de tierra extranjera. Este mismo procedimiento se empleaba con la "regalía" petróleo (el gobierno tenía opción a vender la "regalía" petróleo a las compañías petroleras o a un tercero). Las compañías comprarían la regalía petróleo de Venezuela y la "venderían" a un precio inferior al del mercado a una compañía que estuviera fuera de los límites de la nación. Otras compañías declaraban la mitad de su ingreso bruto. Para los años 1943, 1944 y 1945 la Concesión de Petróleo de Venezuela declaraba sólo el 20,74 por ciento, 25,51 por ciento y 33,76 respectivamente. Si las acusaciones son exactas, la nación puede haber perdido en total cuarenta o cincuenta millones de bolívares por la deshonestidad de los oligopolios [18].

Otras escapatorias fueron incorporadas a la misma reforma. La cláusula 18 permitía: "Las parcelas de explotación podrán agruparse según convenga al concesionario y serán de forma rectangular". Esta cláusula permitía al explotador aprovecharse del potencial drenaje de las reservas nacionales adyacentes. La Compañía podía localizar la fuente y la inclinación de su drenaje [19]. No se hizo justicia por los abusos legales de los veinte años precedentes a 1943. Fueron barridos debajo de la alfombra que todavía no ha sido levantada [20].

La oposición nacionalista de Acción Democrática estaba justamente encolerizada por las concesiones record que se dieron en el período de los veinticuatro meses posterior a la promulgación de la reforma de 1943. Para el 18 de octubre de 1945 Nueva York y Londres tenían concesiones por 10.759.567 hectáreas, algunas de las que habrían vuelto a la nación en 1950 si la reforma no hubiera extendido las viejas concesiones [21]. Así pues, a pesar de lo que parecían ser buenos precios de Medina para las concesiones, había una creciente oposi-

ción al permitir que un porcentaje cada vez mayor de la nación cayera bajo control extranjero, una creciente resistencia a someter el destino de la nación a una pérdida de la soberanía económica. Los altos precios en Venezuela del gas y del petróleo constituían sal restregada en las heridas [22].

Los resultados fueron también descorazonadores en otra área de la cooperación metrópolis-satélite. En la crisis de transporte de petróleo de 1942 las Compañías petroleras habían acordado reunir con el gobierno los fondos para proveer colonias agrícolas para los trabajadores que temporalmente se encontraban sin empleo. Las colonias, evidentemente, no tuvieron más éxito que la agricultura de subsistencia que las rodeaba, y en 1948 la colonia Aparicio de Aragua, dirigida por el Estado, se encontraba, según el Ministerio de Agricultura y Cría, en una condición deplorable [23].

Así, en suma, la guerra había alterado temporal y parcialmente las relaciones entre el satélite y la metrópoli; se habían efectuado reformas, pero los resultados de las mismas eran contradictorios.

A pesar de las severas limitaciones de las reformas del petróleo, éstas permitieron que Medina ejercitara su papel de reformador liberal en el campo de los trabajos públicos. Estos proyectos eran esenciales para el desarrollo a largo término de la nación. Y la conciencia que Medina tenía de su importancia se refleja en su porcentaje en el presupuesto general. Los trabajos públicos obtuvieron un quinto del de 1943, y en 1945, un tercio [24].

Una parte importante del presupuesto de trabajos públicos era el 29 por ciento dedicado a carreteras y el menos que cinco por ciento dedicado a plazas de mercado [25]. Si bien esta inversión en la infraestructura habría sido sin provecho de haberse realizado plenamente por la empresa privada, era esencial como estímulo al comercio, agricultura e industria. Sin él no habrían podido avanzar a largo plazo [26]. Medina era muy consciente del empuje que las carreteras daban al futuro desarrollo industrial. Otro ejemplo de los esfuerzos de Medina para

utilizar el Estado para estimular el desarrollo industrial fue la construcción del puerto de Ciudad Bolívar [27].

Otro esfuerzo paralelo del gobierno para estimular la industria fue la tarifa protectora. Las tarifas venezolanas se habían hecho excepcionalmente altas para permitir un punto de apoyo a la producción nacional. El resultado de esta política no está con todo plenamente claro; de hecho es probable, como se notó antes, que los precios de los productos nacionales continuaran siguiendo a los de los importados [28]. Se tomó un paso positivo en 1945 cuando el gobierno adoptó la política de permitir descuentos importantes o totales para las materias primas que eran importadas para ser utilizadas por las industrias locales [29]. Además, cuando terminó la guerra, el gobierno intentó disminuir el impacto de la renovada competición sobre las recién nacidas industrias, continuando su control de las importaciones, con unas pocas modificaciones. Una de esas modificaciones, con todo, se refería a la tendencia de los Estados Unidos a renovar su tradicional imperialismo para con sus satélites, por lo que Venezuela estableció una lista numerosa de productos que entrarían sin ninguna restricción. Los mismos productos estarían libres de tarifa en los Estados Unidos, pero Venezuela no estaba en posición de competir con la metrópolis. El resultado difícilmente podía ser idéntico para ambos; de hecho la lista de esos productos comprendía el 40 por ciento de las importaciones venezolanas. Como apaciguamiento para el satélite, los Estados Unidos permitieron que Venezuela pidiera licencias de importación respecto a un grupo de mercancías que representaba el 10 por ciento de las importaciones de Venezuela, y los mismos productos podrían entrar en los Estados Unidos sin pagar impuestos. La parte de los Estados Unidos en las importaciones de Venezuela continuaba creciendo, llegando pronto al 60 por ciento [30]. Si la independencia económica de Venezuela respecto al petróleo comenzó en 1938 con la legislación de López Contreras su forma latente de dependencia, el control extranjero de sus productos industriales (primero por me-

dio de importaciones y después por inversiones directas) comenzó a fines de la era de Medina. Solo la independencia en tecnología será capaz de romper esta última forma de dominación económica.

Un tercer esfuerzo del régimen de Medina para estimular la industria fue el establecimiento en noviembre de 1944 de la Junta de Desarrollo de la Producción Nacional, que dio créditos por 60 millones de bolívares para estimular tanto la agricultura como la industria. La Junta dio preferencia a las industrias que procesaban productos animales y vegetales producidos en el país. Además, parece que tales créditos eran otorgados en una base apolítica y no sólo a los afiliados al partido, algunos de los cuales no consiguieron créditos. A pesar de sus intenciones la Junta consiguió poco hasta el momento en que Betancourt y el ejército tomaron el poder en octubre de 1945[31]. Parte del problema, sin duda, está en el hecho que Medina esperó hasta 1944 para formar su Junta, mientras que en las repúblicas vecinas se había realizado esto años antes. Betancourt criticó mucho a Medina por su retraso y por el hecho de que antes de 1944 el gobierno sólo había acordado a la industria créditos que llegaban sólo incluso a la cifra de 325 mil bolívares por año[32]. Dado que Medina no consiguió obtener importaciones de los Estados Unidos para la industrialización y obras públicas en 1943, se puede pensar que esa dificultad le disuadió de formar una Junta industrial destinada a estar afectada de escasez de materiales. Todo el problema de financiar la industria era más dificultoso por el enfoque conservador de una gran parte del sector privado, que prefería invertir sus fondos en bienes inmuebles urbanos[33].

Es muy probable que la política gubernamental de trabajos públicos, tarifas protectoras, y finalmente créditos fuera insignificante a corto plazo. A pesar de todas las dificultades que creó, la guerra misma fue con mucho el factor más importante para estimular la industria venezolana. "Con todo, es el debilitamiento temporal o cíclico de esas mismas efectivas relaciones metrópolis-

satélite, como resultado de la guerra o la depresión en la metrópolis, lo que entonces y ahora permite a los satélites una oportunidad temporalmente igual para iniciar instituciones capitalistas y medidas para promover el desarrollo económico, mientras que éstas no están liquidadas de nuevo al terminarse el temporal respiro de la hegemonía de la metrópoli" [34]. Pero con los submarinos alemanes que impedían temporalmente que los productos estadounidenses llegaran a Venezuela y los mismos Estados Unidos que concentraban su poderío industrial principalmente en el esfuerzo bélico, los importadores venezolanos estaban temporalmente impotentes a pesar del constante reforzamiento del bolívar frente a los precios extranjeros. Y con la impotencia de los importadores, la producción venezolana obtuvo un respiro ante una aplastante competición. Venezuela sufrió una "activa involución capitalista". En este mismo sentido, el ministro del Interior de Medina reconoció después que con la protección de las restricciones impuestas por la guerra, varias nuevas industrias estaban produciendo para el mercado interior, y otras, que ya existían, se habían expandido [35].

El crecimiento de la industria se reflejó en parte en estadísticas con la formación neta de capital productivo fijo en el sector privado de la economía. En términos de los precios de 1938, el crecimiento de la industria de la construcción de 1940 a 1945 era aproximadamente del 500 por ciento. La maquinaria y el equipo mecánico casi se dobló durante el mismo período. La formación de capital fuera de la industria de la construcción, con todo, estaba clasificado como bajo de 1940 a 1945. La mayoría del crecimiento de la industria venezolana estaba reflejado en un incremento en el empleo, a pesar de que se tenía que usar una maquinaria anticuada y un equipo sometido a un desgaste anormal [36].

Otro índice del crecimiento industrial era el fuerte incremento de consumo de energía eléctrica [37].

Dos industrias específicas que se desarrollaron durante la guerra fueron la de neumáticos y la de productos far-

macéuticos. También prosperó la industria textil, a pesar del problema de importar nueva maquinaria. A pesar de la escasez de información, existe de lo antedicho algunas pruebas de que "muchas industrias pequeñas comenzaron en ese período..."[38]

Como reformador liberal para el desarrollo económico, Medina era también consciente de la necesidad de estimular la agricultura. Sus colonias agrícolas experimentales, a las que habían cooperado las compañías petroleras, fueron un fracaso. Tampoco fueron más exitosas otras colonias que se habían formado ya a finales de la década de 1930. El gobierno no estimuló su expansión. Sin duda fue un estímulo más efectivo al desarrollo de la agricultura a largo plazo, el incremento de las carreteras, ya señalado. Otro esfuerzo gubernamental consistió en proyectos de irrigación que realizó el Plan de Trabajos Públicos con un costo de aproximadamente 1,6 millones de bolívares por año, sacado del presupuesto de Trabajos Públicos, del que constituía el 11 por ciento. El más importante de ellos fue la presa de Suate. A pesar de todo, la especulación sobre la tierra irrigada elevó de tal manera los precios y arriendos que en los años sucesivos poco más de una tercera parte de la tierra capaz era cultivada. Quizá se habría irrigado mucha más tierra, como decía Medina, si no hubiera sido imposible obtener materiales[39].

Medina estaba también orgulloso de la reforma que aseguraba a los intrusos contra el riesgo de desalojo. Decía que los derechos de propiedad no excluían la necesidad de hacer justicia al peón que era un "elemento igualmente indispensable en la producción de la riqueza" y al que debía ir una parte, proporcional a su trabajo, de la riqueza que ayuda a producir[40]. Parte del problema consistía en el hecho de que aún si el peón promedio hubiera guardado para sí toda su producción, esto habría significado en promedio sólo 900 bolívares por año[41]. Con otras palabras, el problema en parte era la misma existencia del peonaje.

Esa reforma probablemente no solucionó nada, porque aunque el dueño no echara oficialmente a los trabajadores, o incluso pequeños propietarios, no cabe duda de que estos últimos "están obligados a aprovecharse de la mayor oportunidad que encuentran en otra parte —o más frecuentemente de la disminuida oportunidad en que se encuentran— y apoyarse en el único recurso que tienen, su trabajo y sus relaciones contractuales, en una continua batalla para sobrevivir" [42]. No se debe olvidar que los terratenientes controlaban tanto el crédito como la tierra, y para el hambriento y endeudado peón uno era tan poderoso esclavista como otro. En 1943 el régimen de Medina reconoció los problemas de crédito del peón, admitiendo que sólo los agricultores con capacidad para pagar e ir al mercado podían obtener crédito; el pequeño agricultor sin conexiones, sin educación, sin información económica o técnica estaba inevitablemente sin crédito. "Mientras los sistemas de tenencia y explotación no sean rotos, el crédito solamente beneficiará proporciones reducidas de quienes poseen unidades de explotación agropecuaria con alguna protección oficial" [43].

De hecho ya en 1943 Medina había discutido todo el problema crucial de la reforma agraria. En su mensaje al Congreso ese año abordó el tema, declarando que la simple división de tierras no había resuelto para nada el verdadero problema del agricultor, que tenía que ser educado para hacer rendir la tierra y poseer la aptitud técnica y económica...

Se debe atacar el problema principal de cada región, ya sea el exceso o la falta de mano de obra, el nomadismo, la erosión, la vivienda, la medicina, la producción o la educación, pues Venezuela no progresaría hasta que lo hiciera aquella inmensa masa... [44]

El 13 de enero de 1944 instituyó una comisión para estudiar la reforma agraria [45]. Se sopesaron todas las partes, y el 20 de setiembre del año 1945 se estableció la reforma. Era un esfuerzo épico entre las mejores intenciones por una parte y la más decidida resistencia por otra. Teóricamente la ley garantizaba el derecho de todos

los individuos o grupos de la población aptos para el trabajo agrícola o ganadero que carecían de tierra a obtener tierras económicamente explotables [46]. Si la ley hubiera implicado realmente esto, hubiera sido revolucionaria. Además, si bien admitía lotes individuales (debido al gran individualismo tradicional de los agricultores), la ley establecía un instituto que trabajaría progresivamente para formar unidades de gran escala como granjas cooperativas con maquinaria adecuada. El trabajo agrícola debería ser realizado colectivamente donde el Instituto considerara que esto era lo conveniente. También habría cooperativas de consumo, producción, industrialización y mercadeo [47].

Pero había peligro evidente de que las cooperativas fueran acaparadas pronto por los terratenientes: "Las cooperativas son más fáciles de crear por parte de los grandes propietarios que por la de los campesinos; porque aquellos son menos en número, disponen de recursos, de relaciones y de conocimientos comerciales..." pero al menos las cooperativas de crédito avanzan hacia el capitalismo y hacia una explotación más racional; y al menos las cooperativas de pequeños agricultores ayudan a la lucha organizada contra la explotación capitalista de los trabajadores, donde los obreros tienen la fuerza suficiente como para modelarlas de acuerdo a sus intereses [48].

El establecimiento de cooperativas no era en sí mismo sin duda una garantía de que se iba a resolver la explotación económica en Venezuela. Lo que hacía era ofrecer algunas esperanzas.

El intento de la Reforma de establecer unidades familiares de cinco a veinte hectáreas para la mayoría de los hambrientos de tierra también habría sido riesgoso. Los mismos reformadores sabían que tales unidades no llevaban a una explotación moderna, racional, técnica, que requería unidades de cultivo muy superiores. Esperaban optimistamente que esas unidades mejorarían radicalmente los incentivos, aumentarían la producción, y no serían sino una transición temporal a amplias coo-

perativas para las que las masas no estaban todavía preparadas con su bajo nivel cultural [49]. Las pequeñas unidades eran una concesión a la realidad de la historia venezolana, una concesión al gran individualismo que había infestado a la república desde su vida uterina. El que esto escribe piensa arbitrariamente que era una concepción que estaba destinada probablemente a alguno de los devastadores efectos de la reforma agraria mexicana de 1917, es decir, a una renovada pobreza. Incluso si se hubiera eliminado el monopolio de la tierra, el establecimiento de granjas familiares pudo haber reforzado la posición de los monopolios comerciales al quitar el de sus rivales los latifundios, y habría expuesto así más directamente al campesino a la explotación comercial.

Pero si la ley había esperado quizá reducir el monopolio de la tierra, probablemente no tenía intención de hacerlo de una manera efectiva, porque la ley no autorizaba la explotación de tierras cuyos propietarios cultivaran sus campos racional y directamente [50]. Y ¿quién tenía que juzgar quién explotaba sus tierras razonablemente? No el peón. La ley no daba derecho al agricultor a participar en la dirección de la reforma. En el artículo treinta y dos el presidente estaba autorizado a nombrar y remover a todo el Instituto Agrario Nacional. La propuesta del Senado de que hubiera un miembro presentado por los agricultores había sido rechazada [51]. Además, el artículo dieciocho decía que la propiedad sólo podía ser expropiada mediante el voto afirmativo de cuatro de los miembros; había muy poca oportunidad de que se aprobara así ninguna expropiación. El artículo treinta y dos contenía otro obstáculo; daba al Presidente el derecho decisivo de aprobar o rechazar una expropiación determinada, ya estudiada y pedida por el Instituto Nacional Agrario. Y esos estudios, requeridos antes de que pudiera realizarse la expropiación, podían ser quizá otra táctica dilatoria.

El artículo treinta y cinco establecía que para evitar la expropiación se tenía que cultivar la propiedad por sí mismo, pero la explotación directa incluía el cultivar

el propio suelo con asalariados, quizá con docenas de jornaleros miserablemente pagados. Y las tierras en que se cultivara el azúcar de caña, café, cacao, arroz o sisal no eran pasibles de expropiación [52]. No importaba que las condiciones en las tierras de caña de azúcar, por ejemplo, fueran notoriamente rudimentarias [53].

Los artículos sesenta y tres y sesenta y cuatro autorizaban al Instituto a declarar que unas tierras no eran expropiables durante un período de treinta años [54].

La misma ley invitaba obviamente a los latifundistas a ejercer grandes presiones para resistir o retrasar una reforma efectiva.

Aun suponiendo que la reforma hubiera redistribuido alguna tierra a las familias, la competición que sobrevendría entre las unidades grandes y pequeñas habría creado un desequilibrio.

Dañaba toda la reforma el temor de que la ley hiciera posible al Instituto Nacional Agrario crear un próspero negocio de tierras a expensas públicas. En particular, se temía que la expropiación concerniera sobre todo a tierras indeseables, distantes y desiertas [55].

Troconis creía que las contradicciones de la ley eran el resultado de un régimen cuya ideología carecía de unidad. En todo caso, los sentimientos propios de Medina estaban bastante claramente expresados. Como de ordinario, idealizaba, afirmando que no quería tocar los "derechos legítimos" ni dar origen a "situaciones intransigentes perjudiciales"; esperaba mejorar la suerte de las masas con sólo un pequeño sacrificio de unos pocos [56]. La ley garantiza desde luego el pequeño sacrificio de unos pocos; es dudoso que hubiera mejorado la suerte de muchos en un grado significativo.

En cuanto la ley afectaba a siete de cada diez venezolanos (la Venezuela rural) le permite a uno interpretar las afirmaciones políticas de Medina sobre la reforma de la tenencia de la tierra y sobre la reforma en general. Había afirmado que la tenencia de la tierra debería ser "modificada"; afirmó incluso que el agricultor necesitaba tierra, crédito barato y dirección técnica; pero, más

preciso y revelador, afirmó: "Encontré un régimen de gobierno que traía vicios de sistema desde tiempos remotos, cuya mejora había iniciado mi predecesor y que yo procuré hacer avanzar con espíritu resuelto y criterio democrático hasta donde creía prudente hacerlo" [57]. *Prudente* es la palabra clave. Medina, después de todo, un reformador del liderazgo impuesto tradicional. "Al mismo tiempo, se debe reconocer que este tipo de reformador está pocas veces preparado para realizar plenamente su labor, porque más temprano o más tarde viene a darse cuenta que se está reformando a sí mismo, a su familia y a sus amigos, quitándoles la posición que han tenido tradicionalmente, y poniendo en marcha un proceso que está destinado a minar la base de esa posición. Esas reformas, aunque con frecuencia tienen efectos perdurables, suelen ser de un carácter limitado, protector, defensivo, patricio" [58]. Dicho con otras palabras muchos años antes: "Se hizo perfectamente claro que la reforma difiere de la revolución en cuanto que preserva el poder de la clase opresora que suprime la insurrección de los orpimidos mediante concepciones que son aceptables para los opresores y no destruyen su poder... La tarea objetiva de la burguesía liberal en la revolución democraticoburguesa es precisamente esa: preservar la monarquía y la clase terrateniente a costa de "razonables concesiones" [59].

La reforma agraria de Medina nunca fue puesta a prueba. Su gobierno cayó un mes después, pero los defectos de la reforma eran muchos, y es muy dudoso que el Instituto Agrario Nacional hubiera afectado significativamente el monopolio de la tierra o, como consecuencia, cambiado las malas condiciones de vida de los agricultores, reflejadas en los bajos incentivos, baja producción y continuo éxodo a las ciudades. Sin una elevación sustancial del nivel de vida de las masas no habría habido una creación de un mercado amplio de consumidores, necesario para una plena expansión industrial. El crecimiento balanceado estaba frustrado.

El fracaso del régimen de Medina en tratar adecuadamente con la agricultura estuvo también reflejado parcialmente en las estadísticas. La población de 1937, de 3.414.877, había alcanzado en 1945 la cifra de 4.201.331, o sea, aproximadamente, un 23 por ciento de crecimiento, pero el área de tierra cultivada continuaba declinando. La producción agrícola total para el período de Medina mostraba también una disminución del 4,7 por ciento. En favor de los años de Medina se debe notar, con todo, que la producción de ganado mostraba un incremento del 28,4 por ciento, e incluso la agricultura, examinando producto por producto, mostraba una tendencia mixta [60].

Medina alabó después los esfuerzos de su ministro de agricultura y ganadería para aumentar la producción de arroz, aceites vegetales, algodón y patatas (la última de hecho bajó), pero él debería asumir parte de la responsabilidad, al parecer, por la disminución de tres de los más importante componentes de la dieta venezolana: azúcar, caraotas negras y trigo [61].

Es injusto y erróneo esperar que un programa de gobierno consiga todos sus resultados aun dentro de un período de cinco años, pero una vista de conjunto de la política gubernamental de Medina y de los programas durante este tiempo no da pie para creer que hubiera habido un cambio radical si el partido de Medina hubiera continuado en el poder [62].

Después de la industria y la agricultura, había una tercera área de importancia que indirectamente afectaba a las otras dos, y en la que Medina se consideró reformador: el área de la educación. El general estaba justamente orgulloso del 7,3 por ciento del presupuesto nacional destinado a la educación [63]. Además, 9 por ciento del sector de trabajos públicos del presupuesto estaba destinado a edificios educacionales, y el porcentaje habría sido más alto, decía Medina, si hubiera habido materiales [64]. Los programas incluían cierto número de centros escolares, y la iniciación de la Ciudad Universitaria de

Caracas. Por lo que toca a la instrucción, hubo una reforma en la Escuela de Ingeniería de la Universidad Central y la Universidad de los Andes; el Instituto Pedagógico comenzó a dar sus primeros resultados; se modificó la Escuela de Medicina [65].

Otro paso importante, aunque era más bien pequeño, fue el comienzo de un programa de alfabetización. El 28 de setiembre de 1944 un decreto gubernamental establecía un servicio para conseguir estadísticas respecto al alfabetismo de los adultos [66]. El 1º de octubre del mismo año una campaña de alfabetización dirigida por el Dr. Rafael Vega comenzó un proyecto piloto para 5.000 personas en las comunidades de San Juan y La Pastora. En 1945 comenzaron unas unidades móviles de trabajadores de alfabetización y agentes de cultura popular. En Caracas miles fueron a seguir cursos del método Laubach (para alfabetizarse); el plan se extendió a 15.000 [67].

El gobierno era deficiente por lo que respecta a la educación de los niños (La educación secundaria duplicó de 1940 a 1944, pero la cifra final era todavía absurdamente baja: 11.588). De 800.000 niños sólo 281.000 estaban en la escuela, y aunque el presupuesto de educación llegó a ser el 7 por ciento del total sólo el 3 por ciento del total estaba destinado a las áreas rurales, donde precisamente vivía la gran mayoría de la población [68]. Estas cifras estaban en parte compensadas por el hecho de que los salarios de los maestros eran más altos en las ciudades, debido al mayor costo de la vida. Además, muchas áreas rurales carecían de escuelas, que, debido a la falta de materiales, no podían ser producidas masivamente. Con todo, la declaración de Medina de que la falta de personal y de materiales le impidió crear más escuelas no es plenamente convincente. En todo caso, no se realizó ninguna campaña masiva e inteligente en las devastadas áreas rurales. Detrás de la explicación técnica de Medina quedaba quizá implicada la triste razón de que muchos terratenientes no tenían grandes deseos de ver que los niños del peón aprendieran en el salón de escuela en lugar de trabajar en los campos. En el Estado

Miranda, incluso en 1948, hubo un informe de los propietarios de plantaciones de cacao que amenazaba con expulsión a las familias si sus hijos no colaboraban en la época de la cosecha. En la mayoría de los casos no eran necesarias las amenazas. Bastaba con la inercia. Ni tampoco hubo ningún esfuerzo para crear algunas de las tan necesitadas escuelas vocacionales, a pesar de las quejas de Medina sobre la falta de personal técnico para el desarrollo de la industria [69]. Por lo que se refiere al reclutamiento de los maestros, la elevación de su salario por Medina en un 26 por ciento es menos importante de lo que puede parecer por esa cifra, dado lo bajo que este salario había sido hasta el momento [70].

La reforma de Medina en lo referente a la salud y a la vivienda fue muy importante para el desarrollo del capital humano y beneficio de la nación. Como en lo referente a otros trabajos públicos, se enfrentaba también aquí con una falta de materiales; se construyeron algunas cloacas y acueductos; se interrumpió la construcción de muchos. Se dio prioridad a los proyectos de drenaje en las regiones infectadas cercanas a zonas pobladas [71]. Se comenzaron también campañas específicas sobre malaria, anquilostomiasis, tuberculosis y lepra. La tasa de nacimientos continuó virtualmente idéntica, pero la tasa de mortalidad bajó algo de 16,4 en 1941 a 15,3 en 1945. Más notable fue la baja de la mortalidad infantil, en un 22 por ciento [72]. La contribución de Medina a la salud de la nación fue uno de sus programas menos publicitados. Quizá fue su mayor realización.

Mucho más alabado fue el programa de edificación de viviendas del General. En 1943, por 48 millones de bolívares, se echó abajo un barrio de Caracas y reemplazado en dos años y medio por unidades de cuatro pisos, incluido un acueducto. Se llamaba El Silencio. Incluía 831 alojamientos para familias de clase media y baja y 306 lugares comerciales en la vecindad. Pronto vivían allí tres mil quinientas personas, y se había convertido en el símbolo del progreso bajo Medina. Era un tipo extraño de progreso. Mientras se creó El Silencio,

la población de Caracas creció en 50.000 personas [73]. Si no hubiera habido escasez de materiales, Medina podía haber cerrado la brecha. El general no mencionó nunca la posibilidad de reemplazar las importaciones que se necesitaban con sustitutos producidos en el país. Sin mayor conocimiento, sólo se pueden hacer hipótesis.

En Maracaibo, otro plan urbano para mil casas, con el nombre del general Rafael Urdaneta, estaba casi concluido en octubre de 1944 [74].

En otros campos relacionados con las masas, las reformas de Medina fueron más simbólicas que reales. La preocupación del gobierno por el hecho de que más del 50 por ciento de los venezolanos eran ilegítimos y otro gran porcentaje vivía en hogares deshechos se reflejó en una modificación del Código Civil, que permitía investigar la paternidad natural y establecía el derecho de los hijos ilegítimos a la herencia [75]. Por razones que se discutirán después, la reforma fue completamente ineficaz. Casi tan escaso fue el resultado de la medida de seguridad social promulgada bajo López Contreras en 1930 y comenzada tan débilmente en 1944 [76].

El programa de impuestos de esos años era de tendencia mixta. El ingreso estaba impuesto en forma progresiva para los ricos, afectando a los "oligopolios". Por otra parte había muchos impuestos sobre cosas necesarias, cuyo peso recaía sobre todo en los pobres [77]. Sin embargo, algunos de ellos, como los impuestos sobre la harina y la sal, se rebajaron considerablemente después; otros, como los impuestos sobre el gas y los fósforos, fueron incluso suprimidos. Medina sostuvo que se consideraban otras reducciones cuando sobrevino el golpe de octubre [78].

En el área clave de la reforma electoral se confirmó la tendencia de Medina a "preservar la monarquía y la clase terrateniente a costa de concesiones razonables". En la constitución de 1945 la reforma electoral era tímida. Después de la elección presidencial de 1935 los representantes urbanos deberían ser escogidos mediante elección popular, y las mujeres recibirían el voto sólo

para las elecciones municipales. Los senadores eran todavía escogidos por las asambleas legislativas de los Estados. Se concedía ahora a los nacidos fuera de Venezuela el ser elegibles inmediatamente, y no después de un período de tres años. Respecto a la elección directa del presidente (el problema que motivó la caída de Medina), se dice que el general golpeó la mesa y juró que en toda su vida no tendría suficientes días y horas para arrepentirse de no haber estado de acuerdo con los que habían recomendado la reforma constitucional para hacer directa la elección presidencial. Se daba cuenta que así no habría estado envuelto en ese horrible aprieto. Pero con todo este golpear sobre la mesa Medina no hizo nada para cambiar la ley [79].

Bajo la amenaza realizada de una huelga de obreros del petróleo cambió los desvergonzados fraudes en las elecciones municipales realizadas en el Distrito Bolívar, Zulia, el 22 de octubre de 1944 [80]. En otros campos, en el momento de las elecciones el alimento aparecía a precios milagrosamente bajos entre los pobres, y en las áreas alfabetizadas los fondos gubernamentales financiaban aeroplanos para hacer repartir propaganda escrita [81]. Aunque no se disponen de cifras precisas para esos fondos en los años de Medina, una estimación para todo el período de 1925 a 1944 da una cantidad anual promedia de 3.5 a 3,9 millones de bolívares. Bajo el título de "gastos extraordinarios del servicio público" se podía gastar el dinero sin que se pudiera controlar sus objetivos legales o ilegales [82].

La intención de Medina al extender el poder no era el de realizar una completa reforma electoral, sino más bien la de poner el poder en manos de su partido, el Partido Democrático Venezolano. Su legislación y alianza con los comunistas fue realizada probablemente para crear una muralla contra la amenaza más inmediata de Acción Democrática, más que para mejorar efectivamente la posición de la clase trabajadora [83]. En marzo de 1933, en la segunda convención nacional de trabajadores de Caracas, Acción Democrática propuso a los comunistas

un reparto del cincuenta-cincuenta de la representación. Estos últimos, que probablemente eran la mayoría, rehusaron, con lo que Acción Democrática se retiró de la convención enojada. Medina le pegó entonces una puñalada por la espalda a sus aliados comunistas quitando el reconocimiento legal a todos los sindicatos cuyos delegados no se habían retirado, es decir, a los comunistas. Con esto Acción Democrática recibió un fuerte impulso, pues de este modo consiguió que muchas uniones fueran dirigidas por ella [84]. En noviembre del mismo año, cuando los trabajadores del petróleo, muchos de los cuales todavía eran comunistas, amenazaron con una huelga, el general intervino, concedió un aumento de dos bolívares por día, y declaró que con esto se había terminado el conflicto [85]. Otros sindicatos no lo pasaron mejor.

Respecto a las condiciones de trabajo, es fama que el gobierno realizó una inspección más sistemática que bajo López Contreras. Una fuente declaraba que en 1936 la ley de trabajo ya se cumplía [86]. El que esto escribe duda de que lo fuera, en cuanto que hasta 1945 sólo había 11 inspectores de trabajo en el país. Consiguieron hacer 1.950 inspecciones de enero a octubre de 1945, pero incluso a pesar de un gran incremento de este número en los años inmediatamente siguientes, los esfuerzos siguieron siendo inadecuados respecto a los amplios espacios que había que cubrir. Además, zonas enteras estaban aisladas durante la estación de lluvias. Y no es probable que las industrias en estado rudimentario, que luchaban para sobrevivir, cumplieran con el código de trabajo [87].

La impotencia de los sindicatos, el congelamiento de los salarios y las condiciones inadecuadamente inspeccionadas estaban agravados además por un fuerte aumento de los precios. Este aumento estaba ocasionado por una severa competición respecto al reducido volumen de mercancías importadas (muchas de las cuales eran esenciales) y por el fracaso del gobierno en controlar el mercado negro [88]. Los acaparadores, costosos inter-

mediarios e influyentes grupos de presión (como los de la industria eléctrica) se combinaban para subir los precios [89].

Los precios de venta al público sufrieron un aumento de 1941 a 1945 de sólo 32 por ciento aproximadamente, pero los márgenes de beneficios del 200 por ciento y más eran considerados normales por los intermediarios [90]. Todos los datos apoyan la afirmación de Luzardo de que el asalariado sufrió un descenso en su ingreso real [91].

En suma, el régimen de Medina fue de un neto progreso sobre el de su predecesor en los campos de los trabajos públicos, salud e ingreso, pero sus contradicciones, que frenaron con éxito algunas de las mayores necesidades de los trabajadores agrícolas e industriales, fueron también, en definitiva, un impedimento mayor para realizar una revolución burguesa. Parece que estaba destinado a cumplir este papel el partido de la oposición, Acción Democrática.

NOTAS

1. Los programas de Gallegos y de Acción Democrática serán discutidos después.
2. Isaías Medina Angarita, *Cuatro años de Democracia* (Caracas: Pensamiento Vivo, C.A., 1963), p. 17.
3. Luzardo, *Notas historico-económicas 1928-1963*, p. 92.
4. Lieuwin, *Venezuela*, p. 57.
5. C. E. Black, *The Dynamics of Modernization* (Nueva York: Harper & Row, 1966), p. 64.
6. Medina, *obra citada*, pp. 139, 140; Arturo Uslar Pietri, Prólogo a *Isaías Medina Angarita: Cuatro años de Democracia* (Caracas: Pensamiento Vivo, C. A., 1963), p. 7.
7. Medina, *obra citada*, p. 22; José Fabbiani Ruiz, "Nuestra Posición", *El Nacional*, 20 de noviembre de 1947, p. 4. Se debe advertir, con todo, que la alabanza comunista a Medina en 1947 y 1948 tenía probablemente con más frecuencia la intención de atacar a Betancourt y a su partido Acción Democrática que

glorificar o restaurar el poder de Medina, entonces en el exilio. Las razones de esa actitud eran complejas y serán descritas después.

8. Alejandro García Maldonado, sin título, *El Nacional,* 29 de enero de 1948, p. 4; Luzardo, *Notas economico-históricas 1928-1963,* p. 115.
9. Medina, *obra citada,* p. 143. Luzardo, *Notas historico-económicas 1928-1963,* pp. 105, 108. Lieuwin, *Venezuela,* pp. 58, 61.
10. Edwin Lieuwin, *Petroleum in Venezuela, a History* (Berkeley, California: University of California Press, 1955), pp. 90, 91, 99. Arthur P. Whitaker, *The United States and South America, The Northern Republics* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1948), p. 110. Medina, *obra citada,* p. 67.
11. Medina, *obra citada,* pp. 55, 56, 129. Whitaker, *obra citada,* pp. 96, 99, 100, 101, 112.
12. Lieuwin, *Petroleum in Venezuela,* p. 93.
13. Morón, *obra citada,* pp. 209, 210; Medina, *obra citada,* p. 67.
14. Lieuwin, *Petroleum in Venezuela,* pp. 94, 95; Luzardo, *Notas historico-económicas 1928-1963,* p. 99.
15. Lieuwin, *Petroleum in Venezuela,* pp. 96, 97.
16. *Ibídem,* pp. 98, 99.
17. Lieuwin, *Petroleum in Venezuela,* p. 100; Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 158.
18. O'Connor, *obra citada,* p. 142; Antonio Arraiz, "El Caso de la Royal Duth Shell", *El Nacional,* 9 de junio de 1948, p. 4. Se debe advertir que el autor no pudo encontrar cuál fue el fallo de la corte.
19. De la Plaza, *El petróleo en la vida venezolana,* p. 27.
20. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 154.
21. *Ibídem,* p. 255.
22. *Ibídem,* p. 160.
23. Lieuwin, *Petroleum in Venezuela,* p. 101; Whitaker, *obra citada,* p. 110; Venezuela, Ministerio de Agricultura y Cría. Comisión para la Reforma Agraria. *Reforma Agraria,* Informe de la Subcomisión de Economía (Caracas: Imprenta Nacional, 1959), II, pp. 23, 29-30.
24. Lieuwin, *Petroleum in Venezuela,* pp. 99, 100.
25. Medina, *obra citada,* p. 95.

26. Sobre la importancia de la *infraestructura* véase Aldo Ferrer, *La Economía Argentina, las etapas de su desarrollo y problemas actuales* (México: Fondo de Cultura Económica, 1963), pp. 170-180.
27. Medina, *obra citada,* pp. 91-93, 97-108, 110-114. No está claro, con todo, cuántas de esas nuevas carreteras estaban asfaltadas y cuántas no, pronto erosionadas.
28. United States Tariff Commission, *Recent Developments in the Foreign Trade of Venezuela* (Washington, D.C.: United States Governement Printing Office, 1945), p. 77.
29. Luzardo, *Venezuela, Business and Finances,* p. 97.
30. Arturo Uslar Pietri, *Sumario de Economía Venezolana* (Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1958), pp. 230, 231.
31. Medina, *obra citada,* pp. 29, 71; Whitaker, *obra citada,* p. 99.
32. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 140.
33. Luzardo, *Venezuela, Business and Finances,* p. 107.
34. Frank, *obra citada,* p. 33. Se debe observar que Frank no ha tratado todavía adecuadamente con el último problema de las instituciones capitalistas para la infancia, creadas durante el debilitamiento de las relaciones comerciales entre la metrópolis y el satélite, es decir, el problema de que esas instituciones infantiles con frecuencia llegan pronto a un punto en que es imposible expansionarse sin importar materias primas o incluso piezas. Sobre este último problema véase el capítulo sobre Perón en Ferrer, *obra citada.*
35. Uslar Pietri, *obra citada,* p. 230.
36. Informe de 1949 del Banco Central del Venezuela, p. 83, citado por las Naicones Unidas, Economic Commission for Latin America, *obra citada,* p. 58.
37. Naciones Unidas. Economic Commission for Latin America, *obra citada,* p. 83, y Naciones Unidas, Economic Commission for Latin America, United Nations Department of Economic Affairs, *Economic survey of Latin America,* 1948 (Lake Success, 1949), p. 37.
38. Whitaker, *obra citada,* p. 218; Medina, *obra citada,* p. 72; Luzardo, *Venezuela, Business and Finances,* pp. 23, 54.
39. Sergio Antillano, "El Embalse de Taguayguay", *El Nacional,* 29 de febrero de 1948, p. 21; Naciones Unidas, Economic

Commission for Latin America, Economic Surveys of Latin America, 1950, *Recent Facts and Trends in the Economy of Venezuela*, p. 39; y Medina, *obra citada*, pp. 95, 96.

40. Medina, *obra citada*, p. 133.
41. Naciones Unidas, Economic Commission for Latin America, Economic Surveys of Latin America, 1950, *Recent Facts and Trends in the Economy of Venezuela*, p. 33.
42. Frank, *obra citada*, p. 273.
43. Primera Convención Nacional, *Ponencias, actas y resoluciones* (Caracas: C.A. Artes Gráficas, 1945), p. 229, citado en Venezuela, Ministerio de Agricultura y Cría, Comisión de Reforma Agraria, *Reforma Agraria*, Informe de la Subcomisión de Economía (Caracas: Imprenta Nacional, 1959), pp. 258, 259.
44. Medina, Mensaje de 1943 al Congreso, citado en Miguel Parra León, *El Problema Agrario en Venezuela* (Caracas: Suma, Librería Editorial, 1959), p. 120.
45. Parra León, *obra citada*, p. 120.
46. Artículo 2 de la Ley Agraria de 1945, citado en Parra León, *obra citada*, p. 167.
47. Artículos 84, 89 y 95 de la Ley Agraria de 1945, citados en Parra León, *obra citada*, p. 186.
48. Karl Kautsky, *La Cuestión Agraria*, pp. 121, 125, 132, 133.
49. Parra León, *obra citada*, pp. 72-74; De la Plaza, *El problema de la tierra*, pp. 15, 23.
50. Artículos 2 y 35 de la Ley Agraria de 1945, citados en Parra León, *obra citada*, p. 167.
51. Luis Troconis Guerrero, *La Cuestión Agraria en la historia nacional* (Táchira: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, 1962), p. 248.
52. *Ibidem*, p. 250.
53. Dr. Manuel M. Márquez, "Estructura de la Industria azucarera", conferencia del 1 de setiembre de 1949, reproducida en *Actas de Conferencias de la Cámara Agrícola de Venezuela 1949-1950* (Caracas, s.e., 1950), p. 15. Esta descripción se refería a 1949, pero es muy posible que las condiciones fueran tan duras en 1945; se puede encontrar una crítica a las condiciones de los trabajadores azucareros en el régimen de Medina en Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, pp. 323-326.

54. Troconis Guerrero, *obra citada,* p. 250.
55. *Ibídem.*
56. Medina, *obra citada,* p. 132.
57. *Ibídem,* p. 46.
58. Black, *obra citada,* p. 64.
59. Karl Kautsky, *The Social Revolution,* citado en V. I. Lenin. *Collected Works* (Moscú: Foreign Language Publishing House, 1961), vol. XII, p. 212.
60. Durante la década de los regímenes de López Contreras y Medina las hectáreas cultivadas bajaron de 1.048.373 a 954.300, o sea, el 9,1 por ciento. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 178. Naciones Unidas, Comisión Económica para Latinoamérica. Economic Survey of Latin America 1950, *Recent Facts and Trends in the Economy of Venezuela,* pp. 21, 25.
61. *Ibídem,* pp. 19-21; Medina, *obra citada,* pp. 69-70.
62. Otro factor que difiere parcialmente de la anterior conclusión fue el aumento bastante brusco en la importación de tractores a partir del año 1944. Naciones Unidas. Comisión Económica para Latinoamérica, *obra citada,* p. 46.
63. Luis Miguel Tamayo, *Elementos de finanzas públicas venezolanas* (Caracas; Tipografía de la Nación, 1947), p. 37.
64. Medina, *obra citada,* pp. 95, 127.
65. *Ibídem,* p. 126. Es difícil calcular hasta qué punto fueran eficaces esas medidas.
66. Gustavo Sander: "¿Sabe usted algo sobre alfabetización?", *El Nacional,* 22 de julio de 1948, p. 12.
67. *El Nacional,* 11 de noviembre de 1948, p. 11.
68. Medina, *obra citada,* p. 127; Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 167.
69. *Ibídem,* pp. 127, 134, 139; *El País,* 16 de marzo, p. 9.
70. Medina, *obra citada,* p. 128.
71. Medina, *obra citada,* p. 129.
72. Naciones Unidas. Comisión Económica para Latinoamérica, *obra citada,* pp. 148, 150.
73. Luzardo, *Notas historico-económicas 1928-1963,* p. 104; Florentino Martel, "Revolución no significa incapacidad", *El Nacional,* 25 de agosto de 1948, p. 11.
74. Medina, *obra citada,* p. 135.

75. Arturo Uslar Pietri, Prólogo a *Isaías Medina Angarita: Cuatro Años de Democracia,* p. 8.
76. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 172.
77. *Ibidem,* p. 176.
78. Medina, *obra citada,* pp. 65-67.
79. Arturo Uslar Pietri, Prólogo a *Isaías Medina Angarita: Cuatro Años de Democracia,* p. 8; Luzardo, *Notas historico-económicas 1928-1963,* pp. 101, 109.
80. Luzardo, *Notas historico-económica 1928-1963,* p. 109; Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 167, 185, 193.
81. Bettancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 184. Esta fuente es violentamente partidaria.
82. Tamayo, *obra citada,* pp. 55-57.
83. Se necesita más investigación para clarificar toda la naturaleza de esa alianza. Los comunistas venezolanos, por su parte, parecen haber seguido la política del Komintern, que era la de llevar a todos los partidos de Latinoamérica a aliarse con regímenes parcialmente democráticos para formar un frente antifascista más fuerte. Su lema había sido: "con Medina contra la reacción". Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 144-150.
84. John D. Martz, *Acción Democrática, Evolution of a Modern Political Party in Venezuela* (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1966), p. 257.
85. Lieuwin, *Petroleum in Venezuela,* p. 101.
86. *Ibidem.*
87. International Labour Office, *Freedom of Association and Conditions of Work in Venezuela,* Report of the Mission of the International Labour Office, 22 July-1 September, 1949 (Ginebra, Kundig, 1950), p. 146.
88. Whitaker, *obra citada,* pp. 111, 112; Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 171.
89. Luzardo, *Venezuela, Business and Finance,* p. 91; Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 171.
90. Naciones Unidas, Economic Commission for Latin America, *Economic Surveys of Latin America,* 1950, p. 115; International Labour Office, *obra citada,* p. 23.
91. Luzardo, *Venezuela, Business and Finance,* pp. 51, 61.

CAPITULO OCTAVO

LAS RAICES LIBERTARIAS Y MARXISTAS DE ROMULO BETANCOURT, PORTAVOZ PRAGMATICO DE LA REVOLUCION BURGUESA

Pocos años después que el régimen de Betancourt tomara el poder el 18 de octubre de 1945, un conocido historiador comentaba la notable moderación del programa que anunció para 1945 y 1946[1]. En realidad es una buena cuestión el preguntarse por qué Rómulo Betancourt, un antiguo comunista, no era más revolucionario, porque la respuesta a esta cuestión implica más que la decisión personal de un político astuto; implica, a ojos del partido político hoy más poderoso en Venezuela, una legítima respuesta izquierdista a las realidades únicas, históricamente condicionadas de Venezuela.

Sin duda Betancourt y algunos de sus colegas de partido, como Raúl Leoni, estaban influenciados por las ideas conciliatorias y la postura evolucionista general de Gallegos, su antiguo maestro de escuela.

Sin duda, a fines de la década de 1930, su retórica reflejaba en ocasiones el lenguaje de las novelas de Gallegos. Con todo sería un error pretender que el partido Acción Democrática estuvo influenciado por el contenido de los discursos de la campaña de 1941; el mismo partido había insistido en la mayoría de esas propuestas específicas dos años antes[2]. Gallegos mostró entonces que él podía ser un estudiante interesado tanto como un paciente educador. El tono enfáticamente conciliador de sus discursos era sin duda algo característico suyo, y en este sentido los discursos de 1941 pueden ser con-

siderados como parte de la herencia de Gallegos que recibió el partido que subió al poder cuatro años después.

Para describir más adecuadamente por qué Acción Democrática adoptó una posición evolutiva, hay que preguntarse qué experiencias y probables conclusiones fueron las de Betancourt y sus compañeros de partido durante su formación política, en modo que reforzaran el mensaje escrito que Gallegos continuaba propalando [3].

En parte la posición moderada y evolutiva de Betancourt en la década de 1940 parte de la creencia burkiana (similar a la de su primer maestro, Gallegos) de que no se puede ignorar la herencia del pasado. Por el contrario, hay que pactar con él, para transformarlo.

En 1928, cuando Betancourt y otros estudiantes hicieron sus famosos discursos de protesta contra el régimen de Gómez, eran todavía en buena parte ellos mismos parte de este pasado, al menos del pasado de la oposición a Gómez. Como comentaría hace poco uno de los miembros de la generación del '28: "Nosotros tomamos las banderas de los que habían luchado por años —los Blanco Fombona, los Pocaterra, los caudillos como Gabaldón, Ducharme, y Arévalo Cedeño..." [4].

Esta misma ligazón con el pasado ayudaría a dar a la generación del 28 tanto su calidad valiente y libertaria como su carencia de claridad ideológica. "Si bien es verdad que en el grupo había algunos con mayor conciencia política y con mayor precisión en sus intereses, también es verdad que aun en estos organizadores, dirigentes con difusas inquietudes políticas, no había claridad ideológica, ni posición definida; tan sólo el deseo de libertad y de derrocamiento del gomecismo" [5]. Ocho años después el mismo Betancourt miraría a su bautismo político con "el recuerdo de nuestra insondable ignorancia en el 28 acerca de las más elementales cuestiones de la economía venezolana, sin cuyo conocimiento es obvio que no puede tenerse una comprensión siquiera aproximada de la situación del país" [6]. Veía las cosas "con ojos de jacobino, de liberaloide. Detrás de

los ojos, estaba la mentalidad de universitario, saturado hasta los tuétanos de prejuicios pequeñoburgueses" [7].

Uno de los más persistentes antigomecistas, cuya bandera era jacobina y pequeñoburguesa, era Emilio Arévalo Cedeño. Los críticos de este caudillo guariqueño no han querido ver con frecuencia en él sino un ladrón de caballos y de ganado. Los marxistas Gustavo Machado, Carlos León y Betancourt llegaron eventualmente a conceptuarlo de reaccionario, anticomunista que había traicionado su causa por oportunismo [8]. En el mejor de los casos, estaba luchando en los llanos inefectivamente, en "vanidosa petulancia inofensiva" [9]. Un coronel exgomecista pretende que en un momento dado, cuando el general Gómez se enteró de que era inminente la captura de Arévalo Cedeño, ordenó que se le dejara escapar. Gómez consideraba conveniente tener en circulación un rebelde para justificar su mano de hierro. Arévalo Cedeño creaba con su presencia la impresión de que sin el general Gómez no habría sino caos [10]. Otros han insistido en que algunas de las siete invasiones de Arévalo Cedeño entre 1914 y 1930 estuvieron incluso financiadas en parte nada menos que por el general Gómez [11].

Si Arévalo Cedeño actuaba como cuatrero, lo más probable es que lo hiciera para dar de comer a sus propias guerrillas que estaban constantemente en movimiento [12]. Hay algunas pruebas de que Gómez encontró provechoso tener suelto a Arévalo Cedeño; el guariqueño, con todos sus oficiales (con estilo propio de Guzmán Blanco) el 30 de enero de 1921 juzgó y ejecutó a Tomás Funes, el odiado caudillo del Territorio Federal Amazonas. En su esfuerzo por monopolizar el comercio del caucho, Funes había asesinado a 420 rivales y familiares de los mismos. También había continuado esclavizando a los indios. Aunque Gómez había tolerado los crímenes de Funes y permitido que tuviera su propio feudo, también se sintió probablemente aliviado con la eliminación de Funes [13].

La ejecución de Funes fue un acto típico de este caudillo del siglo diecinueve que se veía a sí mismo como

un héroe romántico, luchando contra todas las adversidades, campeón de la causa del pueblo, y eliminando todo el mal mediante la ejecución de la justicia bíblica [14].

En verdad, la lucha de los caudillos antigomecistas era una lucha de proporciones heroicas. Sin apenas hombres, ni finanzas, ni armas, hambrientos, exhaustos (Arévalo Cedeño exageraba incluso este último punto, diciendo que sus hombres estuvieron una vez 27 noches seguidas sin dormir), el guariqueño rehusaba abandonar la partida. Al mejorar los caminos de Gómez, Arévalo era perseguido con camiones y por último por aeroplanos. Incluso en el exterior creció la persecución, a medida que se fue ensanchando la red de espionaje de Gómez [15].

En ocasiones comprendía la locura de sus esfuerzos. Era "una invasión que podemos llamar una calaverada patriótica, porque en verdad están locos los que luchan desprendidamente por su Patria; pero bendita locura la que se manifiesta en altísimos deseos de romper cadenas, libertar esclavos y combatir tiranos!" [16].

A diferencia de Gallegos, Arévalo Cedeño nunca había abandonado el sueño de que una revolución más significaría un cambio radical. Estaba muy consciente de todas las desilusiones causadas por los caudillos del pasado, que traicionaron a sus seguidores; él desconfiaba mucho de los caudillos contemporáneos, que preferían quedarse en Nueva York o en París. Maldecía el personalismo, que impedía la unificación de esfuerzos en la lucha armada. Ridiculizaba a los que por "empleomanía" habían ido a trabajar por la dictadura. De hecho, hasta cierto punto condenaba todo el pasado y presente de Venezuela, su servilismo, corrupción "inconsecuencia y barbarie... toda clase de crímenes y concupiscencias... ignorancia... la degeneración de un pueblo que vivía del espionaje, de la delación y de la prostitución... miedo, la agonía de una nacionalidad en decadencia". Sólo Bolívar escapaba a su cólera moral [17].

Con tal odio, Arévalo Cedeño era capaz de enfrentarse a todas las dificultades. Se desprende incluso de sus mis-

mas palabras que a pesar de que el país era una "víctima infeliz de nuestras guerras civiles, señales de crueldad y de barbarie", de hecho gozaba en la pelea. "Aquel combate fue bello y heroico" [18]. Cualquiera que fuera el motivo, él quedaba "convencido de que en el campamento y sólo en el campamento obtendremos la libertad de nuestra Patria" [19].

La libertad, para Arévalo Cedeño, tenía en muchos aspectos un sentido tradicional del siglo diecinueve. Implicaba liquidar los monopolios de un clan gubernamental, implicaba (como para Mocho Hernández y Víctor Hugo) que los ríos deberían ser arterias del comercio, en lugar de ser barreras artificiales para el comercio. (La conquista por Arévalo Cedeño del Territorio Federal Amazonas se encaminaba directamente a abrir oportunidades para una clase comerciante suprimida). La libertad estaba asociada con las ideas de garantías civiles, elecciones, gobierno constitucional, orden dentro de la práctica constitucional, en suma, un *civismo* del siglo diecinueve [20].

Arévalo Cedeño era con todo patéticamente escaso en ideas de cómo podría ser usada la libertad para beneficiar potencialmente a los seguidores de su causa. Después, en 1936, hablaba de la necesidad de higiene, instrucción e inmigración [21], y como diputado en el Congreso impulsó trabajos públicos que beneficiarían a la nación y reducirían el desempleo [22]. Pero sus proclamas están vacías de todo programa económico positivo para el llanero. Si el temor del llanero por la venganza del gobierno era el mayor obstáculo para Arévalo en conseguir reclutar para sus guerrillas, la falta de una ideología igualitaria puede haber sido también un gran obstáculo. No sólo Arévalo condenaba la importación del comunismo, sino que desconfiaba profundamente incluso del Aprismo del Perú. Arévalo Cedeño había esperado construir las fuerzas de su ejército revolucionario mediante combates, dando en este proceso a los campesinos la esperanza de un mundo mejor, pero su plataforma política era réplica decimonónica que ya no encontraba eco. Una

alternativa más atractiva para el llanero era trabajar en los campos de petróleo [23].

A pesar de todas las limitaciones del enfoque de Arévalo Cedeño, pocos venezolanos le igualaron en la persistencia de su oposición. Y hubo momentos oscuros para la oposición a Gómez en que él inspiraba gran respeto y constituía una esperanza para los que, como él, le resistían. En 1927 Nicolás Hernández escribió una vez a Pocaterra que los demás caudillos "tienen que convencerse que la única esperanza hoy es Arévalo y que si esa chispa revolucionaria se extingue tendremos que olvidarnos de Venezuela hasta que el cáncer o una disentería acaben con Gómez..." Para Hernández, Arévalo era "un hombre desinteresado" que "no ha militado en la política de nuestro país; ha sido militar y nada más, y esta candidez política está puesta de manifiesto en su directorio, nombrado para no aparecer un ambicioso vulgar si se proclamaba por sí Jefe de la Revolución" [24]. Delgado Chalbaud rechazaba la impulsividad de Arévalo, pero admiraba "la tenacidad y las energías... Tengo por él una viva simpatía, pues es un hombre de méritos..." [25]. Y muchos años después de los desastrosos esfuerzos de invasión de Chalbaud en 1929, Pocaterra sostenía "que el único de los hombres de la oposición de quien creo tiene la voluntad de servir *con su persona* para encabezar un movimiento revolucionario eficaz —si tiene elementos— es Emilio Arévalo Cedeño" [26].

El mismo año Arévalo Cedeño había intentado obtener ayuda del nuevo gobernador del Perú, Sánchez Cerro, y cuando éste fue muerto pareció desvanecerse toda esperanza de una nueva invasión. Después puso sus esperanzas en manos de Pocaterra y otros intelectuales de la oposición:

> Lo único que nos quedaba para combatir a Gómez era la pluma de nuestros intelectuales, que fueron constantes y dignos hasta el último momento, es decir, los que no supieron de claudicaciones y pusieron en alto el nombre de la Patria en el exte-

rior. Venezuela debe mucho a las plumas ilustres y magníficas de Jacinto López, José Rafael Pocaterra, Rufino Blanco Fombona, Horacio Blanco Fombona, Pedro José Hugo Delgado, José Dolores Montenegro, Humberto Tejera, Diego Córdova, José Rafael Wendehake, Francisco Laguado Jaime, Jorge Luciani, a nuestro gran Pedro Morantes (Pío Gil), José Sotillo Picornell, Luciano Mendible, José Heriberto López, Manuel Flores Cabrera, Bernardo Suárez, Gonzalo Carnevali

y muchos otros. Ellos "salvaron a Venezuela de su completa deshonra, nos dieron fuerza para la lucha" [27].

El ejemplo más notable de valor intelectual durante el gomecismo fue el de Rafael Arévalo González. Si bien no intentaremos aquí describir por completo su valor, descripción ya hecha por Pocaterra y otros, se debe observar que su martirio por la causa del *civismo* (en particular, por un gobierno elegido), sus años de prisión fueron probablemente el ejemplo más valioso para la generación del 28. A pesar de sus orígenes conservadores y aristocráticos, su desdén por las masas, su aspiración por una república ateniense, a pesar de todos esos factores negativos de conciencia de clase, Arévalo González dio pruebas mediante el sufrimiento de su fe en la libertad. Si era, como en el caso de Arévalo Cedeño, una fe en un concepto decimonónico de libertad, constituía, con todo, una base para el desarrollo de los derechos humanos en Venezuela.

Igualmente aristocrática y desconfiada con respecto a las masas era la pluma de otro tipo decimonónico de oponente a Gómez, Rufino Blanco Fombona. El positivismo de Blanco Fombona incorporó muchos de los conceptos que compartían gomecistas oficiales tales como Vallenilla Lanz y Arcaya. Su visión de la Venezuela del siglo diecinueve era muy similar a la de Vallenilla, aunque más superficial. También él veía las incesantes guerras como resultado de *la* desencadenada anarquía de las masas turbulentas. La Guerra de la Independen-

cia, por ejemplo, fue "espontánea, tumultuosa, impreparada, democrática de la peor democracia, que es la de la anarquía, la de quien no sabe ni mandar ni obedecer, la del esclavo rebelado que impone su capricho". Bolívar debía ser criticado por no haber acabado con los caudillos locales. "Si hubiera sido en la paz el autócrata de la guerra, la América no se hubiera fraccionado en republiquitas microscópicas... Bolívar tiene en parte la culpa, por no haber aplastado bajo su autocracia superior y unificadora todo el caudillaje americano de menor cuantía" [28]. La unificación operada en América Española se debía a "un hombre y un partido poderosos" [29]. (Le podía haber llamado el gendarme necesario). Como Vallenilla, Gallegos y otros positivistas, observaba la importancia de "una egregia minoría de pensadores políticos", cuyo papel era el de "agente propulsor del movimiento evolutivo" [30].

Notaba uno de sus personajes al terminar un diálogo que: "...todos los pueblos necesitan de élites y que las van formando como pueden" [31].

No sólo era Blanco Fombona un elitista cultural: también era un determinista racial de la Escuela Positivista. En ocasiones se refería de manera optimista a la raza latinoamericana, llena de inteligencia y voluntad, capaz de sobrevivir contra el imperialismo económico y cultural de los Estados Unidos [32]. Con un tono muy parecido al de Rodó en Uruguay, creía que Latinoamérica tenía un mayor sentido de belleza y todavía no seguía la vida estandardizada de Norteamérica [33]. También atacaba correctamente el racismo violento de los Estados Unidos [34]. Sin embargo, no tenía fe en la gente de origen indio o africano en Venezuela:

> Por último necesita Venezuela —punto capital sin el cual lo demás es precario y, en nuestro caso, inútil— resolverse a ser un país de raya blanca. Sí, señor; Venezuela no tiene salvación si no se resuelve cuanto antes a ser un país de raza caucásica. Esa es la clave de su porvenir. En sus embrollos étnicos reside

principalmente —me atrevo a afirmar exclusivamente— la causa de sus desórdenes y el secreto de sus desgracias [35].

En 1912 Gallegos había defendido una inmigración europea seleccionada, una inmigración de obreros calificados y profesionales. Blanco Fombona insistía simplemente en la *cantidad:*

> Es menester llevar a toda carrera y a todo trance inmigración europea; no centenares de familias, como se practicó más de una vez, sino miles y miles, ininterrumpidamente, haciendo cuantos sacrificios de toda suerte sean necesarios y sin temer las complicaciones externas e internas que pudiera sobrevenir. Nada sino valor, patriotismo, inteligencia y perseverancia son necesarios para realizar esta obra de salvación; nada sino que los gobiernos que se sucedan prosigan el impulso iniciado y que la corriente de inmigración artificial, forzosa, no cese, cueste lo que cueste... Estamos a dos pasos de la selva por nuestros negros y nuestros indios; alejémonos de la selva. Gran porción de nuestro país es mulata, es mestiza, es zamba, con todos los defectos que desde Spencer - positivista inglés de máxima influencia en la escuela positivista de Venezuela a finales de siglo - se reconocen al hibridismo; transfundamos en sus venas la sangre regeneradora. No se trata de acabar por destrucción con los indios y negros del país, que son nuestros hermanos, sino de blanquearlos por constantes cruzamientos. En resumen: se trata de que una población blanca, numerosa, absorba la población de color [36].

Es curioso que Blanco Fombona no tuviera mucha fe en los blancos venezolanos. Por el contrario los veía como enfermos, tanto física como moralmente. Pero insistía con todo en una inmigración masiva de blancos europeos. "De lo contrario, finis patriae" [37].

Si los ensayos históricos de Blanco Fombona y parte de sus novelas parecían apuntar al *Cesarismo Democrá-*

tico de Vallenilla, el escritor se rebeló no obstante contra la idea del "gendarme necesario". Siguió siendo un elitista, creyendo en una Venezuela "impulsada por hombres capacitados" [38], pero su mismo elitismo y aristocracia eran en parte la explicación de su rechazo de la dictadura, en particular aquellas dictaduras que le parecían caracterizadas por la barbarie [39]. Como Vallenilla, podía apelar a ilustres precedesores. Blanco Fombona había participado en la conquista de la nación y se opuso después a las tiranías sucesivas de Páez, Guzmán Blanco y al tiranuelo Canas. A diferencia de Vallenilla, Blanco Fombona prefería continuar en la tradición de sus antepasados, miembros de la élite, en lugar de seguir el ejemplo de los inescrupulosos personajes de sus novelas, *Hombre de Oro* y *La Bella y la Fiera*. Con un sentido de *noblesse oblige* notaba:

> Nuestros antepasados, pues, sirvieron al país donde arraigaron, contribuyendo a fundarlo, arrancándolo a la barbarie indígena, dándole leyes, gobernación, industrias, agricultura, pueblos, instituciones religiosas, escuelas y, más tarde, independencia política de Europa. Han representado el papel que la antigua nobleza tuvo en Europa. Tuvieron espíritu de casta. Han legado a sus descendientes el amor a la tierra hereditaria.
>
> Por eso yo sufro con las desgracias de mi pueblo y no puedo verlo con los mismos ojos de un obscuro aventurero recién llegado, ni como Juan Vicente Gómez, su actual explotador, y otros por el estilo que no puede recordar sino el látigo del cómitre sobre la espalda de sus abuelos en las bodegas del buque negrero que llevó a aquellos sus antepasados a las costas de América [40].

Así también Blanco Fombona a los 18 años había ido a "los campamentos; fui enemigo de Andrade, impuesto por el General Crespo; fui enemigo de Castro durante los últimos cinco años de su gobierno, desde que mató a Paredes; fui enemigo durante veintisiete años

de Gómez...". Además, su antipatía a la dictadura era coherente, y rechazó la oferta de dictadores como Leguía en Perú [41].

Como crítico del gomecismo, sus dardos eran tan agudos como los del que más en la oposición intelectual. Tendía a simplificar en demasía y vilipendiar a Gómez, de acuerdo con una especie de teoría demoníaca de la historia [42], pero muchas de sus observaciones son exactas. Quizá el aspecto más progresista de sus ataques era su exposición del imperialismo estadounidense y del entreguismo del general Gómez a los intereses petroleros. No se dejó engañar por la apariencia de democracia norteamericana, bajo la que gobernaba una plutocracia. Incluso los dirigentes de los trabajadores eran un instrumento de los capitalistas [43]. Podría pensarse que el elitismo de Blanco Fombona, a veces democrático y a veces aristocrático, le podía haber permitido aceptar una plutocracia, pero se contradecía a sí mismo *progresivamente* y condenaba la plutocracia. Quizá su sentido de nacionalismo era más fuerte que su sentido elitista y lo contrabalanceaba en ocasiones.

Como Arévalo Cedeño, Blanco Fombona se vio también luchando heroicamente contra grandes inconvenientes por la causa de la libertad [44].

> En la batalla de la vida he sido un francotirador: he luchado solo, valiéndome de mis propios recursos. He combatido por los demás, aislado. Nadie me agradecerá mi sacrificio constante y consciente, porque no dejo grupo, ni círculo, ni partido, ni siquiera una patria que a mi desaparición comente mi esfuerzo y mantenga el fuego sagrado de la admiración o el recuerdo.

Había sido una "vida de sacrificio en aras de un ideal superior de justicia y de bien" [45].

Blanco Fombona, a pesar de su racismo, había luchado por "un ideal superior de justicia y de bien". Temperó su egoísmo romántico con programas progresistas para la comunidad: escuelas, ferrocarriles e inmigra-

ción [46]. Y en ocasiones defendía una sociedad más justa en que el trabajador no estuviera tan explotado [47].

Su lucha, con todo, había sido sobre todo la de la pluma; veía su libro como deber del ciudadano, y el papel del arte como educativo. Esperaba que ayudaría a formar un nuevo pueblo, producto de nuevas construcciones sociales [48]. Y si su elitismo y racismo hacían que siguiera teniendo graves dudas sobre la lucha armada contra la "barbarocracia", le hacían dudar de la eficacia de cualquier revolución [49] e inclinarse desesperadamente a una teoría del tiranicidio [50]. Al final él contradijo en parte su propia opinión. Como el Reinaldo Solar de Gallegos, se unió a una revolución. Como él observó: "alguien debe sacrificarse" [51]. Las inconsistencias y contradicciones de Blanco Fombona fueron lo que probablemente permitieron que fuera una fuente de inspiración para la generación del 28.

Si había un opositor a Gómez en la década del 1920 que representara una relación potencial con todos los libertarios e incipientes marxistas del siglo diecinueve era José Rafael Pocaterra. Si hubiera tenido éxito en su papel de unificador, la tiranía del gomecismo podría haber terminado mucho antes, o al menos podría haberse cambiado significativamente. Como Blanco Fombona, el arma principal de Pocaterra era su pluma, y el producto más importante de su pluma fueron sus *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Son consideradas como una fuente importante, "la más completa radiografía de una época y el pliego de cargos más quemante contra una tiranía" [52]. Si bien es dudoso que tuviera alguna repercusión en la administración de Gómez, existen algunas pruebas de que sirvieron como fuente de inspiración para los demás oponentes al régimen, tanto antes como después de la semana de protesta estudiantil de febrero de 1928. En 1924, Trino Baptista escribió entusiasmado a Pocaterra sobre *La Vergüenza de América* (el primer título de los primeros volúmenes de las *Memorias)* diciendo que prestaría los ejemplares a otros. En particular

se subrayaba el ataque moral de la obra, el hecho de que "con el látigo de Tácito se apresta a fustigar a todos los pecadores de nuestra política —los veniales y los mortales— haciendo obra de sanción inexorable... Es la fotografía moral de una época que tiene muchas facetas..."[53] Tres años después, Román Delgado Chalbaud, un compañero de sufrimiento en la prisión de La Rotunda alabaría sus obras [54].

El Sepulcro de los Vivos y *Mis Prisiones*, dos obras que desgarran el alma y arrancan lágrimas al revelarnos las injusticias de un orden social, apenas van paralelas con *Las Memorias de un Venezolano de la decadencia.*

> Si Dostoievski y Pellico conquistaron renombre y gloria, José Rafael Pocaterra está llamado a destacarse en el Continente, porque su libro producirá una revolución en la psicología de las democracias de América, y constituye un alerta a los pueblos contra todo atentado en lo porvenir.
> En cada página de su libro usted acusa el cáncer que corroe el organismo venezolano, y, experto clínico, señala el remedio heroico...
> Cuando analiza nuestro medio social contemporáneo, usted expone con claridad y varonil talento las causas del por qué de nuestra decadencia...

Delgado Chalbaud esperaba publicar esas obras tanto en francés como en inglés. Simón Betancourt esperaba poder pasar una edición de Editorial Colombia por La Guaira [55].

Hay dudas sobre si los estudiantes del 28 leyeron de hecho las Memorias antes de febrero de 1928, momento de su primera protesta, pero es muy probable que hubieran oído hablar de ellas. En todo caso, iban a hacerse pronto entusiastas de ellas [56].

El que esto escribe piensa, con todo, que el impacto de Pocaterra en los oponentes de la década de 1920 a Gómez no se debía a ningún análisis detallado de las causas del gomecismo. La explicación histórica de Pocaterra sobre la toma del poder por los andinos es vaga,

difusa y fragmentaria. Como la mayoría de los positivistas de la época (a la mayoría de los cuales detestaba), Pocaterra se refiere a las primeras causas de los males presentes: "Ciertamente que el mal viene de atrás" [57]. "El alma colonial sobrevive. Hay xenofobia inconsciente, o pasmo lugareño ante el primer extranjero. Esta repulsa por las transformaciones..." [58]

Más que este provincialismo sofocante, sin embargo, Pocaterra consideró que el regionalismo tribal era el mayor obstáculo del siglo diecinueve al progreso. Para él eran prácticamente sinónimos el regionalismo y la invasión de las hordas. Primero evocó las hordas de llaneros bajo Boves, Páez, Zamora, Crespo, los guerrilleros del Nacionalismo y después la Libertadora. Después evocó las hordas del Oriente, Mariño y Monagas; el último, en una postura típicamente caudillista, puso el personalismo sobre los principios. "La revolución soy yo". Los de Coro vinieron bajo Falcón, seguido por Guzmán Blanco, el "cacique del Centro y plantan sus tiendas en derredor de la del caudillo los jefes de parcialidades de Oriente, de Occidente, del Sur". El Mocho Hernández casi formó un partido, pero sucumbió al individualismo. Y por último, "era la Montaña, por desgracia, a la que le llegaba su turno". Los andinos eran "la nueva horda. Más primitiva, más fuerte, más homogénea" [59].

Si Pocaterra era antigomecista, no era del todo antiandino, distinguiendo entre los andinos de Gómez y los demás: "cuento entre ellos excelentes amigos". La impresión general, sin embargo, era que "ustedes, tachirenses, han batido el 'record' en cuanto a porcentazgo, en cuanto a brutalidad agresiva" [60].

Había algunos indicios de que Pocaterra, como algunos positivistas, atribuye los males de Venezuela al determinismo racial: "También de atrás venían las taras más tristes de la evolución biológica, y el hombre se ha ido defendiendo de ellas; de atrás viene en todas partes una herencia que debe mejorar y ennoblecerse" [61]. Y como los positivistas, Pocaterra sentía que la libertad, tal y

como la quiso Rojas Paúl en 1880, era en una buena parte "una planta extraña, sin raíces; una virtud de invernadero; una libertad artificial que duró lo que las rosas en el madrigal de Malherbe" [62]. Como Vallenilla Lanz, Pocaterra condena también los partidos políticos: "¿A qué condenar de nuevo... el pecado de anarquía que los 'liberales' cometían a su vez desde el Gobierno y que es origen de esta mala inteligencia, de esta mutua incomprensividad y falta de tolerancia cuyos frutos han alimentado a los déspotas desde 1846?" [63].

Si Pocaterra, en su análisis histórico del gomecismo, tiene algunos paralelos con el determinismo histórico del positivismo, él se rebelaba con todo conscientemente contra esta escuela de pensamiento. Como se insinuó antes, el principal objetivo de Pocaterra era realizar una condenación moral del gomecismo tan severa que los hombres de conciencia se sintieran obligados a actuar. Para enfatizar la inmoralidad del gomecismo, Pocaterra tuvo que descuidar su propio conocimiento de las raíces históricas del gomecismo: "Se cuenta excesivamente con la lenidad de la Historia en nuestro país. Es menester que surja a cada momento, renovada y terrible, la eterna verdad; que la sanción, los fueros sociales, los derechos conculcados, dejen de ser una lívida procesión de espectros; y que los trogloditas de hoy no imaginen que han de quedar, con el correr de los tiempos, amparados por ese manto lejano, borroso, impreciso, en que se han arrebujado dentro de la historia contemporánea los malhechores de ayer, los conculcadores, los consejeros del despotismo, los responsables que salen a lavarse las manos a todos los pretorios de la humanidad" [64].

Y si los positivistas miraban al pasado como el fracaso del liberalismo y la inevitable ascensión del "gendarme necesario", Pocaterra sentía que hubo algunos períodos en el siglo diecinueve en que la libertad tenía algún sentido. Se ha mencionado ya la administración de Rojas Paúl. También hubo un período en que los intelectuales de Venezuela se esforzaron por dar a Venezuela una alternativa histórica. En la generación venezolana an-

terior al ascenso de los andinos, según Pocaterra, "no se pedían puestos; se discernían. Los hombres contendían en un terreno honesto, sin subterfugios ni viles torceduras hacia el 'chisme' o la socaliña indecente o la adulación sucia que quiere comer de la paila misma que está llevando el combatiente". Tenían su parte de la corrupción en un sentido social, pero "el continuismo' vio erguirse ante él una juventud, una opinión, un pueblo..." [65].

En el Estado Zulia, Pocaterra encontró también una región que durante un tiempo trágicamente breve había parecido ofrecer una alternativa histórica a la decadencia del gomecismo. Pocaterra tenía la concepción positivista que reclamaba un elitismo por méritos, pero como Blanco Fombona condenaba la insistencia positivista en que la derivación de Venezuela hacia el gomecismo era necesaria y concreta. "Cuando la opinión de Zulia formábase de la clase selecta dirigente, responsable —patricia, en el recto sentido, y no en el de casta— y de la masa popular auténtica, era una fuerza cívica incontrastable y respetable; después que aquellas series de hombres se fueron extinguiendo en la muerte o en la anonimia, el leguleyismo, el mercachiflismo, el arribismo desaforado de una especie de burguesía que no venía de arriba y quería estarlo, que no emanaba de abajo y pretendía aparentarlo, han ido relajando los viejos resortes de la energía zuliana..." [66].

Así Pocaterra quitaba importancia a la causalidad histórica a largo plazo de la dictadura, se refería a veces a una especie de breve período de moralidad, y condenaba acremente a los que participaban de la decadencia del período posterior. Algunos de sus dardos más agudos estaban reservados para los positivistas: "La racha de los jenízaros de Castro trajo un concepto positivista, grosero, amoral: lo que los majaderos de entonces comenzaron a denominar 'los hechos cumplidos', arropando así en esa vaga definición las peores acciones y las mayores infamias. Las cosas fueron perdiendo su contorno neto; las palabras se alambicaron, se retorcie-

ron, se barnizaron. Al choque de la montaña, los andinos, y de la ciudad, Caracas, sucedió una tregua, un reflujo... Y lentamente, a través de sus vicios, de sus placeres y de las propias necesidades sociales, la ciudad fue, lentamente, abriendo sus puertas íntimas y los ciudadanos franqueando una amistad sumisa" [67].

En varias secciones de las *Memorias*, Pocaterra ataca a los más importantes positivistas del gomecismo: Vallenilla Lanz [68], Arcaya [69], Gil Fortoul [70], Angel César Rivas [71], Zumeta [72], como intelectuales inescrupulosos que vendían oportunistamente su pluma a la dictadura. Un buen ejemplo de esos ataques es el siguiente:

> ¿He de repetir una vez más lo que mil veces escribí acerca de la forma de hacer 'la oposición' de la generalidad de mis compatriotas? Gómez y los Gómez desprecian profundamente a esos *sociólogos* que hablan de una 'evolución progresiva', pero les estimulan y se sirven de ellos y de su pseudociencia como un ratero vulgarísimo e ignorante pudiera hacer uso de una bicicleta o de un automóvil para escapar [73].

Para Pocaterra, el gomecismo había sido lo contrario de una "evolución progresiva". Y la "política de trabajo" no era sino un "programa de toda violación" [74]. En un ataque conjunto al positivismo y a la falta de realizaciones de Gómez en la ciudad de Caracas, Pocaterra observaba: "Para dar cuenta de que se han reparado algunas calles, perforado unas cuantas alcantarillas embovedadas, que aquí les llaman cloacas, y que se ha cambiado la numeración de las casas, que los parques están verdes y que los policías usan calzoncillo enterizo, don Juancho, hermano de Gómez, aparece citando a Herbert Spencer y a Luis XIV, a Bolívar, a su hermano Juan Vicente..." [75]. La riqueza que se ha creado ha sido monopolizada por "la tribu Gómez" [76]. La rehabilitación económica de 1923, además, estuvo "extraída del propio estómago de los venezolanos" [77].

El principal ataque de Pocaterra no se refería, con todo, al estado económico de la nación. Su preocupación principal es la decadencia espiritual de la nación. Por mucho que insista en las limitaciones de la economía, los horrores de las prisiones, las ilusiones y decepciones de los positivistas, su ataque principal se endereza a la bancarrota moral de aquellos venezolanos (incluidos los positivistas) que eran cómplices de todo el proceso: "No es la vida material... lo que echamos de menos... es el alma" [70]. El fondo del problema estaba en el cambio de valores, no en la causalidad histórica: "El Mal" que "deja de ser el Mal para convertirse en Lealtad" [79]. El país entero se había vendido y cometido "un pecado colectivo" [80]. Con una opinión pública llena de firmeza moral, se habría evitado el gomecismo en 1908: "la reacción pura y simple, abriendo de verdad los cauces a la opinión pública, hubiera dado al traste con el Vice Gómez y con la mayor parte de los elementos de que entonces se servía" [81]. "La culpa de la prolongación del poder de Gómez residía en los mismos que ahora tomaban el camino del destierro: ayer no habían protestado. Para el pueblo venezolano, esta actitud era tardía" [82]. Incluyéndose a sí mismo, Pocaterra lamentaba: "No supimos cumplir a tiempo con nuestro deber" [83].

Si tanto Gallegos como Pocaterra creían que Venezuela sufría de una "enfermedad de la voluntad nacional" [84] para este último sólo quedaba una alternativa. La evolución progresiva era imposible en las circunstancias imperantes; había que hacer una conspiración [85]. Teóricamente, todo podría cambiar de la noche a la mañana si los venezolanos se unieran en la oposición [86], conspiraran para derribar la tiranía.

Como Blanco Fombona, Pocaterra era intencionalmente vago en algunos puntos de su programa revolucionario. Ambos pensaban que se debía subrayar sobre todo la unidad de todos los oponentes a Gómez, para minimizar las posibles diferencias ideológicas. En 1929 los marxistas venezolanos en México, bajo Carlos León,

miraban con temor ese enfoque; sospechaban vehementemente que Delgado Chalbaud y otros intentaban realizar la tradicional traición a las masas. Existen algunas pruebas, aunque pocas, de que Pocaterra no era el reaccionario descrito por Domingo Alberto Rangel, y que era sincero en sus esfuerzos para unificar la oposición en eventual beneficio de las masas. Como Gallegos, observó el tremendo peso que gravitaba sobre las espaldas del pobre urbano. Pero a diferencia del Gallegos de 1920, Pocaterra reconocía ya la plena justificación de la cólera del pobre contra su condición [87]. Si Pocaterra rechazaba el marxismo no era porque estuviera cerrado del todo a la idea de un cambio radical. Creía que no había en Venezuela masas proletarias para apoyar una revolución socialista, pero también creía que los zulianos estaban casi preparados para el socialismo. Creía que todos los venezolanos debían tener satisfechas sus necesidades básicas [88]. Se puede sospechar que estuvo influenciado por su lectura de Henry George, el igualitario norteamericano. En una de sus cartas, Pocaterra parecía inclinado a modificar la concepción del gobierno positivista de una élite. La modificación implicaba una participación más activa de las masas. Parecía anticiparse a la concepción de Gallegos en la década de 1940:

> "Así pues, situando a cada quién en su sitio, según sus méritos y aptitudes, esa leyenda de que el pueblo y la clase dirigente de Venezuela están divorciados no pasa de ser una tontería: son clase dirigente potencialmente los heroicos muchachos y la sociedad entera de Caracas que se hace fusilar en las calles por los 'chícharos' gomezolanos. Son pueblos los que se baten a pedradas con la policía y somos pueblo y clase dirigente, militares, intelectuales, universitarios y obreros, somos todo y todos los que vamos a hacer en breve acto de presencia en la liquidación final" [89].

Además, en 1924 Pocaterra parecía apoyar una revolución en marcha, no sólo un golpe de Estado; estaba

en favor de tácticas mediante las cuales "continúen haciendo *revolución*, después de que lo que se llama revolución en Venezuela haya triunfado" [90]. Quedan algunas dudas, sin embargo, sobre la fuerza del antiimperialismo de Pocaterra. Parecía tener una concepción aprista, exigiendo que Venezuela protegiera los derechos de las inversiones extranjeras *legítimas*. Como Gil Fortoul, creía que eran esenciales para el progreso nacional. Se puede discutir si Delgado Chalbaud y Pocaterra recibieron alguna financiación de los intereses petroleros, como dicen los marxistas venezolanos, pero no cabe duda que intentaron conseguir apoyo económico del rico petrolero Antonio Aranguren [91].

Si Pocaterra no era un cerrado reaccionario en relación a la causa de los trabajadores, no cabe duda tampoco de que en sus *Memorias* y en su plataforma revolucionaria de 1929 ponía sobre todo su confianza no en una transición igualitaria, sino en un *civismo* libertario. Mientras que todos los que serían revolucionarios en 1929 pedían un cambio *radical* de *sistema*, Pocaterra, Blanco Fombona, Delgado Chalbaud y otros que estuvieron implicados en la invasión de Cumaná definían el *sistema* en términos exclusivamente políticos. La palabra *radical* quizá significaba para Pocaterra lo que en la Argentina de la época, el cambio de la política electoral. No significaba una revolución socialista marxista. Estaba preocupado con la idea incrustada en la nueva generación de que sólo alguna forma de dictadura curaría los males de Venezuela. El sostenía firmemente la posición decimonónica de constitucionalidad, legalidad, la civilización, la humanidad. Y la junta revolucionaria acordó que tras el derrocamiento de Gómez se convocaría a una asamblea constitucional para redactar una constitución y elegir un presidente, que no podría ser un miembro de la junta. Se remediaría política, constitucionalmente, el problema del caudillismo [92].

En suma, la gran mayoría de la oposición a Gómez anterior a 1928, que influyó en la protesta estudiantil de febrero de 1928, era libertaria en la tradición del

siglo diecinueve. Las fórmulas ideológicas de Arévalo Cedeño, Blanco Fombona y Pocaterra y otros, como el general Gabaldón, eran muy vagas, pero todas eran explícitas en un punto: querían libertad, y todo lo que significaba la libertad, al menos una política de elecciones, libertad de prensa y garantías personales.

Si la generación del 28, y en particular Betancourt, comenzaron como libertarios, este último colocaría pronto un acento mucho más fuerte en la igualdad, entre 1928 y principios de los años treinta. Incluía en esto la constatación por Betancourt de que las masas habían respondido positiva y vigorosamente a las demostraciones de los estudiantes. Estaba "comenzando a intervenir en la historia de Venezuela como un nuevo factor". Le hicieron probablemente consciente no sólo de su papel político potencial, sino también de sus reales necesidades. Las lecturas del mismo Betancourt de Marx, Lenin y Trotsky sostendrían pronto este nuevo énfasis[93]. Por último, los marxistas venezolanos de la generación anterior, como De la Plaza, los hermanos Machado, Pedro Zuloaga, Pedro Brito y el mártir G. Laguado Jaime pueden haber reforzado la tendencia de Betancourt hacia una concepción más igualitaria.

La tendencia igualitaria más coherente entre los oponentes a Gómez se encuentra en la generación de 1919, un grupo de marxistas venezolanos que trabajaban en México, bajo la dirección de Carlos León. Su periódico *Libertad,* que salió de 1927 a 1929 (y al que Betancourt contribuyó con algunos artículos) reflejaba la ideología izquierdista del Partido Republicano de Carlos León en México, así como las ideas que ese movimiento de estudiantes de 1919 había obtenido en buena parte en el exilio, en particular en París en 1919 y en Cuba en 1925[94]. (La generación de 1919 estaba más cercana a los primeros y eufóricos estados de la Revolución Rusa de 1917 que la generación de 1928. Personajes como los hermanos Machado y Salvador de la Plaza nunca perdieron la orientación igualitaria de aquel período).

Si bien sus artículos de fines de la década de 1920 eran igualmente críticos de la falta de libertades civiles en Venezuela, y reclamaban que se prohibiera la reelección, enfatizaban entonces menos la política electoral. Se daría el voto a las masas cuando estuvieran preparadas y educadas para ello. Según su opinión, ninguna constitución sería válida si no estaba soportada por la fuerza. Superficialmente esto parecía igual a lo de Vallenilla Lanz, pero los marxistas apuntaban a una constitución igualitaria, no elitista. Su igualitarismo se concentraba en la emancipación del campesino, del obrero y del soldado.

Los "Principios Básicos de la Revolución Venezolana", publicados por vez primera el 5 de julio de 1926, querían realizar esta emancipación, principalmente mediante un concepto más colectivo de la propiedad y la organización revolucionaria de las masas. Para los campesinos, el Estado debía eliminar los latifundios, establecer tanto cooperativas agrícolas como cultivos tecnificados. Para las clases trabajadoras, en general, la emancipación comenzaría con la sindicalización. (A este respecto, el Congreso Antiimperialista latinoamericano celebrado en 1927 en Bruselas fue más allá de los Principios Básicos. En Bruselas los distintos marxistas latinoamericanos abogaron por la nacionalización del subsuelo y las grandes industrias monopolistas). El soldado debería ser ayudado por el gobierno dando puesto de mando sólo a los elementos revolucionarios. Todo el proceso de emancipación debería ser realizado por un partido revolucionario, organizado de acuerdo con una máxima disciplina [95].

Los tres sectores —campesinos, obreros y soldados— serían ayudados mediante una concepción más igualitaria de la educación. Se lanzaría una campaña contra el masivo analfabetismo de Venezuela, una de las bases del elitismo practicado en el país. Se levantarían escuelas agrícolas e industriales y también universidades populares. Además, las mujeres tendrían plena igualdad en este progreso.

Habría un sentido de propiedad más nacional e igualitario. Se nacionalizarían los saltos de agua, para electrificar. También se nacionalizaría el crédito. Pero también se realizaría el antiguo anhelo de autonomía municipal, por el que con tanta frecuencia se luchó durante el período colonial y después. Habría una apropiación municipal de las industrias y de las empresas. Quedaban algunos problemas respecto a la extensión de la autonomía que se otorgaría a las municipalidades en cuanto que el Plan contaba crear un Consejo Económico Nacional, posiblemente para dirigir las industrias que supuestamente serían de propiedad municipal [96].

Reconocían la necesidad de eliminar a Gómez, pero los marxistas esperaban ir más allá y crear "nuevas formas de producción, nuevas relaciones sociales, nuevas condiciones de vida que hagan imposible la opresión política y la explotación económica de la inmensa mayoría de la población por un pequeño número de ricos privilegiados" [97]. Reconocían que el progreso de Venezuela dependía de la sangre y sudor de sus masas, por lo que le debe todo a ellas [98].

La posición política de Betancourt a principios de los años treinta reflejaba gradualmente la actitud marxista tanto por lo referente a la propiedad como a la organización. Su primer impulso después del desastroso intento de invasión en 1929 de Cumaná por Delgado Chalbaud fue recoger la bandera caída, reorganizar e invadir: "Tenemos en mano unos 500 rifles bien dotados, una ametralladora y doscientas granadas de mano. Desde Trinidad enviamos comisionados a la costa, a llevar a la gente alzada la seguridad de nuestra cooperación" [99]. Su segundo paso fue cooperar con los nuevos esfuerzos de invasión a condición de que su grupo rechazara todo compromiso político con el nuevo gobierno. Además se daría a su partido marxista toda la libertad política necesaria para aceptar miembros y llevar a cabo su programa mínimo. Esperaba realizar el programa de Lenin de 1905: "Atacar juntos y marchar separados" [100].

Esperaba entrar en la revuelta del caudillo pero denunciar simultáneamente el caudillismo. (Además quería conocer quién estaba financiando la revuelta). Su tercera reacción fue la de un creciente pesimismo respecto a cualquier revuelta armada. Llegó a abandonar por completo la idea, al menos por el momento. "Su silencio de estos últimos días" escribió a Pocaterra, "me ha hecho pensar que la acción que planeaba fracasó. Ese parece ser el destino fatal de todo intento de lucha armada contra aquella gente" [101].

No se podía hablar de revolución sin organización. Las experiencias de Betancourt en Venezuela y Costa Rica le enseñaron que se tenía que construir una base para derrocar a "nuestros enemigos irreconciliables... la burguesía imperialista internacional... la clase nacional de latifundistas y... grandes señores del comercio y de la industria y el caudillaje militar". Los obreros controlarían las fábricas de Gómez, los campesinos se repartirían el campo sin indemnizaciones. Pero todo esto vendría después de la muy gradual introducción del marxismo. En este punto Betancourt disentía de los marxistas venezolanos de México: "Y con vaselina podemos nosotros meterle al pueblo todo Marx y todo Lenin, el odio más vehemente a la propiedad privada, el deseo más vivo y actual de acabar con el régimen capitalista, sin que para nada usemos la palabra de olor a azufre (comunismo)" [102].

Si Betancourt tenía objetivos finales de "ultra-izquierda" rechazó lo que consideraba tácticas de ultra-izquierda de un partido proletario casi desde los comienzos de su período marxista. Precisamente porque creía que él era un marxista perfecto, rechazaba tácticas que sentía eran inadecuadas para Venezuela [103]. La *táctica de frente unido,* a juzgar por su experiencia en Costa Rica, parecía ser capaz de conseguir más adeptos: obreros manuales, maestros de escuela, estudiantes, pequeños burgueses, intelectuales divorciados de su clase, artesanos, campesinos [104].

Otro punto en que disentía violentamente de los marxistas venezolanos de México era el del programa. Más que subrayar sólo un programa socialista, prefería adoptar un enfoque dual, de un programa socialista máximo o a largo plazo y un programa mínimo o a corto plazo, destinado a satisfacer los anhelos de libertad de las masas en favor de reformas electorales democráticas y mejoramientos inmediatos de sus condiciones de trabajo. Los rusos habían utilizado objetivos tales como libertad de palabra, y sindicatos, y utilizaron métodos como reuniones para ganarse y movilizar las masas. Las masas estaban ilusionadas con la democracia parlamentaria, y nosotros rechazamos esas ilusiones con menoscabo para nuestra causa. El Plan de Barranquilla de 1931, que tomaba algunas de sus formas de nacionalización de las "ultra-izquierdas" en México, era en su conjunto un programa todavía menos socialista que los "Principios Básicos" del 5 de julio de 1926. De hecho, Betancourt y sus colegas admitían abiertamente que se trataba sólo de un plan mínimo. Era francamente reformista, no revolucionario [105].

El objetivo a largo plazo, con todo, era todavía socialista, y revolucionario. Era el preparar a las masas para la insurrección. El programa mínimo abriría una brecha y tendría una relación con el programa máximo: "Nuestra habilidad —la de ese estado mayor de dirigentes perfectamente acordados— estaría hacia la izquierda radical". El objetivo de ese movimiento "tiene inevitablemente que estar en la abolición de la propiedad privada" [106].

El trabajo de la revolución debía ser, pues, largo, en un duro proceso de educación de las masas con la doctrina marxista. Las tácticas tendrían que adaptarse a las circunstancias; también el lenguaje: "Debemos ajustar nuestro lenguaje a nuestros problemas". Como Mariátegui, comprendía que "nuestro socialismo no puede ser calco de copiar; tiene que ser creación y nutrirse de nuestra propia realidad y expresarse en nuestro propio lenguaje" [107].

Sin embargo, ya en 1935 él no sólo había renunciado al comunismo internacional [108], sino también al parecer al programa máximo de socialismo. Es posible, como el mismo Betancourt dijo después, que la subordinación a la Unión Soviética fuera cada vez más desagradable para los izquierdistas venezolanos [109]. También puede ser, como sugiere Matthews, que él deseara encabezar su propio partido en lugar que compartir el poder o incluso ser un subordinado [110]. La guerra de clases de los comunistas, en la que él había participado con entusiasmo resultó ser "artificial" [111]. ¿Por qué?

Los proletarios de los campos de petróleo, a pesar de ser miles, constituían con todo una pequeña proporción de la fuerza de trabajo. La revolución del proletariado, en términos puramente marxistas, parecía entonces imposible. Pero ¿Lenin no subió al poder en una nación de campesinos?; quizá el paralelo con la Rusia zarista parecía cada vez más ser algo forzado. Quizá una de las claves del pensamiento de Betancourt se encuentra en su ambigua visión del campesino: "No se podría realizar una transformación nacional sin un movimiento dirigido contra la *entumecida conciencia política...*" [112]. En suma, es posible que Betancourt considerara que los campesinos eran un arma insegura de la revolución. Mientras el campesino hambriento de tierras, Juan, de la novela de Gallegos podía repentinamente lanzarse a una rebelión caótica y casi sin objeto, con mayor probabilidad podía continuar en una postración moribunda, completamente apático a los trinos de los gorjeantes estudiantes, recién salidos de Caracas. Quizá Betancourt como Kautsky, creía que los campesinos podían ser los más reaccionarios ante el cambio, los más ardientes defensores del viejo orden [113]. Como escribió después otro estudiante: "No hay datos sociológicos ni de ningún otro orden para apoyar la tesis de que la injusticia y el amplio descontento por sí mismo engendran la revolución. Más bien debe ser llevado desde fuera una esperanza o un mejor modelo de justicia" [114]. Algunos cam-

pesinos venezolanos pueden haber oído hablar del mexicano Emiliano Zapata (los estudiantes del 28 habían soñado durante un corto período imitar la revolución mexicana [115]) pero Zapata era más legendario que exitoso, y por tanto más admirable que fuente de inspiración. En 1935 todavía no se había realizado la gran reforma agraria de Cárdenas, mucho antes de Mao Tse Tung, mucho antes de Castro.

El tumulto que en enero de 1936 siguió a la muerte de Gómez llevó al campesino Juan a realizar algunos brotes de violencia, a una revolución latente, cuando echaba abajo las vallas de los grandes latifundistas, se instalaba en las plantaciones de los estados de Aragua, Lara y Carabobo y se apoderaba de los caballos y ganado y aguzaba su machete. El movimiento fue espontáneo, reclamando profundos cambios; era inorgánico, pero poderoso [116].

Pero en 1936 Betancourt había rechazado por completo la lucha de clases; incluso él y sus compañeros juraron en marzo ser una oposición leal para ayudar a López Contreras a mantener la continuidad constitucional del gobierno, que mediante concesiones a las masas amortiguó el impulso revolucionario, los compró de hecho. Troconis Guerrero, que después sería el órgano del partido *El País*, miraba retrospectivamente al plan revolucionario del partido desorganizado y a su compromiso con López Contreras como actos de "bobalicones" [117]. Betancourt prefería después no hablar de las oportunidades revolucionarias perdidas en 1936. Por el contrario, desaprobaba las invasiones de tierras de entonces [118]. Para esas fechas ya había escogido la evolución como una solución permanente y se hallaba envuelto en lo que iba a ser una fuerte rivalidad con los comunistas. Quizá si hubiera inclinado su capaz liderazgo detrás de los comunistas, su coalición podría haber sostenido y dado una dirección a la revolución campesina. En todo caso, no estaba del todo equivocado al sostener que un partido comunista compuesto solamente de obreros no podría realizar una revolución nacional. También rechazaba el

enfoque de Fuenmayor de formar un partido obrero que buscaría alianzas con otras clases para ser capaz de mantener su integridad, para instruir a los trabajadores en un programa máximo de socialismo. Quizá ese enfoque habría mantenido abierta la posibilidad de una revolución social a largo plazo [119].

Todavía habría nuevas alianzas, rupturas y renovación de las alianzas con los comunistas hasta marzo de 1944, pero el punto clave parece haber sido a fines de 1935, el mismo año en que la revolución radical fue algo más que una posibilidad remota, el mismo año en que Gallegos terminó *Canaima,* su obra más radical.

Después de haber rechazado el concepto de partido de una sola clase, el partido de Betancourt, Movimiento de Organización venezolanista (ORVE) buscó el apoyo de los obreros, estudiantes, artesanos, mercaderes, empleados, industriales, periodistas, escritores y otros profesionales; en 1941 Betancourt buscaba miembros de *todas* las clases [120]. Al principio rechazaban incluso llamarse partido. Como observa Magallanes, la idea de partido estaba todavía desacreditada, y al menos causaba temor [121]. Recordaba a sus miembros su profunda responsabilidad personal. Como observó después Mariano Picón Salas: "Nosotros queremos organizar una sociedad en que cada hombre contribuya a la sociedad, donde el Estado unifica y concilia la discordia. Queremos unir y no dividir a los venezolanos..." [122]. El mismo Gallegos veía al movimiento con una juventud incontaminada que exponía problemas reales, impulsaba la reforma, no precisamente mediante el gobierno, "sino la adecuada cooperación de todos los venezolanos de buena fe" [123]. El concepto y fraseología del movimiento recordaba mucho la Asociación Civilizadora de la primera novela de Gallegos, *Reinaldo Solar* [124].

Habiéndose separado de la influencia de la Unión Soviética, y habiendo rechazado el partido de la clase obrera como demasiado limitado, el movimiento se hizo un decidido defensor de la evolución en sus esfuerzos por abarcar virtualmente a todos los estratos de la sociedad,

excepto los militares y los latifundistas. Reflejaba así sus raíces libertarias y marxistas, mientras que mantenía algo del socialismo igualitario de principios de la década de 1930. No tan tímido como los liberales clásicos, no tan radical como los comunistas dirigidos por Salvador de la Plaza y Gustavo Machado, el movimiento subrayaba un civismo libertario [125].

El partido, con todo, seguía estando atraído por las armas críticas del marxismo que utilizó en sus *Tesis Políticas* de 1939, una serie de documentos que no sólo constituyeron buena parte de la base de la campaña de Gallegos de 1941, sino del programa de Acción Democrática durante el trienio. En las *Tesis Políticas* prevalecía la tendencia a ser más radical en la crítica que en las siguientes propuestas de reforma. El ataque era plenamente teórico, condensado, mientras que las propuestas de reforma eran muy técnicas, abarcadoras, pero, en última instancia, moderadas. Esto es verdad sobre todo respecto a la agricultura, en donde los latifundios y sus vicios estaban vivisecionados con el aguzado filo de un escalpelo de cirujano. Los múltiples vicios de los latifundios estaban desnudos ante un microscopio [126], pero las propuestas de reforma tenían en su formulación la misma posición moderada ya adoptada en 1936. La reforma no consistía en exterminar los latifundios con un golpe paralizante; sino que sería de naturaleza tal que fuera "tendiente a la extinción del latifundio" [127]. En defensa de Betancourt se puede decir que si no revolucionó a los campesinos, procuró con ardor organizarlos: "Durante el período de 1936 a 1939, el grupo dirigente de ARVE-PDN, contaba aproximadamente con 600 a 800 personas; de esas, alrededor de doscientas estaban ocupadas directamente en la organización, a tiempo completo, de sindicatos campesinos" [128]. Esta base campesina sería un gran apoyo de las ganancias democráticas del período 1935-1938.

No hay duda de que las *Tesis Políticas*, a pesar de su moderación, intentaron reducir mucho la explotación del trabajador dentro del sistema, mediante reglamenta-

ción del salario mínimo, número máximo de horas, períodos de renta más justos, indemnización contractual por las mejoras permanentes realizadas por el campesino; la abolición de las deudas hereditarias y otras; algunas propuestas específicas de redistribución de la tierra; algunas otras propuestas vagas aunque sonoras de redistribución; propuestas referentes a la infraestructura; propuestas relativas a la salud y educación; propuestas para estimular las comunidades agrícolas y las cooperativas; otras para liberalizar los créditos tanto para los grandes como los pequeños agricultores [129].

El programa relativo al petróleo era básicamente el mismo que después propugnaría Gallegos en 1941. Aquí también había un contraste entre la crítica y la reforma, que daba como resultado lo que Whitaker llama justamente una notable moderación. Una idea de la capacidad de Betancourt de rencorosa crítica, en contraste con Gallegos, la constituyen sus 600 editoriales escritos de 1937 a 1939 para *Ahora*, el periódico del partido de aquella época. Al terminar un artículo sarcástico sobre Nelson Rockefeller (con el que después colaboraría en proyectos agrícolas y pesqueros) sostenía que los Rockefeller eran "explotadores de nuestro país con toda su hipocresía máxima: 'El bienestar de la humanidad en el mundo entero' " [130].

Había un contraste similar en la concepción de Betancourt sobre los capitalistas. Había capitalistas parásitos que mediante rentas y usura sangraban al pueblo, atesoraban su dinero en bancos (con frecuencia, en el extranjero): "Sobran los dedos de la mano cuando se trata de contar a los dueños venezolanos de reservas de capitales capaces de aventurarse en el negocio con riesgos" [131]. El partido de Betancourt dio cordial apoyo, por el contrario, a los comerciantes de capacidad intermedia y a los industriales de limitadas posibilidades económicas que padecían los resultados de la política de escaso crédito. No se mencionaba el hecho de que el pequeño capitalista podía ser tan arcaico, conservador

e ineficiente como mostraría un informe gubernamental de 1947.

Las *Tesis Políticas* vieron claramente las alianzas tácitas y activas entre los imperialistas, los latifundistas, los exportadores comerciales y la alta finanza. En contraste, el importador era situado en ocasiones entre las filas de los progresistas. Además se pasaba por completo en silencio el antagonismo latente entre importador y el industrial [132]. El intento de incluir a ambos en los rangos del desarrollo económico no era del todo ilógico en esa época en que la industria nacional no podía satisfacer las demandas del mercado. Además, la tendencia a atacar y alabar la industria implicaba la continua conciencia por parte del partido de las "energías perdidas" de la nación, el potencial industrial, cosa que en parte Betancourt enfocaba en sus editoriales. Gallegos había expresado el potencial de su país mediante la imagen de una catarata; Betancourt tuvo un sueño similar frente a las cataratas del Caroní: "Balanceándome en la hamaca de moriche, soñaba despierto. A corta distancia retumbaban, con su isócrono golpetear, las cataratas del gran río. Sonaba como una Venezuela distinta, con sus riquezas naturales aprovechadas hasta el máximo, con sus enormes arterias fluviales recorridas continuamente por rápidas naves, con sus caídas de agua generando amperios, para suministrarle energía y luz a un gran país industrializado" [133].

Menos poética era la visión literal de Betancourt de textiles, acero, insecticidas, jabones, tintes, botones (particularmente botones) y alimentos enlatados, productos lácteos y subproductos de frutas [134].

Pero si el partido era el instrumento de una creciente y esperanzada clase industrial, Betancourt había leído demasiado a Marx y estaba demasiado consciente de la competencia del comunismo para descuidar los intereses de los trabajadores. Como político, tenía que cortejar a los trabajadores para consolidar el poder del partido. Representativo de este interés fue el apoyo constante del

partido a la participación en los beneficios de los trabajadores. Como portavoz del capitalismo progresista y como humanitario, también subrayaba las necesidades de mejorar la salud y la educación, esencial para que el país tuviera una fuerza de trabajo efectiva [135]. Además, en interés de la comunidad (principalmente de los trabajadores) el Estado intervendría para controlar las industrias de servicio público, y las mercancías de uso general e indispensable [136].

En todo esto había una tendencia hacia la planificación nacional, no tan abarcadora como bajo el totalitarismo, pero suficiente como para reducir la tradicional anarquía del capitalismo [137].

En una breve síntesis, el partido encarnaba tanto en el aspecto teórico como práctico, como Gallegos lo había hecho en un sentido más simbólico, las aspiraciones de una revolución nacionalista burguesa. Según las propias palabras de Betancourt: "El estado que atravesamos se aparenta más con la revolución democrático-burguesa que con la revolución socialista" [138].

Gallegos, Betancourt y Acción Democrática aspiraban a incluir en sus rangos y en su revolución a todas las clases "populares", no sólo a la burguesía. No cabe duda que en buena parte consiguieron realizar esa aspiración, en cuanto su lucha contra las cadenas de la producción era la que estaba destinada a beneficiar a amplios sectores de la nación, aunque de manera significativa diferente. En un sentido muy real, aparecían como "la masa entera de la sociedad enfrentándose a una sola clase dominante" (o, en este caso, a una alianza de clases dominantes). "Al principio su interés está realmente más cercano al interés común de todas las otras clases no dominantes y ha sido incapaz, bajo la fuerza de las condiciones previamente existentes, de desarrollarse como el interés particular de una clase particular. Su victoria pues, beneficia también a muchos individuos de otras clases, que no están consiguiendo una posición dominante, pero esto sólo en cuanto coloca a esos individuos en una posición que les hace capaz de constituirse en

clase dominante" [139], o, en nuestro estudio, con otras palabras, de alcanzar la posición de élite del trabajo. Y mano a mano con el crecimiento de la élite del trabajo en los campos del petróleo y en la burocracia gubernamental Venezuela experimentaría el crecimiento de un lumpemproletariado, una cultura de pobreza urbana, al parecer incapaz de ser absorbida por la expansión industrial.

NOTAS

1. Whitaker, *obra citada,* p. 208.
2. Las pruebas de esta conclusión se encuentran en Troconis Guerrero, *obra citada,* pp. 202-211.
3. Esta sección del programa de Acción Democrática debe mucho al conocimiento de Robert Mattews sobre la historia de *Acción Democrática: The Story of Social Democracy in Venezuela 1928-1948* (trabajo de maestría no publicado, Departamento de Historia, New York University).
4. Entrevista con el Dr. Jesús Rafael González Carbuccia, Macuto, abril, 1975.
5. Acedo de Sucre y Nones Mendoza, *obra citada,* p. 96.
6. Carta Nº 13 de Rómulo Betancourt, 12 de octubre de 1935, San José, Costa Rica, citado en Estados Unidos de Venezuela. Servicio Secreto de Investigación. *La Verdad de las Actividades Comunistas en Venezuela.* Caracas, 1936, p. 209. Por comodidad las siguientes referencias a esta obra lo serán bajo su nombre más popular de *El Libro Rojo.*
7. *El Libro Rojo,* carta nº 11, 1 de junio de 1935, p. 196.
8. *Ibidem,* carta nº 1, 27 de enero de 1932. Las Juntas de Albangares, Costa Rica, p. 193 y *Libertad,* México, D.F., 1 de mayo de 1928, nº 1, p. 3.
9. *El Libro Rojo,* Carta nº 2, 9 de febrero de 1932, Las Juntas de Albangares, Costa Rica, p. 148.
10. Entrevista con el Coronel José Rivero Alvarez, Macuto, 9 de febrero de 1975.

11. Véase por ejemplo la Carta nº 14, Leopoldo Baptista (Ulises León) desde Nueva York a José Rafael Pocaterra en Montreal (18 de febrero de 1929) en *Archivo de José Rafael Pocaterra*, p. 294.
12. Entrevista con el Coronel José Rivero Alvarez; Emilio Arévalo Cedeño, *El Libro de mi lucha* (Caracas, Tipografía Americana, 1936), pp. 52, 148.
13. Emilio Arévalo Cedeño, *obra citada*, pp. 88-93; 110-120; y Diego Córdova, *obra citada*, pp. 41-42.
14. Arévalo Cedeño, *obra citada*, pp. 47, 107.
15. *Ibídem*, pp. 53, 101, 222, 269, 289-299, 301.
16. *Ibídem*, p. 146.
17. *Ibídem*, pp. 4, 5, 80, 82, 83, 110, 141-142.
18. *Ibídem*, pp. 132, 308.
19. *Ibídem*, p. 190.
20. *Ibídem*, pp. 7, 17, 18, 107, 108, 209, 210, 253.
21. *Ibídem*, pp. 295, 377-379.
22. Hace referencia a este proyecto Rómulo Gallegos, Discurso en la Cámara de Diputados, 12 de mayo de 1937.
23. Arévalo Cedeño, *obra citada*, p. 340.
24. Carta nº 4, Nicolás Hernández desde La Habana a José Rafael Pocaterra en Montreal (12 de mayo de 1924). *Archivos de José Rafael Pocaterra*, vol. I, pp. 74-75.
25. Carta nº 66, Román Delgado Chalbaud desde París a José Rafael Pocaterra en Montreal (1 de octubre de 1928), citado en *Archivos de José Rafael Pocaterra*, vol. I, p. 241.
26. Carta nº 14 de José Rafael Pocaterra desde Montreal a Carlos Delgado Chalbaud en París (febrero de 1932), citado en *Archivos de José Rafael Pocaterra*, vol. II, pp. 273.
27. Arévalo Cedeño, *obra citada*, p. 369.
28. Rufino Blanco Fombona, *Dos Años y Medio de Inquietud* (Caracas: Editorial Impresores Unidos, 1942), pp. 51, 81-82.
29. Rufino Blanco Fombona, *La Evolución Política y Social de Hispanoamérica, Obras Selectas* (Caracas: Ediciones Edime, 1958), p. 342.
30. *Ibídem*, pp. 343-344.
31. Blanco Fombona, *La Bella y la Fiera. Obras Selectas*, p. 817.

32. Blanco Fombona, *La evolución de Hispano-América. Obras Selectas*, p. 367.
33. Blanco Fombona, *La Bella y la Fiera. Obras Selectas*, p. 816.
34. *Ibídem*.
35. Blanco Fombona, "La Barbarocracia Triunfante", *Obras Selectas*, p. 1192.
36. *Ibídem*, pp. 1192-1193.
37. *Ibídem*, p. 1193; Véase también su "Centralismo y Federación", *Obras Selectas*, pp. 346-348.
38. Blanco Fombona, *Dos años y medio de Inquietud*, p. 75.
39. Blanco Fombona, *La Bella y la Fiera. Obras Selectas*, p. 802.
40. Blanco Fombona, *Dos años y medio de Inquietud*, p. 278.
41. *Ibídem*, p. 270.
42. Blanco Fombona, *La Bella y la Fiera. Obras Selectas*, pp. 799. 800, 842, 843, 848, 859-860, 1853.
43. *Ibídem*, p. 815 y su *Lucha de Clases*, o más bien "lucha de razas", *Obras Selectas*, p. 1161.
44. Blanco Fombona, *Dos años y medio de inquietud*, p. 51.
45. *Ibídem*, pp. 269-270.
46. Blanco Fombona, "La Barbarocracia Triunfante", *Obras Completas*, p. 1192.
47. Blanco Fombona, *La Bella y la Fiera. Obras Selectas*, pp. 787, 801, 815, 1105.
48. *Ibídem*, p. 727.
49. Blanco Fombona, "La Barbarocracia Triunfante", *Obras Completas*, pp. 1190-1191.
50. *Ibídem*, p. 1195.
51. Blanco Fombona, *Dos años y medio de inquietud*.
52. Rangel, *Los Andinos en el Poder*, p. 206.
53. Carta Nº 15, Román Delgado Chalbaud desde París a José Rafael Pocaterra en Montreal (14 de noviembre de 1924) *Archivo de José Rafael Pocaterra*, vol. I, p. 91.
54. Carta Nº 30, Román Delgado Chalbaud desde París a José Rafael Pocaterra en Montreal (15 de octubre de 1928). *Archivo de José Rafael Pocaterra*, vol. I, p. 154.
55. Carta Nº 45, Simón Betancourt desde Curazao a José Rafael Pocaterra en Montreal (14 de julio de 1928). *Archivo de José Rafael Pocaterra*. vol. I, p. 216.

56. Carta Nº 52, Simón Betancourt desde Curazao a José Rafael Pocaterra en Montreal (28 de julio de 1928), *Archivo de José Rafael Pocaterra*, vol. I, p. 226.
57. Pocaterra, *Memorias de un Venezolano de la Decadencia*, Vol. I, p. 37.
58. *Ibidem*, vol. II, p. 42.
59. *Ibidem*, vol. I, pp. 98-99.
60. *Ibidem*, vol. I, pp. 104-105.
61. *Ibidem*, vol. I, 37.
62. *Ibidem*, vol. I, 42.
63. *Ibidem*, vol. II, 35.
64. *Ibidem*, vol. I, 42.
65. *Ibidem*, vol. I, 113-114.
66. *Ibidem*, vol. II, 40.
67. *Ibidem*, vol. I, 35.
68. *Ibidem*, vol. II, 95; vol. II, 97, 172-181, 199-200, vol. IV, 35.
69. *Ibidem*, vol. II, 58, 63, 75: vol. III, 173, 197, 199-200; vol. IV, 35.
70. *Ibidem*, vol. II, 63, 64, 73; vol. IV, 35.
71. *Ibidem*, vol. IV, 50.
72. *Ibidem*, vol. IV, 35.
73. *Ibidem*, vol. IV, 51.
74. *Ibidem*, vol. II, 56.
75. *Ibidem*, vol. II, 120.
76. *Ibidem*, vol. IV, 47.
77. *Ibidem*, vol. IV, 47.
78. *Ibidem*, vol. I, 136.
79. *Ibidem*, vol. I, 97.
80. *Ibidem*, vol. I, 34.
81. *Ibidem*, vol. II, 9.
82. *Ibidem*, vol. II, 60.
83. *Ibidem*, vol. II, 43.
84. *Ibidem*, vol. I, 36.
85. *Ibidem*, vol. II, 77.
86. *Ibidem*, vol. I, 69.
87. *Ibidem*, vol. II, 102, 104.
88. *Ibidem*, vol. I, 40; vol. II, 127, 165.

89. Carta Nº 71, José Rafael Pocaterra desde Montreal al general Juan Pablo Peñalosa en Cúcuta (27 de octubre de 1928), *Archivo de José Rafael Pocaterra*, vol. I, p. 251.
90. Carta Nº 9, Nicolás Hernández desde La Habana a José Rafael Pocaterra en Montreal (29 de setiembre de 1924), *Archivo de José Rafael Pocaterra*, vol. I, p. 85.
94. Pocaterra, *Las Memorias*, vol. V, p. 251; "La doctrina Pocaterra" en *Libertad*, nº 8, México, D.F., diciembre de 1928, p. 3; "Nuestro Deber", en *Libertad*, nº 5, octubre de 1928; José Gil Fortoul, *El hombre y la historia*, pp. 424-425, citado en *Obras Completas*, vol. IV, p. 403, 1956, según Alicia de Nuño, *Ideas Sociales del Positivismo en Venezuela* (Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1969), p. 92.
92. Pocaterra, *Las Memorias*, vol. 214; *Archivo de José Rafael Pocaterra*, vol. I y II, *passim*.
93. Carta Nº 5, 19 de mayo de 1932, Rómulo Betancourt, en *Libro Rojo*, p. 167.
94. *La Prensa Política venezolana del Siglo XX*, vol. II, pp. 2-3; y Magallanes, *obra citada*, p. 235.
95. "Principios Básicos de la Revolución en Venezuela", en *Libertad*, nº 7, 15 de noviembre de 1928, pp. 2-3.
96. *Ibídem*.
97. Eduardo Machado, "La posición de las Oportunidades", en *Libertad*, nº 15, 24 de junio de 1929.
98. Juan Partín, "¡Alerta!", en *Libertad*, nº 11, marzo de 1929.
99. Carta nº 82 de Rómulo Betancourt desde San José, Costa Rica, a José Rafael Pocaterra en Montreal (9 de diciembre de 1929) citado en *Archivo de José Rafael Pocaterra*, vol. II, 145.
100. Carta nº 6 de Rómulo Betancourt, citada en *Libro Rojo*, p. 170.
101. Carta nº 2 de Rómulo Betancourt desde San José, Costa Rica, para José Rafael Pocaterra en Montreal. (Nota: esta carta corresponde a la serie de 1932; por confusión del coleccionista aparece incluida y fechada en el año 1934). Citada en el *Archivo de José Rafael Pocaterra*, vol. II, 304.
102. *Libro Rojo*, pp. 5, 6.
103. Carta nº 11 de Rómulo Betancourt, 27 de enero de 1932, en el *Libro Rojo*, p. 141.

104. *Ibídem*, p. 141.
105. Carta nº 12, 2 de agosto de 1935 y carta nº 8 de Rómulo Betancourt, citada en el *Libro Rojo*, pp. 177, 200.
106. *Ibídem*, p. 179, 210.
107. *Ibídem*, pp. 182-183.
108. Matthews, *obra citada*, p. 45.
109. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, p. 95.
110. Matthews, *obra citada*, p. 45.
111. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, p. 45.
112. John D. Martz, "Venezuela's Generation of '28", *Journal of Inter American Studies*, VI, I, enero de 1964, pp. 22 y ss. citado en Matthews, *obra citada*, p. 36.
113. Kautsky, *obra citada*, p. 121.
114. Stephan H. Hornberger, "Cartas al Editor de *The Times*", *The New York Times*, 23 de octubre de 1967, p. 44.
115. Gabaldón Márquez, *obra citada*, p. 139.
116. Troconis Guerrero, *obra citada*, p. 162.
117. *Ibídem*, pp. 162-164.
118. Rómulo Betancourt, discurso en la II Asamblea de la Educación Venezolana de las Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción, 1947, p. 44.
119. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, p. 95; Juan Bautista Fuenmayor, *1928-1948: Veinte años de Política* (Caracas: Ediciones Mediterráneas, 1968), pp. 136, 155, 179.
120. Luis Peraya, "Declaraciones para el Diario *Ahora* de Caracas, al retornar de Chile", mayo de 1941, citado en *Rómulo Betancourt. interpretación de su doctrina popular y demócrata* (Caracas, Suma, 1958), p. 71.
121. Magallanes, *obra citada*, p. 270.
122. Troconis Guerrero, *obra citada*, p. 164; Martz, *Acción Democrática*, 30.
123. Troconis Guerrero, *obra citada*, p. 187.
124. Véase más arriba.
125. Matthews, *obras citada*, pp. 32-33; Troconis Guerrero, *obra citada*, p. 210.
126. Troconis Guerrero, *obra citada*, pp. 207-209.
127. *Ibídem*, p. 174.

128. John Duncan Powell, "Venezuela: The Peasant Union Movement", en Henry A. Landsberger, ed., *Latin American Peasant Movements* (Ithaca: Cornell University Press, 1969), p. 65.
129. *Ibidem*, p. 209.
130. Rómulo Betancourt, *Problemas Venezolanos* (Santiago de Chile: Talleres Gráficos San Vicente, 1940), pp. 47, 48.
131. *Ibidem*, pp. 343, 344, 374.
132. Troconis Guerrero, *obra citada*, pp. 202, 204.
133. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, p. 831.
134. Betancourt, *Problemas Venezolanos*, pp. 352, 353, 356.
135. *Ibidem*, pp. 316-324.
136. *Ibidem*, pp. 18, 19.
137. *Idem*, p. 219.
138. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, p. 314.
139. Marx, *obra citada*, pp. 80-81.

CAPITULO NOVENO

LA REVOLUCION BURGUESA DEL SATELITE

Cuando Betancourt aceptó una coalición con los oficiales jóvenes del ejército para derrocar violentamente el régimen de Medina sabía que estaba corriendo el riesgo de convertir su partido en un instrumento del fascismo criollo. Si bien había entre los militares tanto elementos progresistas como reaccionarios, la mentalidad de la mano de hierro, descrita por Vallenilla Lanz, había prevalecido durante la mayor parte de la historia de Venezuela. Medina era una excepción.

Sin embargo, las reformas de la administración de Medina parecían estar funcionando deliberadamente con un ritmo lento; la reforma electoral no prometía cambiar mediante las urnas; y las "energías perdidas" de Acción Democrática podían justamente ser consideradas en 1945 como sinónimas de las "energías perdidas" de la gran mayoría de la nación. Se puede argumentar que si los militares iban a tomar el poder, Betancourt y sus colegas tenían que haberles dejado hacerlo solos, y después exponer rápidamente las contradicciones del nuevo régimen, acelerando su caída y una revolución muy transformadora en la que Acción Democrática podría cambiar la nación, incluyendo el ejército, que en el proceso de lucha se había convertido en el instrumento del partido, no ya en su dueño. Esa secuencia de acontecimientos contenía demasiada incertidumbre para quien ya en 1935 había renunciado a una posible revolución de los trabajadores.

¿Qué garantías había de que el campesino ignorante, supersticioso y enfermo, o que los débiles sindicatos se moverían a una acción revolucionaria ante las continuas contradicciones de la sociedad? La historia de Venezuela había mostrado que en realidad ocurría lo contrario, excepto en aquellas revoluciones que también en buena parte fracasaron. ¿Qué evitaría la intervención estadounidense si la revolución amenazaba sus intereses petroleros? ¿Quién financiaría una lucha tan larga con un resultado tan dudoso? ¿Qué impediría al ejército, con los ingresos petroleros, el realizar sólo las reformas necesarias para pacificar a los potencialmente revolucionarios? Incluso si la revolución tenía éxito, ¿no sería necesariamente radical, excluyendo así parcialmente a las clases que Betancourt esperaba que dirigirían una transformación nacional?

Es posible que éstas fueran algunas de las consideraciones que se hizo Betancourt. Quizá era todavía mucho más importante la cuestión clave: ¿quién controlará la junta revolucionaria, y durante cuanto tiempo? Resultó evidente del desarrollo del golpe que el control original descansaría em manos del partido. Quedaba con todo la cuestión clave de la consolidación del poder, y no fue decidida en 1938 ni en 1958, cuando Acción Democrática volvió a dirigir el país. Ni se puede decidir rápidamente la cuestión sobre Acción Democrática o un liderazgo más avanzado que Acción Democrática. "La consolidación del liderazgo moderno, la transferencia del poder de los líderes tradicionales a los modernos es desde luego una lucha generalmente fuerte que con frecuencia dura varias generaciones" [1].

En todo caso Betancourt tenía buenas razones para creer que su partido estaría colocado en una posición ventajosa para actuar. No sólo Pérez Jiménez le había ofrecido la presidencia de la Junta [2], sino que Betancourt, como Delgado Chalbaud, el joven oficial militar con el que había colaborado, sabía muy bien que "¡Rómulo es el alma de la revolución! ¡Nos trajo el pueblo!" Reflexionando después, Chalbaud añadía cínicamente

que no sabía, hablando con franqueza, qué era lo que quería Acción Democrática [3].

La alianza tuvo dos resultados inmediatos. Subió fuertemente el presupuesto militar. De 1936-45, con menos de 40 millones de bolívares, a 1947-48, con más de 113 millones [4]. Otro efecto fue el progreso de la revolución burguesa, protegida, aunque involuntaria y temporalmente, por el mismo ejército.

El otro gran poder con el que había pactado el partido era la metrópolis, los Estados Unidos, cuyos intereses estaban encarnados sobre todo en los monopolios petroleros. No sólo aceptó fundamentalmente la Junta Revolucionaria la reforma de 1934 sino que tampoco hizo ningún esfuerzo para anular ninguna de las amplias concesiones que el partido había denunciado tanto. Llegaron a una solución de tipo aprista. La Junta, a fines de 1945, exigió contribuciones a los monopolios para intentar asegurar para el Estado el cincuenta por ciento de los beneficios del petróleo. El gobierno apoyó a los sindicatos de trabajadores, los reconoció, y ellos realizaron aumentos sustanciales en salarios y otros beneficios a expensas de los monopolios petroleros. Se redujo el precio del gas y del petróleo para uso interno. Aumentaron gradualmente las refinerías venezolanas de petróleo, aunque estuvieran en poder de extranjeros. Se realizaron esfuerzos para modernizar la producción. No se dieron más concesiones, y las compañías petroleras acordaron durante los años siguientes gastar los beneficios en proyectos nacionales cuando los impuestos no alcanzaran al cincuenta por ciento de los beneficios (como sucedió) [5].

Los monopolios reconocieron la necesidad de flexibilidad. Además, no todas las reformas eran tan drásticas como parecían. De máxima importancia fue el hecho de que las peticiones de la Junta llegaron en el momento preciso en que los monopolios podían satisfacerlas. La demanda postbélica de petróleo aumentó; la expansión, reflejada en precios máximos y ventas máximas, facilitó sin duda la reforma.

Una de las mayores amenazas a los intereses petroleros, los planes de 1948 para la formación de una compañía petrolera propiedad de Venezuela, se redujo pronto a proporciones insignificantes. El Dr. Pérez Alfonso, Ministro de Fomento, tranquilizó rápidamente a los inquietos monopolistas, asegurándoles que sus intereses no sufrirían menoscabo: "La experiencia de México nos ha enseñado algo, y una de las lecciones que hemos aprendido es que las compañías petroleras saben explotar el petróleo mejor que ninguna entidad oficial". Venezuela tampoco imitaría a la compañía nacional argentina, que intentaba sin éxito limitar a las compañías extranjeras. No se darían más concesiones pero, después de todo, las compañías no explotaban todavía sino un porcentaje muy pequeño de las concesiones que ya tenían: el 1,56 por ciento [6].

El enorme aumento de los ingresos gubernamentales, que llegaron en 1948 a 1,308,577,829 bolívares, es decir, el doble de todo el ingreso percibido por el gobierno durante los últimos años de Medina, creó el sentimiento (a pesar de que se conocía abiertamente que no era así) de un avance importante hacia la soberanía económica [7]. En una perspectiva más lejana, la situación, como reconocía claramente Betancourt, seguía siendo peligrosa por tener tan poco control Venezuela sobre la demanda del mercado y no tener representación directa en el directorio de las compañías petroleras. En efecto, esta falta de una mayor soberanía económica minaba la soberanía política, como mostró el golpe de noviembre de 1948, cuando los Estados Unidos, por razones relativas sobre todo al petróleo (que se discutirán más adelante) ayudó a la caída de la administración de Gallegos al reconocer inmediatamente a su sucesor de hecho.

En otras áreas también hubo incluso un aumento de la subordinación del satélite a la metrópolis. Imitando a su predecesor militar, Betancourt garantizó al capital extranjero un clima favorable a la inversión. En numerosas ocasiones él invitó prácticamente a los empresarios norteamericanos a aumentar su participación en la econo-

mía de Venezuela. Las siguientes estimaciones parecen confirmar que al menos tuvo algún éxito en sus esfuerzos:

Inversión Extranjera Neta en Millones de Dólares de los Estados Unidos de Norteamérica en Venezuela [8]

Año	*Total*	*Petróleo*	*Otros*
1944	397,65	367,65	30,00
1945	468,65	427,75	31,00
1946	676,40	635,40	51,00
1947	852,20	796,20	56,00
1948	1.084,00	1.023,00	61,00

Además, la Junta no evitó que el aumento de divisas extranjeras provenientes del petróleo se gastara en un "aumento desproporcionado en las importaciones, más que en promover y estimular otras actividades" [9]. Las cifras aproximadas de importaciones de los Estados Unidos para 1946, 1947 y 1948 fueron de 211, 425 y 515 millones de dólares respectivamente [10]. Estas cifras representaban el 70,3, 73,2 y 73,1 del total de importaciones de Venezuela [11]. Observando la lista detallada de las importaciones de 1948 resulta difícil determinar dónde pudo haber empezado la producción de sustitutos. Quizá en la importación de frutos (0,8%); telas sintéticas, que se estaban desarrollando rápidamente (3,6%); goma (1,4%) cuya producción doméstica estuvo afectada por el renovado comercio; las manufacturas de algodón, de las que se hablará después (4,7%); papel (1,6%); tabaco (0,5%), ya que crecía en 1938; algunos productos farmacéuticos (1,9%); quizá algunas pinturas y barnices (0,7%); y sin duda alguna importaciones que marchaban juntas bajo el título de *otros artículos*, que pueden haber incluido productos de lujo y que importaban el 31,7 por ciento [12]. En total se podía haber reducido quizá el 43,4

por ciento de las importaciones de los Estados Unidos o el 31,65 por ciento del total de importaciones (siempre según los cálculos para 1948), mediante el estímulo de la producción nacional en el sentido ya indicado. Esta conclusión es muy especulativa y se hace sobre todo como sugestión para una ulterior investigación; no se debe tomar como un juicio válido. Lo más que se puede decir con seguridad es que durante el breve período de tres años no había señales de reducciones de las importaciones de la metrópolis, y en buena parte parece que lo que ocurría era lo contrario.

El intento más exitoso de la Junta Revolucionaria para ser más independiente se dio en el campo naval. El 24 de abril de 1945 Venezuela, Colombia y Ecuador comenzaron a trabajar en su empresa común, la Flota Mercante Grancolombiana. Venezuela y Colombia contribuyeron cada una con 30 millones de bolívares, o sea, el 45 por ciento [13] cada una de ellas. Mientras Acción Democrática estuvo en el poder, la empresa fue una fuente de gran orgullo nacional, así como de beneficios. El poder oligopólico de la Grace Line y de otras compañías de los Estados Unidos se encontró debilitado, a pesar de los esfuerzos de sus parlamentarios para hacer adoptar una ley de represalia.

Otro terreno de una importancia aún mayor en que la Junta Revolucionaria zigzagueó hacia la independencia fue su gradual toma de decisiones referentes al desarrollo industrial. Si bien era consciente de la importancia fundamental que en lo inmediato tenía la infraestructura, la agricultura y la industria ligera, el gobierno sostenía también la concepción tradicional de que la industria pesada y la producción de maquinaria serían los estadios finales del desarrollo. Whitaker sostenía después que Venezuela debía continuar desarrollando las industrias ligeras de bienes de consumo que habían ido evolucionando desde los años 20 [14]. Otro norteamericano,capaz de un análisis económico más profundo, sostenía básicamente la misma conclusión para Latinoamérica en general, afirmando que la industria

ligera daba beneficios inmediatos a las masas. "En la medida en que un país encuentra posible concentrarse en tales actividades y omitir la industria pesada, será posible elevar el nivel de vida mucho más de prisa con mucho menos gasto de capital. En la medida en que un país tiene que sacar energías para crear una industria pesada, se retrasará el mejoramiento del nivel de vida..." [15]. El Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo llegó también a una conclusión, menos dogmática, en 1961 [16].

Con todo, parece que también hay un argumento razonable, si no superior, para insistir inmediatamente en la industria pesada. El porcentaje de importaciones de Venezuela durante y después del trienio, para metales, maquinaria y vehículos fue tan alto que la alternativa de Venezuela al sustraer "energía para la creación de industria pesada" era la sustracción de divisas extranjeras para el crecimiento de la industria norteamericana a expensas de la oportunidad perdida en un área obviamente vital, y la subsiguiente pérdida de una expansión general en otras áreas que habría generado la producción de maquinaria. La Fundación Carnegie para la Paz Internacional y la firma Richard F. Behrendt parecían conscientes de esto en sus recomendaciones a Venezuela en febrero de 1948. Decían que Venezuela debería apartarse de la industria pesada y concentrarse en la agricultura. Aunque no se podía organizar un trato preferencial sin arriesgarse a sufrir represalias por terceros países, Venezuela podría aumentar su comercio con los Estados Unidos mediante una planificación adecuada, pero ciertamente no mediante unas industrias nacionales estimuladas artificialmente, cuyos productos se venderían a precios más elevados que las mercancías de los Estados Unidos. Era evidente que la situación imperante era la solución ideal. En 1948, por ejemplo, el porcentaje de las importaciones de metales, maquinaria y vehículos provenientes de los Estados Unidos eran el 57.2, ó 41.8 del total de las importaciones [17]. Además, en un país donde la mano de obra era siempre escasa y sobre todo esto ocurría

cada vez más en la agricultura, la importancia de la maquinaria continuaría incrementándose. Así la industria pesada contribuiría vitalmente a aumentar la tasa de crecimiento en el futuro. En tercer lugar, Venezuela tenía recursos en hierro, minas a cielo abierto y buen transporte para los mercados exteriores. Si bien no se conocían todas sus posibilidades en 1945, el mismo Betancourt había especulado antes de 1941 sobre la industria. Sin embargo, él concluyó entonces que la industria pesada era todavía algo más bien utópico para Venezuela[18].

Cualesquiera que fueran las prioridades oficiales del desarrollo económico en 1947, la Junta Revolucionaria comenzó una serie de importantes estudios, utilizando primero a la firma norteamericana Burns y Roe y después a especialistas canadienses y suecos, para investigar un proyecto conjunto sobre las cataratas del Caroní. Debería incluir una planta eléctrica de una capacidad final de 200.000 kilovatios, una fábrica nacional de acero que trataría el material que se encontraba en la vecindad, y una fábrica de aluminio cuyos materiales se encontraban también en la misma zona. Se incluía en la investigación un estudio sobre la reducción de mineral mediante el uso del gas natural y de la electricidad, mejor que con carbón, cuyo contenido de sulfato y escasez general habría hecho que la reducción tradicional del mineral fuera demasiado onerosa. No se habían terminado los estudios cuando cayó Gallegos, pero el 10 de setiembre de 1948 la prensa anunció que estaba llegando la primera maquinaria para la instalación de la fábrica de la "Siderúrgica Venezolana, S.A.", que instalaría hornos eléctricos, y que la producción de planchas y barras de acero comenzaría en abril de 1949. El capital sería venezolano y norteamericano[19].

Los proyectos de desarrollo nacional del acero estaban de acuerdo con una solución aprista. Junto con los planes de una fábrica nacional, se estimuló deliberadamente en 1947 a las subsidiarias de U.S. Steel y Bethlehem Steel, con intención de dar a Venezuela cantidad de acero en lo inmediato, así como participar en los be-

neficios de la exportación. Se otorgaron cinco concesiones a la Oliver Mining Company (U.S. Steel) a condición de que después de haber extraído un mínimo de 50.000 toneladas, el 50 por ciento de la producción fuera a la empresa capitalista y el resto al Estado. El Estado también tendría opción para comprar hasta 200.000 toneladas más para utilizarlas en Venezuela. Por lo que toca a la Iron Mines Company (Bethlehem Steel), se hicieron arreglos para exportar a Baltimore en el año 1949, con esperanza de llegar a una cifra anual de dos millones de toenladas [20].

No hubo tratativas referentes a una posible nacionalización gradual de toda la industria. Al contrario, la Junta Revolucionaria se preocupó de que las Compañías no se alejaran por temor a disposiciones restrictivas. Se dejó una puerta abierta por cuanto que no se puso período al contrato; podría ser cambiado por el gobierno en cualquier momento [21]. Es dudoso que tuviera ninguna intención de hacerlo. Los contratos en sí mismos eran progresivos en relación a los del pasado, pero inevitablemente aumentaban el control extranjero, político tanto como económico, lo que era pagar muy caro ese progreso. Una opción más nacionalista habría implicado un comienzo mucho más lento de la industria del acero y unos impuestos mucho más fuertes sobre los que eran capaces de contribuir a financiarla. Incluso en 1967 el hombre más rico de Venezuela no pagaba más del 30 por ciento de su ingreso [22]. La Junta Revolucionaria no quería ni promover una política de sacrificar el presente para un control pleno en el futuro ni de grandes impuestos.

La nación tuvo éxito en mantener su soberanía en otras industrias extractivas, diamantes y oro. Una nueva compañía de diamantes, la Compañía Venezolana del Diamante, S.A., de hecho una rama de la importante Corporación Venezolana de Desarrollo (de la que se hablará después) fue estimulada directamente por la Junta con 1,7 millones de bolívares. Es significativo que Venezuela se convirtió en el segundo productor de diamantes del mundo después del Brasil [23].

En el área de la industria en general, a pesar del alto poder adquisitivo del bolívar en la metrópolis, que tendía a crear una fuerte competición a la industria naciente, se puede decir que la Junta Revolucionaria y la administración de Gallegos se esforzaron por utilizar el ingreso proveniente del petróleo para el desarrollo nacional. De enero de 1946 a diciembre de 1948, la Corporación de Desarrollo dio créditos a la industria por 58 millones de bolívares [24]. Quizá no hay signo más claro del abandono por parte de Betancourt del objetivo a largo término de una economía socialista que el uso que la Junta hizo del ingreso percibido por el gobierno para crear una industria privada, en lugar de poner a la nueva industria directamente bajo control gubernamental. Con todo, la industria todavía enfrentaba el problema de que la inversión y expansión capitalistas, con raras excepciones, tendían a seguir al mercado y no a dirigirlo [25]. En 1958, un economista político venezolano todavía exhortaba a que la clase media se dedicara a la industrialización y rompiera la alianza del importador y la metrópolis [26].

Un camino efectivo mediante el que el gobierno podría reducir gradualmente la posición del importador, con un mínimo de fricción contra la alianza del importador, los latifundios y la metrópolis era ampliando el programa infraestructural de Medina. En este terreno el partido luchó para aumentar la capacidad de desarrollo de la nación. Si bien el conjunto del programa de desarrollo del gobierno puede ser considerado quizá como incoherente o, mejor dicho, lleno de tensiones (inevitables en toda lucha realmente tal), el programa infraestructural estaba caracterizado por un plan comprensivo y racional que dejaba pequeño a cualquiera de sus predecesores. Las grandes sumas destinadas a la infraestructura eran semejantes en proporción a la del último presupuesto de Medina [27], pero el extraordinario incremento de su valor absoluto tuvo que llevar al gobierno a estudiarlas con más detenimiento. En este sentido, el gran aumento cuantitativo contribuyó a un cambio cualita-

tivo en favor de un procedimiento más racional por parte del gobierno. Sin duda cintribuyó también a esto el conjunto del enfoque teórico de Betancourt. No queremos decir que no hubiera otros teóricos de valor en el gobierno, pero bajo el mando de Betancourt tuvieron probablemente más oportunidad para poner en práctica sus teorías.

Dos importantes esquemas de infraestructura fueron el Plan de Vialidad de 1947, una proyección conjunta de futuras autopistas, aeropuertos y proyectos fluviales y portuarios (en general se dejaban de lado los ferrocarriles) y el Plan de Electrificación.

El Plan de Vialidad, destinado a ser realizado en los próximos veinte años., esperaba enlazar entonces 700 ciudades. Se deberían construir cuatrocientos kilómetros por año para atravesar las zonas más importantes para la agricultura y la ganadería [28]. Junto con la construcción de carreteras, el gobierno planificaba drenar el Orinoco y parte del Lago de Maracaibo, utilizando los beneficios petroleros que excedían la nueva participación legal de los monopolios del 50 por ciento por error en cálculo de impuestos y por variaciones del mercado [29].

También el Plan de Electrificación abarcaba toda la nación, dividiendo Venezuela en siete zonas. Sólo durante el año fiscal 1946-1947 el número de plantas aumentó de 319 a 616 [30]. Con frecuencia las plantas eran de propiedad mixta, privada y pública; incluyendo esta última los gobiernos nacional, estatal y municipal. Probablemente el gobierno participaba para ayudar a suscribir los riesgos y para sostener mayormente la propiedad estatal. Con todo, en un intento de mantener la expansión a tono con las necesidades industriales estimadas (en lugar de impulsarlas) el gobierno investigó sobre los planes que para el futuro tenían los comerciantes e industriales locales. Ese desarrollo, concebido en parte para hacer la nación más independiente de los Estados Unidos, se apoyaba inevitablemente en la metrópolis para conseguir materiales y productos terminados. Se mencionaban frecuentemente

como abastecedores la Westinghouse, General Electric y Anaconda [31].

El camino de la inafrestructura estaba empedrado con beneficios norteamericanos. Desde luego, los repuestos, cuyo porcentaje en el conjunto de gastos crecería con la economía, tendrían que provenir de los abastecedores originales, para que el equipo pudiera seguir trabajando convenientemente. En el caso de una ruptura pacífica con el empresario original, todavía quedaba el lazo de los costos de la patente. En suma, el mismo proceso de creación de la inafraestructura ilustra los numerosos y semiocultos lazos que unen la metrópolis con su satélite. Aunque para la Venezuela del trienio los problemas de financiamiento no eran siempre los más graves, la nación tendría que enfrentar una larga y creciente lucha para producir independientemente y estar más libre de las ventajas de la metrópolis referentes a "los bienes de capital, tecnología, planes, patentes, marcas comerciales, licencias: en suma, prácticamente todo lo relacionado a la producción 'industrial' ligera y - o montaje de piezas en el extranjero" [32]. Toda solución realista para conseguir la independencia económica y desarrollo pleno parece que debería comportar no sólo un cambio de sistema, sino también una acción unificada a escala continental o al menos regional, según la visión de Haya de la Torre en el Perú. La Flota Mercante Grancolombiana era un paso en esta dirección. Otra, en forma de un intento de unión aduanera, se haría bajo Gallegos.

En todo caso la infraestructura, bajo la Junta Revolucionaria, era absolutamente esencial para un desarrollo industrial significativo. El crecimiento del mercado habría estado impedido siempre de no haber carreteras, electricidad, puertos y aeropuertos. Bajo Gallegos hubo una extensión lógica del programa infraestructural en forma de un vasto plan de comunicaciones para ser realizado en colaboración con la compañía Ericson. El plan incluía un completo sistema de teléfonos, radioteléfonos y telégrafos; debía realizarse en ocho años, a un costo estimado de 48 millones de bolívares. Se criticó muchísi-

mo al régimen por la ineficiencia con que se realizaban los programas. Pero si en parte se podía excusar la ineficiencia del régimen de Medina, que intentaba realizar programas records durante un tiempo en que había una gran escasez tanto de materiales como de personal especializado, todavía ocurría más esto en el tiempo de la presidencia de Betancourt. Su programa dejaba pequeño a su vez al de Medina, y también se estaba realizando en un tiempo de escasez, aunque fuera algo menos severo. Más valía construir y equivocarse que no construir nada. Este escritor también acepta en parte el análisis de Betancourt, en el que él reconoce abiertamente el terrible peso de su burocracia, los errores, los zigzagueos de numerosos proyectos presionados por una construcción dinámica sin precedentes en la historia de Venezuela [33]. Parece haber sido un tiempo en que los burócratas, cautivados por reglas y un nuevo sentido de poder, se gloriaban en la inercia, y también un tiempo en que el tráfico de Caracas estaba tan obstaculizado por la construcción de drenajes que se cerraban al comercio cuadras enteras; un tiempo en que se podían ver en el anticuado puerto de La Guaira hasta catorce barcos, todos esperando para el mismo muelle, todos pagando 2.500 bolívares o más por día, y algunos esperando hasta 14 días. ¡El caos! Los trabajadores portuarios estaban todos hacinados, sentados, tomando el desayuno o esperando un camión para mover el material; el puerto era demasiado pequeño. Había demasiado para el almacén. "¡Ponedlo en la playa!". A veces actuaban rápidamente, descargando mil automóviles y camiones en dos días. A veces en la ciudad las cosas se hacían rápido, cuando escuadras de 200 hombres o más, trabajando día y noche, conmovían con los taladros el sueño de los caraqueños.

"Hubo errores y precipitaciones en la obra realizada. El apetito de hacer historia y la angustia patriótica ante el atraso del país nos impulsó a ir a pasos acaso apresurados" [34]. (Aunque esto se encuentra fuera del objetivo de esta obra, parece que Betancourt, después en el exilio, interpretó mal la lección de su propio régimen,

pensando que había ido demasiado de prisa. Esa interpretación es plausible si uno siente que debe mantener en lugar de reducir permanentemente las diferencias entre las clases. En el mejor de los casos, parece implicar que se debería reducir más lentamente los privilegios que durante el trienio, es decir, que se debe, de hecho, reforzar el privilegio dándole una base más firme, cambiar las cosas lo necesario para que sigan igual).

En el campo de la agricultura la Junta Revolucionaria insistió en las mejoras técnicas y en la reducción de la explotación del trabajo dentro de un sistema de propiedad monopolista de la tierra apenas modificado. Betancourt dio muchas razones para posponer este punto principal de reforma. Un argumento era que una ley de tanta envergadura y tan controvertida debería realizarse dentro de un parlamento democrático [35]. Este argumento no es del todo convincente, dado que la Junta Revolucionaria hizo tantos otros decretos que eran muy controversiales si no tan importantes. Otro argumento era el técnico tradicional, empleado por Medina. Betancourt lo utilizó en un discurso el 14 de diciembre de 1945. Dijo que no se debía temer que un gobierno como el suyo, que había demostrado tener prudencia, adoptara una política demagógica respecto a la distribución de tierras. Se redistribuiría el campo, pero cuando los planes y medios técnicos gubernamentales permitieran una explotación racional y productiva de esas tierras [36]. Está relacionado con la política sinuosa de Betancourt al saber cuánto tiempo habría llevado el emplear algunos expertos agrícolas estadounidenses para hacer un estudio rápido y extensivo del campo (ya existían algunos al respecto), esbozar planes técnicos para el desarrollo futuro y comenzar inmediatamente la redistribución de tierras a medida que el programa se fuera efectuando. Otro tercer argumento era que la reforma agraria estaba seguida inevitablemente por descensos en la producción y que en esa época era imposible asegurar la importación de todas las crecientes necesidades [37]. Las reformas agrarias han tenido efectos muy diferentes. No es inevitable

una reducción inmediata de la producción. Además esa reforma habría movilizado al campesinado, convirtiéndolo en una fuerza revolucionaria que apoyaría el partido, que tenía bases poco sólidas. Dado que la producción había estado disminuyendo en los últimos diez años, un cambio de propiedad puede que le hubiera dado un impulso inmediato. En todo caso es probable que las masas del país hubieran sufrido con gusto una reducción en la producción para obtener ese beneficio.

Parece que la razón real era estratégica; La Junta Revolucionaria, enfrentada a sucesivos intentos de los reaccionarios de organizar una contrarrevolución, estaba intentando consolidar su poder durante los dos primeros años, de modo que las reformas reales se realizaran con Gallegos [38]. Como se notó antes, la misma reforma habría sido un factor fundamental en la consolidación del poder. Parece que el gobierno no concibió esto como una posibilidad real, o quizá incluso como un fin deseable.

Incluso como estrategia, el posponer la reforma agraria fue un paso lamentable. Dio a la oposición tiempo para consolidarse y aliarse con fuerzas del ejército. Los jóvenes oficiales que habían colaborado en el golpe de octubre de 1945 podían haber permitido una reforma agraria inmediata antes que separarse de una Junta de cuya formación eran hasta tal punto responsables.

Betancourt citaría después la afirmación de Chalbaud de acuerdo con la Junta Revolucionaria como señal de la traición del oficial: "En sólo ocho meses, la Revolución ha hecho más por el ejército que su gobierno -de Medina-, en el que las Fuerzas Armadas, habían puesto tantas esperanzas, esperanzas que finalmente no fueron confirmadas" [39]. Pero es obvio que la afirmación estaba destinada a justificar la participación de los jóvenes oficiales en la revolución, como también a alabar sus resultados. En ese momento ellos no podían arriesgarse a disociarse de ella.

No hay duda de que el ejército deseaba ahogar toda reforma agraria, como lo hizo en noviembre de 1948, cuando tomó el poder. Un crítico sostiene incluso que

los oficiales del ejército eran en su mayoría de procedencia latifundista, aunque no da pruebas de ello [40]. Otras fuentes sostienen que la mayoría de los oficiales del Ejército provenían de la clase media baja [40a]. El hecho es que el posponer la reforma agraria los hizo quizá más ansiosos de oponerse a ella cuando vieron que se acercaba gradualmente. Sin duda el constitucionalismo, de por sí, no era fácil que redujera su latente antagonismo a ella. Como mostró la Junta Militar de 1948 (no la Junta Revolucionaria) su concepción de la constitucionalidad era completamente diferente de la de Acción Democrática. Sus acciones reflejaban la creencia de que la constitucionalidad era un "medio para garantizar un máximo de maniobras personales..." y "...para fines conservadores" [41]. El ejército venezolano, como había dicho Vallenilla, ofrecía una oportunidad al campesino más rudo de alcanzar "democráticamente" la cima, pero una vez que llegaba allí su tendencia era olvidar sus orígenes y consolidar su poder aliándose con los elementos tradicionalmente privilegiados y conservadores. Así, en suma, era poco aconsejable, desde el punto de vista estratégico, posponer la reforma agraria.

Betancourt no sólo la pospuso. Como observa de la Plaza, dio incluso marcha atrás. Canceló la reforma agraria del régimen de Medina. Sustituyó temporalmente la idea de distribución masiva de tierras al campesinado con un plan en el que el gobierno distribuía algunas tierras y, sobre todo, arrendaba tierra a los latifundistas para subarrendarlo a los campesinos. Este procedimiento en dos etapas implicaba que se utilizaba el ingreso del gobierno para apoyar los latifundios, dando el uso de sus tierras a los campesinos en condiciones en que ellos no era probable tuvieran incentivos para mejorarlo [42].

> Si el gobierno había llevado a efecto su política de 1939 sobre los contratos de arrendamiento, los términos de 1945 serían los de acuerdos liberales a largo plazo de arrendamientos en los que el agricultor se encontraría indemnizado por las mejoras que realizara.

A pesar de ello, esta modificación dentro del sistema no modificaba sustancialmente la injusticia del acuerdo ni garantizaba aumentos sustanciales de la producción.

Un paso más positivo (que implicaba también limitaciones dentro de un sistema no modificado) era el programa para organizar comunidades agrícolas. La C.V.F. (Corporación Venezolana de Fomento) colaboraba con el I.T.I.C. (Instituto de Inmigración y Colonización) para fundar comunidades mixtas agrarias entre venezolanos y los inmigrantes recién llegados. Durante los cinco primeros años la C.V.F. las administraría, pero después el control pasaría a sus miembros. Los que frajeran bienes (tierras, ganado, equipo) recibirían el 4 por ciento anual. Laas ganancias netas de las comunidades serían divididas de la siguiente manera: el 25 por ciento se reinvertiría en el mismo capital, el 10 por ciento iría a un fondo de previsión social; 25 por ciento para vivienda; 5 por ciento para el director; y 25 por ciento se distribuiría entre los miembros en proporción al número de días que trabajara cada cual. Cada agricultor dentro de la comunidad poseía un pedazo de tierras para cultivos de consumición interna, y animales y bonos de propiedad colectiva; además cada agricultor recibía su salario ordinario por el trabajo realizado en la comunidad. (Sin duda podía parecer que se hacían más beneficios haciendo que los salarios fueran bajos). En noviembre de 1948 había catorce comunidades de ese tipo, que contaban con 33.000 hectáreas en 11 Estados. Del capital total invertido, 17.261.924.26 bolívares habían devuelto 8.060.979,20. Además, el gobierno había instaurado planes para crear cooperativas agrícolas en las zonas de indios para instruirlos en la explotación racional, darles centros educacionales, e introducir a la vida nacional sus 111.000 indios[43]. Es obvio que estos movimientos no eran un sustituto de la reforma agraria, ni intentaban serlo.

La Junta Militar, que derrócó a Gallegos, estaba decidida a destruir las comunidades agrarias y todas las

pruebas que podían llevar a un análisis favorable de las mismas [43a]. Todos los archivos oficiales fueron destruidos, con lo que se destruyeron también los intentos de juicios objetivos para futuros proyectos [44]. Los militares sostuvieron que se trataba de un fracaso administrativo y económico completo y absoluto, basándose en el fuerte endeudamiento en que se encontraban las comunidades. Una de las primeras, en Motica, fracasó al parecer porque el agrónomo que seleccionó el lugar escogió un terreno muy pobre.

Ellos vieron las comunidades como un instrumento político de Acción Democrática, contrario al interés nacional —de ellos—. También es posible que las tendencias vagamente socialistas de las comunidades fueran consideradas por la Junta Militar como una importación directa del Kremlin, y por lo tanto fueran consideradas como asociaciones delictivas [45].

Se puede tener alguna idea de la situación que tenían probablemente esas comunidades en 1948 si se consideran los datos de los proyectos paralelos de *colonias* agrícolas, en cuanto distintas de las *comunidades* agrícolas. Algunas de ellas constituían el legado de la década de López Contreras y Medina. El cuadro tiene su aspecto negativo: falta de planes y estudios previos (y falta de recurrir a los especialistas para remediar este problema); trabajadores no acostumbrados a las faenas agrícolas; peleas entre rusos y venezolanos (uno de los rusos casi colgó a los hijos de un campesino venezolano; se dice que otros rusos vivían en casas hacinadas y se daban a la promiscuidad); los italianos se quejaban de carecer de fondos para comer decentemente y las autoridades respondían que ellos eran perezosos; faltaba agua debido a que los canales no funcionaban adecuadamente y las reparaciones eran lentas; los tractores funcionaban mal y se carecía de repuestos; el suelo era seco y de poca calidad; la administración era deficiente; los errores se mutiplicaban debido a la adopción de medidas precipitadas [46].

A pesar de todas estas dificultades en sus comienzos, había una tendencia a mejorar. En algunas de las colonias las relaciones entre las diferentes nacionalidades, eran de una gran cooperación. Aquí, los yugoslavos, polacos y rusos se mezclaban bien con los venezolanos. En tres colonias que antes estaban en ruinas había después signos de gran entusiasmo y optimismo comercial. El incremento de la producción en otra colonia ayudó a reducir el precio de los tomates, vegetales verdes y frutos en Barcelona y centros petroleros vecinos. La cosecha de patatas se convirtió en el orgullo de toda la colonia venezolana [47].

En suma, se puede pensar al menos que con el tiempo se habría mejorado la administración de las colonias y de las comunidades mediante la experiencia, que la mezcla de nacionalidades en trabajo semicolectivo presentaba más aspectos positivos que negativos; que la producción aumentó en algunos casos en grado signigicativo. Más importante que ninguna medida cuantitativa inmediata era el intento de terminar con la visión tradicionalmente aislada del agricultor, combatir el proceso de individualización de cada agricultor, es decir, su tendencia a pensar sólo en términos de su propia tierra, de sus propias necesidades. Era un intento de cambiar la mentalidad enraizada en el modo rural de producción venezolano y reemplazarlo con una tendencia más colectiva.

Gallegos describiría este ideal, casi como si estuviera leyendo al joven Marx o incluso el *Contrato Social* de Rousseau (que leería después): "Cuanto más el pensamiento, voluntad y vida de uno están puestos al servicio del ideal colectivo, más se pertenece uno a sí mismo" [48]. En términos muy prácticos, una vez removida la codicia, los proyectos agrarios al menos mantenían la esperanza de que los campesinos, trabajando juntos, comerían mejor y al mismo tiempo tendrían una vida más plena mediante un mayor número de contactos humanos. Pero sería probablemente erróneo separar las posibilidades prácticas de las granjas colectivas del ideal místico que Gallegos había expresado sobre su presidencia. Algunos

de los campesinos más pobres podrían sentir probablemente las más altas abstracciones, aunque no las conceptualizaran excepto en los sutiles versos de sus cantos.

Ya fueron analizadas en las obras de Karl Kautsky las dificultades de los proyectos colectivos en escala tan pequeña y dentro del contexto de una evolución burguesa de los que tenían que ser verdaderos instrumentos. Podemos añadir aquí sólo que ese experimento, aunque por su escala no amenazara a los latifundios, encarnaba potencialmente el embrión tanto de un modo de producción como de una mentalidad que era la antítesis de los mismos. Las colonias eran revolucionarias en un sentido utópico socialista, es decir, eran comunidades modelo que debían actuar como guía para el cambio social.

El grueso del programa agrícola de la Junta Revolucionaria estaba destinado a ayudar tanto al gran agricultor como al pequeño, sin modificar pues mucho la situación imperante. Como en la industria, también en la agricultura una de las instituciones centrales del gobierno era el ya mencionado organismo Corporación Venezolana de Fomento. También era importante el Banco Agrícola y Pecuario (BAP). En 1945, en plena crisis agrícola, la C.V.F. dio créditos para 15 a 25 años a unos 200 agricultores, por un monto de 100.000 a cada uno [49]. El crédito mínimo de la C.V.F. era de 25.000 bolívares [50]; parece obvio que no estaba destinado al campesino. El total durante el trienio fue de 99 millones de bolívares [51].

El pequeño campesino, con todo, recibió créditos a corto plazo del B.A.P. El siguiente cuadro muestra el notable incremento en número de los pequeños agricultores que participaron de esos créditos [52]:

Año	*Número de campesinos*	*Total de créditos*
1945	1,146	Bs. 33,8 millones
1946	21,317	57,2
1947	46,936	81,7
1948	81,093	96,4

Además, la Junta Revolucionaria también intentó beneficiar al trabajador poniendo condiciones a los créditos a los grandes agricultores.

De igual importancia para toda la política agraria, prioridad para el desarrollo nacional, era el programa de irrigación, en particular el trascendental proyecto Cenizo, que pensaba irrigar 100.000 hectáreas y establecer control gubernamental sobre las nuevas aguas. Si se hubiera realizado, la reforma de la irrigación habría quedado sin duda como una de las mayores realizaciones en pro de la justicia social [53].

Algunos de los demás programas esenciales eran una fuerte importación de tractores, tan importante dada la escasez de mano de obra y continuo éxodo de los campesinos a las ciudades, la construcción de mercados, silos, abrevaderos de ganados y el establecimiento de controles para los precios [54].

Más controversial fueron las empresas del gobierno referentes a la leche y a la carne, que incluían tanto producción gubernamental como, para consternación de los productores privados, importación de leche en polvo estadounidense y carne argentina (lo último para frenar la tasa de matanza doméstica) [55]. El conflicto de intereses entre las empresas públicas y privadas en esas dos áreas se manifestó durante la administración de Gallegos y será analizado después.

Parece que estaba justificada la decisión política por parte del gobierno de dedicar a la agricultura los mayores esfuerzos para el desarrollo. Venezuela no tenía el problema de deber aumentar la producción agrícola para liberar mano de obra para la industrialización. Más bien se enfrentaba con el problema de intentar alimentar a los que ya estaban en los campos y permanecían en ellos. Huían de las subhumanas condiciones rurales y estaban encandilados por los campos de petróleo o centros más poblados. Había dos modelos principales en este movimiento. El más corriente era de las tierras altas a las bajas, tanto temporal como permanentemente. Otro modelo, mezclado con el anterior, era la migración por

etapas: la gente se trasladaba de centros pequeños a otros algo más poblados, que podían ser o bien una ciudad o un centro petrolero [56]. Para el objetivo inmediato de nuestro análisis, basta indicar de nuevo la falta de una capacidad agrícola adecuada, la disminución en términos absolutos de la tierra cultivada, y la correspondiente importación de alimentos. En suma, el Estado necesitaba aumentar la producción rural para mejorar la salud y la productividad del trabajador rural, y como consecuencia frenar el éxodo rural que continuaba a un ritmo superior a la creación de empleos productivos por el Estado o la empresa privada en las áreas más pobladas, para incrementar los esfuerzos de la economía por una mayor independencia, para reducir el costo de la vida, y para crear una masa rural económicamente capaz de proporcionar productos para la industria.

De igual importancia para la producción nacional era la salud. Es notable que los más decididos críticos del trienio mezclaran su crítica con muchas alabanzas por las realizaciones en este terreno. El mismo objetivo de la tarea implicaba que las expectativas estaban destinadas a aumentar antes que los resultados.

Lo siguiente prueba una crítica más justificada: las dificultades respecto al agua y alimentación en un hospital de Maracay; la necesidad de un nuevo hospital en el Estado Aragua (se deja fuera gente por falta de camas); el instituto de oncología (anti-cáncer) está en condiciones pésimas, hacinado, sofocante, lleno de moscas y sin créditos para un nuevo edificio; en una ciudad, en Trujillo, el treinta y cuatro por mil son leprosos y la falta de fondos hace imposible una campaña efectiva; la existencia de malaria en Puerto Píritu (no se eliminó del todo la malaria, aunque la tasa de mortalidad por malaria bajó en un 90 por ciento); falta de médicos (los médicos cuya carrera había sido financiada por los monopolios petroleros querían todos permanecer en las ciudades; los médicos extranjeros no podían obtener licencia); falta de dentistas (los que no tenían licencia fueron perseguidos por el Congreso); sólo hay una mujer cirujana

en toda Venezuela; la leche que empezaba por ser tomada ya por vacas tuberculosas terminaba teniendo más gérmenes después de la pasteurización que antes; el manicomio de Maracaibo está lleno con 643 pacientes que son tratados como prisioneros en un espacio destinado a 300 (¿Venezuela estaba cambiando, y su sociedad sufría una neurosis de civilización?); y en una ciudad petrolera la tasa de sífilis llegaba al 60 por ciento [57].

Estas eran las protestas que reflejaban una nación físicamente enferma. Pero los hombres que las proferían, como el senador independiente de Yaracuy, Alberto Ravell, eran ciudadanos preocupados, que estaban respondiendo no sólo a la miseria que encontraban a cada paso, sino también a las esperanzas que habían sido espoleadas por el ritmo acelerado de la reforma sanitaria, una reforma que prácticamente comenzó a mediados de la administración de Medina. Bajo la Junta Revolucionaria, el enorme incremento cuantitativo en gastos sanitarios implicó de nuevo un saldo cualitativo. No sólo se triplicó el presupuesto sanitario (su porcentaje en el presupuesto total quizá siguió siendo el mismo) [58], sino que las mayores disponibilidades permitieron a Acción Democrática concentrarse en ayudar a los pobres en una escala sin precedentes.

Si bien no había un único plan central al que se pueda analizar, había muchos esfuerzos. Llegaban informes rereferentes a algunos progresos, mezclados con las críticas. El informe quinquenal de realizaciones de la Oficina de Cooperación Interamericana de Salud Pública del 19 de febrero de 1948 registraba mejoras respecto a la malaria, la asistencia médica a los trabajadores del caucho, un mayor control e investigación sobre la bilharzia, educación sanitaria, mayor control de la anquilostomiasis y de las fuentes de agua rurales. En lo referente a mejoras cuantitativas podían reivindicar sus esfuerzos sobre la malaria. En lo referente a conducciones de agua, sólo construyeron cuatro acueductos hasta 1947. Desgraciadamente carezco de datos para saber a cuántas personas servían esos acueductos [59].

Había constante información a principios de 1948 y durante la administración de Gallegos referente a nuevos hospitales e instituciones sanitarias: el 15 de abril un instituto antituberculoso para Maracaibo; el 21 de mayo un nuevo hospital para el Estado de Portuguesa y otro para Mérida; 14 de junio un instituto radiológico para Valencia; 28 de setiembre un nuevo centro médico para el Estado Zulia; 10 de octubre un instituto de traumatología para Caracas; 14 de noviembre un nuevo centro siquiátrico. Notable fue el comienzo del Instituto de Oncología, el 15 de mayo. Fue una respuesta directa a los editoriales del senador Ravell en *El Nacional*. Más impresionante todavía era el interés de los ciudadanos de Valencia, que pedían que se eliminara la cantidad presupuestaria asignada para un nuevo hipódromo y los fondos se dedicaran a la construcción de un hospital antituberculoso, cuya construcción casi había sido dejada de lado. El 11 de mayo se destinaron a ese proyecto 800.000 bolívares. Eran días que resultaban prometedores para las hasta entonces "perdidas energías" [60].

Empequeñecía todo lo anterior un plan general hospitalario, reseñado por la prensa el 3 de mayo, dos meses antes de que entrara en efecto el presupuesto de Gallegos. Era un informe previo (que incluía muchos proyectos que no han sido relatados más arriba) así como un esbozo de los años siguientes. Como muchos otros planes, estaba sometido a variaciones. Aparte del gran número de construcciones proyectadas, comprendía una escuela de enfermería para muchos de los mayores hospitales, cinco o seis sanatorios antituberculosos, un enfoque más importante para atacar la lepra y la adquisición de un gran número de unidades de un instrumento que se necesitaba mucho: ¡camas! [61].

Como en lo referente a todos los programas del trienio, había un obstáculo fundamental, la mentalidad. La campaña de higiene en bares y restaurantes encontró mucha apatía. Era una tarea hercúlea conseguir que los que atendían los bares lavaran los vasos. La ordenanza del gobierno que prescribía el uso de productos químicos

encontró la misma inercia [62]. A veces el problema de cambio de mentalidad concernía a los burócratas del gobierno. Fue muy posiblemente la "inercia, irresponsabilidad e ignorancia en el gobierno del Estado Falcón lo que permitió que se repitiera una epidemia de tifoidea. Al menos todo eso contribuía a la miseria del pueblo; 50.000 vivían en promiscuidad, sin agua, higiene ni letrinas. Apilaban en grandes montones la basura y defecaban detrás de sus chozas [63].

(La actitud recién expuesta por *El Universal* no era tan altruista como pudiera parecer. Se tenía que implantar en la zona una refinería de petróleo. La Shell y la Creole hacían fuertes inversiones en instalaciones, viviendas, acueductos y otros equipos en Punta de Cardón y Amuay. Había que exportar 300.000 barriles por día. Todo el centro sería importante desde el punto de vista comercial [64]. Los artículos que *El Universal* escribió referentes a la reforma sanitaria en 1948 se podrían contar con una mano, sobrando la mayoría de los dedos).

Si la mentalidad urbana era todavía un obstáculo, la rural era desde luego uno aún mayor, en cuanto que todavía había muchos analfabetos. Hay algunas pruebas de que los carteles de la campaña sanitaria fueron mal interpretados, de modo que los iletrados que lo vieron se confirmaron en sus hábitos, a la larga suicidas, de caminar por el agua llena de microbios de anquilostomiasis. Si veían un cartel de un hombre ante un río con un ¡NO! escrito abajo; se lanzaban al río más alegres que nunca [65]. La superstición era también una parte esencial del bagaje cultural del campesino:

"Querido San Pedro
Por Dios tan poderoso
líbrame de serpientes
y animales venenosos".

En ocasiones el sentido común triunfaba sobre las supersticiones. Ramón Fernández, un hombre encolerizado por no haber podido curar la enfermedad de su amada a pesar de haber pagado dos bolívares al brujo, se en-

colerizó todavía más cuando el brujo se ofreció para tranquilizar el espíritu de la muchacha de Fernández acostándose él mismo con ella. (Por su segundo consejo Fernández le dio al brujo como pago un buen golpe) [66].

En general, con todo, se iba al médico sólo en casos graves. Al preguntársele a un campesino si era necesario un dispensario en su pueblo, respondió: "No, nosotros preferimos morir en el hospital (en la gran ciudad más cercana)" [67].

De este modo las 37.419 letrinas [68] construidas durante el trienio, aunque difícilmente se pueden considerar como la respuesta a la realización personal, eran parte de un programa que reconocía, en un grado desconocido en Venezuela hasta la fecha, la necesidad de combinar la humanidad con las posibilidades prácticas.

Fueron inseparables del programa sanitario los esfuerzos del gobierno para mejorar las condiciones de alimentación y modo de dormir del pueblo. Había muchas casas de comidas, y se transportaron a través de la república 5.000 unidades de viviendas, aunque toda cifra palidece ante las necesidades. Como Medina, el gobierno del trienio se enfrentó con los problemas de falta de experiencia previa, escasez de arquitectos y de materiales e incluso de hornos en que cocer los ladrillos. Además, antes de poder construir nada había que comenzar por redes enteras de cloacas [69]. Se analizará esto más en detalle después, cuando se traten específicamente los problemas de la administración de Gallegos, porque fue entonces cuando se hizo más manifiesto todo el problema de la construcción y control de arrendamientos.

La educación era más higiénica y orientada hacia la práctica durante el período de la Junta Revolucionaria y el de su sucesor. Dado que el 75 por ciento de los venezolanos no tenían retretes, no sólo era necesario construir letrinas, sino también educar sanitariamente, para reducir el 20 por ciento de mortalidad debido a enfermedades intestinales, particularmente la anquilostomiasis [70]. De ahí que la purificación del suelo mediante productos químicos, cuyo efecto era sólo temporal, tenía

que estar acompañada por instrucción sanitaria. El maestro de escuela debía hacer un análisis médico detallado de los alumnos; los que tenían síntomas de enfermedades debían pasar un análisis médico de heces. Se convirtieron en parte del currículo la lección sobre los parásitos intestinales y visitas a la unidad sanitaria local (donde había). En esa unidad examinarían con microscopio los parásitos. Además, el maestro tenía que organizar conferencias sanitarias, y representaciones teatrales sobre temas sanitarios; sin duda había aquí algo de "realismo socialista". Los estudiantes debían realizar un censo de letrinas e incluso ponerlas como parte de la lección [71].

Apoyaba la educación sanitaria el aumento de médicos y de enfermeras [72]. Una de las tareas más agradables de Gallegos como presidente fue el entregar diplomas a aquellas enfermeras que habían comenzado su aprendizaje bajo la Junta Revolucionaria.

El presupuesto educacional es otro ejemplo de cambio cualitativo mediante el enorme aumento cuantitativo proveniente de los ingresos petroleros. De nuevo aquí el porcentaje era el mismo respecto al total que en tiempos de Medina.

El programa de alfabetización de adultos había comenzado virtualmente como un proyecto piloto bajo Medina. Nunca adquirió las dimensiones nacionales del de Fidel Castro, que pudo estar basado en parte en el mismo programa venezolano y en una anterior campaña alfabetizadora mexicana de 1942; con todo, significó un notable progreso respecto al pasado, y estaba bien integrado en un programa destinado a elevar el nivel de vida y el espíritu de varias comunidades.

Las sumas gastadas y los resultados inmediatos que, al parecer, se obtuvieron indican en parte el progreso. En 1944 Medina había destinado 56.000 bolívares a un proyecto piloto que benefició a 600 personas. En 1945-1946 se gastaron 260.000 bolívares y 250 maestros enseñaron de hecho a 15.000 Después, en 1946, parece que se alfabetizó a 27.000 La campaña más intensa comenzó

en 1947, cuando de acuerdo a una serie de datos, se alfabetizó a 41.319 personas. Y en 1948, con un presupuesto que se elevaba a 3.177.810 bolívares es probable que se alfabetizaran entre 31 y 37 mil personas [73].

En lo referente a los centros colectivos que se creaban y desaparecían varían mucho las cifras que poseemos. En noviembre de 1948 un informe del nada izquierdista *El Nacional* hablaba de 429 centros colectivos; 42 centros de extensión cultural, 57 centros de cultura "popular", y 15 unidades móviles. Un artículo anterior, de julio de 1948 había citado 3.214 centros colectivos y 47 centros culturales "populares" al terminar el año escolar 1947-1948. Betancourt sostenía que en noviembre de 1947 había más de 3.000 centros colectivos. Puede que añadiera simplemente la cifra de 1947-48 a la de la campaña de octubre de 1948, pero es difícil saber si los centros de 1947-48 estaban todavía funcionando. *El Nacional* parece indicar que no. Esto no quiere decir que Gallegos no habría extendido los programas de alfabetización; sugiere que los programas que le acompañaban tendían a terminarse rápidamente y no se hacían en el mismo local [74].

El primer curso, *Abajo Cadenas* se acompañaba de una revista mensual, *Leo*, cuya circulación alcanzó los 20.000 ejemplares. Tenía artículos sobre historia; biografía, en particular la de Bolívar; poesía; higiene y métodos para liquidar la malaria. Las clases incluían también aritmética, geografía y civismo, e incluso algunos rudimentos de tecnología agrícola. Con los cursos estaba la vacunación para los miles que participaban en ellos [75].

El programa no dejaba de ofrecer serios defectos. Necesitaba más inspectores, más películas educacionales mejor adaptadas que muchas de las que eran mostradas por las unidades móviles. Los profesores que trabajaban tan duro en las "legiones alfabetizadoras" podrían haber recibido probablemente una paga mayor de los 100 bolívares mensuales para enseñar, en promedio, a 20 estudiantes

En las áreas montañosas la falta de transporte era un obstáculo serio a los esfuerzos del maestro para llegar a los tan dispersos estudiantes. Con frecuencia no podían contar ni con un caballo o una mula [76].

Una manera de obviar la falta de maestros y de transportes era utilizar a los estudiantes y a los jóvenes como maestros. Una muchacha de trece años se destacó enseñando a leer a 28 personas, y recibió como premio una medalla de oro. Es posible que la idea tuviera sus raíces en la Sociedad para la Difusión de Conocimientos Utiles inglesa, que había sido fundada en 1827, y en otras experiencias de esa época. Existía un precedente más cercano e impactante en la campaña alfabetizadora mexicana de 1942, cuyo lema había sido "cada uno enseña a otro" [77].

(Parece haber pruebas evidentes de que, en un sentido general, México proporcionó muchas ideas para los gobiernos del trienio. Si bien Venezuela no escogía siempre imitar a México, generalmente miraba allá en primer lugar. En materias sanitarias, lepra, por ejemplo, se inspiró en el Brasil. En la legislación laboral miraba también a la Argentina).

Una de las mayores dificultades potenciales fue de nuevo la de las actitudes. Las películas querían despertar la curiosidad, y no satisfacían las expectativas. Mucho más exitoso e imaginativo era el teatro de muñecos, que utilizaba los personajes tradicionales del rico folklore venezolano. Tío Conejo o Gallito Vanidoso desarrollaban sus bufonadas en 172 piezas para quizá unas 300.000 personas [78]. En pequeña escala, los espectáculos del teatro de muñecos, fue uno de los métodos más exitosos de los gobiernos del trienio para atacar lo que un politólogo ha descrito como el "problema central con el que se enfrentan los dirigentes modernizadores... el de adaptar la cultura tradicional específica de su propia sociedad a un modo de vivir adecuado a las oportunidades proporcionadas por el conocimiento moderno" [79].

En un aspecto el entero programa de alfabetización no era demasiado impresionante. Sólo 10 por ciento de los

analfabetos venezolanos se había alfabetizado, pero se había hecho en tres años [80]. Más importante era el que quizá las actitudes rurales hacia la educación, tradicionalmente antagonistas, se había comenzado a cambiar por otras de entusiasmo [81]. Un día un cantor se sentó en un centro colectivo de Carabobo y comenzó un canto que podía expresar lo que sentían miles de personas [82].

"Ya no soy analfabeto
ya sé leer y escribir
Con mi lápiz sé decir
mis ideas y mis afectos".

Si entre los adultos sólo una pequeña proporción estuvo directamente afectada por los programas educativos, aumentó muchísimo la asistencia a la escuela primaria. Muchas áreas todavía no tenían escuelas, pero crecía la construcción de escuelas, y la contratación de maestros de escuela subió de 1.200 en 1945 a 4.500 en 1948; de éstos, 1.500 estaban en aprendizaje. La asistencia a la escuela subió mucho más todavía que el enrolamiento de maestros. Hacia 1948 había 500.000 en la escuela [83]. Había todavía 240.000 sin escuelas en julio de 1949, aunque el plan de gobierno esperaba reducir drásticamente ese número durante los dos años siguientes [84]. Los obstáculos para incrementar el enrolamiento habían sido formidables. Precisamente porque Juan el campesino había sido mantenido ignorante esto no significaba que él viera conscientemente que podía mejorar su vida mediante las escuelas, que si existían, carecían de bancas, mapas, libros y pizarras [85]. La falta de preparación de muchos de los maestros, deplorada por los reformadores [86], podía ser desconocida por el peón, pero él sabía una cosa: que la educación formal no había hecho nada para mejorar la condición económica de sus hijos o de toda su familia. Por el contrario, la escuela obstaculizaba el trabajo en el campo, amenazándole con privarle del trabajo de sus hijos (la ley laboral decía que sólo los menores que tuvieran más de 14 años podían trabajar, y sólo por seis horas, pero la ley era, tenía que haber sido, para otro).

Era mejor que los niños se quedaran en casa. Además, los que se educaban siempre huían a la ciudad [87].

Incluso si Juan hubiera estado contento de que su hijo fuera a la escuela, a veces ésta se encontraba demasiado lejos, y en ocasiones él estaba demasiado avergonzado. ¿Cómo podía enviar al niño sin vestidos? De ahí que una escuela podía tener 82 estudiantes por maestro o sólo ocho [88]. De ahí que la mayor asistencia a las escuelas primarias debe ser considerado como un gran triunfo del gobierno.

El mayor obstáculo era todavía la enseñanza secundaria. Betancourt citaba un avance en escuelas secundarias de 29 a 47 liceos, y de 11,500 a 22.000 estudiantes. En las universidades las cifras para esos mismos años pasó de 2.940 a 61.000 [89].

Es difícil juzgar cuántos estudiantes más podrían haber entrado en la escuela secundaria si la ayuda gubernamental hubiera sido mayor. Sin duda la falta de profesores y edificios era un freno, al menos temporalmente. Pero también encontramos justas quejas de que había muchas menos becas de las que eran solicitadas. De hecho, de acuerdo con una fuente, no sólo la mayoría de las peticiones de beca no eran satisfechas, sino que ni siquiera se respondía a muchas de esas peticiones. Y las que se daban con frecuencia eran insuficientes para enfrentar el elevado costo de la vida [90]. Sin mayor documentación sería azaroso afirmar que la administración estaba intentando hacer crecer la educación secundaria a un ritmo deliberadamente lento. (Los que estaban en el poder podrían argumentar con hechos lo contrario, el empuje dado a la construcción, el incremento de los programas para profesores, las becas, los sinceros esfuerzos realizados) Cualquiera que fuera la conclusión a que se llegara sobre las intenciones, es innegable que el porcentaje de venezolanos con educación secundaria, para no hablar de los que tenían educación universitaria, seguiría siendo abisalmente pequeño para un país que se acercaba rápidamente a los cuatro millones.

Si bien el conjunto del programa no garantizaba terminar con una sociedad gobernada por una élite, reflejaba de nuevo el interés del partido para mejorar la suerte de los trabajadores y elevar los niveles de producción dentro de la estructura, de utilizar aquellas "energías perdidas". Aparte de los programas ya mencionados, otro paso positivo hacia ese objetivo era el aumento de escuelas vocacionales para los adolescentes y de las destinadas a los trabajadores adultos.

En agosto de 1947 Betancourt podía mencionar con orgullo ocho nuevas escuelas de artesanos y planes para la Escuela de Tecnología Industrial, que se realizaría un año y medio después. En noviembre de 1948 había 3.000 personas en las escuelas politécnicas, muchas con becas estatales [91]. Los resultados inmediatos eran al parecer descorazonadores; el gobierno, en su prisa, no había investigado acerca de las aptitudes de los estudiantes. Este escritor cree que era oportuno no insistir demasiado en las aptitudes en ese punto. Como indicaba el Ministro de Educación, Dr. Juan Beltrán Prieto, las aptitudes podían estar ocultas por falta de orientación profesional en la educación primaria y secundaria. Lo estudiado cubría distintos campos, desde la pesca hasta la minería, y las escuelas estaban distribuidas en siete Estados [92].

Un avance todavía más progresista en este mismo campo fue el establecimiento de escuelas vocacionales para delincuentes juveniles: escuela de carpintería, por ejemplo, en Cojedes [93]. El ejemplo más importante, y hay que señalar que había demasiado pocos de ese tipo, era la escuela reformatorio modelo de la isla de Tacarigua, instaurada en 1947. Se enseñaba carpintería, zapatería y trabajos con hierro a 109 muchachos. Tenían deportes, un teatro, películas, viajes por el lago, una biblioteca, un club de jóvenes y, desde luego, eran visitados por sus padres. No había castigos físicos. Como resultados no podemos citar muchos por falta de información, pero no hay ninguna duda que Tacarigua era una enorme mejora en relación a las posibilidades del pasado [94]. La crítica del que esto escribe se endereza a la ausencia de

muchos más intentos de tratar los problemas generales que ocasionaban la delincuencia juvenil. Se discutirá el tema en detalle más adelante.

Se observó un esfuerzo paralelo en las escuelas de comercio para adolescentes en los clubs 5-V, parecidos a los clubs 4-H. Se hizo todo lo posible para disminuir la enorme ignorancia que caracterizaba al sector rural. Cuando comenzó el gobierno, sólo había 70 agrónomos en toda la nación. Aparte de los clubs 5-V, el gobierno impulsaba a los estudiantes a dedicarse directamente al estudio de la agricultura, y en 1948 el número de los que estudiaban temas agrícolas y veterinarios era de 5.733; la cifra de 1947 era de sólo 1.244, e incluso ésta significaba un enorme incremento respecto al pasado [95]. Se debe notar también que la International American Association anunció en abril de 1948, 300 becas para venezolanos para estudiar agricultura en Costa Rica; no se daban más detalles al respecto [96].

En diciembre de 1947 comenzó en Caracas un proyecto piloto de instrucción técnica para los trabajadores. Había cuatro cursos: mecánica, electricidad, plomería y estudios generales, dados mediante clases nocturnas a los trabajadores que eran llevados en autobuses a la escuela. Asistieron a las clases 500; aprobaron 200; el resto tenía que repetir alguna materia más adelante [97].

En la educación superior se hicieron algunos tanteos de reforma, como en la escuela de derecho, pero los problemas siguieron siendo graves y se manifestaron de manera crítica durante la administración de Gallegos, como se notará después.

La crítica más severa contra todo el programa educacional del gobierno estaba centrada en el tema explosivo del papel de la religión en la educación. Los primeros debates resonantes comenzaron en la convención constitucional de la Junta Revolucionaria, que envenenaron la atmósfera y afectaron profundamente los debates de 1948 respecto a la nueva y abarcadora ley de educación, que será discutida después. En lo referente al impulso que el programa educacional ofrecía a la pro-

ducción en el futuro, había una aprobación general en el diario de centro-izquierda *El Nacional*, y un silencio sepulcral por parte de la oposición más conservadora. Esta última estaba demasiado ocupada ya atacando a Acción Democrática en otros frentes.

Los sindicatos obreros estaban ocupados preferentemente en la lucha entre los comunistas y Acción Democrática por una parte, y entre los empresarios y ellos por otra. Los obreros que asistían a las escuelas comerciales nocturnas de Caracas parecían en general estar conformes, aunque es muy fácil que *El País*, mi fuente de información, publicara sólo las opiniones favorables.

Con todo, no cabe duda que la tarea del trabajador se desarrolló de una manera más favorable durante su alianza con Acción Democrática que cuando los comunistas se habían aliado, en una infausta relación, con el general Medina. Parece que hubo tres consideraciones fundamentales en la política laboral de Betancourt. En primer lugar, tanto Gallegos como él mismo, y su partido, deseaban reducir las injusticias dentro de un sistema de empresa privada, para fortalecer el mismo sistema. Hacerlo ante la oposición conservadora les hacía aparecer como amenazando radicalmente los intereses creados y su futuro. Betancourt soñaba acelerar el proceso industrial, con sus nubarrones de humo elevándose sobre una multitud de fábricas. Con todo, no quería que el proceso de industrialización comportara para Venezuela todas las miserias por las que pasaron Gran Bretaña y otros países en sus revoluciones industriales. Este escritor cree que deseaba normalizar la revolución burguesa venezolana para consolidar el poder de la latente clase industrial mediante concesiones más justas a sus trabajadores. Esta política de mayor flexibilidad no implicaba ni por un momento que se terminara con la explotación que impedía que los trabajadores decidieran cómo había que gastar el grueso de la plusvalía producida; implicaba una disminución de la participación de los capitalistas en los beneficios con respecto a la Gran Bretaña de 1830; es decir, que los salarios tendrían

que ser ahora mayores y estar acompañados por beneficios marginales y mejores condiciones de trabajo. Betancourt no estaba trabajando para llegar al socialismo, sino más bien en favor del "control social" que se refiere, no a las limitaciones de la propiedad capitalista, sino por el contrario a su protección. O, hablando en términos económicos, no constituye un ataque a la explotación capitalista, sino más bien una normalización de su explotación" [98].

Otra consideración básica que Betancourt, como político, tenía en cuenta, era la fuerza política que el apoyo de los sindicatos obreros podría dar y de hecho había de dar a su partido para que éste pudiera triunfar. Para mantener el apoyo de los sindicatos, Acción Democrática tenía que convencer a los miembros de los sindicatos obreros que recibirían más beneficios bajo la dirección de Acción Democrática que con la de los comunistas. El que Acción Democrática tuviera que competir con los comunistas en su lucha por el poder reforzaba probablemente la tendencia a reducir la explotación de los obreros para normalizarla.

Una tercera consideración era keynesiana. Era esencial incrementar el poder de compra de los trabajadores si se quería que la industria prosperara. Betancourt subrayaba que los salarios más altos favorecían a los negocios [99]. Puede ser que llegara a esta conclusión después del trieno, y no antes. Así, el trabajo se convirtió en un poder reequilibrante, pero nunca tan fuerte que amenazara la posición superior de los empresarios.

Al instalarse la Junta Revolucionaria en octubre de 1945 las mejoras para los sindicatos obreros de Acción Democrática y teóricamente de los comunistas y Copei (cristianodemócratas) fueron casi inmediatas. Las intenciones del gobierno de apoyar los movimientos sindicales estuvieron formalizadas en la nueva Constitución, el 5 de julio de 1947, en los artículos 53-63, que daban garantías específicas: el derecho al trabajo, a organizarse, a la huelga, pensiones, vacaciones pagadas, seguro de enfermedad, indemnización por despido y participación

en los beneficios [100]. Estas disposiciones estuvieron incorporadas en el nuevo código de trabajo del 21 de octubre de 1947. Ilustra el carácter progresista de esta ley el que los comunistas, en los sindicatos petroleros, se burlaban de cualquier alabanza a muchas de las cláusulas del contrato de 1948 alegando que esas cláusulas no hacían sino cumplir con el código de trabajo. Se referían a temas tales como al pago de horas extraordinarias, seguridad social, igual pago por igual trabajo, y casas para los maestros e hijos de los trabajadores [101].

La multiplicación de los sindicatos laborales fue inmediata. En noviembre de 1948 había registrados 1014 en el nuevo ministerio de trabajo o bien en base regional en federaciones estatales o bien a base ocupaciones en federaciones industriales. Los contratos colectivos se convirtieron en la fórmula aceptada durante el trienio. En 1946 hubo 227; en 1948 había 483 [102]. Durante el corto término del trienio, es indudable que los beneficios y salarios de los trabajadores subieron para muchos tanto que neutralizaron parcialmente el poder explotador del sistema. Una fuente cita los salarios reales de los trabajadores (una medida de lo más adecuada) como superior en un 64,74 por ciento a los de 1944 (Una fuente contraria, que debe ser mencionada, dice que mientras los precios subieron de 1938 a 1947 el 250 por ciento los salarios sólo subieron el 190 por ciento) [103]. Pero los salarios no sólo variaban mucho dentro de una misma industria, sino también de región a región [104]. Las mayores diferencias, con todo, eran las que había entre uno y otro sector de la economía. Los empresarios, dolidos por el nuevo tono empleado por los trabajadores, se quejaban amargamente de que todos los contratos imitaban demasiado los del lucrativo negocio del petróleo, contratos que eran incapaces de hacer también ellos. Pero la aguda diferencia entre los ingresos de los trabajadores del petróleo y de los empleados en trabajos públicos, y la aguda diferencia que también había entre los ingresos de estos últimos y los de los obreros agrícolas refutaban en parte este alegato de los empresarios [105].

Una comparación entre tres contratos de 1948, considerados típicos de cada uno de los respectivos sectores económicos, ilustra esa refutación. Los tres en cuestión son los siguientes: el contrato trienal colectivo de febrero entre la Federación de trabajadores del petróleo de Venezuela y la Creole Petroleum Corporation; el acuerdo bienal colectivo de marzo entre el Ministerio de trabajos públicos y la Federación de sindicatos de la construcción de Venezuela; y el acuerdo trienal colectivo de marzo entre la Federación de trabajadores agrícolas de Venezuela y la Asociación de empresarios agrícolas del distrito de Morán en el Estado de Lara.

Las escalas de salarios básicos para los tres ilustran fuerte e inmediatamente las diferencias entre ellos. Los salarios petroleros, de acuerdo con la categoría, variaban de 14 a 31 bolívares por día. Los salarios para los trabajadores de obras públicas variaban de 3 a 16 bolívares. Los salarios para los trabajadores agrícolas eran de 4,5 bolívares. Por malo que en comparación puede parecer el salario de estos últimos, se debe reconocer que representa algún progreso sobre los salarios agrícolas de los años precedentes. En el oeste de Venezuela, en que está colocado Lara, los salarios agrícolas para 1935, 1945 y 1947 eran de 2 bolívares, 2,2 bolívares y 2,9 bolívares respectivamente [106].

El pago debido a trabajos especiales muestra de nuevo las diferencias entre los tres contratos. Los trabajadores del petróleo que tenían que trabajar bajo el agua ganarían, de acuerdo a la profundidad del agua, 4 a 28 bolívares más. También se pagaría más a los trabajadores sometidos a condiciones insalubres con productos químicos en las refinerías. El tiempo extra se pagaría un 50 por ciento más a todos, y lo mismo el trabajo dominical. No hay información relativa al trabajo extra de los empleados de trabajos públicos. En lo referente a los trabajadores agrícolas, los empleados en las refinerías de azúcar recibían un aumento del 20 por ciento y un bono de 5 bolívares después de trabajar 48 horas por semana. Otros trabajadores agrícolas recibirían un au-

mento del 25 por ciento después de las 48 horas, además de un bono por 4,5 bolívares.

Por lo que toca a las vacaciones, los trabajadores petroleros tendrían dos semanas con paga y podrían escojer trabajar una tercera semana con doble paga o tener una semana más de vacaciones con paga normal. Los trabajadores agrícolas, después de 200 días de trabajo, recibirían seis días, y un día más por cada 30 días más de trabajo después de los 200.

En lo relativo a las condiciones sanitarias, los trabajadores petroleros que no estaban cubiertos por la seguridad social, si caían enfermos, recibirían una tercera parte de la que habrían recibido si hubieran estado cubiertos por el seguro de enfermedad, y esto por el período correspondiente a las disposiciones legales que regulaban la seguridad social. Esta indemnización no podría ser inferior a 7 bolívares para un obrero hospitalizado ni 9 bolívares para quien convalecía en casa. Los obreros de trabajos públicos tenían derecho al 50 por ciento de los salarios normales, más 5 bolívares por día durante diez meses. Los trabajadores agrícolas estaban mucho menos favorecidos: los asalariados enfermos recibirían el 50 por ciento de su paga durante un período de sólo dos semanas.

En beneficios familiares, los trabajadores petroleros y su familia tenían garantizados los servicios médicos organizados por sus Compañías. El Ministerio de Trabajos Públicos tenía que proporcionar servicios médicos a los trabajadores acogidos al convenio colectivo. (No se decía nada de sus familias). Por lo que toca a los trabajadores agrícolas de Morán, la asociación de empresarios prometería intentar persuadir a las autoridades regionales para instalar dispensarios en las inmediaciones de los lugares donde se realizaban faenas agrícolas.

Los trabajadores del petróleo, además, recibían ciertos beneficios en las comisarías de la Compañía. Se les garantizaba también una casa o un subsidio de vivienda; un subsidio de viaje por el tiempo gastado en viajar desde su casa al lugar de trabajo; restaurantes a precios

reducidos organizados por la compañía y dirigidos por el Instituto Nacional Popular de Alimentación; escuelas técnicas y clubs; y suplementos a esos subsidios por servicios prolongados o despido. No se mencionaba nada sobre esos temas en los contratos agrícolas ni de trabajos públicos. Además se puede dudar que muchas de las cláusulas del contrato agrícola se cumplieran. Si bien se mejoró el servicio de inspección durante el régimen de Medina, y el número de inspecciones creció notablemente (había más del doble en 1947 que las 1650 de 1945), los esfuerzos todavía eran insuficientes respecto a las necesidades. El programa vial no podía cubrir amplias zonas en sólo tres años. En la misma zona occidental, en el Estado de Portuguesa, muchas empresas agrícolas no habían sido inspeccionadas nunca debido al mal estado de los caminos. Además, los inspectores estaban sobrecargados de trabajo; tenían que realizar demasiadas cosas para que fueran efectivos. Las condiciones de los inspectores del petróleo también podían ser criticadas; con frecuencia su oficina, su transporte e incluso su teléfono pertenecían a la Compañía. En un lugar en Cabinas y Lagunillas la inspección de la producción estaba casi paralizada. Con todo, los inspectores, al menos, tenían transporte [107].

En suma, las compañías petroleras proporcionaban beneficios sustanciales a sus obreros. Habían elevado directamente el nivel de vida del 3 por ciento de la población activa y contribuido indirectamente a financiar sus múltiples programas. Estas eran concesiones justas y absolutamente necesarias, para normalizar sus relaciones con su satélite, cuyos trabajadores creaban la riqueza. Sin duda, dentro del estrecho contexto de los meros contratos, las compañías petroleras no podían ser acusadas de los contratos de los empleados de trabajos públicos o de los trabajadores agrícolas. Con todo, en un contexto más amplio, que será analizado después, jugaban un papel fundamental en la alianza tácita que evitaba un ajuste más sustancial en el conjunto de relaciones entre empresarios y trabajadores dentro del país.

Si las compañías petroleras no debían ser criticadas desde un punto de vista por la posición inferior de los empleados de los trabajos públicos, y de la posición muy inferior de los trabajadores agrícolas, la estructura económica desequilibrada de la nación seguía siendo tal que contribuía mucho a un éxodo continuo a los campos petroleros y a las ciudades. No había equilibrio. Difícilmente se podía esperar que los trabajadores del petróleo renunciaran a sus recientes beneficios para animar a los peones a que permanecieran en su miseria. Cualquier sacrificio de su parte dentro de los límites del actual sistema capitalista no era probable que implicara una mayor contribución al desarrollo total de Venezuela en el futuro, sino más bien a dividendos aún mayores para los accionistas norteamericanos. Se podría esperar más lógicamente que los trabajadores se sacrificaran en un Estado en que toda la plusvalía estuviera en manos del Estado y pudiera ser empleada para el desarrollo. El gobierno estaría en una posición ventajosa para realizar más directamente el desarrollo, un desarrollo de acuerdo con un plan racional [108]. Mientras la empresa capitalista continuara dominando en Venezuela sería virtualmente imposible al gobierno establecer una estructura de salarios o una estructura de inversiones que correspondiera suficientemente a las necesidades de desarrollo de la nación en lugar de responder al motivo central del capitalismo: plusvalía y correspondiente acumulación individualista de los capitalistas y una creciente élite de obreros. Así los beneficios de los sindicatos obreros son sólo una cara de la moneda. Por la otra se encontraban las masas de gentes ignorantes, hambrientas y enfermas que huían a las ciudades a un ritmo más rápido de lo que el gobierno podía hacer para estimular la industrialización o proveer las viviendas necesarias. Además, como ha mostrado Brito Figueroa, aunque se aceleró la industrialización, la mecanización desplazó cada vez más a los obreros de la industria, manteniendo una alta tasa de desempleo [108a]. El desarrollo y el subdesarrollo estaban pues hermanados en la revo-

lución burguesa de un satélite, a pesar de los innegables progresos realizados respecto al pasado.

Los beneficios recibidos por los trabajadores se obtuvieron, como se indicó a principios de esta sección, en parte debido a la política del gobierno, y una consideración importante de esta política era la competencia con los comunistas. Hay pruebas de que el partido Acción Democrática estaba ganando la competencia incluso antes de que se aliara con el ejército para tomar el poder en octubre de 1945. Sin duda Medina había ayudado a Acción Democrática quitando la legalidad a tantos sindicatos comunistas en marzo de 1944, pero Acción Democrática tenía el número suficiente de adeptos para aprovecharse de la oportunidad que le había proporcionado Medina. Una vez en el poder, creó un Ministerio del Trabajo que se alió activamente con aquellos sindicatos de afiliación de Acción Democrática. Los sindicatos comunistas, en ocasiones muy provocadores, con distintos grados de justificación, se eclipsaron. Esto se debió en parte a la naturaleza progresiva del gobierno de Acción Democrática, pero también en parte a la discriminación que sufrieron.

En cuanto que la pelea entre los comunistas y Acción Democrática parte de una rivalidad que comenzó en 1931, es en parte azaroso y quizá irrelevante delimitar la culpa que ellos tenían en su ataque al gobierno, y la de éste en sus relaciones con ellos. Con todo, la fricción entre ambos fue quizá un factor más importante de lo que a primera vista puede parecer en la caída de Gallegos, y en el intento comprometedoramente conservador de 1958 de realizar el programa de desarrollo económico de Acción Democrática. Aunque sólo fuera por esas razones, vale la pena examinar las relaciones entre los dos. Además este escritor cree que una alianza renovada con los comunistas y elementos de centro-izquierda de la Unión Revolucionaria Democrática de Jóvito Villalba era la alianza que tenía más probabilidades de permitir que siguiera progresando la revolución, sin

socavar sus objetivos más importantes de desarrollo económico y social.

Una alianza con Copei, el segundo partido en importancia, cuyas directivas eran quizás más progresistas que sus bases reaccionarias, habría llevado al gobierno gradualmente en el mismo sentido que tan rápidamente tomó la Junta Militar de noviembre de 1948.

Aparte de la rivalidad histórica y de las diferencias fundamentales de ideología, también los obstáculos inmediatos para la alianza entre Acción Democrática y los comunistas eran formidables. El mismo ascenso al poder de Acción Democrática se realizó sobre los cadáveres de comunistas que preferían Medina a sus rivales [109]. Los subordinados de la Junta Revolucionaria, quizá sin la aprobación de la Junta, utilizaron rápidamente su poder. Los comunistas fueron golpeados y encerrados, después de ser acusados de conspirar para derrocar al régimen [110]. La Confederación de Trabajadores de Venezuela, en vez de ser empleada como medio para reabrir una alianza con los comunistas, fue utilizada para debilitarlos. En 1947 la C.T.V. fue purgada de la mayoría de sus miembros comunistas, y Bernardo Pérez Salenas fue su primer presidente de Acción Democrática [111].

Los inspectores de trabajo de la Junta Revolucionaria y de la administración de Gallegos ignoraron las quejas hechas por los sindicatos comunistas o los independientes, o retrasaban indefinidamente los problemas expuestos por esos mismos disidentes. Un ejemplo suave fue el comportamiento gubernamental respecto a la huelga de distribuidores de leche de principios de enero de 1948. Los trabajadores actuaron después de pedir en vano el acostumbrado bono de dos meses. El gobierno pidió arbitraje con el fundamento legal de que era una necesidad social que la industria continuara funcionando. Mancera, de los comunistas, pidió una investigación. Luis Lander, que se convirtió en presidente de la Cámara de Diputados, rehusó investigar, diciendo que las estadísticas mostraban la débil posición económica de la industria de la leche; ofreció estudiar la distribución. Era lo menos

que podían hacer cuando algunos distribuidores al parecer conducían de doce a quince horas por día. El 18 de enero el gobierno había aplastado la huelga, usando el sindicato de Acción Democrática como rompehuelgas en el proceso [112].

Juan Batista Fuenmayor, uno de los más destacados portavoces comunistas, criticó amargamente la política del gobierno, que no sólo había terminado con una huelga en la industria lechera, sino también en la industria de la construcción, en la industria del transporte e incluso en las empresas fúnebres. Había prevalecido un arbitraje obligatorio. Juan Batista Fuenmayor también encontraba rechazables las observaciones de Betancourt el día de año nuevo, en que el presidente de la Junta Revolucionaria había pedido a los trabajadores y a los empresarios una tregua. También pidió específicamente que terminara la demagogia y aventurerismo de los sindicatos laborales, una interpretación que difícilmente podía gustar a la oposición izquierdista [113].

Los hombres de negocios, acostumbrados a su propia ineficiencia tradicional, a la maquinaria envejecida y con frecuencia a tratar con trabajadores ineptos (resultado de la estructura de clases en Venezuela y de su consiguiente atraso), experimentaban presiones para aumentar los salarios y otros beneficios de los trabajadores. Sentían que la carga principal pesaba sobre sus hombros, debido a la alianza entre el Ministerio del Trabajo y Acción Democrática. Betancourt, que había conseguido en dos años algunos beneficios significativos para los trabajadores, deseaba probablemente frenar el ritmo, antes que inclinar a los intereses capitalistas a concertar una alianza más fuerte con los miembros del ejército, ya quejosos. Por otra parte, los comunistas, al encontrarse con menor influencia, probablemente se sentían obligados a ser agresivos, a superar a los sindicatos de Acción Democrática para rellenar sus filas. La oleada de huelgas aplastadas tuvo que parecerles pues intolerable, porque frenaba sus medios de competición más eficaces. Además, es difícil que Betancourt no estuviera

consciente que dañaría a Acción Democrática el que los sindicatos comunistas consiguieran realizar contratos más favorables que los que eran capaces de hacer los sindicatos de Acción Democrática.

Este conflicto de intereses entre Acción Democrática y los comunistas provocó otra crisis con motivo de las negociaciones para el contrato petrolero de febrero de 1948. Apenas se puede dudar que los sindicatos comunistas deseaban que se rompieran las negociaciones y comenzar una huelga paralizadora, a pesar de los aumentos salariales y en beneficios marginales. Se decía que el 5 de febrero afirmaban: "...parece que la insaciable sed de explotación y de expoliación de las Compañías imperialistas nos obligará a ir a la huelga contra nuestra voluntad..." [114]

Muchas de las críticas de los comunistas consistían en atacar a Acción Democrática por citar como conquistas lo que no eran sino cumplimiento del Código del Trabajo. Algunas de las críticas parecen al que esto escribe superficiales; tal es, por ejemplo, la burla con que los comunistas acogían la cláusula 74 en que la Compañía petrolera se comprometía a poner a disposición de los niños de escuela, para sus actividades, un autobús todos los domingos. Algunas de sus quejas parecen realmente válidas. La protesta porque el trabajador licenciado tiene sólo 45 días para dejar su casa, cuando otras Compañías daban tres meses, por la gran escasez de viviendas, parece razonable. También parece adecuada su protesta por la lentitud del procedimiento de recurso de los sindicatos. Quizá tenían derecho a estar encolerizados, como estaban, por la vaga e insegura garantía de igual paga por igual trabajo, dado que era la Compañía sola quien decidía lo que era un trabajo igual. Otra queja razonable era que la Compañía seguía rechazando el dar alojamiento o paga adicional a los trabajadores urbanos. También luchaban por la concepción válida, aunque todavía no aceptada, de que un asalariado tenía derecho a un contrato a tiempo completo. La protesta más fuerte era que el con-

trato tendría validez por tres años, tres años durante los que los precios podrían subir y hacer así ilusorios los aumentos salariales [115].

Meses después se elevarían otras protestas, cuando algunos de los mismos sindicatos de Acción Democrática protestaron por la interpretación de las Compañías respecto a algunas cláusulas del contrato. El senador comunista Jesús Farías buscó rápidamente una alianza con el sector insatisfecho de Acción Democrática. En un ataque general que pedía una anulación de todo el contrato incluía nuevas protestas (o al menos el periódico las imprimía por vez primera). Una de ellas concernía a la reducción de productos que se venderían a precios de costo en la comisaría de la Compañía. Otra se refería al hecho de que ahora el representante del sindicato sólo podía encontrar tiempo para presentar su protesta después de pedir y obtener permiso de su jefe inmediato, que podía rechazar el dárselo. Otra protesta era contra la cláusula que decía que: "con relación a la mujer que haga vida marital con un trabajador, es entendido que una vez inscrita en los registros de la Compañía no podrá ser sustituida por otra" (si bien esta cláusula parece encaminada a evitar que los fondos vayan a parar a las concubinas y no a las esposas, parecía, desde luego, excluir el derecho al divorcio) [116].

En suma, si bien los beneficios del contrato de 1948 eran importantes y reducían quizás dentro de los límites del sistema las razones de exigir otros más, con todo, algunas de las demandas de los comunistas no sólo eran válidas, sino que no eran en modo alguno exageradas, no significaban un peso ulterior significativo en las operaciones fiscales de las Compañías. Cabía, pues, un compromiso. Entre bastidores se habían discutido algunos compromisos entre las dos facciones de los sindicatos. Luis Tovar, presidente de los sindicatos de comercio de Acción Democrática, sostenía que los comunistas los habían insultado, propalado ideas contrarias mediante la radio, y rehusaban aceptar la decisión de la mayoría, es decir, la decisión de Acción Democrática.

La continua intransigencia de Acción Democrática desde tiempos de Betancourt hasta la caída de Gallegos fue al menos parecida a la de la oposición izquierdista. En febrero los líderes de los sindicatos comunistas de Zulia fueron al parecer juzgados en ausencia en una asamblea que no tenía quorum, y así fueron expulsados [117]. Durante un corto período los dirigentes de Acción Democrática pretendieron que no se había realizado ninguna expulsión, pero no se les consultó a esos comunistas en las últimas deliberaciones relativas al contrato petrolero, y los representantes comunistas fueron privados de sus anteriores derechos [118]. El Ministro de Trabajo, Raúl Leoni, a pesar de seis telegramas del senador Farías, rehusó comparecer ante el Senado o el Parlamento o incluso mantener una entrevista. Ligado a ello estuvo el rechazo por parte del ministro a discutir en las mismas circunstancias el conflicto laboral paralelo relativo a los marineros de los barcos petroleros [119]. Al mismo tiempo, el 26 de febrero, se tuvo noticias de la expulsión de comunistas del sindicato de electricistas [120].

Se comprende en parte que, una vez que se puso en vigencia el contrato, Betancourt, para evitar la anarquía, insistiera en que había sido negociado por la mayoría y todos debían regirse por él. Pero queda el hecho de que se habían efectuado las negociaciones sin que se oyera efectivamente la voz de los comunistas, que representaban a una parte considerable de la minoría, y que se habría podido acceder a algunas de sus peticiones. Betancourt estaba pues simplificando demasiado cuando afirmaba que la mayoría de los sindicatos petroleros habían excluido resueltamente de sus filas a los que por reprobable demagogia, o por tendencias típicas de los afiliados al comunismo, no eran capaces de concebir cómo se resolvían las diferencias entre los trabajadores y los empresarios sin usar o abusar de la huelga; que era sólo este reducido sector de trabajadores, dirigidos y encabezados siempre por una bandera importada —rusa— el que rehusaba afrontar los problemas entre los trabajadores y los empresarios con un criterio

de responsabilidad nacional [121]. Había no sólo una determinación por parte de Betancourt y de su partido a imponer la regla de la mayoría, de realizar avances sustanciales sin recurrir a una huelga costosa para todos los implicados, sino también la decisión de evitar que los comunistas pudieran obtener ningún crédito respecto a los beneficios obtenidos.

En mayo Acción Democrática trató de nuevo la expulsión de los sindicatos comunistas. Insistió en que sólo los dirigentes eran expulsados. ¡Nadie forzó a los 8.000 que estaban en sus sindicatos a irse! [122]. Cuando el mal funcionamiento del contrato llevó a discusiones incluso entre los sindicatos de Acción Democrática, estos tenían todavía mucho cuidado en distinguirse de los comunistas en sus negociaciones. El ministro de Trabajo intervino entonces rápidamente y consiguió para sus sindicatos puntos semejantes a aquellos por los que habían luchado antes los comunistas, y por los que habían sido calificados de instrumentos demagógicos de la Unión Soviética [123].

Las negociaciones petroleras fueron el ejemplo más importante de una política que se manifestó en distintos campos laborales durante todo el trienio. Cuando los maestros comunistas propusieron hacer la Federación de Maestros Venezolanos como un sindicato para conseguir un contrato colectivo, se rechazó esa proposición. O, mejor dicho, parece que la propuesta fue robada, dado que los maestros de Acción Democrática organizáronse después para evitar la consolidación del poder de los comunistas [124]. Es también posible de que el gobierno fuera hostil por razones políticas a los huelguistas comunistas del gremio textil, en octubre de 1948 [125]. En otro caso, el gobierno de Acción Democrática rehusó paranoicamente aceptar la crítica de los obreros de telégrafos, y los acusó a todos falsamente de irresponsabilidad y de oportunismo político. Algunos eran incluso trabajadores de Acción Democrática, otros eran independientes: en la mente del gobierno todos fueron clasificados como de oposición izquierdista [126].

La competencia con la oposición comunista pudo llegar incluso a influenciar la misma posibilidad de conseguir empleo. Una fuente sostenía después que los trabajadores no podían obtener empleo, especialmente en proyectos de obras públicas y otras empresas estatales, si no eran miembros de un sindicato de Acción Democrática o miembros del partido Acción Democrática. Si esta crítica es verdadera, no sería nada sorprendente, como sostiene la misma fuente, que muchos trabajadores que deseaban ser fieles a sus sindicatos independientes, pero que también tenían que trabajar, tenían dos carnets sindicales en sus bolsillos, uno el de su elección y otro el de Acción Democrática, que era lo mismo que un permiso para trabajar [127].

Dada esa misma posible realidad, el discurso de Betancourt a las masas trabajadoras traídas a Caracas en autobús para una gran asamblea para apoyar a Acción Democrática contra una creciente oposición derechista muestra quizá una apreciación errónea. El jefe de Acción Democrática reclamaba una conferencia entre dirigentes tanto del campo empresarial como del laboral, para arreglar sus diferencias, frenar la espiral de precios y salarios, y fomentar la producción nacional. Pero excluía cuidadosamente de esas reuniones a la extrema derecha y a la extrema izquierda. Los comunistas serían evidentemente excluidos, y estaban furiosos por ello [128].

La misma intensa rivalidad se daba en el campo internacional. Si de 1924 a 1944 las organizaciones laborales de los Estados Unidos casi no tuvieron contacto con las de Latinoamérica, en 1948 el AFL en una conferencia en Lima intentó crear una alianza anticomunista en la Confederación Internacional del Trabajo, para contrabalancear la Confederación de Trabajadores de América Latina, dirigida por el mexicano Vicente Lombardo Toledano, de inclinaciones comunistas [129]. Es posible que la AFL tuviera fondos provenientes de la CIA; esos fondos quizá habrían sido superfluos de ha-

berse tenido que emplear para reclutar los sindicatos de Acción Democrática.

El encuentro de Lima se tuvo poco después de una reunión en Cali (Colombia) en que sus rivales izquierdistas habían denunciado abiertamente tanto las relaciones laborales dentro de los Estados Unidos como la alianza opresora entre los consorcios estadounidenses y los regímenes antidemocráticos de Chile, Brasil, Cuba y Colombia [130]. Los delegados de Lima respondieron relacionándose con los sindicatos obreros de los Estados Unidos, en cuanto que juraban ser independientes de cualquier tipo de tutela gubernamental de tipo totalitario, y se empeñaban en mantener relaciones fraternales con todos los sindicatos del resto del mundo que profesaran los mismos principios democráticos que los de la Conferencia de Lima [131].

Añadió leña al fuego de la mutua hostilidad en ambos campos rivales el violento levantamiento de Bogotá, en la primavera de 1948, contra la Conferencia Panamericana. Después del asesinato del alabado dirigente del partido liberal Jorge Gaitán hubo una insurrección espontánea, o quizá deliberadamente "espontánea", que destruyó por completo sectores enteros de la ciudad. Gallegos, si bien envió una ayuda inmediata a los colombianos afectados, procuró permanecer neutral. Con todo, la reacción derechista posterior al incidente colombiano tuvo su eco en Venezuela y provocó una correspondiente irritación comunista por el intento derechista y quizá también de Acción Democrática de permanecer neutral.

Cuando llegó el golpe del 24 de noviembre, un dirigente comunista, Rodolfo Quintero, conducido ante la Junta Militar, dijo que no apoyaría a ninguna fuerza política, es decir, que no apoyaría a ninguna huelga general de Acción Democrática [132]. Pero incluso hasta el final hubo independientes como Ravell y otros entre los comunistas que deseaban olvidar todas las diferencias para evitar un golpe militar reaccionario. El ejemplo más notable de esta unidad de la izquierda fue

el senador comunista, Pompeyo Márquez. El 23 de noviembre afirmó, como antes y como volvería a hacer diez años después: "Es también claro para los comunistas, para la clase obrera, para las grandes masas campesinas, para los densos sectores democráticos y populares, para los ciudadanos uniformados —que han jurado y están dispuestos y obligados a defender la Constitución Nacional y la Soberanía popular— que sólo mediante la Unidad, que sólo mediante acciones conjuntas, firmes, enérgicas, decididas, multitudinarias, es como podremos garantizar la tranquilidad en los hogares venezolanos, garantizar la tranquilidad, un régimen de paz, de progreso, de libertades, de democracia" [133]. Cuando Betancourt volvió diez años después también comprendió la necesidad de una coalición, pero se dirigió al extremo opuesto de Márquez. Escogió una coalición con la derecha.

Por lo que toca a Gallegos, él nunca llegó cerca de modo abierto a una coalición con la izquierda. Como Betancourt, quería dar a los comunistas las libertades civiles; aparte de eso "nada nos une con él ni en lo ideológico permanente ni en las tácticas transitorias" [134]. Si él ya estaba resignado a una perpetua rivalidad con los comunistas, la guerra fría no hizo sino profundizar sus convicciones.

Siguió siendo un evolucionista incondicional, sin desear arriesgarse en una alianza con un partido que podría haber puesto de manifiesto todos los elementos latentes, violentamente revolucionarios, de sus propios sindicatos. Si hubo por su parte algunos intentos de última hora de armar al pueblo o de convocar a una huelga general, fueron débiles, vacilantes y, como es lógico, inefectivos; no hay ninguna prueba que sostenga la hipótesis de que Gallegos armara a nadie. Los 500 rifles y los 500 revólveres que periódicos, ya bajo la Junta Militar, citaban con patético placer, no indican necesariamente que el Presidente hiciera nunca un intento organizado para armar una fuerza para protejer la revolución burguesa, a pesar de las anteriores de-

claraciones de los mismos sindicatos de Acción Democrática de apoyarlo hasta el límite [135].

Incluso la milicia que Gallegos había intentado probablemente crear para responder a explosivos problemas locales que llevaban a la violencia entre Copei y sus rivales de Acción Democrática en Táchira y Mérida [136] nunca se habría podido enfrentar (excepto mediante una larga guerra de guerrillas) con la artillería y los tanques del ejército. La policía nacional que Gallegos había esperado establecer habría sido lo suficientemente fuerte como para enfrentarse con una fuerza de policía municipal disidente, pero no con un ejército nacional. De hecho las primeras críticas contra el decreto se referían precisamente a la interferencia a nivel municipal [137]. La Junta Militar pudo haber utilizado después el decreto como objeto de crítica; nunca pudo considerarlo como una amenaza seria a la supremacía del Ejército.

Toda la estrategia de Gallegos para evitar una insurreción militar fue de sofisticación sicológica, de entrevistas secretas detrás de los bastidores y sobre todo de absoluto silencio en público. Nunca quiso hacer pública la presión del ejército; creía probablemente que las críticas públicas provenientes de una fuente tan auténtica como su misma persona sólo conseguiría adelantar el golpe. Un trozo de una de sus novelas, *La Trepadora,* ilumina quizá en parte su razonamiento [138]. Se refiere a un marido infiel, Hilario Guanipa, que puede realizar todavía sus excursiones extramaritales con algunas limitaciones mientras su hija no le critica abiertamente, es decir, mientras se le permite mantener la imagen que implica el silencio que ella mantiene. Una vez que ella rompe su silencio, le dice lo que es, él ya no siente la necesidad de restringirse más.

Respecto al ejército él mostró una actitud de continua alabanza y confianza en público. Continuó los programas de modernización de las Fuerzas Armadas comenzados por la Junta Revolucionaria [139]. Y cuando comenzaron importantes rumores referentes a un golpe militar que implicaba a Juan Pérez Jiménez (el her-

mano de Marcos, el futuro dictador) en los días de junio anteriores al viaje de Gallegos a los Estados Unidos, el presidente sorprendió quizá a los potenciales rebeldes señalando a la figura militar más poderosa, Carlos Delgado Chalbaud, como presidente provisional. A Marcos Pérez Jiménez le dio el cargo de ministro de defensa. El ejército era alabado por Gallegos y por El *País*, el periódico del partido, por su inflexible lealtad. En junio esa táctica quizá era brillante. Chalbaud respondió como si su honor personal estuviera envuelto. "La Institución Armada defenderá al presidente en cualquier momento" [140].

Así, el 18 de octubre, la misma noche en que Betancourt apeló a la muchedumbre de trabajadores para que tuvieran una reunión conjunta con sus empresarios, Gallegos negó de nuevo explícitamente la validez de cualquier rumor sobre la deslealtad de los militares. Siguió negándolo hasta el fin. El utilizar la violencia potencialmente revolucionaria de las masas como arma con que herir al ejército, sacrificar a los trabajadores en una lucha de resultado incierto eran tácticas contrarias a los sentimientos de Gallegos. Prefería dar un grito de alarma a Mario Vargas para que volviera de los Estados Unidos e intentara razonar despacio con sus compañeros de armas para persuadirlos de sus objetivos destructores y reaccionarios. Nunca dio a la resistencia armada en Maracay un apoyo suficiente como para que ésta tuviera una verdadera oportunidad de triunfar. Detrás del escenario, Gallegos permanecía intransigente a todas las demandas del ejército. Era más inflexible, con mucho, que el ejército o Betancourt. Este último al parecer quería acceder a las exigencias del ejército de que abandonara el país. Gallegos sentía que cualquier compromiso sólo llevaría a una erosión ulterior de gobierno constitucional. Como ha observado Juan Liscano: "¡Era todo una pieza!" [141]. Y si el rechazar todo compromiso llevó al golpe, fue, como ha observado Liscano, a largo plazo una realización de alta política. Preparó el camino para un gobierno cuyo ejecutivo actuara

por su propio derecho, independiente del capricho de los militares. Estaba en su terreno, y pudo haber repetido con justicia lo que ya había dicho en el Congreso: "Soy un hombre que no se vende a nadie, a ningún precio, y cuando estoy en una posición, lo estoy por honrado convencimiento" [142].

No fue falta de valor lo que alejó a Gallegos de una lucha armada. Fue la filosofía que profesaba él mismo. Como Santos Luzardo, el protagonista de *Doña Bárbara,* él sentía todavía que "es necesario matar el centauro que todos los llaneros llevamos dentro de nosotros mismos" [143].

El mensaje más importante de todas sus novelas, y de todos sus discursos políticos, el verdadero lema de su campaña presidencial de 1947 sintetizaba este enfoque: "Concordia".

El que fracasara en un momento determinado no implica que su lucha no fuera válida. Los que sintetizan a ese hombre sólo como un político inefectivo fallan por completo en ver la lucha en los términos de Gallegos. Como el que más entre los venezolanos, estaba preocupado por *el hombre entero,* cuyo desarrollo sentía que no podía realizarse nunca mediante una supresión brutal de las tensiones inherentes al proceso democrático, sino mediante una fusión gradual de los elementos potencialmente constructivos del pasado con las intuiciones progresistas del presente.

NOTAS

1. Black, *obra citada,* pp. 67-68.
2. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 188-189.
3. Laureano Vallenilla Lanz (hijo del Vallenilla ya analizado), *Escrito de Memoria* (París: Imprimerie Lang Grandemange S.A., 1961), p. 239. Creo que Betancourt habría estado en desacuerdo con razón con el comentario que sigue: "Un movimiento exclusivamente militar habría fracasado".

4. Medina, *obra citada,* p. 157.
5. Venezuela, Ministerio de Fomento, *Diversos aspectos de la economía venezolana,* 1947 (Caracas: Editorial Grafolit, 1948), pp. 12-30; Lieuwin, *Petroleum in Venezuela,* pp. 103-109.
6. *El País,* 28 de mayo de 1948, p. 8; Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 255-256.
7. Lieuwin, *Petroleum in Venezuela,* p. 108.
8. D. F. Maza Zavala, *Venezuela, una economía dependiente* (Caracas: Imprenta Universitaria de Caracas, 1965), p. 157.
9. Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina. Informe Económico sobre Latinoamérica, 1950. *Recent Facts and Trends in the Economy of Venezuela,* p. 14.
10. Estados Unidos, Departamento de Comercio, Informe nº FT-420 reproducido en Venezuela, Ministerio de Relaciones Exteriores, Dirección de Política Económica, Oficina de Comercio Exterior, *Informaciones de Comercio Exterior,* nº 5, "Principales Aspectos del Comercio Exterior de Venezuela con los Estados Unidos de América 1946-1952 y primer semestre de 1953" (Caracas: Tipografía de la Nación, 1954), Cuadro IV.
11. Naciones Unidas, ECLA, *Economic Surveys of Latin America,* 1950, p. 106.
12. Estados Unidos, Departamento de Comercio, *obra citada,* Cuadro IV.
13. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 372.
14. Whitaker, *obra citada,* p. 226.
15. Gordon, *obra citada,* p. 280.
16. Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo. *Economic Development of Venezuela* (Baltimore: Johns Hopkins Press, 1961).
17. "La industrialización sin sistema de coordinación en América Latina criticada por dos organismos de EE.UU.", *El Universal,* 15 de febrero de 1948, pp. 1-2; Estados Unidos Departamento de Comercio, Cuadro IV.
18. Betancourt, *Problemas Venezolanos,* p. 352. Véanse los argumentos teóricos en favor del énfasis en la industria pesada en Maurice Dobb, *Economic Growth and Underdeveloped Countries* (Nueva York: International Publishers, 1967), pp. 30-34, 45-59.

19. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 395-396, 403; *El Universal,* 10 de setiembre de 1948, p. 8.
20. Venezuela. Ministerio de Fomento, *Diversos aspectos de la economía venezolana,* 1947, p. 44.
21. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 399, 400.
22. C. L. Salzberger, "Foreign Affairs: Alianza - Plus and Minus". *The New York Times,* 24 de octubre de 1967, p. 46.
23. Venezuela, Ministerio de Fomento. *Diversos aspectos de la economía venezolana,* 1947, pp. 41-43; Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 390, 830.
24. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 405.
25. Bobb, *obra citada,* p. 54.
26. Domingo Alberto Rangel, *La Industrialización de Venezuela* (Caracas: Ediciones Pensamiento Vivo, 1958), p. 19. Un paralelo algo similar a la guerra de competencia entre los industriales en potencia y los exportadores puede verse en el conflicto interno estadounidense durante la guerra de 1812.
27. Venezuela, Ministerio de Hacienda, *Cuenta 1945,* p. 4 y *Cuenta 1947,* pp. 4-8, citado por Lieuwin, *Petroleum in Venezuela,* p. 143.
28. Valmore Rodríguez, *Bayonetas sobre Venezuela* (México D. F.: Impresores Beatriz di Silva, 1950), p. 32. Rodríguez, durante mucho tiempo un miembro activo del partido y antiguo organizador de sindicatos petroleros, fue presidente del Senado en 1948.
29. Luzardo, *Notas historico-económicas 1928-1963,* pp. 139-140; Venezuela, Ministerio de Fomento, *Diversos aspectos de la economía,* 1947, p. 24.
30. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 392-393.
31. Venezuela, Ministerio de Fomento, *Revista de Fomento,* abril-setiembre, 1948, pp. 85-88. Las ocupaciones en esta encuesta en el Valle de la Pascua del Estado Guárico sugieren una respuesta al por qué Betancourt sentía que el partido debía insistir en el policlasismo. Muchos de los trabajadores no habían sido aún organizados estrictamente dentro de las filas del capitalismo; eran todavía artesanos: carpinteros, panaderos, carniceros, mecánicos en lugar de trabajadores de fábrica o asalariados en un gran matadero o garage o complejo panadero. Este

hecho tendería a confirmar la tesis de Betancourt. Con todo quedan en pie dos cuestiones esenciales. ¿Los campesinos eran una fuerza revolucionaria viable? ¿Bajo qué sistema de relaciones de propiedad y consiguiente poder podría haberse dado el desarrollo?

32. Frank, *obra citada*, p. 117.
33. "El mensaje del Presidente de la República", *El Nacional*, 30 de abril de 1948, p. 19; Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, pp. 447-449.
34. Betancourt, *Pensamiento y Acción*, p. 172.
35. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, p. 354.
36. *Ibídem*, p. 352, 353.
37. *Ibídem*, p. 352, 353.
38. Betancourt, *Pensamiento y acción*, pp. 34-35.
39. Martz, *Acción Democrática*, p. 306.
40. O'Connor, *obra citada*, p. 145.
40a. Juan Bautista Fuenmayor, *Aves de rapiña sobre Venezuela* (Caracas: Art Press Limitada, 1972) y Burggraff, *obra citada*, pp. 95, 97.
41. Seymour Martin Lipset y Aldo Solari *Elites in Latin America* (Nueva York: Oxford University Press, 1967), pp. 158-159.
42. Salvador de la Plaza, "Paso atrás en el proceso democrático venezolano", *Unidad*, 23 de febrero de 1946, citado en de la Plaza, *El Problema de la Tierra*, pp. 55-58.
43. Venezuela, Ministerio de Agricultura y Cría, Comisión de Reforma Agraria, Reforma Agraria, *Informe de la Subcomisión de Economía*, pp. 90-91; "El mensaje del Presidente de la República", *El Nacional*, 26 de enero de 1947, p. 8, y 30 de abril de 1948, p. 19.
43a. Para una visión integral del problema, véase Judith Ewell, tesis en proyecto sobre Pérez Jiménez.
44. Venezuela, Ministerio de Agricultura y Cría, Comisión de Reforma Agraria, *Reforma Agraria, Informe de la Subcomisión social*, p. 215.
45. Ramón Fernández y Fernández, *Reforma agraria en Venezuela* (Caracas: Las Novedades, Librería y Editorial, 1948), p. 354; Síntesis de las labores realizadas por la Junta Militar de Gobierno *de los EE.UU. de Venezuela durante un año de gestión*

administrativa, 24 de noviembre de 1948-24 de noviembre de 1949 (Caracas: Imprenta Nacional, 1949), pp. 180-181; "La verdad sobre el fracaso de la comunidad agraria", nº 1. *El País*, 25 de octubre de 1948, p. 8.

46. Todos estos datos provienen de una fuente que no es siempre primaria, y queda dentro del campo de la posibilidad. "Optima Cosecha", *El Nacional* (Caracas), 19 de abril de 1948, pp. 1, 15.
47. *Ibídem.*
48. Se encuentran datos de que Gallegos había leído a Rousseau en el discurso inaugural de Rómulo Gallegos, citado en Estados Unidos de Venezuela, *Gaceta Oficial*, 15 de febrero de 1948.
49. Rodríguez, *obra citada*, pp. 30-31.
50. *Elite*, 24 de enero de 1948, p. 6.
51. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, p. 405.
52. *Ibídem*, p. 327.
53. *Ibídem*, pp. 337-341.
54. *Ibídem*, pp. 305, 334, 386, 821.
55. *Ibídem*, pp. 319-323.
56. George W. Mill, José A. Silva y Ruth Olivier de Hill, *Vida rural* (Caracas, sin indicación de editor, 1960), pp. 20-21; George W. Hill, *Central Tacarigua* (Caracas, sin editor, 1960); y George W. Hill, *El Estado Sucre: sus recursos humanos*. Estas tres fuentes, citadas en Charles Wagley, capítulo "The Peasant", en Johnson, *obra citada*, p. 54. Me encargo de citar todas estas obras de Hill y sus colaboradores porque creo que deben ser fuentes útiles para todo análisis práctico de Venezuela, como toda lista de estadísticas. Si bien Hill tiende a "moralizar" tanto como Gallegos en sus esfuerzos por resolver los problemas sociales, expone de manera efectiva aspectos de los mismos que están ocultos. Mi impresión, debo advertirlo, proviene de haber leído sólo su obra sobre el Estado Sucre.
57. No habría sido correcto el dar sólo las fechas y páginas de *El Nacional* (Caracas) de que obtuve el criticismo antecitado: 20 de noviembre de 1947, p. 9; 20 de noviembre de 1947, p. 10; 6 de diciembre de 1947, p. 9; 6 de diciembre de 1947, p. 10; 13 de enero de 1948, p. 15; 9 de marzo de 1948, p. 12; 22 de marzo de 1948, p. 1; 1 de junio de 1948, p. 15; 7 de junio de 1948, p. 14; 8 de junio de 1948, p. 9; 11 de agosto

de 1948, p. 8; 21 de agosto de 1948, p. 18; 13 de octubre de 1948, p. 17. La fuente por la que recibí información referente a los problemas de los dentistas sin licencia fue: República de Venezuela, *Diario de Debates de la Cámara de Diputados,* 11 de mayo de 1948, p. 104. La fuente de la que extraje información referente al mal uso de la instrucción médica financiada por los monopolios petroleros fue el International Labour Office, *Freedom of Association and Conditions of Work in Venezuela, Report of the Mission of the International Labour Office,* 22 July-September 1949 (Ginebra: Kinding, 1950), p. 144.

58. De acuerdo con mis cálculos el porcentaje de lo que correspondía a Sanidad en el presupuesto total no era el 20 por ciento indicado por Betancourt, *Venezuela...* p. 427. El cálculo original es aproximadamente del 6,5 por ciento. Puede darse que Betancourt incluyera justificadamente un porcentaje del presupuesto de Trabajos Públicos que se destinó a hospitales. Esta suma, añadida a la de Sanidad y Beneficencia puede haberle dado el porcentaje del 20 por ciento del presupuesto total. No hay que olvidar que el programa de hospitales de Medina estuvo frenado por la falta de materiales. Con todo, no hay que descuidar el punto central: Acción Democrática hizo un sincero esfuerzo para mejorar la salud del país.

59. "Cinco años de Labores Cumple la OCISP en Venezuela", *El Nacional* (Caracas) 19 de febrero de 1948, p. 9.

60. De nuevo no intento anotar cada tema sino dar una síntesis de los artículos utilizados. En *El Nacional* utilicé lo siguiente: 15 de abril, p. 8; 14 de junio, p. 9; 28 de setiembre, p. 18; 14 de noviembre, p. 27. En *El País,* el órgano de Acción Democrática como *Ahora* lo había sido antes, utilicé un artículo del 15 de mayo, p. 1. De *El Universal,* un periódico conservador de los importadores, propietarios de tierras urbanas, latifundios, militaristas e intereses petroleros encontré una mayor tolerancia relativa a las realizaciones del programa de salud del gobierno. Utilicé los artículos siguientes: 7 de mayo, p. 11; 21 de mayo, p. 12; 10 de octubre, p. 1.

61. "La Tesis Integralista Administrativa, Historia de una idea sanitaria", *El Universal,* 3 de marzo de 1948, p. 4.

62. "Severa campaña de higiene en bares y restaurantes. Comenzó la unidad sanitaria", *El Nacional,* 3 de junio de 1948, p. 14; "De la colaboración del Pueblo depende en gran parte el éxito de las campañas sanitarias," *El País,* 13 de agosto de 1948, p. 2.
63. "Las espantosas condiciones Sanitarias de Paraguaná", *El Universal,* 29 de octubre de 1948, p. 6.
64. *Ibidem.*
65. Fuente perdida.
66. Ejército de los Estados Unidos. División de Estudios sobre zonas extranjeras. Oficina de Información sobre operaciones especiales, *U. S. Army Handbook for Venezuela* (Washington, D.C.: The American University, 1964), pp. 133-134: "Un brujo inefable, curandero del 'mal de amor' ", *El Nacional,* 17 de diciembre de 1947, p. 15.
67. *Ibidem,* p. 134.
68. "Rinden Minuciosos Informes las Comisiones de Obras Públicas y de Sanidad y Asistencia Social", *El País,* 20 de mayo de 1948, p. 1; "Anquilostomiasis", *El País,* 13 de agosto de 1948, p. 2.
69. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 439.
70. "Cinco años de Labores cumple la OCISP en Venezuela", *El Nacional,* 19 de febrero de 1948, p. 17.
71. "Anquilostomiasis", *El País,* 13 de agosto de 1948, p. 2. Era este énfasis en la falta de una mayor ayuda económica de los Estados Unidos lo que después iba a parodiar el Che Guevara: "Me da la impresión de que están pensando hacer de las letrinas lo fundamental. Esta mejora de las condiciones sociales del pobre indio, del pobre negro, del pobre individuo que se encuentra sumido en condiciones infrahumanas: hagámosle una letrina y entonces, después de que le hagamos la letrina y después de que su educación le permita tenerla limpia, entonces podrá gozar de los beneficios de la producción". Discurso del 8 de agosto de 1961 en la Conferencia Interamericana Económica y Social de la O.E.A. en Punta del Este, citado en Ernesto Che Guevara, Condiciones para el desarrollo económico latinoamericano. (Montevideo: *El Siglo Ilustrado,* 1961), pp. 30-31.
72. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 833.

73. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 416-417; "Campaña de alfabetización" (No estoy seguro de que ese artículo tenga exactamente ese título), *El Nacional,* 11 de noviembre de 1948, pp. 11, 12.
74. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 416; *El Nacional,* 11 de noviembre de 1948, pp. 11, 12; "¿Sabe Usted algo sobre Alfabetización?", *El Nacional,* 22 de julio de 1948, pp. 11-12.
75. *El Nacional,* 11 de noviembre de 1948, p. 11; Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 417; "La Próxima Campaña", *El Universal,* 6 de marzo de 1948, p. 10.
76. "Reflexiones en torno a la campaña nacional de alfabetización", *El Nacional,* 6 de mayo de 1948; p. 4; *El Nacional,* 11 de noviembre de 1948, p. 11. El costo de cada alfabeto estuvo estimado en 30 bolívares en 1947 y sólo 25 en 1948.
77. Asa Brigs, *The Age of Improvement 1783-1867* (Nueva York: David McKay Co., Inc., 1962), p. 223; Frank Brandenburg, *The Making of Modern México* (Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall Inc., 1965), p. 96.
78. *El Nacional,* 11 de noviembre de 1948, p. 11.
79. Black, *obra citada,* p. 68.
80. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 416.
81. "No más analfabetos en Margarita", *El Nacional,* 10 de junio, p. 9.
82. *El Nacional,* 11 de noviembre de 1948, p. 12.
83. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 412, 413, 418.
84. "El Presupuesto del M.E.N.", *El Nacional,* 14 de junio, p. 15.
85. Alberto Ravell, "Caminos de Venezuela", *El Nacional,* 20 de noviembre de 1947, p. 10, y 21 de noviembre de 1947, p. 8.
86. Gonzalo Rincón Gutiérrez, "Hacia donde vamos", *El Nacional,* 12 de diciembre de 1947, p. 10.
87. *U.S. Army Handbook For Venezuela,* p. 147; Teresa Troconis, "Cosechamos lo Sembrado", *El País,* 8 de setiembre de 1948, pp. 2, 10.
88. "Política de reubicación y reajuste de las escuelas y del personal docente", *El Nacional,* 1 de abril de 1948, p. 14.
89. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 413, 419.
90. *El Nacional,* 23 de abril de 1948, p. 8.
91. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 414, 415.

92. "En Venezuela es gratuita la enseñanza", *El País*, 15 de febrero de 1948, p. 5.
93. "Mensaje del gobernador del Estado Cojedes a la asamblea legislativa", *El Nacional*, 12 de enero de 1948, pp. 8, 9.
94. "Isla de Tacarigua", *El Nacional*, 23 de abril de 1948, p. 9.
95. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, pp. 358, "Mensaje del Gobernador del Estado Cojedes a la asamblea legislativa", *El Nacional*, 12 de enero de 1948, pp. 8-9.
96. "300 Becas", *El Nacional*, 22 de abril de 1948, p. 19.
97. "Primer gran ensayo en Venezuela de instrucción técnica del obrero". *El País*, 23 de julio de 1948, p. 14.
98. Rosa Luxenburg, "Sozialreform oder Revolution?", *Gesammette Werke*, Bd. III (Berlin: Vereinigung Internationaler Verlage-Anstalten, 1925), p. 55, citado en Paul M. Sweezy, *The Theory of Capitalist Development* (Nueva York: Monthly Review Press, 1964), p. 249.
99. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, p. 308.
100. Ann Brooke Peterson Kingsburgy, "International Labor Activities in Venezuela" (Tesis de maestría, Departamento de Ciencia Política, Leyes y Relaciones Internacionales, The American University, 1964, reproducido en University Microfilms, Inc., Ann Arbor, Michigan, p. 27; Matthews, *obra citada*, p. 111.
101. "Categórica respuesta de los sindicatos de trabajadores petroleros", *El Nacional*, 15 de febrero de 1948, p. 18.
102. International Labour Office, *obra citada*, p. 43.
103. *Ibídem*, p. 26; *Tribuna Popular*, 31 de octubre de 1948, citado en José Rodríguez, *¿Quién derrocó a Gallegos?* (Caracas: C.A. Tipografía Garrido, 1961), p. 115.
104. *Ibídem*, p. 26; César Balestrini, "Régimen del asalariado; el salario en Venezuela", *El Nacional*, 24 de diciembre de 1948, p. 6 y 25 de diciembre de 1948, p. 6.
105. Toda la información para la comparación subsiguiente proviene del International Labour Office, *obra citada*, pp. 129-133. De ahí que sólo se anotará la información proveniente de otras fuentes en el pequeño espacio que abarca la comparación.
106. Balestrini, *obra citada*.

107. International Labourt Office, *obra citada,* pp. 146-150; "Abandonada la fiscalización de la producción petrolera", *El Nacional,* 9 de abril de 1948, p. 14.

108. Se puede objetar con razón que esta es una interrupción antihistórica, por cuanto que Betancourt, Gallegos y otros miembros del partido se había comprometido ya con una política evolutiva, basando su compromiso en otros factores. De hecho, yo intenté mostrar antes cuáles pueden haber sido las consideraciones principales de su compromiso. De ahí que este comentario no debe ser interpretado como una presentación de las alternativas históricas abiertas a Betancourt y otros de su partido a mediados de la década de 1930, ya que ellos se comprometieron durante el trienio. Es más bien un punto de vista que puede ser lógico ahora, si quizá sólo desde el punto de vista teórico como resultado de los acontecimientos que estaban relacionados, si no determinados, por el compromiso de Acción Democrática.

108a. Brito Figueroa, *Historia Económica y Social de Venezuela,* tomo II, pp. 522, 524, 632 y *passim.*

109. Mathews, *obra citada,* p. 96.

110. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* pp. 799-801.

111. Kingsbury, *obra citada,* pp. 27-28.

112. *El Nacional,* 9 de enero, p. 1; 13 de enero, p. 15; 11 de enero, p. 15; 18 de enero, p. 18.

113. Juan Bautista Fuenmayor, "Crítica a la política obrera del gobierno", *El Nacional,* 13 de enero de 1948, p. 6.

114. "Declaración de dirigentes petroleros", *El Nacional,* 5 de febrero de 1948, p. 17.

115. "Categórica respuesta de los sindicatos de trabajadores petroleros", *El Nacional,* 15 de febrero de 1948, p. 18.

116. *El Nacional,* 1 de agosto de 1948, pp. 8-9.

117. "Categórica respuesta de los sindicatos de trabajadores petroleros", *El Nacional,* 15 de febrero de 1948, p. 18; "Comunicado", *El País,* 24 de febrero de 1948, p. 12.

118. "Comité Sindical Unitario de Trabajadores Petroleros", *El Nacional,* 25 de febrero, 1948, p. 15.

119. "El senado se negó a considerar", *El Nacional,* 24 de febrero de 1948, p. 14; "El Ministro Leoni no comparecerá", *El Nacional,* 25 de febrero de 1948, p. 14.
120. *El Nacional,* 26 de febrero de 1948, p. 16.
121. Rómulo Betancourt, "Mensaje del Presidente de la Junta", *El Nacional,* 13 de febrero de 1948, p. 17.
122. "Importantes Acuerdos de la Fedepetrol", *El País,* 28 de mayo de 1948, p. 3.
123. "Altos Funcionarios del Gobierno y Representantes de Empresas Petroleras Discutieron en Miraflores", *El País,* 6 de agosto de 1948, p. 1.
124. *El Nacional,* 6 de septiembre de 1948, p. 9; 7 de setiembre de 1948, p. 18.
125. *El País,* 28 de octubre de 1948, p. 15; *Tribuna Popular* (comunista), 29 de octubre de 1948, citado en José Rodríguez, *obra citada,* p. 112; *El Nacional,* 10 de octubre de 1948, p. 26.
126. *El País,* 1 de noviembre de 1948, p. 4; *El Nacional,* 6 de noviembre de 1948, p. 4.
127. International Labour Office, *obra citada,* p. 42.
128. *El País,* 19 de octubre de 1948, p. 9; *Tribuna Popular,* 26 de octubre de 1948, citado por José Rodríguez, *obra citada,* pp. 97-98.
129. Kingsbury, *obra citada,* pp. 12, 19.
130. *El Nacional,* 4 de enero de 1948, p. 6 y 6 de enero de 1948, p. 7.
131. *El Nacional,* 1 de enero de 1948, p. 7.
132. International Labour Office, *obra citada,* p. 48.
133. Pompeyo Márquez, "De nuevo", en *Tribuna Popular,* 23 de noviembre de 1948, citado en José Rodríguez, *obra citada,* p. 155.
134. Otros ejemplos de llamados a una unidad de la izquierda para resistir el golpe de la derecha se encuentra en los siguientes artículos de *El Nacional:* Gonzalo Rincón Gutiérrez, "Novedad en la Frontera", 3 de febrero de 1948, p. 8; Pedro Beroes, "La Función militar", 1 de noviembre de 1948, p. 4; Alberto Ravell, "Los golpes militaristas", 3 de noviembre de 1948, p. 8; Juan Liscano, "Venezuela, Baluarte de la Democracia en América", 5 de noviembre de 1948, p. 4; Miguel Acosta Saignes, "Los

Militares y Acción Democrática", 23 de octubre de 1948, p. 4; "Venezuela, con su Presidente constitucional Rómulo Gallegos", *El País*, 12 de abril de 1948, p. 4.

135. *El País*, 12 de abril de 1947, pp. 1-2, citado en Lieuwin, *Petroleum in Venezuela*, p. 105.
136. Esta conclusión fue sacada al sopesar la escasa evidencia de los siguientes artículos: *El Universal*, 30 de agosto de 1948, pp. 20, 24; *El País*, 1 de setiembre de 1948, p. 4.
137. *El Nacional*, 7 de octubre de 1948, p. 18, 9 de octubre de 1948, p. 4.
138. Gallegos, *La Trepadora*, p. 149.
139. "El Mensaje del Presidente de la República", *El Nacional*, 30 de abril de 1948, p. 19.
140. *El Nacional*, 19 de junio de 1948, p. 20; 29 de junio de 1948, p. 1; *El País*, 24 de junio de 1948, p. 4.
141. Entrevista con Juan Liscano en Caracas, 1973. Para una visión de conjunto de la negociación entre el Ejecutivo y los militares véase Gonzalo Barrios en *El Nacional*, 26 de noviembre de 1972 y Burggraaff, *obra citada*, pp. 98-110.
142. Rómulo Gallegos. Discurso en la Cámara de Diputados, 10 de junio de 1939.
143. Gallegos, *Doña Bárbara*, p. 85.

CAPITULO DECIMO

EL CONTINUADO "DESARROLLO DEL SUBDESARROLLO"

Los mayores intentos por parte de Gallegos de dar "concordia" a su país se ven en la continuación y mejora de los programas económicos y sociales comenzados durante la Junta Revolucionaria, y hasta cierto punto bajo Medina. Pero los dos hechos paralelos de la administración de Gallegos en que Gallegos jugó un papel más central fueron la campaña presidencial y la extensión filosófica de la misma: la ley de educación.

La campaña y elección fueron posibles por el golpe de 1945 y la constitución de 1947, que daba sufragio universal y elección directa. El carácter de la campaña reflejaba la profunda reacción de los poderes conservadores tradicionales de Venezuela a la amplia serie de reformas de la Junta Revolucionaria y la atmósfera rencorosa, apasionadamente sectaria en que se habían realizado las reformas. El Ejército estaba amargado, aunque con frecuencia silenciosamente, por su nuevo papel de subordinado. A la Iglesia le dolían los rencorosos debates de la Convención Constitucional. Los terratenientes asentían con los labios a la necesidad de reforma, mientras que probablemente estaban preparando ya la estrategia que iban a emplear durante las sesiones parlamentarias. Los negocios —comercio e industria— estaban claramente irritados por la intervención del gobierno en una escala sin precedente, por la elevación de salarios, por la supuesta oleada de marxistas dentro del partido de Acción

Democrática, por los controles de precios y de ingresos, y por el fracaso del gobierno en conseguir las importaciones necesarias. Los comunistas estaban frustrados por la pérdida de poder sufrida ante los sindicatos de Acción Democrática, y encolerizados por la insistencia de Betancourt sobre la necesidad de posponer las reformas agrarias más esenciales.

Hacía más explosiva toda esta situación (sin duda simplificada en esta descripción) la combinación de ineptitud y arrogancia de Acción Democrática. El enorme incremento de los programas y burocracia gubernamental implicaban una expansión del número de miembros de Acción Democrática. Había un porcentaje cada vez mayor de hombres jóvenes e inexperimentados que debían realizar e institucionalizar la revolución burguesa. Según un historiador del período: "las limitaciones de Acción Democrática, en términos de dirección política, no pueden ser minimizadas" [1].

El impacto inicial de la Junta Revolucionaria había empezado con el mismo Betancourt, cuando promovió una serie de juicios que pronto expusieron a la luz pública la deshonestidad y profunda hipocresía de sus predecesores. Ciento cincuenta de ellos fueron expuestos y condenados. Tanto López Contreras como Medina Angarita fueron encontrados culpables de haber engrosado sus propios haberes con 13,5 millones de bolívares y 14,98, respectivamente [2].

Los críticos han sostenido que los juicios eran un disparate político, y que a corto término ayudaban a crear una oposición inmediata. Además, hay alguna razón para sospechar que los burócratas igualmente culpables que tenían conexiones con miembros del partido de Acción Democrática o con los nuevos poderes militares evitaban "milagrosamente" el juicio. El General Juan Fernández Amparán, el tío de Raúl Leoni, y el Doctor Carlos Jiménez Rebolledo, Ministro de Guerra y de la Marina durante 14 años de Gómez, pero amigo del mayor José Joaquín Jiménez Velásquez del nuevo grupo dirigente estuvieron ambos acusados de corrupción por una

fuente muy poco desconfiable: el hijo de Vallenilla Lanz. Nunca fueron juzgados.

La gran oposición a los juicios es, de acuerdo con la opinión quizá simplista del que esto escribe, una validación de la gran necesidad que existía de que se hicieran. Una reducción de la corrupción y por tanto un cambio de mentalidad que acepta plenamente la corrupción debe comenzar de alguna manera. Betancourt era esa manera.

En todo caso los juicios movilizaron la oposición como quizá no lo hubiera realizado ningún otro acontecimiento. Se siguieron una serie de intentos de golpe, en que participaron miembros del ejército, con una continuidad casi monótona. Y no cabe duda que si los miembros del ejército de suyo no eran siempre conservadores, los miembros del cuerpo que se unieron a la oposición a la Junta Revolucionaria y los mismos miembros de la Junta que después derrocaron a Gallegos se habían inclinado mucho hacia los conservadores. Eran casi un retroceso a la era de Gómez, en la que habían sido "educados".

Si alguien podía haber llevado progresivamente hacia la armonía al país en circunstancias tan espinosas en setiembre de 1947 ese hombre era Rómulo Gallegos. Su falta de rencor, su profundo sentido de justicia, su deseo de trabajar con las personas de buena voluntad de todas las clases, su incansable amor al país daba nuevas esperanzas a los más conservadores y a algunos de los más radicales. Periódicos como *Elite*[3] a la derecha, y muchos individuos muy a la izquierda dentro de Acción Democrática[4] eran capaces de aceptar con un sentimiento de razonable confianza la candidatura y la victoria de Gallegos.

Su campaña no desilusionó a las irritadas fuerzas de la nación. Sin divorciarse de la Junta Revolucionaria y de la necesidad de reformas, recordaba constantemente a todos la necesidad de concordia, de responsabilidad cívica, de paz social. Insistía en las ideas que había escrito

a lo largo de los 30 años precedentes en sus primeros ensayos: la necesidad de terminar con el personalismo, la necesidad de terminar con la enorme tragedia del derramamiento de sangre que manchaba toda la historia de Venezuela, la necesidad de construir una nación [5].

Había una oposición fanática por parte de algunos grupos católicos, cuyo candidato era Rafael Caldera. Votar por Gallegos era un pecado; estaba colaborando con Acción Democrática, el enemigo de la Iglesia, con los socialistas y con los ateos [6]. Otros periódicos católicos. *La Esperanza, La Razón* de Coro, el *Boletín de la Iglesia de San Francisco* (un periódico jesuita) expresaban los mismos temores [7]. Caldera nunca utilizó esas expresiones, pero tampoco se disoció nunca de los que las sostenían. Y aunque negaba que estuviera contra el progreso social, y aunque defendiera la sinceridad, la educación y el civismo, en definitiva parecía estar por el conservadurismo [8].

Respecto a los comunistas, se rechazó su oferta de una acción común con Acción Democrática. Gustavo Machado, su candidato, ofreció un programa parecido al de Acción Democrática. Difería de él en lo siguiente: pedía una mayor participación en la riqueza petrolera; el refinamiento de todo el petróleo dentro del país; la elección directa de los gobernadores de los Estados y reparto de la tierra para instalar a los pequeños campesinos. Hizo un ataque mucho más fuerte que Gallegos a los terratenientes; a los imperialistas, que eran aliados de los usureros de Copei, y a los especuladores. Pero su programa no era comunista.

Era, como él decía, un programa democrático con objetivos inmediatos [9].

Los independientes de izquierda que atacaban a Copei mostraban que también ellos podían lanzar vitriolo. Hablaban del fin inminente de la prensa libre, de la liquidación de la organización de los partidos, de la abolición del voto femenino, de la esclavitud de las mujeres, de la supresión del divorcio, de la eliminación de los derechos de los hijos ilegítimos, de la muerte de la cultura

y del arte, de la liquidación de la reforma agraria, de la expansión de los monopolios; supresión del código laboral y del derecho de huelga, cosas que llegarían con una victoria de Copei [10]. (Algunas de estas cosas llegaron con la Junta Militar, con la que Copei estaba dispuesta a colaborar).

Otros adoptaban una actitud cínica respecto a la misma elección: "Sus resultados serán la expresión de los Estados Desunidos de Venezuela... la preocupación privada y personal, la negación sistemática del derecho de los demás —el comienzo de un programa sectario, donde la deslealtad será la táctica normal" [11]. Detrás de ese cinismo había una serie de promesas rotas de los burócratas locales de Acción Democrática o, si se quiere, de promesas no realizadas [12].

Gallegos, el enemigo del personalismo, se convirtió quizá en una realidad muy personal para muchísima gente. Se desplazaba con un casimir marrón, pantalones, camisa a cuadros, sin corbata, con sus fuertes pero familiares rasgos debajo de un sombrero de fieltro gris: "Confío en mi triunfo o, mejor, en el triunfo de la democracia venezolana" [13]. La campaña fue en parte espectacular. Las mujeres de Rubio vaciaron simbólicamente un canasto de flores blancas (el color electoral de Acción Democrática) sobre la cabeza de Gallegos. En la ciudad de Valera, Trujillo, una muchedumbre esperó durante siete horas para escuchar las palabras de Gallegos.

Algunas muchedumbres eran al parecer grandes en relación al tamaño de las comunidades: 6.000 en Punto Fijo; 10.000 en Coro; 80.000 en Maracaibo; 20.000 en Mérida; 10.000 en Los Teques. La última noche de la campaña Gallegos habló en la Plaza Urdaneta de Caracas. Una vociferante muchedumbre de 100.000 personas le dio una ovación ensordecedora. Ondeaban los pañuelos y las banderas; los símbolos se mostraban por todas partes. Se dice que un extranjero exclamó: "Esta no es una manifestación política, sino algo mesiánico" [14].

La victoria en las urnas fue enorme, pero quizá más simbólico de lo que iba a suceder en nueve meses

fue lo que sucedió en la pequeña ciudad de Jusepin. Dos días después de que se apagaran los ecos del llamado de Gallegos en favor de la concordia, la guardia nacional mató a dos pacíficos ciudadanos, lo mismo que en tiempos de Juan Vicente Gómez [15].

Con todo, la campaña de Gallegos dio al país un breve interludio de esperanza, disminuyendo la tensión, y la elección presidencial más democrática del país en toda su historia hasta aquella fecha.

La inauguración reflejaba en parte el sentimiento de que la victoria de Gallegos era la victoria de las masas. Más que cualquier otro acontecimiento, el festival folklórico, dirigido por Juan Liscano, encarnaba la idea de una Venezuela que se nutría y enriquecía a su vez a las clases trabajadoras de los tres orígenes étnicos: Como sintetizó el antropólogo cubano Dr. Fernando Ortiz: "Fue un rito colectivo de danza mediante el cual el pueblo venezolano incorporó lo más íntimamente suyo a la solemnidad democrática" [16]. Nunca se había dado un festival parecido en la historia venezolana. Estuvo presente la Ronda de Mérida, con su San Benito, símbolo de superstición y oración; estaban los Tamuncingue de Lara, con sus promesas de redención; danzas de la Guajira, llenas de misterio... [17]. Era también como si se estuvieran recreando las novelas de Gallegos.

La inauguración también tuvo su carácter elitista. El enorme baile de inauguración, en el que corrió el champagne, recordaba la distancia de clases aún existentes. Gallegos permanecía idéntico. Cuando se tuvieron noticias de que un fuego había arrasado la ciudad de Guasdualito, dejando sin hogar a 70 familias, Gallegos dejó inmediatamente Caracas y ayudó a poner en pie un plan de 30.000 bolívares para realojar a la gente, construirles una escuela, un hospital y un dispensario [18]. Meses después, cuando las lluvias socavaron los ya precarios fundamentos de todo un barrio, "Piedra Azul", también fue al lugar del desastre, impulsando la reconstrucción y nuevas construcciones a un ritmo sin precedentes. Habían sido afectadas 300 familias, 100 personas habían sido he-

ridas, 22 muertas. (Era un barrio típico de Caracas, de campesinos recién llegados). Gallegos recogió 200.000 bolívares, necesarios para la acción inmediata, que se desarrolló a un ritmo que dio a los críticos motivo para detenerse y admirarse[19]. Gallegos siguió siendo hasta el fin de su administración un símbolo de compasión.

Todo esto no quiere decir que disminuyera efectivamente la distancia entre las aspiraciones de las masas de votantes y los intereses de quienes controlaban los medios de producción, pero se hicieron concesiones (a las que se ha hecho alusión en el capítulo precedente).

Si se incluye en una descripción del capitalismo venezolano las instituciones orientadas a producir beneficios de los Estados Unidos y de Venezuela y a los individuos que forman parte de la jerarquía económica de la metrópolis y del satélite y de los satélites inferiores de las provincias, entonces las frases de Rosa Luxembourg pueden dar alguna luz sobre la Venezuela de 1948. Ayudan a describir el significado de la elección, las restringidas reformas posteriores, y del mismo golpe reaccionario de noviembre. Lo que no quiere decir en modo alguno que den una descripción exhaustiva o completamente aceptable:

"Formalmente, sin duda, el parlamentarismo expresa los intereses de toda la sociedad en la organización del Estado. Por otra parte, con todo, se inserta todavía en una sociedad capitalista, es decir, una sociedad en que tienen el control los intereses capitalistas... Las instituciones cuya forma es democrática son sustancialmente instrumentos de los intereses de la clase dominante. Esto es evidente, como muestra el hecho de que tan pronto como una democracia muestra disposiciones para negar su carácter clasista y convertirse en instrumento de los intereses reales del pueblo, las mismas formas democráticas son sacrificadas por la burguesía y sus representantes en el Estado. La idea de una mayoría social democrática se presenta pues como un cálculo que, inspirándose por completo en el liberalismo burgués, se preocupa sólo —sólo, como muestra el capítulo precedente, es una

expresión que resulta aquí demasiado fuerte— con una parte —la parte formal— de la democracia, pero que deja aparte la otra parte, su contenido real" [20]. Como se mostró antes, el gobierno también estaba preocupado, por diferentes razones, del contenido real, pero no lo bastante como para realizar una transformación profunda y económicamente democrática de la mayoría.

Gallegos era plenamente consciente de la mentalidad intransigente de una élite reaccionaria (apoyada en cualquier crisis por los intereses petroleros) a la que esperaba transformar la revolución burguesa. Como evolucionista, sabía que tenía que transformar a esa élite antes de que ellos eliminaran la misma posibilidad de una evolución.

La ley de educación (que repetía las ideas de Gallegos el diputado) como la campaña presidencial, era un intento por parte de la administración de Gallegos para modelar un carácter nacional más flexible y progresista.

Como un ataque a la educación venezolana de mentalidad tradicionalmente conservadora, el gobierno de Acción Democrática se había preocupado ya por regular, si no controlar, la influencia de la Iglesia en la educación primaria, secundaria y normal. Su primer ataque, el decreto 321 de la Junta Revolucionaria, publicado en 30 de mayo de 1946, era ocultamente hostil a la Iglesia. Era un decreto relativo a la calificación, promociones y exámenes en todas las escuelas, incluyendo, desde luego, las de la Iglesia. Las nuevas leyes disminuían los requisitos para la excepción de los estudiantes en las escuelas públicas, con lo que de hecho discriminaban las parroquiales. Los resultados fueron inmediatos. En 1945, el 50 por ciento de los estudiantes de educación secundaria estaban en escuelas privadas. En 1948 sólo 22 por ciento estaban todavía en las escuelas privadas. Sin duda contribuyó también al cambio la construcción de escuelas públicas. El efecto fue el mismo: disminuyeron los beneficios de las escuelas católicas [21].

La reacción del partido Copei (Partido Social Cristiano), de orientación católica, se manifestó plenamente en los ruidosos debates de la Asamblea Nacional Cons-

titucional. Barrios Mora atacó decididamente el decreto por "establecer fuerte discriminación entre los institutos oficiales y los institutos privados. Desde el punto de vista católico debo declarar aquí que el Decreto 321 tiene una fundamentación que no puede de ninguna manera encajar en la doctrina católica... es una concepción socialista, extremadamente socialista o comunista, que nosotros no podemos admitir. La doctrina católica nunca ha podido reconocer, porque no es justo, el derecho que se pretende arrogar el Estado de orientar la educación de un país, porque eso sería ir contra el derecho natural de los padres de familia, e ir también contra el derecho sobrenatural de la Iglesia y contra el derecho de todas aquellas sociedades que quieran ejercer su libertad y su derecho a la educación en su Patria" [22].

Las refutaciones no trataron directamente los argumentos de Mora, pero fueron no menos vivas. Fermín Gómez acusó a las escuelas privadas de tener niveles más bajos porque los maestros tenían "interés" en darlos. De ahí pasó a acusar a los católicos de estar detrás de los movimientos derechistas de estudiantes. Por lo referente al Decreto, dijo que no atacaba a la religión, y él estaba perfectamente de acuerdo en admitir que la educación privada podía ser útil, e incluso necesaria [23]. González Cabreras no tuvo tanto tacto: "Hablando de monopolios, ¡no hay monopolio más absoluto, más totalitario, que el de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana!" [24].

Gallegos, con más tacto, pero con honestidad, sostendría el decreto durante su campaña: "Nos han condenado por mantener el Decreto 321, sostienen con mala voluntad que este decreto tiene como objeto eliminar la educación católica. La verdad es que el objetivo del 321 no es sino el de evitar los fraudes que algunas escuelas privadas, religiosas o no, cometen con sus niveles. Y así —el Decreto es necesario— para mejorar el valor de nuestros estudiantes hasta el punto que es necesario y para encuadrarlos y prepararlos mejor, porque necesitamos gente apta para realizar la tarea de transformar el país, económica, social y políticamente". No condenamos

a los sacerdotes o a las escuelas parroquiales. De hecho hay un buen ejemplo de una escuela dominicana que hace una gran labor y recibe nuestra colaboración. Lo que condenamos es el interés privado que interviene en la política de Venezuela, los jesuitas españoles que son la avanzada de la Falange de Franco. La concordia debe ser nacional y no estar limitada a sólo un grupo [25].

Gallegos y su ministro de educación, Juan Beltrán Prieto Figueroa querían de hecho sustituir el estrecho, provincianamente individualista concepto que habían reforzado con frecuencia las escuelas parroquiales por un sentimiento de obligación nacional. En la nueva ley de educación toda la enseñanza estaba sujeta a la inspección estatal, bajo la autoridad del ministro de Educación. Su autoridad quedaba definida como el poder de crear y administrar los establecimientos educacionales oficiales, fijar la validez legal de los estudios, vigilar la formación de la enseñanza nacional y modificar cualquier escuela oficial *dentro* del espíritu de esa ley.

La autoridad incluía otro punto importante. El artículo 59 estipulaba que la enseñanza en los establecimientos oficiales, como en los privados que aspiraban a tener una validez legal, debería estar regida por planes y programas dictados por el Ministro de Educación Nacional.

En ninguna escuela se enseñaría propaganda política; ni se permitirían doctrinas antidemocráticas ni antagonismos religiosos. El sentimiento de servicio nacional era una parte inseparable de las becas estatales; todos los que las recibían quedaban obligados a servir al Estado durante dos años en el lugar que el Estado les señalara. La educación, en general, tenía que ayudar a la producción nacional, pero la educación de cada escuela estaba destinada a ayudar las necesidades económicas de su región. Se apuntaba al desarrollo integral del niño [26].

Hubo una sutil limitación a la Iglesia, o, mejor dicho, a los jesuitas españoles en el artículo que decía que la enseñanza de geografía, historia, educación cívica y otras materias ligadas directamente a los intereses vitales

de la nacionalidad tenía que ser impartida por venezolanos de nacimiento. Pero el debate se centró en el artículo 59 y en el artículo que afectaba específicamente a la religión. Al principio decía así: "La enseñanza religiosa se suministra a los niños cuyos padres lo exijan..." [27]. Nadie sabía hasta qué punto llegaría Prieto en la aplicación de la ley; los conservadores temían lo peor [28].

Prieto afirmó que "practicada al arbitrio privado, la libertad de enseñanza podría ser un riesgo para la seguridad de la sociedad y del estado" [29]. En otro discurso insistió en que para Betancourt [30], Gallegos, y para él mismo la ley contenía una positiva esperanza. Hablaba de un "humanismo democrático", la educación masiva llegaría a "formar hombres en nuestro país que tengan los pies en el suelo y que se dediquen en forma entusiasta y fervorosa al cultivo de la democracia, a la formación de hábitos y aptitudes para vivir en una nación democrática; pero al mismo tiempo, queremos con ello expresar que incorporamos al viejo concepto del humanismo el nuevo concepto de la tecnificación, del hombre para la explotación de las riquezas, de manera que éstas se pongan al servicio de todos, y no al servicio de una casta o de un grupo de privilegiados seleccionados en una forma que algún sociólogo llama la selección invertida, que no es siempre selección de los mejores sino de los más vivos" [31].

Para los conservadores de Copei, toda esta hermosa retórica ocultaba muchas cosas podridas. Para ellos el "humanismo democrático" era sólo un término con el que el Gobierno podría intervenir y controlar algunas esferas más de la vida venezolana: las esferas intelectual y espiritual. El "humanismo democrático" era la bandera bajo la que se podría aplastar la educación católica para extender más aún el poder de Acción Democrática [32].

Copei esperaba cambiar la cláusula religiosa de modo que se diera instrucción religiosa a todos excepto a aquellos cuyos padres no la quisieran. Prieto se mantuvo firme. Los comunistas y la U.R.D., generalmente entusias-

tas respecto a esa ley, habrían eliminado completamente la instrucción religiosa [33].

No cabe duda que a corto plazo la ley no salvaguardó la democracia; al contrario, aceleró su pérdida. Por lo que se refiere al resultado de la controversia religiosa, la batalla continuaba todavía veinte años después y no mostraba señales de resolverse en espíritu de concordia.

Antes de que los conceptos democráticos en la educación pudieran tomar raíces y reemplazar firmemente a los más semejantes a la ideología de un Vallenilla, tenía que haber un desarrollo económico de la nación que estuviera más cerca de satisfacer la primera necesidad del hombre, su estómago. Más importante para aumentar la capacidad productiva que daría como resultado seres humanos sanos, fue la expansión general de la educación en los niveles primario, secundario y técnico, descrita en el capítulo precedente. Para un desarrollo a largo plazo también había una gran necesidad de reforma en la educación superior, un área que experimentó una crisis durante la administración de Gallegos.

No es sorprendente que la crisis en las Universidades implicara el mismo problema que a largo plazo procuraba resolver la nueva ley de educación. Era un problema que afectó a todo el trienio: el sectarismo. Las muchas rivalidades personales entre los profesores, su falta de cooperación, sus constantes altercados o, por el contrario, su puro escepticismo e indiferencia, todas esas cosas, corrientes en toda sociedad, parece que estaban acentuadas en Venezuela. Sería arriesgado e incompleto intentar trazar demasiado detalladamente la causa y el efecto de esta situación, pero parece lógico que una sociedad cuya historia ha visto alternar la anarquía con la tiranía, y visto como excepción la estabilidad, debería ser una en que las relaciones personales jugaban un papel especialmente importante en la seguridad del individuo. Los esfuerzos conscientes para desarrollar la "despersonalización" de la sociedad (siempre algo relativo) habían comenzado apenas bajo Medina.

De ahí que mientras se estaban realizando reformas generales (de cuya efectividad exacta el que esto escribe no puede juzgar) en un período aproximado de una década, de 1938 a 1948, en la Escuela de Ingenieros, Medicina, Filosofía y Letras, Ciencias Económicas, Periodismo, Farmacia, Odontología y Veterinaria y en las universidades en su conjunto; todavía pululaban las fricciones de grupos personales que interferían seriamente con el progreso académico [34]. Algunos de esos grupos obstaculizaban los intentos por conseguir que las universidades fueran más "útiles, modernas y adaptadas a las necesidades de la sociedad". Al parecer había todavía una mayor necesidad de mejoras en las Escuelas de Ingeniería, Derecho, Medicina y Farmacia [35].

La protesta de los estudiantes en junio, que terminó con manifestaciones callejeras, bocinazos, banderas negras y sombreros azules, recordaba sólo en detalles de menor importancia la rebelión de estudiantes de 1928. Centraba su oposición en el rector de la Universidad, que primero había "dimitido" y después había "resucitado" debido a a la reacción de la Facultad al poder de los estudiantes. Los intentos de Gallegos por llevar la concordia a una situación en que ni los estudiantes ni los miembros de la facultad querían ceder estaban destinados a frustrarse. El resultado fue una clasura temporal de la universidad. En lo referente a Gallegos, su imagen, de un político de buena voluntad pero ineficaz, incapaz de tratar con las rivalidades que acosaban su país, no hizo sino reafirmarse [36]. Para la personalidad autoritaria de los militares todo ese incidente debe haber parecido ser una clara invitación a intervenir: ¡Esa anarquía hacía que la intervención fuera un deber patriótico!

Si los intentos de Gallegos por fomentar el desarrollo nacionalmente mediante la educación lo implicaron en una indeseable controversia, los programas agrícolas de su administración crearon una situación confusa de profunda irritación: progreso técnico, una mejor dieta y unas frustradas reformas económicas y sociales que dieron co-

mo resultado la perpetuación y el aumento del lumpenproletariado.

Uno de los primeros problemas espinosos que Gallegos heredó de la Junta Revolucionaria fue la de la escasez de carne de res. Betancourt, como se mencionó antes, había adoptado el expediente de importar carne de Argentina, pagándola con petróleo. La estrategia era la de proporcionar carne conforme a la demanda del mercado, conservar los precios a un nivel razonable, y apoyar a los criadores nacionales de ganado para aumentar sus rebaños, muy disminuidos y degenerados. Los ganaderos recibieron ávidamente los créditos, tan liberales, de la C. V.F., los consejos técnicos, la importación de ganado de Colombia y de los Estados Unidos y los lagos y pastos artificiales que se multiplicaron por los llanos durante el trienio [37]. Pero eran generalmente hostiles a la idea de evitar la matanza de todas las vacas y de los becerros jóvenes, y la importación gubernamental de carne argentina parecía que estaba reemplazando a la propia o llevando los precios a un nivel inferior al que había fijado tradicionalmente la escasez y su propio monopolio. Las quejas respecto a enfermedad de pezuñas y boca eran frecuentes. Algunos, aunque temerosos, no eran intransigentes. El Dr. Diego Heredia, presidente de la Sociedad de Medicina Veterinaria, propugnaba el establecimiento de inspectores venezolanos en Argentina para imponer estrictas limitaciones a las importaciones argentinas, sin excluirlas por completo [38]. La mayoría argumentaba que bajar los precios llevaría a sacar el dinero de la ganadería y que así disminuirían las existencias [39].

La matanza de los animales declinó lentamente. Los datos para los años 1946, 1947 y 1948 fueron de 363.000; 356.000 y 345.000. Pero el tamaño de los rebaños no parece haberse incrementado correspondientemente. Las existencias descendieron en un 8 por ciento de 1946 a 1947, subieron un 2 por ciento en 1948 y después ascendieron en 12 por ciento en 1949, pero para entonces parece que influyó sobre todo la importación de sementales [40].

De hecho los temores de los ganaderos respecto a la baja de precios resultaron ser exagerados. Los venezolanos preferían su propia carne a los cortes más gruesos de las Pampas. Los precios continuaron subiendo más allá de las posibilidades del pobre, y los precios de mercado negro evitaban por lo general el control gubernamental [41]. De manera simbólica, los mismos ganaderos, en su mayoría, rechazaban encerrar sus rebaños [42].

Tan tormentosos y mixtos en sus resultados fueron los intentos del gobierno por aumentar la producción de leche y de queso. Su propia empresa, una lechería modelo en Maracaibo, mostró un sostenido incremento en ganado y en producción por vaca. Los créditos a las lecherías zulianas también dieron como resultado un incremento de la producción, pero los costos de transporte seguían siendo prohibitivos, limitando los beneficios del aumento de la producción. En lo referente a las industrias lecheras de Caracas y sus cercanías, bajo control gubernamental, la política a corto plazo era deficiente. Aunque quizá el 70 por ciento de las vacas del Distrito Federal sufrían tuberculosis, y en un grado algo menor las de las áreas vecinas, el gobierno no actuó drásticamente a tiempo. Se multó a algunas lecherías cuyos establos estaban sucios, llenos de moscas, sin aire, agua y sol. Pero laas multas eran limitadas para evitar que declinara la producción de leche. Se hablaba de quemar a las vacas enfermas con tuberculosis, o con mastitis por ser ordeñadas con manos sucias o de dejar que los terneros de un año continuaran mamando. Pero no se pasaba a la acción. La leche parecía contener más bacterias después de ser pasteurizada. No es extraño que se dieran numerosos casos de gastroenteritis y otras enfermedades ocasionadas por la leche [43].

Una solución a corto plazo adoptada por el gobierno fue la importación de leche en polvo. Además, Dinamarca, Holanda, Argentina y Colombia vendieron a precios de dumping sus excedentes de mantequilla y queso en Venezuela. En setiembre la industria lechera estaba

en crisis, pero, al menos, más gente estaba tomando más leche, aunque la leche viniera de la metrópolis [44].

La producción de maíz fue un triunfo melodramático del trienio. Al principio hubo una pérdida escandalosa de miles de toneladas, debido a un almacenamiento sin precauciones. El tiempo y los créditos ya otorgados se combinaron después para dar una rica cosecha en 1948. Los partidos de la oposición lo atribuyeron todo al tiempo, y criticaron rápidamente al gobierno por bajar los precios. Después de un lento comienzo doloroso el gobierno se las arregló también para obtener algunos de los silos que se necesitaban para disminuir la destrucción anual del 20 por ciento del producto. Un elemento importante de la dieta venezolana había experimentado un incremento. El triunfo no era completo pues el área total de la superficie destinada al trigo parece haber sido menor que la de 1939 [45].

Otro elemento, las caraotas negras, aunque aumentó en volumen de modo notable, permanecía con todo, escaso en agosto de 1948, siendo su precio al consumidor tres veces superior al de agosto de 1945. Parte del problema consistía en el hecho de que en general las caraotas negras eran un producto nacional, cuyo cultivo no estaba cercano siquiera a los escasos progresos realizados por los cultivos de exportación: cacao y café. Se podía ver en miniatura los resultados a largo plazo del desarrollo del sector de exportación a costa del subdesarrollo del mercado doméstico y por tanto de la dieta del venezolano. El gobierno anunció un plan cuatrienal para superar el déficit, pero un mayor progreso dependía más de una total reforma agraria [46].

En una breve síntesis respecto al trigo se puede ver de nuevo la tendencia existente desde la década de 1930 a que una parte creciente de la dieta venezolana se consiguiera mediante importaciones. El influjo de emigrantes (especialmente desde 1945) con diferentes hábitos de consumo y el no haber conseguido aumentar la producción nacional de trigo llevaron a un aumento de las importaciones. Aquí de nuevo los problemaas estaban in-

terrelacionados. En Venezuela podía cultivarse el trigo, pero en el clima frío de las tierras altas; pero esas habían estado sujetas al primitivo sistema técnico de tala-quema-cosecha-emigra del "medianero" nómada sin tierra. Al aumentar la población y tener la tierra cada vez menos tiempo para recuperarse del último cultivo primitivo, la erosión se convirtió en una característica dominante. No sólo fue ineficaz la campaña del gobierno contra las quemas; sus mismos carteles fueron mal interpretados por los campesinos iletrados. El llamado de Gallegos a terminar con el hábito de quemar literalmente la capacidad productiva de la tierra fue ineficaz. Todo dependía de una reforma agraria total. Por lo referente a la producción de trigo, después de 1943 permaneció estancada, y en una década parece que el gobierno había abandonado todo intento por satisfacer esa necesidad de otro modo que con importaciones [47].

En otras áreas el gobierno investigaba la posibilidad de ampliar la dieta nacional. La C.V.F. destinó sustanciales inversiones a la copra y hacía estudios relativos a la posibilidad de la soja, guisantes, uva y miel [48]. Más importante a corto plazo para el goloso venezolano era el esfuerzo del gobierno para transformar la industria azucarera. Amplios créditos, ligados a beneficios para los trabajadores, fueron otorgados para grandes operaciones de nacionales y cubanos. El cultivo aumentó notablemente. Los salarios se elevaron mucho respecto al pasado. El conservador *El Universal* comenzó a cantar triunfalmente sobre las maravillas que la agricultura privada a gran escala podría realizar si los terratenientes tuvieran créditos adecuados. Después vino la desilusión. El azúcar de caña se pudría en el campo porque los trabajadores no alcanzaban a cortarlo. *El Universal* se indignaba contra los perezosos trabajadores, los ingratos que dejaban las plantaciones (a pesar del incremento del salario del 69 por ciento respecto a 1946) o contra los que no eran lo suficientemente activos para cosechar el premio de una buena plantación. Cuando llegaron las cifras de julio se encontró que 50.000 toneladas de caña habían quedado

sin cortar en el campo de la Central Venezuela. En la Central Matilde de Chivacoa se echaron a perder 70.000 toneladas [49].

El problema era fundamentalmente el de unos trabajadores cuyas condiciones de vida eran subhumanas y el de la falta de voluntad por parte del gobierno de obligar a los terratenientes y propietarios de ingenios a cumplir con sus nuevas obligaciones legales y las viejas obligaciones humanas. Se hicieron algunas concesiones en 1948, se comenzó a construir algunas viviendas, y en la Central Tacarigua había también funcionando un hospital y un comedor [50]. Pero, como admitía *El Universal* en otro artículo, que después olvidó oportunamente, los trabajadores azucareros continuaban viviendo en condiciones terribles, y en la central cubana, los trabajadores cubanos recibían un trato mejor que los venezolanos [51]. A pesar de los contratos de créditos, que implicaban la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, un año después el Dr. Manuel M. Márquez podía notar que casi los 40.000 trabajadores cortadores de caña y sus familias estaban viviendo todavía en chozas absolutamente inadecuadas para la vida humana. Esto, decía, era la causa principal del continuo éxodo a la ciudad [52].

El gobierno de Acción Democrática no debe ser criticado por la explotación realizada bajo la Junta Militar. Con todo, estaban en una posición durante el trienio que les permitía elegir qué medio de producción iba a predominar en el azúcar y otras industrias. Escogieron invitar al capital extranjero e intentar convertir el egoísta terrateniente en una especie de empresario humano, contra cuya existencia conspiraban todas las características de una sociedad capitalista en evolución. Convertir a las Doña Bárbaras en Santos Luzardos implicaba pedir a los capitalistas que dejaran de ser capitalistas. Los latifundistas no eran sólo señores feudales en una esquina del mundo moderno, sino también explotadores capitalistas en un nivel inferior de la jerarquía capitalista, que va de Nueva York a Caracas, de Caracas a las provincias

y de las provincias a las más humildes comunidades indias. Cada explotador toma lo que puede y permite al explotado directamente por él tomar a su vez lo que puede de los demás. El que está debajo puede explotar a su turno lo que quiera mientras no amenace a su superior.

La misma base explotador-explotado caracterizaba la industria pesquera. Hasta un extremo asombroso había un paralelo entre el complejo latifundio-minifundio de la tierra y el del agua. En la costa del mar en Sucre y en las aguas de Zulia había los mismos grandes empresarios rodeados por cincuenta pequeños. Había el mismo sistema de créditos por los que los deudores se colocaban ellos mismos en una servidumbre virtualmente permanente. Había el mismo sistema de pagar la deuda personal con la propia producción, y quedarse con apenas lo necesario para sostener a la propia familia. Se daban los mismos métodos y equipos atrasados con los que la producción daba con frecuencia al "terrateniente" del mar menos que lo que éste conseguía con su monopolio de control del crédito [53].

Estas condiciones continuaban imperando en 1960, pero puede decirse en defensa de los regímenes del trienio de Acción Democrática que de nuevo se hicieron algunos esfuerzos para reducir la explotación dentro del sistema, e incrementar la producción mediante la modernización. Un enfoque era el usado en una escala no amenazadora en la agricultura: la formación de cooperativas. Estaba cada vez más claro que, a pesar de los contratos del gobierno para comprar el pescado, los pescadores estaban obligados individualmente a venderlos a los intermediarios a precios ridículamente bajos. Se formaron entonces cooperativas, se dotó de motor a los barcos, y en Zulia consiguieron incluso congeladores portátiles. En agosto se habían conseguido algunos resultados positivos [54].

Con todo, en un punto, las sardinas, la competencia extranjera, que había sido eliminada por la guerra, comenzó a amenazar de nuevo a la naciente industria nacional. Los europeos comenzaron a anegar el mercado vene-

zolano con sardinas y otras conservas de pescado, y las ventas de los productos venezolanos cayeron a pico [55].

Otro medio importante para aumentar el consumo de pescado y disminución de los precios fue la colaboración de la C.B.E.C. (Venezuelan Basic Economy Corporation) de Nelson Rockefeller. Si el empleo de dinamita en la construcción petrolera mataba el pescado [56], Rockefeller y la C.V.F. estaban ocupados en organizar una operación creciente de pesca. La Corporación de Rockefeller y Venezuela suscribieron por igual las pesquerías Caribe: seis barcos, plantas de refrigeración, enlatado, distribución. Los venezolanos deberían reemplazar a los trabajadores norteamericanos tan pronto como fuera posible [57]. El aspecto más progresista de este acuerdo era, con todo, el hecho de que en diez años todas las acciones serían puestas a la venta para transferir la propiedad total a manos venezolanas [58].

La limitación de la filosofía capitalista de la compañía, inseparable de la estructura capitalista dentro de la que operaba, se manifestaría pronto a expensas de la dieta venezolana... Las Pesquerías Caribe tropezaron con malos tiempos y, como estaban fundadas principalmente para hacer beneficios y no para alimentar a la gente, la V.B.E.C. terminó con sus pérdidas cerrando la operación [59]. Uno de los obstáculos había sido que el gusto de los consumidores no correspondía al de pescado que no fuera fresco. Pero quizá si se hubiera empleado un dinero parecido al que financiaba las relaciones públicas de la Creole a la promoción de nuevos gustos para el pescado el resultado hubiera sido diferente. Esa campaña comportaba riesgos que una empresa basada en los beneficios no quería tener.

Otra acción de V.B.E.C. - C.V.F., que también era potencialmente progresiva, se desarrolló en la agricultura. El plan incluía el cultivo de un cierto número de haciendas distribuidas adecuadamente a lo largo del país, teniendo en cuenta el suelo, clima y escasez de alimentos en Venezuela. Se utilizaría una maquinaria moderna y los mejores agrónomos venezolanos y extran-

jeros ayudarían a introducir los métodos más eficaces de cultivo y de cría de ganado. El plan incluía también la venta o alquiler de semillas y equipo; préstamos de ciertos servicios agrícolas. Se cultivarían nuevos suelos mediante deforestación y proyectos de irrigación. Se incluía la creación de cooperativas de producción y consumo. Por último, el proyecto global incluía hasta alguna redistribución de tierras; entre los planes estaba el de la adquisición y parcelación de grandes haciendas para distribuirlas en lotes, en condiciones ventajosas, entre las familias de los trabajadores agrícolas [60].

También aquí la propiedad sería transferida a los venezolanos en el término de diez años. Pero aquí también fallaron los beneficios y la V.B.E.C. cerró el negocio [61]. En esta ocasión sería difícil apoyarse en el gusto de los consumidores.

En defensa del conjunto de la operación se puede decir que Rockefeller podría haber encontrado fácilmente modos más beneficiosos en que invertir desde el principio. Sin duda había ahí algo de humanitarismo. También estaban implicados los intereses de la compañía de petróleo: normalizar sus relaciones con el satélite. En tercer lugar, uno de los principales objetivos de Rockefeller parece haber sido el demostrar en áreas claves el carácter progresista de la empresa privada e incluso fomentar la competición. Desde luego, las empresas agrícolas y pesqueras mostraron cuán progresista y limitada puede ser una empresa privada excepcional.

La empresa más irritante de Rockefeller (Compañía Distribuidora de Alimentación) fue la compañía destinada a proporcionar alimentos más baratos. Pero como la mayoría de los alimentos tenían que venir de los Estados Unidos y Venezuela ya tenía una superabundancia de importadores, esto encontró oposición entre los productores nacionales y los intereses creados comerciales. Con alguna justificación estos últimos decían que Rockefeller tenía una ventaja injusta: poder para utilizar el transporte por barco de toda clase de mercancías en tiempos de escasez, como era 1948 [62]. Los comerciantes

no se consolaron cuando un editorial de *El País* les pidió que consideraran las pérdidas financieras como un resultado normal de una sana competición, y por tanto benéficas para la nación a largo plazo. Además, La Distribuidora importaría sólo aquellos alimentos que escasearan en Venezuela [63].

Cualquiera que fuera la intención progresista de esa acción, la falta de beneficios llevó a su clausura. Los supermercados V.B.E.C., C.A.D.A., instaurados en 1949 y controlados al 51 por ciento por la V.B.E.C., consiguieron sobrevivir, pero se notó que habían fracasado en su intento de ayudar a los pobres, cuyos salarios eran todavía insuficientes para los precios V.B.E.C. Sobre este último punto se necesita más investigación.

En suma, las estadísticas globales para la agricultura durante el trienio no eran a primera vista impresionantes. Un informe de las Naciones Unidas comentaría que la recuperación agrícola durante el trienio y 1949 "había permitido apenas superar el nivel de 1937". Era un 3 por ciento superior en 1948 respecto a 1937 [64]. A Betancourt le gustaba hablar del incremento del 12 por ciento en 1948 respecto al consumo total de 1937, pero no mencionaba a continuación que la población había aumentado durante el mismo período en 32 por ciento [65]. En todo caso, es obvio que para el momento presente el incremento de la consumición total era posible fundamentalmente mediante importaciones, y que el consumo por persona había disminuido.

El suelo cultivado, que había disminuido de 1936 a 1945 de 1.048.373 a 954.300 hectáreas [66], parece según ciertos indicios que disminuyó todavía más. Las estimaciones gubernamentales para 1948 decían que había 800.000 hectáreas cultivadas [67]. La reducción en área cultivada estaba en parte compensada, con todo, por las 28.000 hectáreas que se habían irrigado, porque el suelo irrigado producía poco a poco de tres a seis veces más que la tierra no irrigada [68]. Y si el área de tierra cultivada puede haber permanecido relativamente idéntica, se insistía más en los elementos de la dieta venezolana.

Pero como juicio intermedio, este escritor está inclinado a asentir a la afirmación de Betancourt cuando decía que las cifras para el trienio no eran plenamente significativas; eran de "importancia limitada" [69], cifras alcanzadas sin ninguna profunda reforma agraria y sin ninguna transformación previa del ambiente físico [70].

Más importante, para conseguir un juicio más completo de las realizaciones agrícolas y de las realizaciones potenciales del trienio, es mirar más allá de las estadísticas de la dieta, de las cifras de producción e incluso del hecho de que se daba la primera prioridad del presupuesto a la agricultura. Hay que entrar necesariamente en el campo de la especulación, el reino de lo no terminado, y examinar la potencia o impotencia que poseía la reforma agraria de 1948 para transformar las capacidades productivas y modelar al futuro agricultor venezolano.

En muchos aspectos la reforma agraria de 1938 era parecida a una constitución, una ley de buenas intenciones expresada de tal manera que permitía un amplio radio de acción. Por una parte no era tan radical que garantizara el terminar con los derechos de las grandes propiedades. Ni tenía tantas escapatorias como para garantizar absolutamente contra toda redistribución de la propiedad privada. Decir que "la verdad está en alguna parte intermedia" es de ordinario una manera agradable de evitar dar algo más que un juicio insípido; en el caso de la reforma de 1938, esa afirmación sería una distorsión de la realidad escrita.

Como punto de partida podemos citar a Ramón Quijada, que guió la ley a través del Parlamento. El objeto de esa reforma, según Quijada, no era socialista: "Ya vendrán otros cuando el país esté saturado de capitalismo, que hagan la revolución y nacionalicen la propiedad" [71].

El propósito declarado de la ley era asegurar al campesino el derecho a la tierra y al mismo tiempo mantener e incrementar la producción nacional. Se pensaba que

ambos objetivos eran parcialmente contradictorios a corto plazo.

Se suponía que la ley permitiría garantizar a todos los trabajadores de la tierra su derecho a la misma. El decreto, en un compromiso, permitía todas las formas de ocupación: comprar la pequeña propiedad alquilada después de un cultivo de prueba en términos liberales, si así se deseaba; la propiedad de tamaño intermedio; cooperativas de servicios, si no de tierras; empresas comunales o colectivas; y grandes y mecanizadas explotaciones capitalistas. Era una política de coexistencia, sin tomar ninguna posición dogmática en favor de ningún tipo particular de explotación. Esa tolerancia superficial favorecía claramente a los grandes terratenientes, que tenían la ventaja de la economía de gran escala. Así, en cierto sentido, la ley garantizaba la desigualdad al garantizar la coexistencia de los desiguales.

El artículo 81 de la ley afirmaba también que dadas las urgentes necesidades de la producción nacional los grandes propietarios de tierras que cultivaran racional y directamente los alimentos necesarios o que criaran ganado eficientemente podrían ser declarados exentos de expropiación. Una producción eficiente incluía condiciones adecuadas para los trabajadores: casas higiénicas y parcelas privadas para la familia del trabajdor. Pero ya hemos visto cómo las inspecciones inadecuadas podían burlar esas disposiciones. El artículo 81 presentaba una significativa escapatoria, y habría dado origen al menos a dos problemas.

Durante el trienio hubo muchos agricultores importantes que pidieron empréstitos a la C.V.F. o al Banco Agrícola y Pecuario, con objeto de incrementar su producción. De hecho, durante el trienio había más razones que nunca para creer que el gobierno nacional daría créditos, ayuda técnica, fomentaría los proyectos de irrigación y comercialización y construiría carreteras. Sin embargo, muchos de esos créditos —los fondos eran limitados— no fueron otorgados. La segunda convención de ganaderos se quejaba de que sus proyectos habían

fracasado por no haber sido otorgados los créditos por la C.V.F. Decían que estaban llenos de iniciativas, pero que no tenían cooperación por parte del gobierno. De hecho, de 889 peticiones de créditos a la C.V.F., sólo se aprobaron 476 [72]. Estaba el caso del Dr. Manuel Vicente Tinoco, que produjo una cosecha record de ajonjolí en 250 hectáreas de su gran propiedad. De hecho la cosecha superó incluso al record alcanzado antes por la Estación Genética gubernamental de Maracay. En tres años más esperaba cultivar hasta 800 hectáreas, pero se le negó el crédito [73]. Le quedaba pues una gran parte de la tierra sin cultivar, como a los ganaderos de la segunda convención antes citada.

La tierra baldía, con todo, era sujeta a expropiación. Así, teóricamente, la tierra de un agricultor podría ser expropiada en parte porque el gobierno rehusaba dar a ese mismo agricultor el crédito que necesitaba para aumentar el cultivo. Existía otra posibilidad: un agricultor sabía que el gobierno probablemente no expropiaría la tierra baldía si sabía que el propiettario mostraba que tenía serias intenciones de cultivarla. De hecho los artículos 107, 108 y 109 daban un respiro temporal de 15 a 30 años a los que deseaban aumentar la producción y proporcionar vivienda decente para los trabajadores. Los trabajadores sin tierra que todavía necesitaran tierras podrían protestar si no había otra tierra disponible (que siempre había).

De ahí que los terratenientes podían pedir simplemente un amplio crédito, conociendo muy bien que podría ser rechazado pero que la petición le permitiría tener una consideración especial cuando se realizaran las expropiaciones.

Sin duda la ley procuraba más proteger al latifundista que maltratarlo, porque era una ley que defendía mucho al latifundista contra la expropiación. La reforma sostenía que para dar tierras a un agricultor individual o a un grupo de propietarios habría una clara prioridad en hacerlo con las tierras redistribuidas. El artículo 80 determinaba que antes de que se pudiera hacer ninguna

expropiación el gobierno debería distribuir primero las tierras del Estado. La implicación era evidente: la expropiación se utilizaría sólo como último recurso.

Una vez que comenzara la expropiación, las tierras dedicadas plenamente a la ganadería eran pasibles de redistribución. No se librarían de la expropiación los propietarios ausentes. Con todo, los propietarios que tuvieran centenares de trabajadores miserablemente pagados serían intocables según la ley. (Pero la fuerza gradualmente creciente de los sindicatos campesinos habría, al menos, reducido esa explotación).

Otra ayuda parcial a los terratenientes era el artículo 82. Establecía que en regiones de poca densidad de población la tierra de cualquier propietario que no fuera expropiable sería el doble de la tierra de una zona más densamente poblada. En breve, las grandes haciendas de donde los campesinos habían huido masivamente podrían tener el privilegio de una mayor cantidad de tierra inviolable.

El artículo 85 ofrecía también un apoyo potencial al terrateniente. Declaraba que el gobierno podía decretar que una zona no estaba ya sujeta a expropiación, es decir, que las peticiones de tierra deberían ser satisfechas en otros sitios. El gobierno podría cambiar esta decisión si el Congreso permitía una nueva solicitud al Instituto Agrario Nacional, después que éste probara que existían haciendas en condiciones de expropiabilidad. Pero estos cambios pedían tiempo, mucho tiempo, durante los que se elegían nuevos parlamentos, y se podían ejercer nuevas presiones.

El proyecto original declaraba que las grandes estancias (aunque estuvieran cultivadas) podían ser parceladas para crear tierras para proyectos colectivos. Pero suscitó tal furor que esa acción fue relegada a los casos más extremos. Los latifundistas productivos debían ser protegidos lo más posible. Había que animar a Santos Luzardo, no destruirlo.

El artículo 88 protegía a los mayores propietarios de tierras de Venezuela, las Compañías petroleras. Se les

garantizaba el privilegio de no perder sus concesiones. No se decía nada respecto a una mayor compensación por las Compañías petroleras a los ganaderos cuyas tierras habían utilizado y por cuyo derecho prácticamente no pagaban nada a los ganaderos. No se decía nada de evitar que las Compañías petroleras presionaran, engañaran y estafaran a los agricultores. Y sin embargo esos abusos eran frecuentes bajo el gobierno de Gallegos [74].

Algunos de estos artículos estaban en el proyecto original. Todos eran salvaguardas al terrateniente que tuviera alguna intención de utilizar sus tierras. Todos protegían los intereses de los terratenientes representados por los grupos de presión, Cámara Agrícola de Venezuela y la Federación de Comercio y Producción. En el Congreso su portavoz era Copei.

En las negociaciones sobre el primer proyecto la Cámara Agrícola combatió con éxito inmediato las ya moderadas medidas; aunque no se le otorgó todo lo que solicitaba. Los terratenientes protestaban contra el hecho de que los proyectos colectivos no dejaran automáticamente sus tierras a sus hijos: sería una propiedad comunal. Estaban probablemente descontentos por perder su influencia sobre las comunidades campesinas, cuyo mero número había representado en el pasado un prestigio para sus terratenientes. Sostenían que la reforma violaba los principios democráticos, porque no estaría dirigida por intereses económicos más diferentes, es decir, por su propia poderosa participación. Estaban furiosos contra el procedimiento para pagar las expropiaciones que establecía que cuanto mayor fuera la hacienda expropiada menor sería el porcentaje que se pagaría en efectivo inmediatamente; el resto se daría en bonos. Se burlaban de la cláusula que permitía una compensación inmediata a aquellos expropiados que utilizaran esos fondos para ayudar a establecer industrias para los productos derivados de la agricultura en ciudades de menos de 10.000 habitantes. Y por último utilizaron hasta el límite el argumento "técnico" de que las condiciones pasadas impedían a los agricultores y ganaderos de

mentalidad moderna aumentar su explotación. Este argumento hizo que los artículos 108 y 109 permitieran que los terratenientes comenzaran de nuevo [75].

A primera vista parece paradójico que la Cámara de Comercio y la Federación de Comercio y producción, se opusieran al parcelamiento de las haciendas para crear una masa de campesinos productores, lo que sería, de hecho, crear un mercado doméstico cuya falta había impedido siempre su propia expansión. Quizá estaban demasiado adaptados a los antiguos mecanismos de poca producción y pocas ventas a precios altos. Quizá, como decían implícitamente, temían que un ataque a la propiedad se extendería hasta el mundo de los negocios. Algunos, además, debían tener todavía familiares o amigos íntimos que eran grandes terratenientes. Un porcentaje creciente del mundo de los negocios había invertido en tierras desde la segunda guerra mundial [76]. En todo caso, la Cámara de Comercio, aunque de palabra apoyaba la reforma agraria, de hecho apoyaba a los latifundios. Haciendo esto ayudaba a mantener la falta de un fuerte mercado interno.

La reforma era declaradamente conservadora en lo relativo a la redistribución de la propiedad, pero dentro de esta estructura conservadora daba algún poder a las masas rurales que se habían organizado en los sindicatos campesinos de Acción Democrática. Los funcionarios locales del Instituto Agrario Nacional, el órgano de la reforma, eran escogidos, de acuerdo con el artículo 13, de las listas dadas por la Federación Sindical Nacional. Esos sindicatos representaban a la mayoría de las asociaciones campesinas legalmente constituidas. Los funcionarios locales podían ser importantes como comprendió la oposición, porque estaban encargados de las peticiones de tierras de los campesinos o de los grupos de campesinos.

En lo referente a los funcionarios principales que constituían el directorio del Instituto Nacional Agrario, éste era todavía en parte un órgano potencial de los terratenientes. El artículo 44 establecía que el Congreso

designaría cuatro de los directores cada dos años, a partir de listas dadas por la Federación venezolana de cámaras y asociaciones de comercio y producción y por la Federación nacional de sindicatos de comercio. El directorio sería tan representativo como el congreso. Sin embargo, el congreso de 1948 mostró ya que quería abrir los cargos más importantes del Instituto a hombres nombrados por los grupos de presión que durante los debates relativos a la reforma se habían ligado sólidamente a los terratenientes.

En la práctica, el Congreso demostró que sus intenciones de reforma eran probablemente mayores que las meras palabras. A pesar de las dificultades constitucionales, la mayoría de Acción Democrática consiguió designar al senador Quijada, líder de la ley, como uno de los directores. Julio Grooscors, jefe del I.T.I.C., responsable de los proyectos gubernamentales relativos a las comunidades agrarias, fue mencionado como candidato para el primer cargo del Directorio [77].

Otra salvaguardia que impedía, en favor de los campesinos, que la distribución de tierras quedara en una mera farsa era la cláusula relativa al control del Instituto sobre las aguas en los nuevos proyectos de irrigación.

En suma, la reforma agraria no proporcionó probablemente un mecanismo efectivo para dar pronto tierras a las masas campesinas. Ciertamente no cabía esperar una redistribución masiva de tierras a los campesinos por parte de los terratenientes. Lo más probable es que la mayoría de los terratenientes, bajo la amenaza de la nueva ley, se hubieran hecho lo suficientemente activos como para evitar la expropiación, pero quizá no tan activos como para impulsar realmente la producción nacional. El primer estadio de la distribución de tierra, que implicaba la distribución de tierras gubernamentales, y posiblemente las tierras hasta entonces incultas como las que estaban al sur de la Gran Sabana, es probable que sólo produjeran poco a poco efecto sobre el nivel de vida de los trabajadores. Estaba implicada la nece-

sidad de realizar una serie de programas de irrigación de largo alcance, y tales programas habían sido realizados muy lentamente en el pasado. En promedio habría hecho falta ocho años para comenzar y llegar a cultivar un sector irrigado de 11.000 hectáreas [78]. Y pasarían años antes de que las tierras más apartadas tuvieran caminos para llegar a los mercados.

Así la reforma habría ayudado probablemente a los terratenientes mucho más que a los campesinos, por terminar con sus dudas relativas a su propia situación; por permitirles y animarles a comenzar de nuevo; por conservarlos en una situación de superioridad. Al mejorar la situación del terrateniente, los sindicatos laborales campesinos habrían participado en general en un porcentaje pequeño de la riqueza creada por su propio trabajo. Pero los salarios agrícolas no parecían prometer elevarse hasta el nivel de los salarios petroleros o urbanos. Tampoco parecía que pudieran llegar a conseguir tierras. Lo mejor era abandonar el campo.

Los gobiernos del trienio, con todas sus buenas intenciones para encontrar y utilizar las "energías perdidas" del campo, hicieron mejoras más importantes que las de la política agrícola de sus predecesores. Dieron impulso a la producción rural, pero no cambiaron la oleada humana. Mediante la visión estrecha de la ley de reforma agraria aseguraron su continuidad.

Más que nunca la nación se encontraba impulsada a realizar una rápida industrialización, pero sin una reforma agraria efectiva la industrialización estaba todavía frenada por la falta de un mercado interno. El trienio dio un gran impulso al comercio, pero no modificó apreciablemente la composición industrial que Venezuela conoció en 1936 [79]. La industria que más ganó durante el trienio fue la de la construcción, en particular el cemento, aunque incluso ahí había una buena parte importada.

La industria que probablemente reflejó más claramente las dificultades que encontraba un satélite al querer realizar una revolución nacional burguesa fue la indus-

tria textil del algodón. Algunos de sus problemas fueron, desde luego, únicos. Se enfrentó con el hecho de que estaba siendo remplazada en parte con los productos rápidamente en auge del rayón y del nylón, tan de moda después de la segunda guerra mundial.

En cierto sentido no era una industria joven, había empezado en 1856. Era una industria en un satélite cuya industrialización había desempeñado siempre el papel de segundo violín respecto al sector exportador y cuyas necesidades habían sido satisfechas mediante las importaciones. Era la industria de un país cuya entera industrialización había permanecido en la infancia y crecido en subdesarrollo. Había prosperado sobre todo cuando se habían reducido más los contactos con quienes proporcionaban las importación, o incluso cuando estos contactos se habían roto, como durante ambas guerras mundiales. Tan pronto como se restauró el contacto, se sintió, renovada, la competición [80].

La tendencia de la industria al estancamiento, tendencia relacionada con la competencia aplastante que el industrial "joven" sufría por parte del sector importador estaba reflejada en su enfoque tímido de la modernización y en general a una mayor eficiencia.

En el verano de 1948, la industria textil se enfrentó a la bancarrota. El gobierno convocó a una conferencia de industriales e importadores y después de una tremenda resistencia por parte de los importadores se llegó a un compromiso. Se establecerían cuotas; se impediría el contrabando, se financiaría con 20 millones de bolívares de la C.V.F. los intentos de modernizar y remplazar la maquinaria anticuada, se harían esfuerzos para mejorar la atrasada industria del algodón, a pesar de los argumentos de aquellos que propugnaban que se abandonara por completo la producción nacional. Se salvó por el momento la industria nacional [81].

El haber dado un mayor impulso al proceso industrial habría implicado el crear industrias que compitieran más eficazmente con las de la metrópoli, los Estados Unidos. Una industrialización en mayor escala habría implicado

la creación de economía de escala; un uso más efectivo de los recursos naturales y humanos mediante la creación de un plan regional con una especialización regional, un mercado regional más amplio del que podía ofrecer Venezuela y una unión aduanera para proteger el nuevo mercado regional. Tales ideas tenían sus raíces políticas en Simón Bolívar, sus raíces económicas en Andrés Bello, y su síntesis teórica en Haya de la Torre.

La Venezuela del trienio nunca estuvo próxima ni siquiera a formular en su imaginación la unidad continental de la Indoamérica de Haya de la Torre, pero bajo Gallegos hizo un intento ingenioso, aunque ineficaz, de una rápida consolidación regional que abarcara a Venezuela, Colombia y Ecuador.

Los primeros planes venezolanos para la Carta de Quito fueron en realidad de una amplia visión, y casi un corolario lógico al fracaso económico de la conferencia intercontinental de abril en Bogotá.

Si el mensajero de Gallegos, Betancourt, llegó a Bogotá con grandes esperanzas de crear el desarrollo continental mediante un plan racional de cuatro años, fomentado ampliamente por el capital norteamericano el Secretario de Estado de los Estados Unidos, George Marshall no perdió tiempo en dirigir la conferencia hacia otros temas.

Venezuela propuso la creación de una Corporación Internacional de Desarrollo (una C.V.F. continental) con un capital de 100 millones de dólares. (La propuesta fue hecha por Alejandro Oropesa Castillo, presidente de la C.V.F.). Sus principales funciones incluían lo siguiente: estudiar el desarrollo económico e industrial de las naciones americanas; dar créditos para la estabilidad económica interna de las naciones; promover el comercio entre las naciones; cooperar en el estudio de la financiación de programas de colonización e inmigración; dar asistencia técnica y científica a los gobiernos y garantizar los préstamos realizados por el gobierno norteamericano [82].

El programa más amplio de Betancourt incluía también la entrada libre de materias primas en los Estados Unidos a cambio de la entrada libre de los productos industriales que sólo podían producir los países industrializados; sostenía que estaba positivamente contra los monopolios en la libre empresa y que creía que debería haber leyes para frenarlos. Rechazaba la agresión económica y la discriminación coactiva. Esperaba que hubiera una acción económica interamericana, como la de la Corporación Internacional para el Desarrollo, pero (en ese momento) rechazaba la creación de bloques contra bloques. Apoyaba los estudios estadounidenses para reducir y eliminar el exceso de impuestos y los impuestos dobles a las empresas extranjeras; pedía una conferencia económica en otoño en que los especialistas económicos y financieros y los ministros de desarrollo y hacienda de toda América discutieran lo más detalladamente posible las necesidades en maquinaria (industrial y agrícola), los métodos de pago, y los materiales esenciales para la agricultura y ganadería en América. También habría un censo de materias primas que podrían ser utilizadas como una parte integrante de un proceso de industrialización, tanto de Latinoamérica como de una Europa en proceso de reconstrucción. Los planes deberían abarcar los próximos cuatro años [83].

Con todos sus defectos, era un plan original, al querer combinar el plan Marshall con el desarrollo latinoamericano. Los Estados Unidos simplemente no estaban interesados en ese enfoque tan aprista. Marshall tenía tres objetivos interrelacionados que quiso alcanzar en Bogotá; un frente anticomunista más amplio en Latinoamérica; una mayor seguridad para las inversiones norteamericanas; y la cooperación de Latinoamérica, siempre como subordinada, en el plan Marshall estadounidense para reavivar Europa.

Con todos los méritos del plan de Betancourt, él sólo representaba a uno de los satélites. Como notaría años después Rodolfo Luzardo: "Hay que reconocer francamente que cuando los Estados Unidos vota en las con-

ferencias de la O.E.A. no se trata sólo de un voto, sino que con ello se manifiesta una mayoría numérica. Porque, mientras que los modelos económicos y políticos que hoy existen en el continente americano sigan siendo los mismos, siempre habrá una docena de gobiernos tan indefensa y desesperadamente dependientes de la buena voluntad de la Casa Blanca y del Departamento de Estado que sus votos estarán automáticamente determinados por las opiniones expresadas por la misión de los Estados Unidos en la O.E.A." [84]. Así las voces más progresistas en Bogotá, como las de Venezuela y México, fueron ineficaces.

Si alguna vez hubo alguna duda sobre la posibilidad de que las propuestas de Betancourt fueran tenidas en cuenta entonces o en setiembre, la muerte de Gaitán y los tumultos que le sucedieron en Bogotá acabaron con esas dudas. La conferencia degeneró en diálogos sobre cómo realizar el mejor anticomunismo. Se archivaron los planes de largo alcance para el desarrollo.

Betancourt hizo algunas críticas elocuentes del colonialismo, pero al no llevar a cabo una acción significativa respecto a los problemas económicos, aseguró involuntariamente la continuación de su propio país en el papel de colonia económica. El primero de mayo decía que sus artículos económicos eran sólo "gestos teóricos"; esperaba que en setiembre habría un progreso más concreto contra la agresión económica y en favor de la cooperación económica [85]. Sin embargo, debería haber sabido que Harry Truman estaría en medio de una campaña presidencial, profundamente preocupado por los problemas internos y por luchar contra el comunismo en Europa, por lo que se preocuparía poco por las propuestas económicas en Bogotá. Durante esos meses, cuando la metrópolis se absorbió por entero en el plan Marshall, era bastante difícil importar unos pocos sacos más de trigo a Venezuela desde los Estados Unidos, para no hablar de comenzar un programa masivo de desarrollo económico.

La Conferencia de Quito, de Ecuador, Colombia y Venezuela, había sido planeada ya probablemente antes de Bogotá, pero los escasos resultados de Bogotá habían dado un nuevo impulso a los que ahora propugnaban el progreso económico mediante un regionalismo grancolombiano. A principios de julio los periódicos de Caracas comenzaron a publicar artículos sobre el proyecto preliminar. Las fórmulas eran prudentes: "La Unión Económica y Aduanera debe llevarse a cabo en forma gradual y progresiva" [86]. El día siguiente la fórmula "gradual y progresiva" había desaparecido; algunas tarifas deberían desaparecer de inmediato, todas las demás en un plazo de cinco años. Se hablaba incluso de reducir la evolución hacia una unión aduanera o pequeño mercado común a menos de cinco años. Se incluía en la discusión un programa de acuerdo de pagos para facilitar las balanzas de cada uno de los tres países. Se proyectaba también el libre tránsito de personas y de derechos de trabajo. Se darían ventajas iguales al capital privado y a las agencias gubernamentales (relativamente) autónomas, como la C.V.F. y las instituciones similares de Ecuador y Colombia. En el entusiasmo del momento, se incluyó a Panamá en el embrión de mercado común. Se pensó en empresas mixtas para los cuatro países [87].

Continuó el creciente optimismo a medida que se fueron revelando durante los días siguientes los varios artículos del proyecto preliminar de la Carta de Quito. Se deberían hacer constantemente estudios para mejorar todas sus economías, mejorar sus precios de exportación, para suscitar una nueva oleada de cooperación económica, incrementar la producción en todos los campos, mejorar las comunicaciones entre ellos. Se tenía en cuenta todo: caminos, ferrocarriles, operaciones bancarias, crédito para todos los campos. Para facilitar la transición cada país debería confeccionar una lista de excepciones de las reducciones de tarifas, y debería recordar el comercio beneficioso para los demás [88].

Durante un período todo se mantuvo tranquilo. Después se destapó el fondo. El 24 de julio se informó

que la Cámara de Industriales de Caracas tenía fuertes reservas respecto a la unión aduanera. Temían grandes pérdidas. Había muchos problemas "técnicos" y jurídicos. Se sentían preocupados por los acuerdos respecto a las divisas y tráfico internacional de mercancías. Sin duda lo aprobaban en principio, pero hacía falta un mayor y más profundo estudio [89].

Unos pocos días después resultaba que "por ahora la Unión Aduanera no presenta ventajas para Venezuela; por el contrario, constituye un perjuicio para las nuevas industrias. Las economías son competidoras, no complementarias. Lo más que se podría ofrecer era una Comisión Permanente de Estudios que debería comenzar con los temas de menor envergadura. Pero ese instituto era costoso; no hay que establecerlo precipitadamente" [90].

Sin duda hubo consideraciones económicas en el rechazo por parte de los venezolanos a trabajar rápidamente en favor de un mercado común, incluso pequeño. Detrás de las fórmulas estaban los hechos claros de que los mayores salarios venezolanos, que encarecían los productos industriales más en general que los de Colombia y Ecuador, la habrían colocado en desventaja si las tarifas entre esos países se hubieran reducido. En segundo lugar, aunque la producción hubiera costado lo mismo, el fuerte bolívar de Venezuela le daba una capacidad de importación que habría sido aún mayor cuando se hubieran reducido las tarifas. Si la unión aduanera se hubiera realizado, la industria venezolana. nueva y frágil, habría podido sufrir.

También estaba implicado el sentimiento nacionalista. El nacionalismo venezolano, tan impotente ante la competición norteamericana, se enfrentaba con tanto mayor ímpetu cuando se encontraba amenazado por otros satélites. Ese espíritu podía encubrirse en la racionalización, todavía tan predominante en Venezuela: "Integrémonos primero nosotros dentro de nuestro mismo país y después pensaremos en una integración mul-

tinacional". La terrible lucha para establecer una base industrial nacional o incluso el "primer estadio" creó una sicología que trabajaba contra una mayor industrialización.

Cyril Black ha visto esta paradoja en un contexto más amplio: "Cuando se han desarrollado por primera vez sistemas de conocimiento de validez universal; cuando las sociedades están cada vez más dependientes en su seguridad de factores que se extienden más allá de sus fronteras; cuando los sistemas de producción requieren materias primas, mercados y técnicas que no puede proporcionar una sola sociedad; cuando las relaciones sociales y las instituciones culturales sobrepasan los confines nacionales; y cuando la orientación del individuo se está desarrollando para adquirir valores que no conocen fronteras nacionales, en ese mismo momento los resultados de los controles organizativos dentro de los que deben moverse todos los aspectos de la actividad humana se están concentrando cada vez más a nivel de los estados nacionales, o de las sociedades organizadas políticamente" [91].

Pero el nacionalismo en sí mismo era un obstáculo menos importante que el sistema económico dentro del cual se desarrollaba ese nacionalismo. Mientras los beneficios inmediatos y a corto plazo fueran los incentivos que movían el engranaje económico; mientras la ganancia personal, simbolizada e institucionalizada en la firma familiar venezolana, prevaleciera sobre los intereses de la comunidad; mientras los importadores se apoyaran en las importaciones de la metrópolis y no pudieran correr el riesgo de un cambio por temor a pérdidas inevitables, sería prácticamente imposible coordinar un plan económico internacional que hiciera un uso más eficaz de los recursos existentes.

Problemas tales como "¿quién tendrá una industria automotriz?" y "¿dónde se ha de invertir la plusvalía o beneficios?" podrían haber sido elaborados más fácilmente en un sistema en que el Estado controlara los medios de producción. Ese sistema de propiedad estatal

podría haber soportado temporalmente pérdidas que los nacionalistas burgueses, dentro de un sistema capitalista ciertamente no podían permitirse, independientemente de su altruismo personal, que de hecho mostró señales de incremento durante el trienio. Un sistema socialista también podría haber invertido, por ejemplo, los beneficios con mucha mayor rapidez en todas aquellas áreas a las que Betancourt y Gallegos dedicaron admirablemente tanta atención. Esto podría haber dado como resultado más viviendas y menos cerveza que, con todo su valor social, parece haber gozado de una expansión en inversiones durante el trienio que se necesitaba mucho más en otras áreas [92].

Tal y como estaba, el sistema venezolano impulsaba a continuar la mezquina competición inter-latinoamericana que le impedía ser capaz de enfrentarse a la competición de la metrópolis.

No se puede condenar a Venezuela por su elección en 1948. Esa elección era el resultado lógico de su estadio particular de desarrollo satétile respecto a la metrópolis norteamericana. Por último, cualquier intento del gobierno venezolano por imponer una solución de mercado común habría enfurecido todavía más al mundo de los negocios venezolano, ya exasperado por la creciente intervención gubernamental, como muestra su Carta Económica de San Cristóbal (Táchira), presentada a Gallegos pocos días después de su inauguración [93].

Hay que alabar por el contrario a aquellos pocos que tenían la comprensión suficiente de las perspectivas a largo plazo como para intentar realizar un salto cualitativo de sistema. Ese mismo año fue cuando los latinoamericanos organizaron los proyectos de la Comisión Económica para Latinoamérica de las Naciones Unidas [94]. Se plantearon la tarea de comprender el proceso de desarrollo de Latinoamérica. Durante una década fueron dejados de lado por los economistas y los gobiernos de los países "avanzados" como personas entregadas a ejercicios estériles de dudoso valor técnico. Hacia 1956 la ECLA comenzó a reconocer, como había hecho años

antes Haya de la Torre, la necesidad de una integración regional económica latinoamericana, de un mercado común. Todavía están luchando para vencer los obstáculos con los que un sistema capitalista puede frenar tanto la integración económica como su consiguiente desarrollo económico. Hay una diferencia significativa; hoy la metrópolis está estimulando la formación de un mercado común latinoamericano porque sabe, a partir de la experiencia europea, que sus ventajas técnicas y su disponibilidad en capital le permite infiltrarse directamente en el mercado, ya sea mediante inversiones directas o mediante la compra de compañías nacionales. De esa manera puede prevalecer también de ese modo.

La imposibilidad de realizar más rápidamente amplios planes de irrigación; las grandes limitaciones de la que en cierto modo era la más progresista reforma agraria de la historia de Venezuela; la inevitable lentitud de los programas infraestructurales, como carreteras, tan necesarios para los mercados; la fuerte resistencia del bolívar y de los importadores tradicionales a los productores nacionales que querían fomentar más la industria nacional; el fracaso en romper algunos estrangulamientos de la economía mediante un mercado común más amplio, más enderezado a las economías de escala y al uso eficaz de los recursos; el fracaso en conseguir una estructura de salarios más equilibrada entre los diversos sectores económicos de la nación, todos esos problemas combinados con otros, garantizaron en la práctica el continuo éxodo de los campesinos a la ciudad a un ritmo superior a la capacidad de la ciudad para alojarlos y proporcionarles empleo. En breve, implicó la continua expansión, como hongos, de un grupo cuyas condiciones Gallegos había lamentado ya en 1921: el lumpenproletariado, cuya característica cultural fundamental era una pobreza abisal.

La tradicional pobreza de las masas contribuyó mucho probablemente a los complejos problemas sociales asociados con los estratos económicos más bajos de la nación. La pobreza creaba problemas que garantizaban

su propia continuidad. La estructura familiar, o, mejor dicho, la falta de estructura del lumpenproletariado era ya común en la Venezuela rural. Las estadísticas que muestran la alta tasa de hijos ilegítimos y de hogares deshechos varían en lo relativo a esos años, pero todas son altas. De acuerdo a dos fuentes, alrededor del 56 por ciento de todos los venezolanos eran "ilegitimos" [5]. Otra fuente, el día anterior, había sostenido que el 67 por ciento de todos los venezolanos eran "naturales" [96]. La tasa de mortalidad infantil entre los "naturales" era con frecuencia del 60 por ciento al 100 por ciento superior.

Las viejas leyes nunca habían sido efectivas cuando se trataba de conseguir que la mayoría de los padres de la nación asumieran sus responsabilidades parentales (hasta el régimen de Monagas, en que se abolió la esclavitud, ésta, como es lógico, no había hecho sino complicar más el problema). La investigación reciente en Barcelona mostraba también que un gran porcentaje de los hombres casados abandonaban a su mujer tan pronto como la veían embarazada [97].

Si la pobreza podía haber sido una de las causas originarias del abandono, el mismo abandono parece haberse convertido en una práctica aceptada incluso entre aquellos que podrían haber sostenido económicamente con mayor facilidad una familia. También ellos estaban absorbidos por los bares, la lotería nacional, las apuestas en las carreras. En el Estado de Aragua el 50 por ciento de las mujeres que trabajaban estaban abandonadas por sus maridos; desde luego muchas de ellas se dedicaban a trabajar precisamente porque sus maridos las habían abandonado.

Alí Lasser, en un informe del Consejo Venezolano del Niño en 1947, subrayaba el aspecto legal del problema que permaneció durante el trienio: "Nuestra legislación civil actual es impotente para resolver la situación..." El código civil prescribe que el padre debe mantener a sus hijos, pero el juicio destinado a cumplir nuestras leyes está lleno de numerosas formalidades que las hacen prácticamente ineficaces. Estos ve-

redictos tardan en pronunciarse; son demasiado caros para muchas de las madres, que no piensan pues siquiera en presentar su caso. Los efectos de las leyes son prácticamente nulos [98].

Ni siquiera las mujeres que trabajaban en Aragua eran por eso significativamente menos pobres. El 72 por ciento de las mujeres de Aragua ganaban menos de 20 bolívares por semana. Trágica, pero no sorprendentemente, el 45 por ciento de sus hijos estaban abandonados; el 20 por ciento de sus bebés no tenían quien los cuidara; y el resto estaba con sus hermanos y hermanas de más edad [99].

Un clamoroso artículo sostenía que en toda Venezuela había 300.000 niños abandonados [100]. Otras fuentes sostenían que había 100.000 en toda la República y 25.000 en el Distrito Federal [101].

La transferencia de los empobrecidos del campo a las ciudades no resolvía sus problemas y contribuía al mantenimiento de una dieta inadecuada, al crecimiento de los barrios y al aumento de la delincuencia infantil y de la prostitución.

Las estadísticas mostraban que los caraqueños comían mejor incluso que los granjeros del este del Zulia. Pero aun si una familia caraqueña de cinco personas podía conseguir por lo general sólo el 70 por ciento de una dieta apenas esencial [102] cabe sospechar que la foto del pilluelo extasiado patéticamente ante la plaza del mercado era simbólica de una notable minoría. Después, en una escena casi clásica de Zola, había dos muchachas, de 13 y 14 años, que tomaban restos del mercado. Primero eran cogidas e insultadas, después invitadas... [103]. En Maracay se podía ver todos los días a 50 hombres, mujeres y niños inspeccionando la basura para encontrar materiales y comida. Para ellos la vida era un trozo de pescado, algunas cebollas podridas y unos zapatos viejos [104].

La falta de vivienda era un problema más difícil de ocultar. En Caracas los críticos decían que había 8.000 sin casa, que de 1.000 a 4.000 vivían bajo puentes;

360 de ellos estaban debajo del Puente de la Paz y el 9 de Noviembre. La mayoría eran mujeres abandonadas con dos o tres niños en promedio. No había higiene, ni retrete; cocinaban en las piedras de la orilla del río, y el río, una amenaza constante, vendría ocasionalmente a reclamar para sí algunos de sus hijos. Otros se instalaban en las colinas del norte de la ciudad, Los Claveles. Muchas de esas mujeres y niños no tenían ni una choza. Los que vivían en "ranchos" o "cerros" habían hecho rápidamente chozas de restos de madera, cartones, cajas de lata aplanadas o viejas láminas de metal [105].

La gran mayoría de esos pobres eran trabajadores no especializados. Muchos estaban absorbidos por el creciente comercio, pero había otros, borrachos o mendigos, en absoluta necesidad. Los niños, para sobrevivir, vendían con frecuencia lotería o periódicos, o mendigaban. Muchos nunca iban a la escuela [106]. Como ya se indicó antes, los abandonados vivían solos y algunos de ellos eran víctima del tráfico de jóvenes que aparentemente los sacaban de sus casas en las provincias para llevarlos a hogares caraqueños con la complicidad de los conductores de autobús. Con frecuencia terminaban en instituciones para enfermos mentales o, si no tenían esa suerte, quedaban afectados para toda su vida [107]. Otros se reunían en "pandillas" y aprendían a ser delincuentes [108]. Tal era el caso en Puerto La Cruz de los niños que no estaban trabajando 10 a 12 horas en garages. No eran perezosos, andaban todo el camino a la zona petrolera de Barlovento para robar [109]. De su contrapartida en Caracas, la policía sostenía que había 8.000 delincuentes juveniles en la capital [110].

La prostitución alcanzaba cifras elevadas en muchas ciudades. Se reunían en el zoo o en las fuentes de la capital de Aragua; en Puerto la Cruz la policía tenía fichadas a 185; en Caracas sus ejércitos patrullaban la Avenida Sucre [111].

Betancourt y Gallegos no crearon los problemas de la dieta, vivienda, delincuencia juvenil y prostitución. Estos

eran legados de la evolución de un satélite. El gobierno de Acción Democrática era sensible en diverso grado a la "crisis permanente" que había heredado y también intentó con distinto éxito hacer ataques directos a los síntomas de una sociedad enferma. Aparte de los proyectos de desarrollo económico general ya discutidos, también realizaron un programa de alojamiento en todo el país.

Para evitar que el programa fuera sólo un regalo a la industria de la construcción y se desplazara a los pobres para alojar a la clase media, el Banco Obrero instauró un sistema. El sistema daba 50 puntos a los que vivían en ranchos o chozas; 40 puntos si el demandante estaba un poquito mejor, viviendo en una "casa de vecindad"; 3 puntos por cada año en la ciudad, 12-25 puntos por cada menor que no podía trabajar todavía; 16-18 puntos por "niños" que ya estaban cercanos a la edad de trabajar. También había otros puntos que se daban de modo que se estimulara el buen mantenimiento y los hábitos de higiene. Con todos sus méritos, el sistema de puntos estaba destinado a un ingreso justo, no a un ingreso masivo. De las 1.000 casas planificadas para 1946 sólo se construyeron 437 (y esto fue un record); se estaban construyendo 533 cuando se hizo el informe de marzo de 1948. Sin embargo, había 14.000 peticiones [112].

También había un programa para los aspirantes de la clase media. Se definía la clase media como compuesta de los que podían pagar el 20 por ciento de su sueldo o 30.000 bolívares por una casa en 15 años. Además, los que no estaban en condiciones de emergencia debían recurrir a un banco privado. Los de clase media estaban sometidos también a un sistema de puntos parecido al de la clase obrera [113]. Incluso con las más justas regulaciones, un sistema como ese habría estado sometido a las presiones del favoritismo, pero este escritor no encontró ninguna crítica al respecto ni en *El Universal* ni en *El Nacional.*

También estaba destinado a establecer la justicia social el control de los alquileres. A juzgar por el constante ataque de los conservadores parece posible que éste, si no fue exigido siempre, al menos frenó en parte el problema. *El Universal*, la voz de los terratenientes urbanos, sostenía repetidamente que debido a la falta de viviendas se habían hecho acuerdos secretos con frecuencia entre el propietario y el arrendatario para pagar más que lo que se exigía oficialmente, pero sin duda tuvo que sentir las multas de 10.000 bolívares que se impusieron [114].

Hubo casos en que los hombres de negocios proporcionaban casas baratas a los trabajadores. El filántropo Eugenio Mendoza construyó 18 casas para trabajadores, que deberían ser abonadas gradualmente [115]. En Barquisimeto la iniciativa privada fue alabada por un proyecto de 1.200 casas, de las que se habían construido 195 en abril de 1948. Las casas eran cedidas a los obreros al precio de costo, que debería ser pagado en 12 años. La tasa de interés era del 4 por ciento. Algunos obreros entraron sin pagar siquiera una cuota inicial [116].

El tamaño y el crecimiento geométrico del problema muestran hasta qué punto eran inadecuados incluso los planes más progresistas intentados hasta la fecha. Barquisimeto, por ejemplo, era una ciudad de 82.000 personas con un 75 por ciento de ellos en casas defectuosas que propagaban la tuberculosis y otras enfermedades. De las 9.000 casas entonces existentes, el 45 por ciento eran chozas con techos de paja y sin suelo. 57 por ciento tenían servicio directo del acueducto, el 37 por ciento tenían servicio de cloacas y el 37 por ciento tenían un servicio sanitario mediocre. La continua inmigración amenazaba agravar el problema [117].

De esta manera, el proyecto de 1.200 casas era a la vez progresista y patéticamente inferior a las necesidades. E incluso se interrumpió con frecuencia su construcción por falta de fondos. Mientras se trabajara a base de lo que se podía hacer financieramente más bien que en función de lo que constituía un im-

perativo social, el problema continuaría y se profundizaría.

El enfoque general de la empresa privada era más bien diferente del de los ejemplos de Eugenio Mendoza y de la Asociación del Comercio y la Industria de Barquisimeto. Para ellos la falta general de alojamiento continuaba agravándose debido a la imposición de arrendamientos bajos. Porque ningún constructor quería entrar en un negocio sin beneficios (un razonamiento perfectamente lógico dentro del sistema capitalista). De ahí que propugnaran la supresión de todo control de arrendamientos para la construcción de casas en los dos años siguientes, y ese *laissez faire* debería continuar durante no menos de cinco años. Se debían dar amplios créditos y abolir los impuestos en ese campo por diez años. De hecho habría que abolir el control de arrendamientos no sólo para las nuevas viviendas sino también para las casas ya existentes. Esas medidas eran esenciales para restaurar la iniciativa y superar la subida de precios, que de 1946 a 1948 fue del 33 por ciento. De esa manera la empresa privada se encargaría de una tarea de la que el gobierno era del todo incapaz. El amplio aumento del número de viviendas implicaría una capacidad creciente de satisfacer la demanda, con lo que los arriendos bajarían naturalmente [118].

Si la situación imperante no era apetecible, esto se debía precisamente a que los beneficios eran inferiores a los que existían antes del trienio. Una reducción de impuestos, que ya eran más bien bajos, no habría dado de suyo suficientes beneficios. Un aumento en la construcción de viviendas para satisfacer la demanda habría estado acompañado probablemente por un aumento en el costo del trabajo y de los materiales de construcción, al aumentar la demanda. Sin duda los contratistas, como dejaban entrever, esperaban que estos costos crecientes fueran pagados por arrendamientos más altos, y no más bajos. El argumento de que los arrendamientos bajarían una vez que la construcción estuviera terminada o casi terminada respecto a la de-

manda no era enteramente convincente por cuanto que los terratenientes, ya más ricos y por tanto más poderosos presionarían al Estado para mantener los beneficios alcanzados durante la expansión. Al aumentar la construcción, ofreciendo más empleos, los trabajadores acudirían desde el campo a Caracas a un ritmo aún superior al de la creación de nuevos empleos. El ciclo estaría completo y el problema se habría agravado.

El gobierno de Acción Democrática, en todo caso, conocía demasiado bien los intereses de los negociantes como para creer que su plan normalizaría la situación. El gobierno estaba interesado en fomentar la empresa privada, pero no era tan miope como para fomentarla de tal modo que la debilitara. Si el sistema quería sobrevivir debería hacer concesiones. Había que controlar los alquileres para evitar que la situación explosiva llegara a estallar.

El gobierno no favoreció una desastrosa política de *laissez-faire* y mostró algunos indicios de ganar la batalla mediante la coordinación de la acción estatal y la privada. Sin duda aumentó el ritmo en la construcción y en el número de proyectos originales. El plan más amplio fue anunciado en agosto de 1948, en términos generales. Consistía en la demolición de los ranchos o chozas bajo los puentes y eliminación gradual de los ranchos de las colinas, que había que reforestar y reurbanizar. De hecho se prohibiría la construcción de chozas en todo el valle de Caracas mediante una acción política enérgica. Se doblarían los kindergarten, se construirían ocho casas-cuna para los niños, cada una con capacidad para 200. Se construiría un gran orfanato con capacidad para 1.000 personas. Para las familias se harían cinco grupos de edificios capaces de alojar a 100 cada uno de ellos. Otras personas con ahorros podrían alquilar terrenos en que habría cloacas públicas, fuentes, agua, electricidad, cemento a disposición y servicios sanitarios. Con otras palabras, los trabajadores que no tuvieran deudas edificarían sus propias casitas en terreno gubernamental. Habría una construcción gradual de bloques para tra-

bajadores. Se reconocía que esas casas podían ser insatisfactorias en 5 o 10 años, pero mientras, servirían para su objetivo. Casas con grandes apartamentos serían construidas probablemente; y en cada bloque habría un centro de alfabetización y una "universidad popular" organizada y dirigida por estudiantes. Además habría venta de alimentos a precios de costo en esas zonas [119].

Se admitía que todo ese plan no era sino un comienzo, y esto era lo que efectivamente representaba. "Se elaborará" el plan económico que se necesitaba para financiarlo. Desde luego podía haber sido más adecuado si el problema de la ciudad en expansión no hubiera sido tan cambiante.

El problema de los fondos, a pesar de los ingresos petroleros, era evidentemente serio. Se habló vagamente de sacar dinero de la urbanización de las playas del litoral. Uno de los órganos de vivienda del gobierno, la Junta Pro-Vivienda, estaba en bancarrota. Los funcionarios de la Junta Pro-Vivienda admitían que los progresos futuros dependerían del factor económico y de la reforma agraria [120].

Otra medida destinada a impedir el aumento del problema era la adquisición por parte de la Asociación Nacional de Arrendatarios de 500 casas de aluminio prefabricadas a un costo de 1.900 hasta 3.900 dólares por casa. Había dos modelos que servían para dos y cinco personas [121].

Después, en setiembre, se anunció un plan de 1.500 casas que realizaría las Industrias Unidas, S.A. El costo sería de 6,5 millones de bolívares. Era el contrato urbano más importante de la historia de Venezuela. No se decía nada en concreto de quiénes gozarían de la posibilidad de vivir las nuevas unidades, o cuánto tiempo tardarían en estar terminadas por completo, pero se daba a entender que sería pronto [122].

Lo que realmente se necesitaba sólo para mantener la situación imperante era la construcción del equivalente de 2.500 casas por año, cada casa con capacidad promedio para ocho personas. Estas cifras estaban basadas en

el hecho de que Caracas, de 1941 a 1948 había crecido en 20.000 personas por año y había alcanzado las 400.000 personas [123]. Dado que este ritmo estaba más bien inclinado a aumentarse, por las razones ya indicadas, se necesitaba una cantidad bastante superior a las 2.500 soñadas. Dónde iban a encontrar alojamiento los 25.000 niños abandonados en Caracas, cuando el amplio plan de agosto incluía viviendas para sólo mil de ellos era una pregunta que continuaba sin respuesta. Ni estaba más claro cómo iba a ser capaz de pagar alquiler la masa de migrantes a Caracas que no encontraba empleo en una ciudad cuyo entero proceso de industrialización era tan inadecuado. Estarían obligados a edificar más ranchos, hasta que hubiera más terreno preparado para ello, como planeaba el programa de agosto de edifique-usted-mismo.

En suma, el programa de vivienda en cuanto tal era una mejora sobre el pasado. Lo que lo hacía tan inadecuado era el fracaso del gobierno en resolver algunas contradicciones básicas en la agricultura y en la industria.

No se podía esperar que el enfoque institucional del gobierno contrabalanceara la oleada y resolviera los problemas de la juventud abandonada y de la delincuencia juvenil. El entrenamiento del personal para distintas instituciones de niños en 1948 estaba muy por debajo de las necesidades, como admitía cautelosamente Gonzalo Barrios, Secretario del Presidente. Comenzaron, con todo, haciendo un esfuerzo; instauraron cursos de siquiatría, sicopatología de la niñez, higiene mental, sicología general, biología general y reeducación de menores [124]. Armados con técnicas modernas, esos estudiantes deberían encuadrar las distintas casas-cuna, escuelas diurnas, centros de observación y escuelas reformatorios. Pero ya en 1947 Alí Lasser era consciente de las limitaciones del enfoque institucional como sustituto de una solución total. Las instituciones eran "necesarias, pero insuficientes". Sin una acción efectiva para obligar a los padres a cumplir con su obligación, las instituciones serían siempre

numéricamente insuficientes para satisfacer las necesidades de una niñez abandonada cada vez más numerosa [125]. Era inútil querer obligar a los padres mientras no hubiera una efectiva reforma agraria o industrialización, mientras el lumpenproletariado continuara multiplicándose.

De ahí que todo lo que se decía sobre la coordinación de las instituciones entonces existentes referentes a la niñez —los esfuerzos filantrópicos privados de las mujeres de Caracas, los centros gubernamentales— se refería a la mejora de un instrumento totalmente inadecuado. El gobierno estaba todavía envuelto en este problema a mediados de noviembre, una semana antes de su caída. Su llamado a la colaboración recordaba la "asociación" de Gallegos en su obra de 1921. Ahora, sin embargo, se hacía más hincapié patéticamente en quienes durante los últimos 40 años habían mostrado su incapacidad: "Sólo los hombres que tienen capital, cuya riqueza es tan poderosa, son capaces de contribuir con el Estado a la solución de un problema tan enorme —como la juventud abandonada—... Es necesario —tener— un trabajo planificado de grandes miras en el que todos los buenos venezolanos, que aman su tierra, que están preocupados por sus hijos, contribuyan a la solución de una situación tan trágica" [126].

El camino al infierno-en-la-tierra está empedrado de buenas intenciones.

Las débiles leyes relativas a la delincuencia juvenil —que no encarcelaban a casi ninguno o a muy pocos hasta los 18 años— [127] pueden haber sido también humanas, pero los resultados eran negligibles o simplemente negativos, mientras no estuvieran acompañados por algún tiempo de aprendizaje masivo que capacitara para el trabajo. Los niños sabían que podían robar y permanecer impunes; de ahí que el crimen se convirtiera en un modo de vida para miles. En definitiva cabe sospechar que las leyes eran tan "humanas", tan "ilustradas" porque los poderes que estaban detrás del gobierno eran incapaces de reconocer la necesidad de sostener una ley que finan-

ciara un programa de instrucción suficientemente amplio. Los caraqueños, en definitiva, estaban más preocupados con el financiamiento de un ensanche de la comercial Avenida Bolívar.

Un caso relatado por la policía era quizá simbólico del pasado y futuro de Venezuela:

"Un día fue detenido un hombre, fichado como ladrón profesional. Precisamentte en el momento en que buscábamos sus antecedentes había aquí un joven a quien estábamos identificando, también ladrón profesional. Al oír el viejo que tenía el mismo apellido que él, le preguntó quién era; y el joven le explicó en dónde y con quién vivió de pequeño, ya que no había conocido a su padre. El hombre quedó un momento pensativo; la cabeza agachada. Después, levantó los ojos al joven y le dijo: 'hace frío en el calabozo. Toma'. Y le dio un viejo saco que llevaba. Y cuando el joven se le quedó mirando extrañado por aquella inesperada atención, le dijo: 'Yo soy tu padre'" [128].

Si Venezuela no solucionó el problema de la juventud durante el trienio, su política respecto a la prostitución es aún menos justificable. No había ninguna política digna de ese nombre. La táctica, cuando se empleaba, era simplemente alejar a la mujer de la ciudad o de la zona. Hubo 80 mujeres expulsadas de Puerto la Cruz (según los cálculos de la policía, esto dejaba todavía cien en la ciudad); en Caracas, "reformar la Avenida Sucre" significaba hacer 552 arrestos, cerrar 13 casas y clausurar seis bares. De hecho no había ninguna ley que prohibiera la prostitución. La "reforma real" consistía en limitar en lo posible a dos "trabajadoras" por bar y en transformar físicamente la calle en que la prostitución era abundante. El único signo de progreso, si se puede calificar con ese nombre, es que por vez primera se instauró una cárcel para mujeres. Pero durante el trienio no se hizo nada para fundar talleres o proyectos de trabajo para rehabilitar a la prostituta. Dos semanas antes de la caída de Gallegos, *El País* estaba empezando a hablar sobre la creación de una comisión para estudiar la pros-

titución y sus causas, para hacer un informe y sugerir métodos para combatirla. Ciertamente hacía falta algo distinto, más que la continuación de la política que colocaba a una creatura patética, conocida como "la reina de la navaja", 130 veces en la cárcel [129].

Así era Venezuela cuando llegó el golpe del 24 de noviembre de 1948. La Junta Militar, aparte de completar los trabajos públicos durante los dos años siguientes, reaccionó violentamente contra todas las reformas de Acción Democrática. Intentando en algunos aspectos dar marcha atrás, aguzaron todavía más las contradicciones de la sociedad. En lo referente a los intereses petroleros, nunca se ha mostrado y seguramente nunca se mostrará que estuvieron directamente involucrados en la creación del golpe (Pero su influencia en la estabilización del golpe reaccionario fue obvia). No cabe duda que el gobierno de la metrópolis apoyó a la Junta Militar al reconocer pronto la renovada dictadura en el Perú, al reconocer a la misma Junta Militar y al mostrar su colaboración en un gesto no menos revelador. El 6 de diciembre de 1948 el Coronel Alexander Reid del ejército de los Estados Unidos recibió la Orden de Francisco de Miranda del presidente de la Junta Militar, Delgado Chalbaud: "Este acto constituye un signo de la cordialidad militar interamericana" [130].

Harry Truman podría haber retrasado fácilmente el reconocimiento; podría haber decretado un embargo del petróleo venezolano que habría minado seriamente el poder de la Junta recién instalada. No cabe duda que estaba más interesado en luchar contra el comunismo europeo que oponerse a la dictadura militar criolla, y el petróleo era un arma esencial en esa lucha.

La tragedia del golpe militar fue, con todo, doble. Envió bamboleando al país hasta, en cierto sentido, regresar a la época de Gómez y Vallenilla Lanz. Pero también implicaba otra cosa. El golpe reaccionario y la década regresiva que le siguió tendieron a ocultar el hecho que a pesar de todos los progresos realizados durante el trie-

nio el intento del país satélite por realizar la revolución burguesa no había solucionado las profundas contradicciones derivadas de su condición de satélite.

NOTAS

1. Martz, *Acción Democrática,* pp. 80-81.
2. Estados Unidos de Venezuela, *Sentencias de los Ex-Presidentes Generales Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita,* pp. 11, 73; Vallenilla Lanz, *Escrito de Memoria,* p. 231.
3. *Elite,* 3 de enero de 1948, p. 4.
4. *El Nacional,* noviembre y diciembre de 1948, *passim.*
5. Se pueden encontrar los discursos de la campaña de Gallegos en *El País* y en Gallegos, *Una posición en la vida.*
6. *Diario Católico,* citado en *El País,* 3 de diciembre de 1948, p. 1.
7. *Ibidem.*
8. *El Nacional,* 13 de diciembre de 1947, p. 17.
   Este capítulo no intenta presentar perfectamente los programas de los oponentes de Gallegos, Rafael Caldera de Copei y Gustavo Machado, de los comunistas. Ni *El Gráfico,* ni *La Tribuna Popular,* los periódicos de sus partidos, estaban al alcance del autor; así toda la información relativa a sus campañas es tan violentamente partidista como toda la política venezolana.
9. *El Nacional,* 6 de diciembre de 1948, p. 17.
10. *El Nacional,* 13 de diciembre de 1947, p. 20.
11. *El Nacional,* 23 de noviembre de 1947, p. 11.
12. Una lista típica de numerosas quejas se puede conseguir en la columna "Caminos de Venezuela" de Alberto Ravell. Un artículo de esos apareció en *El Nacional,* 20 de noviembre de 1948, p. 10.
13. *El Nacional,* 22 de noviembre de 1947, p. 10.
14. *El País,* 13 de diciembre de 1947, p. 1.
15. *El Nacional,* 22 de noviembre de 1947, p. 10.
16. *El Nacional,* 21 de febrero de 1948, p. 15.
17. Alberto Ravell, "El festival del Nuevo Circo", *El Nacional,* 19 de febrero de 1948, p. 8.

18. *El Nacional*, 19 de febrero de 1948, p. 20; *El País*, 20 de febrero de 1948, p. 1.
19. *El País*, 5 de agosto de 1948, p. 20; 6 de agosto, p. 19; *El Universal*, 3 de setiembre de 1948, p. 4.
20. Rosa Luxembourg, *Sozialreform oder Revolution? Gesammette Werke*, Bd. III, pp. 59-60, citado en Sweezy, *obra citada*, p. 251.
21. Luzardo, *Notas histórico-económicas 1928-1963*, p. 145; Mathews, *obra citada*, p. 106; Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, pp. 413, 832.
22. Diario de Debates de la Asamblea Nacional Constituyente, 22 de setiembre de 1947, pp. 11, 17.
23. *Ibidem*, p. 21.
24. *Ibidem*, p. 23.
25. Discurso de la campaña en Táchira, una región católica conservadora. *El País*, 5 de diciembre de 1947, p. 4.
26. *El País*, 19 de agosto de 1948, p. 2; *El Nacional*, 8 de setiembre de 1948, p. 15.
27. *Ibidem*.
28. *El País*, 26 de agosto de 1948, p. 1.
29. *El Nacional*, 12 de agosto de 1948, p. 19.
30. Rómulo Betancourt, *Política Educacional* (Caracas: Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional, 1947), pp. 5-13.
31. *El País*, 4 de noviembre de 1948, p. 2.
32. "Estatismo Pedagógico", *El Universal*, 8 de octubre de 1948, p. 4.
33. *El Nacional*, 19 de agosto de 1948, p. 17; 3 de setiembre de 1948, p. 15; 5 de setiembre de 1948, p. 23.
34. Antonio Arráiz, "El Conflicto Universitario", *El Nacional*, 29 de mayo de 1948, p. 4.
35. Gonzalo Rincón Gutiérrez, "Rutas de Provincia", *El Nacional*, 18 de diciembre de 1947, p. 10; Eddie Morales Crespo, "El conflicto Universitario", *El Nacional*, 22 de mayo de 1948, p. 11.
36. "¿Con Gallegos o contra Gallegos?", *El Nacional*, 11 de junio de 1948, p. 4.
37. *El Nacional*, 13 de junio de 1948, p. 19.
38. *El Nacional*, 28 de diciembre de 1947, p. 18.
39. *El Universal*, 8 de enero de 1948, p. 4.

40. Naciones Unidas, ECLA, *Economic Survey for Latin America,* 1950, p. 21. .
41. *El Nacional,* 10 de abril de 1948, p. 4; 17 de abril, p. 4; 14 de octubre de 1948, p. 4.
42. *El Nacional,* 3 de octubre de 1948, p. 23.
43. *El Nacional,* 1 de junio de 1948, p. 15; 6 de junio de 1948, p. 4; 1 de octubre de 1948, p. 4; *El Universal,* 23 de setiembre de 1948, p. 11; *El País,* 25 de abril de 1948, p. 8.
44. *El Universal,* 23 de setiembre de 1948, p. 11.
45. *El Nacional,* 11 de mayo de 1948, pp. 4, 16, 17; 1 de junio de 1948, p. 13; 31 de agosto de 1948, p. 18; 18 de setiembre de 1948, p. 17; Naciones Unidas, ECLA, *Economic Survey for Latin America, 1950,* p. 17.
46. *El Nacional,* 3 de junio de 1948, p. 6; 4 de setiembre de 1948, p. 11; Betancourt, *Venezuela, política y petróleo,* p. 328.
47. *El Universal,* 21 de mayo de 1948, p. 4; "Mensaje Presidencial", citado en Gallegos, *Una posición en la vida,* p. 333; República de Venezuela, Ministerio de Agricultura y Cría, Dirección de Economía, Estadística Agropecuaria, División de Estadística, *Informe sobre producción, importación y exportación de productos agropecuarios 1946-1960* (Caracas: Imprenta Nacional, 1961), p. 53. Según otra serie de cifras la producción de trigo comenzó a bajar en 1946. Naciones Unidas, ECLA, *Economic Survey for Latin America, 1950,* p. 20.
48. *El Nacional,* 14 de mayo de 1958, p. 6; 9 de junio de 1948, p. 9; 9 de setiembre de 1958, p. 9; *El Universal,* 1 de octubre de 1949, p. 1.
49. *El Universal,* 27 de mayo de 1948, p. 1; 11 de octubre de 1948, p. 4; 22 de octubre de 1948, p. 8; Corporación Venezolana de Fomento, *Memoria y Cuenta de 1948* (Caracas: Editorial Relámpago, 1949), p. 50.
50. Venezuela, Corporación Venezolana de Fomento, *Memoria y Cuenta de 1948,* pp. 49-51.
51. *El Universal,* 8 de octubre de 1948, p. 1.
52. Dr. Manuel M. Márquez, "Estructura de la Industria Azucarera", Ciclo de Conferencias de la Cámara Agrícola de Venezuela (Caracas, s.e., 1950), p. 15.

53. Hill, *El Estado Sucre y sus recursos humanos*, p. 177; *El País*, 24 de julio de 1948, p. 2.
54. *El Nacional*, 12 de abril de 1948, p. 8; *El País*, 1 de marzo de 1948, p. 8; 24 de julio de 1948, p. 2; 11 de agosto de 1948, p. 6; 31 de agosto de 1948, p. 16.
55. Estados Unidos de Venezuela, Ministerio de Fomento, "Informe sobre la Industria de Conservas de Pescado", *Revista de Fomento*, abril-setiembre de 1948, p. 13.
56. *El Nacional*, 1 de mayo de 1948, p. 20.
57. *El Nacional*, 4 de febrero de 1948, p. 15.
58. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, p. 275.
59. *Ibidem*, p. 813.
60. *El Universal*, 16 de enero de 1948, pp. 1, 5.
61. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, p. 813.
62. "Alarmado el Comercio. Sindicato Patronal de Comerciantes del Distrito Federal", *El Nacional*, 12 de marzo de 1948, p. 16.
63. *El País*, 27 de abril de 1948, p. 8.
64. Naciones Unidas, ECLA, *Economic Surveys for Latin America, 1950*, pp. 12, 21.
65. Naciones Unidas Economic and Social Council, *Immigration in Venezuela* (Lake Success, 1950), pp. 15-16.
66. Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, p. 178.
67. *El Nacional*, 23 de julio de 1948, p. 14; 12 de setiembre de 1948, p. 20.
68. *Ibidem*.
69. Betancourt, *Venezuela política y petróleo*, p. 331.
70. Todas las referencias a la Reforma Agraria definitiva de 1948 se refieren a la ley citada en Troconis Guerrero, *obra citada*, pp. 285-307. Todas las referencias al primer esquema se refieren a la ley citada en República de Venezuela, *Diario de Debates. Cámara de Diputados*, 1948, pp. 167-175.
71. *El Nacional*, 23 de julio de 1948, p. 14.
72. *El Nacional*, 3 de octubre de 1948, p. 14; Corporación Venezolana de Fomento, *obra citada*, p. 165.
73. *El Universal*, 10 de setiembre de 1948, p. 13.
74. *El Nacional*, 19 de junio de 1948, p. 4; 7 de setiembre de 1948, p. 8; 8 de setiembre de 1948, p. 4; 30 de setiembre de 1948, p. 7.

75. *El Universal,* 1 de junio de 1948, p. 4; 3 de junio de 1948, p. 4; 20 de junio de 1948, pp. 1, 2; 25 de junio de 1948, p. 4; 29 de junio de 1948, p. 4; 17 de julio de 1948, p. 4; 18 de julio de 1948, p. 13; 18 de julio de 1948, p. 13; 23 de julio de 1948, p. 5; 30 de julio de 1948, p. 14; *El País,* 21 de julio de 1948, pp. 1, 2; 5 de agosto de 1948, p. 1.
76. Edwin Lieuwin, *Arms and Politics in Latin America* (Nueva York: Frederick A. Praeger, Inc., 1960), pp. 46-47.
77. *El Nacional,* 11 de noviembre de 1948, p. 19; 13 de noviembre de 1948, p. 18.
78. *El Nacional,* 12 de setiembre de 1948, p. 20.
79. Naciones Unidas, ECLA, *Economic Surveys for Latin America, 1950,* pp. 36, 61.
80. *El Universal,* 9 de agosto de 1948, pp. 1, 6; 10 de setiembre de 1948, p. 12; *El Nacional,* 9 de setiembre de 1948, p. 4.
81. Corporación Venezolana de Fomento, *obra citada,* p. 101; *El Nacional,* 17 de octubre de 1948, p. 25; *El Universal,* 8 de octubre de 1948, p. 8.
82. *El Nacional,* 24 de abril de 1948, p. 1.
83. *El Nacional,* 7 de abril de 1948, p. 7.
84. Rodolfo Luzardo, *Río Grande: los malos entendimientos en el Continente Americano* (Caracas: Editorial Sucre, 1965), p. 43.
85. *El Nacional,* 1 de mayo de 1948, p. 1.
86. *El País,* 9 de julio de 1948, p. 8.
87. *El País,* 10 de julio de 1948, p. 8.
88. *El País,* 11 de julio de 1948, p. 1; 13 de julio de 1948, p. 6.
89. *El País,* 24 de julio de 1948, p. 8.
90. *El País,* 31 de julio de 1948, p. 8.
91. Black, *obra citada,* p. 29.
92. Naciones Unidas, ECLA, *Economic Surveys for Latin America, 1950.*
93. "Carta económica de San Cristóbal", *El País,* 3 de marzo de 1948, p. 8; 4 de marzo de 1948, pp. 1, 8; 5 de marzo de 1948, p. 8; 6 de marzo de 1948, pp. 1, 8; 12; 8 de marzo de 1948, p. 8. Este documento es también un ejemplo excelente de la guerra entre industriales e importadores.
94. Miguel Wioncyck, *Latin American Economic Integration* (Nueva York, Frederick A. Praeger, 1966), p. 74. Sobre la economía

integrada de la Europa comunista y su posible aplicación a Latinoamérica véase la sección de Hiroshi Kitamura en el capítulo 1.

95. J. Sanjuan, "El drama de la madre y el niño venezolano", *El Universal*, 9 de junio de 1948, falta la página; *El País*, 7 de mayo de 1948, p. 14.
96. *El Nacional*, 8 de junio de 1948, p. 9; *El País*, 7 de mayo de 1948, p. 14.
97. *El Nacional*, 8 de junio de 1948, p. 9.
98. Alí Lasser, *Irresponsabilidad paternal y abandono de niños* (publicación del Consejo Venezolano del Niño) (Caracas: Editorial Grafolit, 1947), p. 21.
99. Federico Brito Figueroa, "Consideraciones económicas y sociales", *El Nacional*, 5 de julio de 1948, p. 8.
100. *El Nacional*, 26 de agosto de 1948, p. 4.
101. *El Nacional*, 11 de marzo de 1948, p. 14; *El Universal*, 22 de marzo de 1948, p. 4.
102. *El Nacional*, 4 de setiembre de 1948, p. 11.
103. *El Nacional*, 15 de octubre de 1948, p. 11.
104. *El Nacional*, 19 de junio de 1948, p. 10.
105. *El Universal*, 22 de marzo de 1948, p. 4; *El Nacional*, 22 de mayo de 1948, p. 11; Ejército de los Estados Unidos, *obra citada*, p. 557.
106. *El Universal*, 6 de febrero de 1948, p. 6.
107. *El Nacional*, 14 de julio de 1948, p. 9.
108. *El Nacional*, 27 de setiembre de 1948, p. 4; 1 de octubre de 1948, p. 9.
109. *El Nacional*, 3 de noviembre de 1948, p. 14.
110. *El Nacional*, 11 de setiembre de 1958, p. 4.
111. *El Nacional*, 16 de junio de 1948, p. 9; 2 de julio de 1948, p. 8; 23 de agosto de 1948, p. 15.
112. Estados Unidos de Venezuela. Ministerio de Fomento. *Revista de Fomento*, abril-setiembre de 1948, p. 118.
113. *Ibídem*, pp. 117, 124-125.
114. *El Nacional*, 18 de junio de 1948, p. 8.
115. *El Nacional*, 13 de julio de 1948, p. 4.
116. *El Universal*, 15 de abril de 1948, p. 12.
117. *El Nacional*, 24 de noviembre de 1947, p. 6.

118. *El Universal,* 10 de agosto de 1948, p. 4; 18 de agosto de 1946, p. 6; 19 de agosto de 1948, p. 8.
119. *El País,* 14 de agosto de 1948, p. 5.
120. *El Nacional,* 26 de julio de 1958, p. 9; 8 de agosto de 1948, p. 11.
121. *El Nacional,* 20 de junio de 1948, p. 21.
122. *El Nacional,* 23 de setiembre de 1948, p. 18.
123. *El Nacional,* 19 de agosto de 1948, p. 4.
124. *El Nacional,* 9 de octubre de 1958, p. 20; *El País,* 6 de noviembre de 1948, p. 5.
125. Lasser, *obra citada,* pp. 19-20.
126. *El País,* 18 de noviembre de 1948, p. 2.
127. *El Nacional,* 16 de setiembre de 1958, p. 11.
128. *Ibídem.*
129. *El País,* 9 de noviembre de 1958, p. 3; *El Nacional,* 16 de junio de 1958, p. 9; 2 de julio de 1958, p. 8; 23 de agosto de 1958, p. 15; 17 de setiembre de 1958, p. 20; 22 de setiembre de 1948, p. 15; 13 de noviembre de 1958, p. 4.
130. *Revista de las Fuerzas Armadas,* diciembre de 1948, pp. 580-581.

APENDICE

Fecha de la primera publicación de las novelas de Gallegos antes de ser presidente.

1920 *Ultimo Solar,* después titulado *Reinaldo Solar*

1925 *La Trepadora*

1929 *Doña Bárbara*

1934 *Cantaclaro*

1935 *Canaima*

1937 *Pobre Negro*

1942 *El Forastero*

1943 *Sobre la misma tierra*

BIBLIOGRAFIA

DOCUMENTOS PUBLICOS

Acta del Consejo Municipal, 1940-1941.

Diario de Debates de la Cámara de Diputados, 1937-1940.

Ejército de los Estados Unidos. Foreign Area Studies Division. Special Operations Research Office. *Area Handbook for Venezuela.* Washington, D.C.: The American University, 1964.

Estados Unidos. Tariffs Commission. *Recent Developments in the Foreign Trade* of Venezuela. 1945.

Naciones Unidas. Secretariat of the Economic Commission for Latin America. United Nations Dept. of Economic Affairs. *Economic Survey of Latin America,* 1948. Lake Success, Nueva York, 1949.

————. Economic Commission for Latin America. *Economic Survey of Latin America 1950, Recent Facts and Trends in the Economy of Venezuela.* E/CN/12/217/ Add. 11, 6 de abril de 1951. Lake Success, Nueva York, 1951.

————. Economic and Social Council. *Immigration in Venezuela* (falta información). Lake Success, Nueva York, 1950.

Venezuela. Consejo Venezolano del Niño (Alí Lasser). *Irresponsabilidad paternal y abandono de niños,* 1947.

————. Asamblea Nacional Constituyente. Diario de Debates, 1947.

————. Corporación Venezolana de Fomento. *Memoria y Cuenta de 1948.*

————. Congreso. Diario de Debates de la Cámara de Diputados. *Recopilación de 1958.*

————. Ministerio de Agricultura y Cría. Comisión de Reforma Agraria. *Reforma Agraria.* Vols. I-IV, 1959.

————. Ministerio de Fomento. *Diversos aspectos de la economía venezolana 1947,* 1948.

———. Ministerio de Fomento. *Revista de Fomento.* abril-setiembre, 1948.

———. Ministerio de Relaciones Exteriores, Dirección de Política Económica, Oficina de Comercio Exterior. *Principales Aspectos del comercio exterior de Venezuela con los Estados Unidos de América 1946-1952.*

———. Primera Convención Nacional. *Ponencias, actos y resoluciones.*

———. *Sentencias de los expresidentes Generales Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita, dictadas en fecha 15 y 23 de marzo de 1946 por el Jurado de Responsabilidad Civil y Administración.*

———. *Síntesis de las labores realizadas por la Junta de Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela durante un año de gestión administrativa. 24 de noviembre de 1948 - 24 de noviembre de 1949.* 1949.

MANUSCRITOS NO PUBLICADOS

HARWICH, Nikita Laureano. Cipriano Castro and the "Libertadora" Revolution: a Hypothesis in Historical Development. History Honors Seminar, Trinity College, Duke University, 1971-1972.

MATTHEWS, Robert P. "Rural Violence and Social Unrest in Venezuela, 1840-1858: Origins of the Federalist War". Disertación para el grado de doctorado. University of New Mexico, 1974.

SULLIVAN, William M. "The Rise of Despotism in Venezuela: Cipriano Castro, 1899-1908. Disertación para el doctorado. University of New Mexico, 1974.

TRABAJOS EN CURSO

EWELL, Judith. "La Década de Pérez Jiménez".

MUÑOZ, Arturo. "Táchira, the Region and the Nation, 1881-1825".

ENTREVISTAS

Con Juan Liscano, Caracas, 1974.

Con Ricardo Montilla, Caracas, 1974.

Con el Coronel José Rivero Alvarez, Macuto, 1974.

LIBROS

ACEDO DE SUCRE, María y NONE MENDOZA, Carmen Margarita. *La generación venezolana de 1928, estudio de una élite política.* Caracas: Publicaciones O.E.S.E. (Oficina de Estudios Sociales y Económicos), 1967.

ALEXANDER, Robert J. *The Communist Party of Venezuela.* Stanford, California, Hoover Institution Press, 1969.

————. *The Venezuelan Democratic Revolution.* New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press, 1964.

ARAUJO, Orlando. *Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos.* 2 vols. Caracas: Biblioteca Popular Venezolana, 1962.

Archivo de José Rafael Pocaterra. La Oposición a Gómez. 2 vols. Caracas: Edición del Banco Industrial de Venezuela, 1973.

AREVALO CEDEÑO, Emilio. *El libro de mis luchas.* Caracas: Tipografía Americana, 1936.

BETANCOURT, Rómulo. *Interpretación de la doctrina popular y democrática.* Caracas: Editorial Suma, 1958.

————. *Pensamiento y acción.* México, D.F. Impresores Beatriz de Silva, 1951.

————. *Política educacional.* Caracas: Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional, 1947.

————. *Posición y doctrina.* Caracas: Colección Textos Políticos, 1949.

————. *Problemas Venezolanos.* Santiago de Chile: Talleres Gráficos "San Vicente", 1940.

————. *Venezuela, política y petróleo.* México, D.F. Fondo de Cultura Económica, 1956.

BLACK, C. E. *The Dynamics of Modernization.* Nueva York: Harper & Row, Editores, 1966.

BLANCO FOMBONA, Rufino. *Obras selectas.* Caracas: Ediciones Edime, 1958.

————. *Dos años y medio de inquietud.* Caracas: Editorial Impresores Unidos, 1942.

BLANCO MUÑOZ, Agustín. *Modelos de violencia en Venezuela.* Caracas: Ediciones Desorden, 1974.

————. *Oposición entre ciudad y campo en Venezuela.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1974.

BORREGALES, *Mister X, Rómulo Betancourt.* Caracas: Tipográfico El Compás, 1948.

BOTTOMORE, T. B. y RUBEL, Maximilian (editores). *Karl Marx. Selected Writings in Sociology and Social Philosophy.* Tr. por T. B. Bottomore. Nueva York: McGraw-Hill Book Co., 1964.

BRITO FIGUEROA, Federico. *Historia económica y social de Venezuela,* tomo II. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1974.

————. *Tiempo de Ezequiel Zamora.* Caracas: Ediciones Centauro, 1974.

BURGGRAAFF, Winfield J. *The Venezuelan Armed Forces, 1935-1959.* University of Missouri Press, 1972.

CARRERA DAMAS, Germán (editor). *El concepto de la historia* . Caracas Universidad Central de Venezuela, 1966.

————. *Historiografía marxista venezolana y otros temas.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1967.

CORDOVA, Armando. *El capitalismo subdesarrollado de Gunder Frank.* Caracas: Nueva Izquierda, 1972.

————. *Inversiones extranjeras y subdesarrollo, el modelo primario exportador imperialista.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1973.

CORDOVA, Diego. *Los desterrados y Juan Vicente Gómez, Memorias de Pedro Elías Arestiguieta.* Caracas, 1968.

CROES, Hemmy. *El movimiento obrero venezolano, elementos en su historia.* Caracas: Ediciones Movimiento Obrero, 1973.

DAMBORIENA, S. J. Angel. *Rómulo Gallegos y la problemática venezolana.* Burgos, España: Imprenta de Aldecoa, 1960.

DELGADO VIVAS, Francisco. *Estudio actual de la higiene en Venezuela.* Caracas: Tipografía Americana, 1925.

DI PRISCO, Rafael. *Acerca de los orígenes de la novela venezolana.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1969.

————. *Aves de Rapiña sobre Venezuela.* Caracas: Art. Press Ltda. 1972.

DOBB, Maurice. *Economic Growth and Underdeveloped Countries.* Nueva York: International Publishers, 1967.

DUNHAM, Lowell. *Rómulo Gallegos, vida y obra.* Traducido del inglés al castellano por Gonzalo Barrios y Ricardo Montilla. México D.F.: Ediciones de Andrea, 1957.

Estados Unidos de Venezuela. Servicio Secreto de Investigación. *La Verdad de las actividades Comunistas en Venezuela.* Caracas, 1936.
FERGUSSON, Erna. *Venezuela.* Nueva York: Alfred A. Knopf, 1939.
FERNANDEZ, Pablo Emilio. *Gómez el Rehabilitador.* Caracas: Jaime Villegas, 1956.
FERNANDEZ y FERNANDEZ, Ramón. *Reforma agraria en Venezuela.* Caracas: Distribuidores Librería y Editorial "Las Novedades", 1948.
FERRER, Aldo. *La economía argentina.* México D.F.: Fondo de Cultura Económica. 1963.
FRANK, André Gunder. *Capitalism and Underdevelopment in Latin America.* Nueva York: Monthly Review Press, 1967.
FUENMAYOR, Juan Bautista. *Historia de la Venezuela política y contemporánea, 1899-1969.* Tomo I. Caracas: Talleres Tipográficos de Miguel Angel García e hijo, 1975.
————. *1928-1948: Veinte años de política.* Caracas: Editorial Mediterráneo, 1968.
GABALDON MARQUEZ, Joaquín. *Memoria y Cuento de la generación del 28.* Caracas: Imprenta López, 1958.
GALLEGOS, Rómulo. *Los aventureros y otros cuentos.* Lima, Perú: Los Talleres offset de Santiago Valverde, S. A., s.f.
————. *Canaima.* Lima, Perú: Los Talleres offset de Santiago Valverde, S.A., s.f.
————. *Cantaclaro.* Lima, Perú: Los Talleres offset Santiago Valverde, S.A., s.f.
————. *Doña Bárbara.* Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, S.A., 1959.
————. *El Forastero.* Lima, Perú: Los Talleres offset de Santiago Valverde, S.A., s.f.
————. *Obras selectas.* Caracas: Ediciones Edime, 1959.
————. *Una posición en la vida.* México D.F.: Ediciones Humanismo, 1954.
————. *Pobre Negro.* Lima, Perú: Los Talleres offset de Santiago Valverde, S.A., s.f.
————. *Reinaldo Solar.* Buenos Aires; Espasa-Calpe Argentina, S.A., 1961.
————. *Sobre la misma tierra.* Lima, Perú: Los Talleres offset de Santiago Valverde, S.A., s.f.

———. *La Trepadora.* Lima, Perú: Los Talleres offset de Santiago Valverde, S.A., s.f.

GERASSI, John. *The Great Fear in Latin America.* Nueva York: Collier Books, 1966.

GORDON, Wendell C. *The Political Economy of Latin America.* Nueva York: Columbia University Press, 1965.

HILL, George W. *El Estado Sucre, sus recursos humanos.* Caracas. Ediciones de la Bibiloteca de la Universidad Central de Venezuela, 1961.

IDUARTE, Andrés. *Veinte años con Rómulo Gallegos.* México, D.F.: Ediciones Humanismo, 1954.

International Bank For Reconstrucción and Development. *The Economic Development of Venezuela.* Baltimore: The John Hopkins Press, 1961.

International Labour Office. *Freedom of Association and Conditions of work in Venezuela.* Report of the International Labour Office. 22 July - September, 1949. Ginebra: Kinding, Geneva Society, 1950.

KANTOR, Harry. *The Ideology and Program of the Peruvian Aprista Movement.* Nueva York: Octagon Books, 1966.

IRAZABAL, Carlos, *Hacia la democracia.* Caracas: José Agustín Catalá Editor, 1974.

KAUTSKY, Karl. *La Cuestión Agraria* (Die Agrarfrage). Traducido del alemán al español por Ciro Bayo, "escrupulosamente revisado y corregido por D. Miguel de Unamuno". Madrid: Imprenta de B. Rodríguez Serra, 1903.

LEON, Ramón David. *Hombres y sucesos de Venezuela, desde José Antonio Páez hasta Rómulo Gallegos.* Caracas: Tipografía Americana, 1952.

LIEUWIN, Edwin. *Arms and Politics in Latin America.* Nueva York: Federick A. Praeger, Inc., 1960.

———. *Petroleum in Venezuela.* Berkeley University of California Press, 1955.

———. *Venezuela.* Londres: Oxford University Press, 1965.

LISCANO, Juan. *Rómulo Gallegos y su tiempo.* Caracas: Talleres Gráficos, Imprenta Universitaria, 1961.

———. *Folklore y cultura.* Caracas: Editorial Avila Gráfico, S.A., 1950.

———. *Rómulo Gallegos y su tiempo.* Caracas: Monte Avila Editores, C. A., 1969.

LUZARDO, Rodolfo. *Notas historico-económicas 1928-1963.* Caracas: Editorial Sucre, 1963.

———. *Río Grande; los malos entendimientos en el Continente Americano.* Caracas: Editorial Sucre, 1965.

———. *Venezuela, Business and Finances.* Englewood Cliffs, New Jersey; Prentice-Hall Inc., 1957.

MAGALLANES, Manuel Vicente. *Los partidos políticos en la evolución histórica venezolana.* Caracas: Ediciones Edime, 1973.

MALAVE MATA, Héctor. *Formación histórica del antidesarrollo de Venezuela.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1974.

———. *Petróleo y desarrollo económico de Venezuela.* Caracas: Ediciones Pensamiento Vivo, S.A., 1962.

MARQUEZ, Pompeyo. *¿Hacia dónda va el 23 de enero?* Caracas: Ediciones Pensamientos Vivo, S.A., 1959.

———. *Las vías de desarrollo.* Caracas: Fondo Editorial Venezolano, 1967.

MARTZ, John. *Acción Democrática. Evolution of a Modern Political Party in Venezuela.* Princeton, New Jersey. Princeton University Press, 1966.

MAZA ZAVALA, D. F. *Paradojas venezolanas.* Caracas: Talleres Gráficos Mersifrica", 1959.

———. *Los mecanismos de la dependencia.* Caracas: Fondo Editorial Salvador de la Plaza, 1973.

———. *Venezuela, una economía dependiente.* Caracas: Fondo Editorial Salvador de la Plaza, Rocinante, 1973.

MEDINA ANGARITA, Isaías. *Cuatro años de democracia.* Caracas: Pensamiento Vivo S.A., 1963.

MORON, Guillermo. *A History of Venezuela.* Editado y traducido por John Street. Londres: George Allen & Unwin, 1964.

O'CONNOR, Harvey. *World Crisis in Oil.* Nueva York: Monthly Review Press, 1962.

OSORIO, Luis Enrique. *Democracia en Venezuela.* Bogotá: Editorial Litografía, 1943.

PARRA LEON, Miguel. *El problema agrario en Venezuela.* Caracas: Suma, Librería Editorial, 1959.

DE LA PLAZA, Salvador. *El problema de la tierra, la reforma agraria.* México D.F.: Ediciones Fuente Cultural, 1947.

POCATERRA, José Rafael. *Memorias de un venezolano de la decadencia.* 4 tomos. Caracas: Edime, 1966.

Presidencia de la República. *Documentos que hicieron historia. Siglo y medio de vida republicana. 1819-1965.* Caracas: Ediciones conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia, 1962.

QUIJADA, Ramón. *Reforma agraria en Venezuela.* Caracas: Editorial Arte, 1963.

RAMIREZ, Alberto. *Esbozo psiquiátrico del General Juan Vicente Gómez.* Valencia: Universidad de Caracabobo, 1974.

RANGEL, Domingo Alberto. *Los Andinos en el poder.* Caracas: Yadell Hermanos, 1974.

————. *Capital y desarrollo, La Venezuela Agraria.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1969.

————. *Capital y desarrollo, el rey petróleo.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1970.

————. *Capital y desarrollo, la oligarquía del dinero.* Caracas: Editorial Fuente, 1971.

————. *La Industrialización de Venezuela.* Caracas: Ediciones Pensamiento Vivo, 1959.

————. *Una teoría para la revolución democrática.* Caracas: Ediciones Anauco, 1958.

RAY, Talton F. *The Politics of the Barrios.* Los Angeles: University of California Press, 1969.

REYNOLDS, Clark W. *The Mexican Economy, Twentieth Century Structure and Growth.* New Haven: Yale University Press, 1970.

RODRIGUEZ, José. *¿Quién derrocó a Gallegos?* Caracas: C. A. Tipografía Garrido, 1961.

RODRIGUEZ, Valmore. *Bayonetas sobre Venezuela,* México D.F.: Impresores Beatriz de Silva, 1950.

RODRIGUEZ RODRIGUEZ, Adolfo. *Oriente en la obra de Rómulo Gallegos.* Caracas: Ministerio de Educación, 1970.

ROJAS, Juan Bautista. *Los Adecos, sus contrarios, renegados y conversos.* Caracas: Editorial Fuentes, 1973.

RONDON MARQUEZ, Rafael Angel. *Crespo y la revolución legalista.* Caracas: Ediciones de la Contrarolía, 1973.

ROURKE, Thomas. *Gómez, Tyrant of the Andes.* Nueva York: William Morrow & C., 1936.

SARMIENTO, D. F. *Life in the Argentine Republic in the days of the Tyrants.* Traducido por doña Horace Mann. Nueva York: Collier Books, 1961.

SERXNER, Stanley J. *Acción Democrática of Venezuela, its Origin and Development.* Gainesville, Florida: University of Florida Press, 1959.

SILVERT, Kalman. *Man's Power.* Nueva York: The Viking Press, 1970.

SOSA H., S. S. Arturo. *La Filosofía política del gomecismo. Estudio del pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz.* Barquisimeto: Centro Gumilla, 1974.

SWEEZY, Paul M. *The Theory of Capitalist Development.* Nueva York, Monthly Review Press, 1964.

TAMAYO, Luis Miguel. *Elementos de finanzas públicas venezolanas.* Caracas: Tipografía de la Nación, 1947.

TROCONIS GUERRERO, Luis. *La cuestión agraria en la historia nacional.* Táchira: Bibiloteca de Autores y Temas Tachirenses, 1962.

————. *Letras y hombres de Venezuela.* México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1948.

USLAR PIETRI, Arturo. *Sumario de economía venezolana.* Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1958.

————. *De una a otra Venezuela.* Caracas: Ediciones Mesa Redonda, 1950.

VALLENILLA, Luis. *Auge, declinación y porvenir del petróleo venezolano.* Caracas: Editorial Tiempo Nuevo, 1973.

VALLENILLA LANZ, Laureano. *Cesarismo democrático.* Caracas: Tipografía Universal, 1930.

————. *Críticas de sinceridad y exactitud.* Caracas: Ediciones Garrido, 1956.

————. *Disgregación e integración, ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana.* Caracas: Tipografía Garrido, 1953.

————. *La rehabilitación de Venezuela. Campañas políticas de "El Nuevo Diario"* (1915 a 1926). Caracas: Tipografía Vargas, 1926.

VALLENILLA LANZ, Laureano (hijo). *Escrito de memoria.* París: Imprimerie Lang Grandemange, S. A., 1961.
VELASQUEZ, Ramón J. *La caída del liberalismo amarillo, tiempo y drama de Antonio Paredes.* Caracas: Talleres de Cromotip, 1973.
VELOZ, Ramón. *Economía y finanzas de Venezuela desde 1830 hasta 1944.* Caracas: Impresores Unidos, 1945.
VIQUEZ VIQUEZ, María Eugenia y otros. *Bibliografía de Rómulo Gallegos.* Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1969.
WENDT, Herbert. *The Red, White and Black Continent.* Traducido del alemán por Richard y Clara Winston. Garden Citu, Nueva York: Doubleday & C., 1966.
WHITAKER, Arthur P. *The United States and South America, the Northern Republics.* Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1958.
WIONCYCK, Miguel S. (editor). *Latin American Economic Integration.* Nueva York: F. A. Praeger, 1966.
WISE, George S. *Caudillo. A Portrait of Antonio Guzmán Blanco.* Nueva York: Columbia Unievrsity Press, 1951.

PERIODICOS DE CARACAS

Elite. Enero y febrero, 1948.
Revista de las Fuerzas Armadas. Diciembre, 1948.
El País. 9 de noviembre a 19 de diciembre de 1947 y 15 de febrero a diciembre de 1948.
El Nacional. Noviembre de 1947 a diciembre de 1948.
El Universal. Enero a diciembre de 1948.

INDICE

Agradecimiento 9

CAPITULO I
Introducción 13

CAPITULO II
Especulaciones sobre las causas subyacentes al gomecismo . 21

CAPITULO III
El gomecismo 41

CAPITULO IV
Vallenilla Lanz, el intelectual de la tiranía 75

CAPITULO V
Ideario político de Don Rómulo Gallegos 93

CAPITULO VI
López Contreras, Doctor de la reacción 145

CAPITULO VII
Medina Angarita, el designado forzoso, como reformador . 155

CAPITULO VIII

Las raíces libertarias y marxistas de Rómulo Betancourt, portavoz pragmático de la revolución burguesa 185

CAPITULO IX

La revolución burguesa del satélite 225

CAPITULO X

El continuado "desarrollo del subdesarrollo" 289

Apéndice 347

Bibliografía 349

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EL 5 DE NOVIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS SETENTA Y SEIS EN LAS PRENSAS VENEZOLANAS DE EDITORIAL ARTE, EN LA CIUDAD DE CARACAS

Harrison Sabin Howard / ROMULO GALLEGOS Y LA REVOLUCION BURGUESA DE VENEZUELA

El objetivo principal de este ensayo es, como lo explica el propio autor, tratar de analizar y comprender el régimen gubernamental de Rómulo Gallegos, de 1948. Pero al lado, junto a ello o, mejor, dentro de esa tentativa de enfoque histórico, Harrison Sabin Howard centra su estudio en dilucidar la visión que Gallegos tenía del mundo y que logró expresar en su narrativa, en sus ensayos y discursos políticos. Básico también para su estudio es el método utilizado por Sabin Howard al colocar las ideas del escritor en su contexto histórico, de ahí que la tarea final que se propone sea el examen de los años en que se gestaron esas ideas, la evolución que estaba sufriendo la estructura económica de Venezuela, el crecimiento de la nueva clase media y la lucha de esta clase para llegar al poder. Sabin Howard describe además el conflicto dialéctico del pensamiento que en ese instante estaba en juego. Al intentar el enfoque histórico de los problemas del desarrollo de nuestro país, el autor deja al descubierto su tendencia pretendidamente marxista, lo que le confiere a su investigación una evidente actualidad y lo coloca entre los primeros grandes ensayos sobre el tema, visto desde una perspectiva diferente de lo ordinario.

Monte Avila Editores P.V.P. Bs. 28.–